

# MEMORIAS

**Pedro Subercaseaux**

**“Uso exclusivo Vitamet,  
Biblioteca Virtual de Vitacura 2005”**

## PRIMERA PARTE

1880 — 1920

### 1

## ENSUEÑOS

Pegado a la ventanilla de un avión de la Panagra, acabo de sobrevolar la cumbre de Los Andes y me veo ya, en rápido descenso, planeando sobre los últimos contrafuertes de la inmensa montaña. Noto con sorpresa que el avión, en vez de dirigirse directamente hacia Los Cerrillos, se desvía un poco de la ruta habitual y viene, siempre bajando, a describir un círculo precisamente sobre un viñedo en cuyo centro diviso, pequeña y solitaria, una casita de madera.

Grande fue en ese momento mi emoción, pues esa casita representaba para mí un primer paso hacia la realización del anhelo de muchos años: la fundación de una abadía benedictina en nuestra patria. Ese paso había sido dado el año anterior, es decir en 1937, de modo que ya desde entonces poseían los hijos de San Benito un terreno propio, destinado a ser luego el monasterio de Las Condes, y aquella casita era su primer jalón.

¡Pero cuántos viajes, cuántos sinsabores, pasados y por pasar, me habría de costar el esfuerzo de una fundación a tal distancia de Europa!

Precisamente he querido, en esta deshilvanada narración, unir la expresión de dos constantes aspiraciones que siempre he sentido en lo más hondo de mi ser. Una, más consciente, que he cultivado voluntariamente: la de vivir aislado del ruido y en cuanto me fuera posible cerca de Dios. La otra, instintiva, diré infantil, que me hacía soñar desde mi niñez con la esperanza de poder un día volar, muchos años antes de que Santos Dumont lo intentara por medios mecánicos.

El anhelo de la separación del mundo, del silencio, cerca del único Bien, lo había conseguido años atrás, en mi abadía de Quarr en Inglaterra; pero mientras descendía, planeando sobre el valle de Las Condes, me pareció sentir, con la claridad mental que se siente en

las alturas, la grandeza de la obra en que me hallaba empeñado y que, en ese instante, me aparecía representada por aquella modesta casita allá abajo. Veía ahí el principio de un nuevo monasterio benedictino, que sería construido en nuestra patria, para benedictinos chilenos.

Y se unía a esto una coincidencia inesperada. En el curso de este vuelo de Buenos Aires a Santiago, venía yo recordando lejanas memorias de hendir los aires a gran altura sobre la tierra, de traspasar esas opulentas nubes que veía flotar en las regiones inaccesibles del azulado cielo, donde ningún ser humano, pensaba yo, las podría alcanzar jamás.

Y he aquí que se presenta frente al avión uno de esos como inmensos merengues, que parecen de crema batida. ¡Este fue mi sueño realizado!, exclamé para mis adentros, mientras nuestro aparato se hundía, dando tumbos, a través de una espesa neblina, para salir luego a la luz del sol al otro lado de la nube.

Cuando, de niño, mi madre me acomodaba cada noche en mi cama y me hablaba del niño Jesús, de la Virgen y de los Ángeles que veía en el cielo si me portaba bien, era mi réplica:

—Pero, mamacita, los Ángeles tienen alas y van a donde quieren. Yo no tengo alas, ¿cómo llegaré hasta las estrellas?

—Hijito, tendrás la compañía de Jesús y de la Virgen, ¿qué más necesitas?

Pero para mí la falta de alas seguía siendo un grave problema, cuya solución me la dio mi imaginación siempre lista para soñar, tanto en lo real como en lo irrealizable.

Cuando pude leer, las novelas de Julio Verne me estimularon a crear imaginarias “máquinas volantes”, en las que me sentía volar sobre mares y continentes, mientras debía haber estado estudiando mi lección. No trataré de describir esas máquinas que creaba mi fantasía, ni el desarrollo gradual de mis invenciones. Baste decir que años antes que surcaran los aires los primeros dirigibles y aeroplanos, había yo garabateado mis cuadernos de clase con máquinas voladoras en forma de torpedos cilíndricos, dotados de hélices y de alas plegables hacia atrás, en forma de delta, a fin de conseguir mayor velocidad.

Pronto el ensueño de las alturas vino a alternar con el de la atracción del mar. Este lo veía, por cierto, más a mi alcance. Lo había visto de cerca, desde luego, a los siete años, cuando por segunda vez crucé el océano. Mi primer viaje trasatlántico lo efectué a los seis meses, por lo que no tengo recuerdos, de él.

Este viaje a los siete años me dejó hondas impresiones y recuerdos de los que hablaré más adelante, si la paciencia del lector y la mía duran lo suficiente.

Sólo más tarde nació en mí el interés por las cosas militares, que llegó a ser el más intenso de mis entusiasmos.

El hecho es que lo pasaba soñando, con notable perjuicio de mis estudios. Un día, en el

colegio de los benedictinos ingleses de Douai, me enteré con sobresalto que el Padre Edmundo me estaba mirando fijamente:

—Pedro, tú eres un contemplativo— dijo tranquilamente aquel buenísimo religioso irlandés, futuro abad de su monasterio.

Poca impresión me causó esa declaración. Tenía entonces sólo una vaga idea de lo que podía ser un contemplativo. Nada me hacía prever que un día sería yo miembro de la misma orden que el Padre Edmundo, entonces uno de mis profesores.

Tampoco sentía a esa edad de los doce años aproximadamente, una atracción muy definida hacia la pintura ni al arte puro en general. Me sentía más bien como un ingeniero, un inventor. Mi facilidad natural para el dibujo me servía para proyectar inventos más o menos fantásticos, y también para dibujar caricaturas que me atraían aplausos y a veces también el perdón por mis frecuentes distracciones que, entonces como ahora y en toda mi vida, me han puesto en situaciones más molestas de lo que quisiera confesar..

Pero mis primerísimos recuerdos, para ser sincero, no son de problemas tan elevados. Ellos son los sustos que me causaba la vista de cualquier cosa inusitada. Me contaban que la vista de las estatuas de mármol que adornaban la casa de mi abuelo me producían terrible impresión. Recuerdo perfectamente un gran jarrón de piedra que, cuando lo hacían balancearse, seguía moviéndose por largo rato, produciendo un ronco y cadencioso ruido que a mí me causaba verdadero espanto y me hacía huir lejos, lanzando gritos de terror.

Nadie pensaba en aquel entonces en aprender psicología infantil, ciencia que por cierto no existía aún. Pero, ¿acaso hemos ganado mucho con aprenderla? Son tantos los que andan alrededor nuestro con los nervios desequilibrados. En cambio, a pesar de los cuentos terroríficos que noche a noche nos contaban la Domitila o la Carmen Cañón, creo tener los nervios sanos, como lo he podido comprobar en momentos en que he necesitado lo que los anglosajones llaman “self-control”.

Habiendo mencionado a esas primeras amas, tan llenas de abnegación como faltas de psicología, debo recordar a la primera, una romana auténtica, traída del Trastevere para cuidarme cuando yo tenía seis meses. Con Angelina, que así se llamaba, aprendí mis primeras palabras de italiano, lengua que siempre me ha gustado hablar, pues me recuerda que, sin dejar de ser chileno, soy también romano, por haber nacido a la sombra de la cúpula famosa de San Pedro.

Después de tanto divagar nos encontramos, sin saber cómo, al principio lógico de nuestra historia, es decir en Roma, ya dispuestos a tratar, no de ensueños, sino de realidades perfectamente garantizadas en cuanto a su objetividad.

## II

### REALIDADES

Vine al mundo el 10 de diciembre de 1880. en la casa dicha de “Los’ Cuatro Vientos” por su situación en la cima de la grandiosa escalinata construida por Luis XIV de Francia, y que, del Pincio, baja a la plaza de España.

Más grandioso aún es el sitio en que fui bautizado: bajo la cúpula diseñada por Miguel Ángel, en el Bautisterio monumental en que, al igual que en toda la Basílica Vaticana, domina el genio exuberante del Bernini.

Me bautizó el padre Arznegol Valenzuela, entonces general de la orden mercedaria, más tarde obispo de Ancud.

Se me impuso el nombre del príncipe de los Apóstoles y en seguida el del Pontífice entonces reinante, S. 5. León XIII, siguiéndole el nombre de mi abuelo Maximiliano Errázuriz, y terminando con el de María en honor de la Virgen (Pedro, León, Maximiliano y María).

Pero ninguna impresión me pudo causar entonces la grandiosidad del ambiente que me rodeaba. Más tarde, a medida que se abría mi alma a la realidad de las cosas, fue mi madre instilando en ella, con paciencia y con amor, los sentimientos que llenaban su propio corazón de santa y de madre perfecta. Ella sabía lo poco que valen las grandiosidades de este mundo, y sus primeras enseñanzas no pudieron sino reflejar su profunda fe y amor a Dios. Junto con la fe y el amor dominó en ella, en todo momento, una profunda y sincera humildad. En la época de que por ahora tratamos, se vio colmada de honores y distinciones que, por decirlo así, caían alrededor de ella sin siquiera salpicar su alma. Vivió siempre tan cerca de Dios, que aun viéndose rodeada de vanidades y hasta de bajezas de todas clases, supo dominarlo todo con paciencia, con dulzura y comprensión, dispuesta siempre a perdonar y a ayudar con su ejemplo y con su consejo incomparables.

No por eso dejaba de vibrar hondamente con todo lo realmente bello en el arte, en la poesía de las cosas. Desde un principio mi madre me hacía notar lo bello en la naturaleza y en el arte. Su enseñanza fue siempre constructiva y de un orden más intelectual que sentimental. Su sentimiento estético se alimentaba en la contemplación de lo divino. No sé contagió, ni permitió que sus hijos pequeños se contagiaran con el sentimentalismo de su época. Nada de romanticismo. Nada de músicas o poesías mórbidas o relajantes. Todo lo que pudiera atentar, aun de lejos, a la pureza o al pudor, era inmediatamente condenado por ella con severidad, aunque siempre con dulzura.

Los primeros recuerdos que tengo de mi padre son de la afectuosa alegría con que nos trataba a mí y a mis hermanos menores. Era muy alegre, pero no sin dejar de tener sus pasajeras explosiones de impaciencia que a nosotros nos causaban cierta inquietud. Pero las nubes se disipaban pronto al son de la serena voz de nuestra madre. El pensamiento rápido, la acción viva, el amor a la belleza, denotaban claramente su origen francés, mientras en mi madre se dejaba sentir la reserva y el tesón de los vascos. Ambos nos dejaron purísimos ejemplos de verdadera nobleza y de fe cristiana a toda prueba. No faltará ocasión para volver a hablar de ellos en el curso de estas líneas.

Antes' de continuar, debo hacer una advertencia y es que no intentaré, hacer un relato detallado y estrictamente cronológico de los sucesos que puedo recordar. No me preocupan las fechas exactas que no sean de interés general. No pretenderé dar sino una idea aproximada de los numerosos viajes emprendidos, sea por mi familia en conjunto, sea por mí solo.

Para los aficionados a las estadísticas puedo dar algunos datos, resultados de cálculos hechos de memoria durante mis pocas noches de insomnio. Debo también advertir que he pasado mi vida mirando hacia adelante, no hacia atrás, como lo hacen tantos que viven más de recuerdos que de anticipaciones. De mi padre he heredado esa disposición optimista que podría comprar a la de un automovilista normal que, sin desatender el espejito que le permite mirar hacia atrás, avanza con la vista habitualmente fija en lo que se presenta por delante. En cambio, la mayoría de los que ya tienen cierta edad, parece que van manejando en marcha atrás, guiando sus pasos por lo que ven en su espejito, es decir, contemplando el pasado con más interés que lo por venir. Mi padre y yo no somos ciertamente de ese tipo. Gracias a esa facultad de mirar hacia adelante, se mantuvo joven y animoso hasta el fin. Yo, me atrevo a decir, espero hacer lo mismo.

Ahora volvamos a esa estadística, fruto de mis desvelos. Según esos cálculos, he pasado un año y tres meses surcando mares; he cruzado diecinueve veces el Atlántico y varias veces el Mediterráneo, a lo que es necesario añadir numerosas travesías entre Inglaterra y el continente. He pasado sólo una vez el canal de Panamá; en cambio conozco bastante los temporales que se enfrentan al pasar el Estrecho de Magallanes, como también otros temporales de viento y de nieve que debía soportar el viajero, cuando atravesaba, a lomo de mula, ¡esa blanca montaña que nos dio por baluarte el Señor!

Claro está que también he pasado Los Andes en varias ocasiones por ferrocarril, habiendo tenido la suerte de viajar en el primer tren que pasó la cumbre antes de la inauguración oficial en 1910. En avión he pasado solamente dos veces la cordillera.

No contaré el número de ciudades en que he vivido durante períodos relativamente

estables, tanto en Chile como en Europa. Menos aún me ocuparé del número de otros pueblos, grandes o pequeños, que he visitado de paso, pues su lista, de poderla recordar, parecería excesiva.

En otro orden de ideas podría hacer una lista de los sorprendentes inventos que he visto aparecer durante mi vida; pero mucho más fácil será recordar los pocos adelantos modernos que existían anteriormente a mis días. El ferrocarril y la navegación a vapor prestaban servicio a mis abuelos desde mucho antes que yo naciera, pero mis bisabuelos en su juventud debieron usar de los mismos medios de transportes que los patriarcas del Antiguo Testamento o los faraones de Egipto.

En verdad fue un mundo bastante diferente del actual el que alcancé a conocer en mi infancia. Trataré de recordar algunas de sus características, tal como me quedaron grabadas en la memoria.

### III

## CHILE VIEJO

Como he dicho, llegué de Roma a los seis meses y por lo tanto no tengo ni el menor recuerdo de la Ciudad Eterna; pero por cierto oía hablar de ella constantemente.

La primera casa que recuerdo es la de mi abuelo Maximiano, en la que se hallaba aquel jarrón de piedra que tanto me asustaba. Estaba entonces llena de obras de arte, algunas de gran valor, traídas la mayor parte de Roma o por lo menos de Italia. Es, por lo demás, esta casa una de las pocas que sobreviven a la época, en calidad actualmente de Embajada del Brasil. Las otras en que vivió mi familia en diversos períodos de ese tiempo, han desaparecido hace algunos años. Las que yo recuerdo eran de vastos patios, grandes salones altos de techo, frescas en verano pero heladas en invierno. Por sus patios se deslizaban en chancletas numerosas criadas, “chinitas”~ de largas trenzas, mientras canarios y loros trinaban o chillaban en sus respectivas jaulas.

No todas eran lujosas esas grandes mansiones aristocráticas. Había sí el palacio Urmeneta en la calle Monjitas, del que quedan vestigios en un callejón atravesado, cuya demolición deja un vacío notable en esta ciudad tan falta de buenos edificios. Más tarde me tocará hablar de ese palacio singular. La mayoría de esas casas solariegas, que ocupaban un cuarto de cuadra y lucían notables fachadas de estilo clásico, como aún se ven algunas en los barrios bajos de Santiago, eran de aspecto austero y frío, y de pocas comodidades para vivir en ellas.

De estas recuerdo vagamente la de misía Rosario Valdivieso de Errázuriz, madre de don Crescente, el futuro arzobispo de Santiago. ¡Qué viejo me siento al pensar que conocí a la madre del Arzobispo Errázuriz!). Su casa, ubicada en la calle Santa Rosa, era típica del Santiago colonial, de aquel Santiago de Nueva Extremadura que nos describe Francisco Encina en su Historia de Chile.

El ambiente era el mismo; el marco material casi igual: un patio empedrado con piedras de río, cuartos grandes y oscuros impregnados del perfume de las yerbas aromáticas que ardían sobre el brasero (le bronce; los pájaros cantores y las chinitas del servicio; las imágenes santas



de la Virgen del Rosario, del Señor San José y de algunos santos más. No de muchos, porque la austeridad de esa vivienda llegaba hasta la parquedad aun en las manifestaciones de la devoción de sus moradores. Mi bisabuela no aprobaba la introducción de costumbres modernas en su familia. Cuando alrededor suyo oía chanzas o risas, decía: “Acuérdense, hijitos, lo que en estos momentos están sufriendo las almas del Purgatorio.

La piadosa señora, viejita ya, era cuidada por su pariente, el doctor Valdivieso, que era el médico de mayor reputación en aquel entonces. Era feo de cara y descuidado en el vestir. Me contaron después que cuando lo vi por primera vez, había dicho yo entre dientes: “¡Y tiene sombrero de caballero!” Fue de mi parte un desacato; sin embargo la anécdota se contó muchas veces como gracia mía. Varias otras salidas de “enfant terrible” se recordaban en mi familia hasta mucho tiempo después; pero no pienso repetirlas aquí porque no está bien que yo repita mis propios chistes.

Ante mis ojos muy abiertos al sentido de lo cómico, veía desfilar a graves caballeros de patilla o de luengos mostachos, vistiendo largas levitas y relucientes sombreros de pelo, que se inclinaban respetuosos y solemnes ante damas vestidas según la última moda de París, casi siempre con suma sobriedad y distinción, y que a cada paso hacían sentir el frou-frou de ricas sedas. No faltaban sin embargo algunas, pero pocas, que lucían atavíos de gusto chillón, que en el acto llamaban la atención de mi espíritu crítico y algo burlón

Era este un mundo realmente culto en que reinaba la auténtica distinción, en el sentido más estricto que suele dar el buen gusto francés a esa palabra. En efecto, la sociedad de Santiago vivía bajo la influencia directa de la literatura y de las artes de Francia. Es verdad que era Italia de donde nos llegaba la inspiración musical que nos traían anualmente las compañías de ópera y para nosotros no había más música que esa; pero la vida intelectual de nuestros abuelos era un reflejo directo del espíritu francés, y era a París adonde iban todos los que podían disponer de los medios necesarios para emprender el viaje.

Este era el anverso de la medalla. Pero el reverso presenta un contraste lamentable. Bastaba salir de las pocas cuadras que constituían el centro de la ciudad para encontrarse con espectáculos lastimosos y con olores repugnantes. En verano lo envolvía todo el polvo que dejaba tras sí cualquier caballo o carruaje que pasara, levantando al mismo tiempo nubes de moscas. En invierno costaba evitar los charcos de barro pestilente al atravesar plazas o calles, en las cuales, revueltos con perros arestinientos, jugaban los niños cubiertos de harapos. Las carretas de bueyes transitaban tranquilamente por la Plaza de Armas o por la calle Ahumada. Las vecindades de la Plaza de Abastos presentaba entonces, mucho más que ahora, un conjunto único de colores y olores que nunca podré olvidar y que fue captado, en su parte

visual, por mi padre en su cuadro “El Mercado Central” que es, creo, una de sus mejores obras pictóricas.

La borrachera parecía ser general los sábados en la tarde. Me parece aún ver, en la calle San Diego, a una mujer andrajosa con un niño pequeño en brazos. Iba borracha y a cada bamboleo de sus inseguros pasos, estrellaba la cabeza de la criatura contra el muro.

Las señales de postración física y moral que aún se ven en nuestro pueblo son pocas, comparadas con el estado de cosas en los tiempos que recuerdo. Es evidente que no se puede juzgar de aquella generación con el criterio de hoy día. Las causas múltiples del decaimiento popular en Chile han sido estudiadas, y lo siguen siendo, por sociólogos competentes. No me toca a mí de ninguna manera entrar en la discusión. Debo solamente decir que los personajes que he puesto en escena habían sido educados en una época en que nadie pensaba en términos de justicia social o de igualdad de clases o de educación universal. Unos pocos idealistas de Europa o de Estados Unidos soñaban ya con esos problemas, que la mayoría de entonces consideraba utópicos o impracticables.

Lo que sí pude observar personalmente desde mis primeros años, fue la bondad con que eran atendidos los pobres en las casas que yo frecuentaba. Por cierto no tenía esa caridad espontánea nada de científico ni metódico. Era simplemente expresión de la compasión por los dolores ajenos. Pero compasión elevada a un grado superior por la fe y el amor a Dios. Y esa caridad no se hallaba solamente en las mujeres que yo conocía, sino también en hombres de alta cultura que se esforzaban por mejorar la suerte del pueblo.

Entre estos veía a mi abuelo don Maximiano Errázuriz Valdivieso, padre de mi madre. Mis recuerdos del “Nono”, como le decíamos, son bastante imprecisos. Debo haber tenido yo unos cinco años cuando pasé con él un tiempo en su fundo de Panquehue, en Aconcagua. A pesar de ser aún joven, su alto porte, su barba rubia y sus ademanes reposados le daban cierto aire majestuoso. A mí me parecía un venerable patriarca. Yo era su nieto mayor, y como a tal me trataba con especial afecto. Tengo una visión muy clara de haber recorrido parte del inmenso fundo sentado en el arzón de su silla, mientras él me sujetaba por la cintura, en una tarde en que el humo de muchas fogatas empañaba el amplio valle de Aconcagua con un ligero velo azulado.

En el curso de su gira conmigo, pasó mi abuelo a visitar a algunos de sus inquilinos. Probablemente se trataba de enfermos. Con todos conversaba en tono afable y todos demostraban alegría al verlo llegar. Creo que aún perdura en la región la veneración profesada por este patrón modelo, que les dejó escuelas, iglesia y otras cosas útiles que entonces eran novedad.

La vieja casa que habitaba mi abuelo se hallaba cerca de la línea del ferrocarril. Se me ocurrió un día dibujar en la pared del corredor un tren que pasaba. ¡Fue para mí un momento de exaltación artística! Comencé por dibujar el humo, en seguida la locomotora y los carros, y, por último, los rieles. Seguí después dibujando trenes, ejecutándolos siempre en el mismo orden y también con el mismo entusiasmo. Debe ser tal vez en ese tiempo cuando me puse a dibujar caballos observados del natural. Los trenes los olvidé poco después, pero nunca, por cierto, los caballos.

## IV

### CALLE HUERFANOS

El día en que cumplí mis cinco años, me hallaba de paso, según creo, en la chacra *Subercaseaux*, pues mi familia vivía entonces en la casa de mi abuela materna Magdalena Vicuña, en la calle Huérfanos esquina de Morandé, en el sitio que ocupa actualmente el teatro Comedia. Me acosté la noche anterior convencido de que al día siguiente, que era el de mi quinto cumpleaños, amanecería yo más grande de tamaño. Sufrí una desilusión al ver que mi ropa no me quedaba ni más corta ni más estrecha que el día anterior, por lo que pensé debía haber un error en el cómputo de la fecha.

Me consolé luego observando el alboroto que reinaba en la chacra con ocasión de unas carreras a la chilena en la que participaban mis primos mayores. Las carreras se corrían en la cancha que había sido dejada especialmente para este objeto por mi abuelo don Ramón Subercaseaux Mercado, y que ahora forma el ancho paseo que por mucho tiempo se llamó el Llano Subercaseaux. Más adelante volveremos a esta chacra de tantos recuerdos para nosotros.

La casa de mi abuela era muy vasta y debe haber sido de las últimas que se construyeron según una planta que recuerda la de las mansiones patricias de la antigua Roma. No intentaré describirla; me contentaré con recordar la visión infantil que me queda de ella y de aquellos de sus moradores que más tuvieron que hacer conmigo entonces.

Ocupábamos en el primer patio un departamento con ventanas hacia la calle Morandé; alrededor del segundo, que contenía un jardín, vivían la “Mamita”, como le decían todos sus nietos, y su hija, mi tía Anita Subercaseaux de Salas con su familia. Vivía al fondo de la casa, encima del vasto comedor, otra familia que ya no recuerdo quiénes eran. Pero a los del primer patio sí que los recuerdo bien, pues desde entonces hasta ahora mantengo cariñoso recuerdo de los que han desaparecido, y amistad sincera para con sus vástagos de tres generaciones.

En primer lugar debo hablar de la dueña de casa. Era alta, rubia, de aspecto imponente, digna descendiente de vascos y visigodos. Era animosa y de sana alegría, lo que no le impedía, como a Misiá Rosario, tener sincera devoción a las almas del Purgatorio y cumplir además con

todo lo que manda nuestra Santa Madre Iglesia. Habiendo sido madre de doce hijos, la mayoría de los cuales vivían y se multiplicaban según manda Dios, su casa era centro de mucha animación. A ella le encantaba verse rodeada de conversaciones y de risas. Cuando en algunos raros momentos decaía la ruidosa charla, ella preguntaba inquieta: “¿qué ha pasado, por qué están callados?”

Sus dos amplios salones, el verde y el colorado, acogían a lo más granado de Santiago y a muchos extranjeros de paso. En cuanto a su comedor, estaba preparado de diario para más de veinte personas, sin contar las frecuentes comidas de mayor etiqueta. Pero esas no las veía yo, mocoso de seis años. Sólo veía los gargantuescos preparativos y me regalaba con los conchos al día siguiente.

Ya que estamos en este tema, viene al caso relatar ahora un suceso típico de la época, aunque sucediera algo más tarde. Entre mis primos, que eran todos mayores que yo, Vicente Salas se distinguió siempre por su amor a los pobres y abnegación rayana en lo increíble. Había llegado el día de Santa Magdalena y a los chicos se les llenaba de antemano la boca con la expectativa de las succulentas onces que todos sabían se preparaban en la cocina. Por fin, llegada la hora, se abren las puertas del comedor, pero ¡triste sorpresa! la inmensa mesa está vacía... Corren algunos a investigar lo ocurrido y encuentran a nuestro altruista Vicente repartiendo todos los dulces y golosinas a sus amigos los pobres del barrio. Allá iban los merengues y los alfajores, las hojarascas y las roscas embetunadas, las tortitas pinzadas y los huevos chimbos, amén de los jarros de mistela y de aloja de culén... ¡una fiesta inesperada para muchos hambrientos! Vicente llegó a viejo, pero no cambió nunca. Para mí, que lo conocí bastante, fue verdadero santo

El mayor de estos primos Salas fue mi primer profesor de dibujo. Me veo aún con Eugenio sentado en una mesa dibujando. El me enseñó a dibujar la estrella de cinco puntas de nuestra bandera, lo que no es tan fácil de hacer como lo parece. Las numerosas veces que he tenido que pintar nuestra estrella gloriosa en mis cuadros históricos, me he acordado siempre de Eugenio.

En cuanto a mis primas, tendré ocasión de recordarlas más adelante, si Dios quiere. Del período en que estamos, sólo recuerdo los pellizcos y tirones de pelo que solía propinar-me la más tarde célebre Violeta Quevedo. Es muy probable que yo me haya desquitado de la misma manera con ella, como sucede a esa edad de instintos primitivos. El caso es que, a pesar de pasajeras borrascas, hemos sido toda la vida excelentes amigos.

También tendré oportunidad de ponderar la inagotable bondad de mi tía Anita, siempre dispuesta a sacrificarse por los demás, a cuidar enfermos, a llevarles dulces y golosinas, de las

que tenía siempre un extraordinario surtido en su cuarto y hasta bajo su cama.

En la misma calle Huérfanos, pero casi esquina de San Antonio, vivían otros primos a quienes veíamos con frecuencia. Era la familia Concha Subercaseaux. Estos formaban quizás la parte más animosa y ruidosa de tan ruidosa familia. El menor de sus miembros, con quien congenié mucho, fue Juan Enrique, quien más tarde dejó su nombre a la Universidad Popular fundada por él. La alegría de su carácter no fue obstáculo a que desde niño se dedicara a buscar solución a los problemas sociales en un tiempo en que tan pocos les daban la importancia que merecen. Por este motivo le decían “el socialista”.

He mencionado varias veces la alegría que reinaba en el hogar de mi abuela. Quiero hacer notar que se trataba de una alegría puramente espontánea y sana, que no provenía de ningún estímulo artificial. No se habían inventado todavía los cocktails ni se conocía en Chile el whiskey. Esas fiestas modernas que terminan poco menos que en orgías, eran completamente desconocidas de nuestros abuelos, para quienes la dignidad y la compostura eran partes esenciales de su existencia.

De esa alegría franca y sencilla me ha gustado también a mi participar, cuando me ha sido posible, pues Dios me ha dado un temperamento alegre. Pero, por otro lado, es también parte de mi temperamento una timidez que sobre todo en mi infancia, me impedía casi siempre dar rienda suelta a mi buen humor. Eso lo lograba solamente en los ratos en que me hallaba entre muy pocas personas y con quienes me sintiera en completa confianza. De otra manera me encerraba en mí mismo o, lo que era más frecuente, trataba de alejarme del ruido, no tanto porque me fuese desagradable, sino más bien por sentirme incapaz de romper el cerco de mi propia timidez. En la conversación me sentía, y me siento aún, incapacitado para proponer claramente una idea o para defenderla. Con la pluma en mano, en cambio, me siento liberado de traba tan molesta. Juzgará el lector si utilizo con provecho esa liberación.

**P. S. N. C.**

Las cuatro iniciales que significan “Pacific Steam Navigation Company” me han sido familiares por muchos años.

En mi familia nos hemos entretenido interpretándolas de muchas maneras. Una de ellas era “Poca será nuestra comida”, en previsión de lo cual los chilenos que se embarcaban para Europa llevaban consigo todo lo que les fuera posible, en aquel tiempo en que la industria de conservas estaba mucho menos desarrollada que hoy en día. Conocí a un caballero que trajo de su hacienda un saco de porotos para el consumo de su familia, mientras otro llevaba, en la cubierta del buque, una vaca que le diera leche a sus niños.

Cuando nosotros nos embarcamos en 1887, mis padres no tomaron tales precauciones y tuvimos que conformarnos con la comida del barco. Si esta no satisfacía a los viajeros chilenos, era porque ellos estaban acostumbrados a la abundancia de los tiempos pasados, y también por no saber apreciar los méritos del porridge, de los variados puddings y de las salsas con que se deleitan los paladares británicos.

Mi hermano Luis y yo estábamos encantados con la idea de navegar. También nuestro padre reconoce, en sus “Memorias de Ochenta Años” que, como descendiente de muchas generaciones de marinos, siempre le ha agradado el mar. Nuestra madre tenía poco espíritu náutico; a pesar de eso, se vio obligada a cruzar los océanos probablemente tantas veces como yo, pero nunca se halló a gusto en el mar. Aceptó ese viaje, como aceptaba todo lo que Dios le mandara, sin quejarse, sin dejar de sonreír ante las molestias que la navegación le causaba.

Tampoco le agradaba el viaje a la que seguía de la familia, Emiliana. Mientras la llevaban a bordo, lloraba desconsolada gritando: “¡No quiero buque! ¡No quiero mar! ¡Quiero mi casa, quiero el jardín...!” La pobrecita tenía tal vez el presentimiento de que no volvería a ver más su casa ni su jardín en Chile. Tampoco habría de volver a su hogar de Santiago el penúltimo de nuestros hermanos, Javier.

Fuimos cinco niños los que partimos a Europa en aquella ocasión: yo, el mayor, que no

había cumplido los siete años, Luis, Emiliana, Javier y Blanca, los dos últimos incapaces aún de comprender lo que les sucedía.

Nuestro barco era el Galicia, el mismo en que yo había hecho mi primera travesía de Roma a Chile. El Galicia era ya viejo en ese tiempo. Tenía sus camarotes de primera clase a popa, donde se sienten más fuertes los cabeceos del barco y las violentas vibraciones que se producen cuando la hélice sale del agua. El barco calaba sólo 2.500 toneladas, y no tenía alumbrado eléctrico y tantas otras comodidades que ahora nos parecen indispensables.

Cuando el tiempo era favorable, se izaban velas en los tres mástiles, lo que a mí me encantaba. Mi padre, más artista, por cierto, que marino, me hacía observar la belleza de la curva que producen las velas henchidas de viento. La lección no la he olvidado, y más tarde me ha sido un agrado pintar veleros, cuando la ocasión se ha presentado. Lástima que esta haya sido la única oportunidad para mí de navegar a la vela en el mar.

Durante este viaje me impresionó fuertemente un incidente dramático. Íbamos navegando frente a la costa Argentina, me parece, cuando me hicieron notar, más allá del horizonte, un rojo resplandor. A medida que oscurecía aumentaba el siniestro reflejo en las nubes del cielo. Un grupo de pasajeros observaba el fenómeno, en silencio. No se arriesgó mi timidez a hacer preguntas. Más tarde, pensé que no podía haber sido aquello sino un barco ardiendo, pues a ese lado, al este de nuestro derrotero, no existía tierra alguna.

El Galicia no hizo intentos de acercarse a aquella inmensa hoguera. En un mar tan desierto como aquel, el desgraciado barco debe haberse perdido totalmente, sin esperanza de ser socorrido. Pronto me llamaron, por ser hora de dormir, y no supe más del caso; pero nunca olvidaré la honda impresión que me causó esa lúgubre llamarada en la noche.

No recuerdo otra cosa de interés en este viaje, pero ya que vamos navegando anotaré otro incidente marítimo que corresponde a mi siguiente viaje.

Por esa misma costa Argentina, en la cual abundaban entonces las ballenas, vimos desarrollarse un violento combate entre uno de estos cetáceos y un grupo de tiburones; por lo menos esa fue la explicación que me dio un oficial de a bordo, de lo que vagamente divisábamos. Primero vimos lejos, hacia proa, cómo hervía el agua, removida por los fuertes golpes de cola que le daba una ballena. Desapareció por algunos momentos para volver a aparecer más cerca de nosotros, en medio de una ebullición de agua que saltaba a gran altura. Pronto pude distinguir claramente los lustrosos cuerpos de tal vez dos o tres tiburones, inconfundibles por sus colores blanco y negro y sus típicas aletas dorsales, que saltaban fuera del agua y volvían a caer sobre la ballena en furioso asalto. El enorme cetáceo no tenía más defensa que su formidable cola; en cambio, sus perseguidores eran más ágiles y sobre todo



más feroces que la pacífica ballena. El remolino de agua se perdió en la distancia y no supe nunca el resultado de este singular combate.

Otra vez, navegando por el Pacífico rumbo sur, venían los pasajeros haciendo tristes pronósticos. El mar estaba bravo y todo indicaba que la cosa empeoraría más adelante, al llegar al Cabo Pilar, de siniestra reputación. Nos hicimos el ánimo, pues, a pasar una mala noche y seguramente un día peor aun, antes de poder entrar en el Estrecho. Desperté, sin embargo, esa mañana con una inesperada sensación (le calma. Sólo se oía el rítmico girar de la máquina en medio de un silencio completo. En un instante subí a cubierta, donde me encontré con varios otros pasajeros que se miraban las caras con expresión de sorpresa. En lugar de un mar furioso, veíamos a cada lado nuestro árboles frondosos que crecían al borde del estrecho canal por donde lentamente avanzaba el barco. Luego nos explicaron lo que sucedía. En vista del violento temporal que reinaba, nuestro capitán había resuelto entrarse por el Canal de Smith y así llegar hasta el Estrecho. La maniobra era arriesgada porque el canal daba infinitas vueltas y la corriente era muy fuerte; pero todo pasó sin novedad, mientras contemplábamos verdes bosques y hermosas lagunas. En una de aquellas vueltas del canal, nos encontramos con tres o cuatro piraguas llenas de indios fueginos. Apenas nos vieron empezaron a gritar: “Match-Match-Match”, gritería que no cesó durante largo rato. No era, por cierto, entusiasmo deportivo lo que les hacía exclamar esa palabra. Lo que estos pobres seres pedían eran fósforos para poder encender fuego, lo que normalmente conseguían refregando palitos hasta hacer saltar de ellos una chispa. Al acercarnos a las piraguas, pudimos observar de cerca a estos miserables indios. Iban mal cubiertos con pieles. Solamente las mujeres remaban, mientras los hombres no hacían nada. En el fondo de cada piragua, sobre un poco de tierra, ardía un fuego, que un chico o una mujer vieja vigilaba y mantenía para que no se apagara. Desde el barco se les tiró un cajón con provisiones, sobre todo fósforos que tanto apetecían.

Luego, por una escalera de cuerda que se bajó del buque, subieron algunos indios, envueltos en sus pieles y llevando flechas y arcos. Se les hizo entrar al salón y una señora se puso a tocar el piano en su honor. Al sentir el aire tibio del salón y no más el frío, les pareció conveniente dejar caer sus pieles, quedando totalmente desnudos. Con esto las buenas señoras, murmurando: “Oh, shocking...!”, huyeron velozmente del salón.

En aquellos primeros viajes, el momento más crítico era el del embarque o del desembarque, pues esa operación debía efectuarse en botes y generalmente con mal tiempo. En tal caso abundaban las situaciones tragicómicas, en las que la tripulación hacía valer su destreza y larga experiencia.

En general los oficiales se mostraban serviciales y atentos, con esa atención reservada que

es propia del marino británico.

En esos tiempos me tocó varias veces viajar bajo el comando del popular Capitán Hayes y oír su voz de barítono cantando “Quite Chilean, you know”, o bien uniéndose al vigoroso coro de corte antiguo de: “Good night, ladies”, al final de un concierto.

Viajando en barcos británicos he tenido siempre la impresión de hallarme entre marinos ciento por ciento profesionales, que viven en su propio elemento que es el mar.

Britannia rules the waves...!

## VI

### LA TORRE EIFFEL

Estábamos en París. Recuerdo vagamente nuestra llegada, desde Burdeos, en un día frío, de lluvia y de mal humor paterno, debido tal vez al extravío de alguno de los innumerables bultos que traíamos. Pero estábamos en París y en uno de sus centros más bellos, al pie del Arco de Triunfo, que había de inspirar a nuestro padre algunas de sus mejores telas (le aquella época.

A mí todavía me interesaba poco el famoso Arco, a pesar de sus imponentes proporciones. Más me interesaba lo que se decía ya acerca de la futura Torre Eiffel, que había de ser inaugurada dos años más tarde como parte de la Exposición Universal de 1889. Pero desde ya se veían por todas partes dibujos, afiches e ilustraciones de periódicos que representaban con más o menos fidelidad la silueta, tan conocida ahora, de la Torre que entonces era sólo un proyecto. Numerosos miembros de la Academia Francesa, escritores y artistas habían firmado una enérgica protesta contra él, diciendo que dicha torre constituiría una afrenta a la belleza del París tradicional. Pero el gobierno republicano quería darle gusto al vulgo. Y el vulgo aplaudía con entusiasmo el proyecto de Eiffel, como lo hacían los sirvientes y la cocinera y el chico que traía el pan o la leche. Yo no sabía nada de académicos ni de artistas y, por tanto, ¡me entusiasmaba la Torre!

Entre tanto no se me olvidaba mi lejana patria. Nos mandaban a los dos mayores a un pequeño colegio vecino a aprender francés junto con otros niños sudamericanos. Entre dos clases, un día, mientras comíamos el pedazo de pan con chocolate tradicional de los niños de Francia, se entabló una animada discusión sobre los méritos relativos de París, comparados con los de otras ciudades que conocían aquellos chicos. Dominando por una vez mi habitual reserva, tomé la palabra.

—En París —dije—, todas las casas son grises e iguales. En Santiago las casas son (le todos colores, unas azules, otras rojas y otras verdes o amarillas. Para el dieciocho les ponen banderas chilenas casi tan grandes como las casas. Los trenes tienen maquinas de varios

colores y van tocando la campana. Van por rieles bordeados de flores. Y en Chile los bomberos son lindos con sus chaquetas coloradas. Mientras que en Paris los trenes son negros y feos...

Me interrumpió el mayor de los alumnos exclamando:

—¡Cuándo esté acabada la Torre Eiffel, entonces Paris será mucho más bonito que tu Santiago!

Con ese rudo golpe a mi patriotismo, se me entró el habla.

Nuestro primer alojamiento en la “Ciudad Luz” fue, como he dicho, frente al Arco (le Triunfo, en la calle de Tusitt, número 7. El departamento al lado del nuestro lo ocupaba mi tío Francisco Subercaseaux con su familia. El menor de mis primos, Eugenio, era de mi edad, por lo que lo veía más que a los otros. Sin embargo tenía motivos especiales para congeniar con dos de ellos a pesar de ser mayores que yo. Uno era Fernando, con quien me juntaba para dibujar caballos, pues el simpático y locuaz Fernando parece que vivía sólo para pensar y hablar de cosas hípicas, y dibujaba caballos bastante bien. El otro era Benjamín, con quien dibujaba buques. Así como Fernando era enamorado de todo lo ecuestre, así lo era Benjamín de cuanto se refería al mar. Y esa verdadera pasión por el mar, mortificada en el padre, vino a dar su fruto, sesenta años más tarde, en la obra del hijo “Tierra de Océano”, que es para mí lo mejor que se ha escrito sobre las glorias navales de Chile. Estaba también Carlos, quien, al igual que Fernando, Benjamín y Eugenio, vestía uniforme de colegial, azul con botones dorados y quepis, de la forma que ahora usan los Veteranos del 79. Mayor que estos era Julio. Mis primas eran Teresa y Josefina, y la madre de todos era mi tía Juanita Browne, quien difundía en su rededor un marcado ambiente (le dignidad y corrección victoriana. En una casa vecina, también al pie del Arco, vivía mi tía Emiliana, con sus hijos los Concha Subercaseaux. Al juntarse esas dos familias, se renovaba la bulliciosa animación que había reinado en casa de la “Mamita Magdalena”, en la calle Huérfanos esquina de Morandé. Poco después llegó a París mi abuela en persona y otros miembros de ambas familias Subercaseaux y Errázuriz, o emparentados con ambas. Entonces la alegría y el ruido llegaron a su colmo. Felizmente para mí, que nunca he gustado de reuniones ruidosas, nuestro padre nos llevó de viaje en distintas direcciones. Fuimos a la costa de Normandía en verano, al sur de Francia en invierno, a Florencia y a Venecia y (¿Ué sé yo a cuántas partes más, de las que me queda sólo un recuerdo confuso. ¡Y pensar que estaban sólo comenzando las peregrinaciones (le la familia Subercaseaux Errázuriz!

Mientras tanto, mis viajes y distracciones no me hacían olvidar mi deseo de ver la famosa Torre Eiffel. Durante una de esas ausencias de Paris, más prolongada que otras, se me dijo

(esto debió ser en 1889) que estaba ya terminada. Grande fue en nosotros, los chicos, el deseo de verla. Veníamos en el tren, ya una hora antes de llegar a París, con las narices pegadas al vidrio de la ventana, mirando fijamente al cielo, pues pensábamos que, siendo tan alta la torre, la veríamos primeramente en las nubes. Llegamos por fin a la ciudad sin haber visto nada. Sólo más tarde pudimos divisar allá lejos, descollando sobre los tejados, la típica silueta metálica, adornada en su tope con el tricolor francés.

## VII

### GIOVANNI BOLDINI

Después de haber pasado algunos meses en la Plaza de la Estrella, al pie del Arco napoleónico, nos trasladamos a otra casa a una distancia de un cuarto de hora a pie, en la Avenida de Wagram, número 143. Esta casa, cuyos sobrevivientes tenemos muchos recuerdos, tristes o alegres, fue nuestro hogar por unos siete años (1), tiempo largo para normales como nosotros. Pero a esta casa llegamos solo cuatro niños. Javierito falleció mientras aún estábamos en la calle de Tilsitt. Unos tres años después, fue reemplazado por una nueva hermanita, Rosario, que nació en la ciudad de Pau, no lejos de Lourdes, y de donde se contempla un panorama (le los Pirineos con sus picachos nevados, fiel imagen, en reducción, de nuestra Cordillera.

Volvamos a la Avenida de Wagram. Una vivienda agradable, con un jardín en que corríamos, bajo la crítica mirada de Edmond, el chef, quien nos vigilaba desde su cocina, con su alto gorro blanco y su imponente barba negra. Poco caso hacíamos de las amonestaciones del mayordomo chileno, Manuel, o de las empleadas chilenas que vinieron con nosotros de Chile. En cambio se nos imponía la mirada del barbudo cocinero francés, hombre bonachón a pesar de su aire de matamoros. Manuel me ayudaba a veces a fabricar modelos de mis inventos, o también a hacerme buques o armas guerreras, (le cartón, palitos y cáñamo. Mi afán era producir, crear cosas que para mí eran reales, sin que entrara en ello sino escasa preocupación estética. Esa vendría más tarde. Los barcos que dibujaba o trataba de fabricar debían representar el “Galicia”:  
por eso buscaba un papel o un cartón, el mayor que pudiese encontrar, a fin de acercarme más al tamaño natural de mi modelo.

En esos afanes estaba cuando conocí al pintor Boldini, (UC fue el primer pintor de nota con quien me encontrara. Antes de esto mi padre nos habla hablado repetidas veces de su antiguo amigo John. Sargent, y nombraba también a otros artistas famosos con quienes mantenía relaciones; pero el primero (le ellos, según creo, que él haya traído a nuestra casa, fue este

célebre maestro italiano. Boldini, a la sazón, había retratado o estaba retratando a varias personas de nuestra familia. Desde luego mi prima Emiliana Concha y su hermana Elena le habían posado, como también mi tía Juanita Browne de Subercaseaux, y más tarde mi abuela Magdalena Vicuña. Estas telas habían obtenido grandes éxitos para su autor. No recuerdo si fue antes o después de estas personas que hubo de retratar a mi madre, lo que ejecutó Boldini al pastel, con verdadera maestría.

Un día se nos dijo a Luis y a mí, que debíamos prepararnos para ser pintados por Boldini, en el taller del maestro. Nuestra emoción fue grande. Mi padre quiso vigilar en persona nuestra toilette para el caso. Nos hizo ponernos unos jerseys negros con pantalones y medias del mismo color. Se nos colocaron enormes cuellos almidonados que nos estrangulaban, pero que estaban de moda para niños bien nacidos. Llegamos un poco sofocados donde el maestro, que era un hombre pequeño, feo, cabezón, de gestos nerviosos y algo simiescos, con voz agria y burlona que aún recuerdo perfectamente. Estaba él preparando sus útiles de pintura. Mientras esperábamos, cogí una hoja de papel y un lápiz de carbón que por ahí estaban, y sin más me puse a dibujar otro retrato más del recordado “Galicia”. Me interrumpió una sonora carcajada de Boldini.

—Toma tu papel y tu lápiz, negrito, y ponte aquí al lado de este sillón. Y tú — dijo a Luis en igual tono — afirmate acá de esta manera.

Y comenzó su pincel a correr velozmente sobre la tela, al paso que iban apareciendo las rasgos de nuestras dos figuras con precisión y rapidez que me tenían pasmado. No recuerdo cuántas fueron las sesiones. Con una cosa, sin embargo, no quedé conforme. El buque que pintó él en el cuadro, pensé, no es tan bonito como el que había dibujado yo en ese papel...!

No recuerdo si fue antes o después de pintar nuestros retratos que Boldini hizo un rápido esbozo (le mi cara de perfil, en que llevo en la cabeza un gorro de marinero. Aquel boceto, que quedó sin firmar, está ahora en manos de mi hermana Isabel, mientras el magistral grupo de los dos hermanos se halla en posesión de mi hermano Luis.

Años después vino a casa el pintor sueco Anders Zorn a retratar a mis dos hermanas, Blanca y Rosario, cuyo retrato se halla ahora en Buenos Aires. También vino el acuarelista francés Henri Lynch a nuestra casa, donde ejecutó con gracia y destreza un retrato de mi tía Eugenia Huici de Errázuriz, que se conserva en nuestra familia. Mientras yo le servía de ayudante al artista, renovándole el agua con que diluía sus colores, pude admirar la facilidad con que un acuarelista sabe dirigir por donde él quiere esas manchas líquidas de las que inunda su papel.

A mi propio padre lo veía pintar pocas veces en aquella época, por lo menos a vista mía.

Sólo veía sus obras ya terminadas, sus vistas del Arco de Triunfo y otras visiones de París, tan llenas de vida y movimiento. Tenía su taller en el tercer piso de nuestra casa. Lo tenía cerrado por temor sin duda a nuestras incursiones depredatorias. Con el tiempo se hizo menos difícil mi admisión a ese santuario. Tengo actualmente en uso diario varios útiles, sobre todo el gran caballete en que he pintado la mayor parte de mis telas más importantes, que provienen de aquella época lejana.

Empezó entonces mi padre la ejecución (le una serie de composiciones decorativas que, según me parece, estaban destinadas a adornar la futura Universidad Católica de Santiago. No se concretó nunca el proyecto, por lo menos en cuanto a su plan artístico. Pero esos estudios, hechos sobre tela, estuvieron muchos años en nuestra casa y me eran familiares. En un rincón de una de esas telas y obedeciendo a mi padre, hice mi primer intento de pintura al óleo, del que quedé poco satisfecho. Pensé que era difícil manejar el pincel.



## VIII

### EMILIANA

En el segundo piso de nuestra casa, con dos grandes ventanas a la avenida, nuestra madre tenía su dormitorio, amplio y acogedor, verdadero centro espiritual del hogar. También lo era para sus amigas más íntimas, que con frecuencia acudían a verla. En la planta baja había dos salones y un hermoso comedor, todo en un sobrio Renacimiento francés, y además un cómodo escritorio para el dueño de casa. Pero todo aquello me parecía algo estirado. En cambio, arriba reinaba la confianza. Los niños traíamos nuestros juguetes y las visitas se sentían como en su propia casa, cuando estaba presente la reina del hogar.

Si nuestro padre me llevaba a veces a visitar los talleres de los pintores, con mucha más frecuencia nos llevaba nuestra madre a las diversas iglesias del barrio. Una le gustaba particularmente: era la capilla de los Padres Sacramentinos de la Avenida Friedland. Para la fiesta de Corpus, los Padres nos invitaron a los dos mayores a formar en la enorme procesión que se desarrollaba por el interior de un jardín, ya que los gobiernos anticlericales de aquel entonces no permitían manifestaciones religiosas en la calle.

Revestidos, pues, de sotanas rojas y blancos roquetes, llevando un canastillo lleno de flores que desparramábamos ante la Custodia, o balanceando un incensario, nos sentíamos penetrados de agradable unción. Un padrecito <le ojillos vi. vos y de alegre sonrisa, nos reunía antes o después de las funciones y nos decía cosas que aún recuerdo y no dejaban de causarme cierta sorpresa. Hasta entonces recordaba haber visto y oído a eclesiásticos de semblante siempre grave, que nombraban con mayor frecuencia el infierno que no el paraíso, y no se borraba <le mi memoria la austera devoción de mi bisabuela, la mamita Rosario, quien decía que al morir “ojalá cayera de boca al purgatorio”. Esa clase de devoción algo tétrica y pesimista me parecía normal, por no conocer otra.

En cambio el Padre Deo Gratias nos decía que debíamos darle gracias al Señor por todo lo bueno que nos rodeaba. Que debíamos ser alegres y que aun cuando cometiéramos una falta, después de haber pedido perdón debíamos seguir dando gracias, porque Dios, en Su bondad,

no nos había dejado caer en un pecado más grande aún. Y nos decía también que el peor de los pecados, pecado del mismo Demonio, era el de no tener confianza en el Señor; que, por consiguiente debíamos *vivir* siempre alegres y agradecidos, pues que con eso llegaríamos más fácilmente al cielo. Me agradó la doctrina del Padre Deo Gratias, nueva para mí. ¡Confío en que este simpático padrecito estará ahora gozando de una gloria muy merecida en el otro mundo!

En cuanto a mi madre, no me parece que aquellas doctrinas rigoristas de entonces le hayan disminuido su benevolencia habitual. Me atrevo a creer, en cambio, que la disminución de la fe en tantos, en el siglo pasado, fue debida en gran parte a la falta de aliento y simpatía humana en los encargados de atraer almas hacia Dios.

Nuestra madre vivía en esos años una de las más duras pruebas de su vida, debida a la grave enfermedad que sufría nuestra hermanita Emiliana. Ya han contado este trance mi padre en sus “Memorias de Ochenta Años”, y mi hermana Blanca en “Amalia Errázuriz”. No puedo, sin embargo, dejar de mencionar este episodio, debido a la influencia que tuvo, y tal vez aún sigue teniendo, en los ánimos <le todos nosotros. En mí quedó la visión imborrable de este cuadro: Emiliana, que tendría entonces unos diez u once años, siempre de espaldas, en su cama, con sus grandes ojos claros muy abiertos, abiertos pero que no veían, pues el terrible mal al cerebro la había dejado ciega ya años atrás. En el fondo del cuarto, la abnegada Sor Rosalía que la cuidaba. Nosotros entrábamos o salíamos del cuarto siempre en puntillas, y habíamos tomado la costumbre de hablar en voz baja en toda la casa. Nuestra madre estaba sentada al lado de la cama, pálida y trasnochada, cuando Emiliana dejó oír su voz débil y dulce:

—Cántame, mamacita, un bonito canto.

Y mi mamá, haciendo un esfuerzo para darle un tono alegre a su voz cansada, entonó un villancico mientras le corrían las lágrimas por sus mejillas...

La llevaron a Lourdes a pedirle un milagro a la Virgen. La llevaron en un tren especial de enfermos, de los que han descrito autores famosos, incluyendo a Emilio Zola. En la gran explanada frente a la Basílica, se amontonaban las camillas, con su cargamento de seres pálidos, muchos deformados por la enfermedad. La procesión del Santísimo avanzaba lentamente. La muchedumbre dama, suplica, ruega, de rodillas con los brazos extendidos.

—¡Señor, sánanos, Señor, ten piedad. . .!

Le dicen a Emiliana:

—¡Pide tú también!

Entonces oí su tenue voz:

—Señor, sana a los demás...

Varios años antes, cuando yo tenía a lo sumo nueve años, habíamos estado algunos días en Lourdes. Era en invierno, época de escasos peregrinos. Desde algún tiempo, yo sufría de fuertes dolores de cabeza que inquietaban a mis padres, pues Javierito había muerto de un ataque al cerebro, y a Emiliana -le había comenzado ya su larga enfermedad que duró seis años. Me habían hecho examinar por un médico pero sin resultados. En Lourdes mismo me vino un violento ataque. Vinieron unos amiguitos a convidarme para jugar con ellos, pero yo hube de quedarme, sentado en el suelo con la cabeza entre las manos. Luego me tomó mi madre de la mano y me llevó al pie da la Gruta de Massabielle, de donde surge el agua milagrosa.

Mi madre me puso bajo el chorro helado, tan frío que casi me hacía gritar. Me refregó fuertemente el cráneo y volvimos a la casa. Desde aquel día no recuerdo haber tenido nunca dolor de cabeza.

He tenido enfermedades pasajeras que vienen habitualmente acompañadas de esos incómodos dolores. Sufro con cierta frecuencia de jaquecas, que durante treinta o cuarenta minutos me tienen sin poder trabajar, sintiendo un desagradable malestar. Pero lo que se llama un dolor de cabeza no lo he sentido nunca más. He contado este caso a varios médicos. Estos facultativos me han mirado fijamente, sin decir una palabra. Es que Dios sabe hacer cosas que los mayores dentistas no comprenden... Y, sin embargo, para el que realmente cree, la cosa es tan comprensible, y más aún cuando sabemos que allá arriba, en la misma cumbre de la Creación, reina una Mujer, hermana nuestra que al mismo tiempo es Madre de Dios.

Basta, pues, sacar las consecuencias lógicas del caso. Mi madre de la tierra sabía esto perfectamente y su fe me valió, a mí su hijo, un beneficio temporal. Tú, mi hermanita Emiliana, llegaste más allá en tu lógica, y a la salud temporal preferiste irte pronto adonde no existe el dolor, sino sólo el Amor. Como le dijo Jesús a Magdalena: Elegiste la mejor parte.

## IX

### DOUAI

Yo tenía ya casi once años, mi hermano más de nueve. Mis padres pensaron que era urgente ponernos en un colegio. Habíamos estudiado con varias institutrices. Sabíamos bien el francés y algo de inglés. Nuestro padre nos buscaba libros instructivos y hasta nos había traído un importante mueble llamado Museo de las Escuelas, de cuyo manejo se encargó él mismo. El tal mueble, con las infinitas tablas que contenían sus muestrarios y ejemplares de cuanto Dios crió, no resultó práctico en nuestro caso.

Mi padre pensó, pues, mandarnos a un colegio en Inglaterra. A mi madre le repugnaba la idea de que se nos mandase tan lejos de París, donde estábamos establecidos. Después de varias consultas, se transó por un colegio inglés, pero en Francia. Existía uno, muy recomendable, de los benedictinos ingleses que habían venido a buscar refugio en Francia, tres siglos antes, de la persecución de Enrique VIII y de Isabel I de Inglaterra. Su colegio se hallaba en la ciudad de Douai, en el norte de Francia.

Allá fuimos un buen día. Era en 1891. El Prior de los benedictinos, un religioso atento y simpático, le preguntó a Luis en inglés:

—How old are you?

A lo que mi hermano contestó:

—I am half past nine.

Respuesta intraducible al castellano, pero que hizo reír mucho a los buenos padres y sirvió para romper el hielo del primer encuentro.

Pronto nos acostumbramos a nuestra nueva vida, en la que se daba mayor importancia al espíritu deportivo que a los estudios, según la tradición inglesa enunciada en latín:

“Mens sana in corpore sano”.

Los alumnos eran todos británicos, pues, por principio, no se admitían niños franceses. Pensaban que así estos religiosos, siendo considerados como extranjeros, evitarían las molestas intervenciones que ya estaba preparando el Gobierno de Francia, en contra de las

congregaciones religiosas. Nada ganaron los benedictinos con esa precaución, pues en 1901 el Colegio Inglés de Douai fue clausurado “manu militan”, junto con todas las demás instituciones de enseñanza dirigidas por religiosos en Francia.

De todos modos, habiendo los benedictinos hecho una excepción recibiéndonos a nosotros dos, se vieron obligados a admitir a varios otros niños sudamericanos, lo que contribuyó seguramente a aminorar el carácter muy especial que distinguía a este colegio.

Sus edificios eran vetustos e incómodos. Los alumnos, hasta entonces exclusivamente británicos, vivían empapados en tradiciones que se conservaban desde el siglo XVI. Estas tradiciones influían en el régimen alimenticio e incluían un espartano desprecio por el confort moderno y un amor al aire libre y al agua fría, que causaba espanto a los franceses o demás latinos que visitaban el establecimiento. En los principios, recordando los consejos maternos, cuidábamos de no mojarnos los pies en tiempo de lluvia. Pronto observé que mis compañeros, en vez de evitar los charcos de agua del patio, atravesaban tranquilamente por medio del pantano, sin pensar en seguida en cambiarse zapatos. Me puse a imitarlos, quedándome con los pies mojados, y vi que así no me pasaba nada. Ese endurecimiento al frío y a la humedad me ha servido toda la vida, evitándome seguramente muchas molestias y... cuentas de médico.

El Colegio de San Edmundo de Douai albergaba solamente a setenta alumnos y unos veinte religiosos. Nuestra vida era, pues, la de una gran familia en la que todos se conocían bien. No tenía nada de cuartel. La disciplina era paternal, sin que faltaran, de tarde en tarde, los castigos corporales para quienes los merecieran, lo que, por lo demás, es parte integrante de la tradición inglesa.

Aparte de estas características, nuestra vida de colegiales era más o menos la misma que la de los colegiales del mundo civilizado de esa época. Como he dicho, se daba gran importancia a los deportes y se alentaba esa emulación noble y sana, tan benéfica para la juventud, y que ahora es universalmente aceptada. En prueba del prestigio que tenían desde ya entre británicos las hazañas deportivas, contaré que muchos años más tarde, siendo mi hermano embajador, se le recordaba en nuestro colegio como al campeón invicto, hasta entonces, de salto alto. Lo que es yo, nunca me distinguí en pruebas atléticas.

En aquella apacible ciudad de los Flandes franceses, se nos llamaba “los locos ingleses”. Era sabido que al tocar día de excursión, salíamos a caminar con cualquier tiempo que hubiera, fuese lluvia, nieve o neblina. En la cabeza llevábamos el gorro coronado de un rectángulo de cartón, adornado de un largo fleco, típico de las universidades británicas. Mientras más llovía, más fuerte cantábamos canciones de vigoroso ritmo nórdico. Nuestros académicos sombreros se saturaban de agua, que nos corría por la cara y por el cuello, cuando no se los llevaba el

viento, obligándonos así a correr por el fango para recuperarlos. Por fin volvíamos a casa hechos unas sopas, pero siempre cantando.

Durante ese período no recuerdo haber estado ningún momento enfermo, a pesar del austero régimen. Cuando volvíamos a París, nuestros padres nos encontraban algo delgados pero de muy buen color. En París, en pocos días engordábamos, pero luego se desteñían nuestras mejillas.

El colegio se calefaccionaba por medio de tubos de agua caliente. En un invierno más frío que de costumbre, se heló el agua dentro de los tubos, y no hubo más remedio que esperar el deshielo. Como ya en esas condiciones era imposible estudiar, se suspendieron las clases y nos dedicamos todos a patinar sobre el hielo de las lagunas que nos rodeaban. En esos días, me encontré con que se había congelado completamente el agua de un vaso que yo mismo había dejado en mi pupitre, con el objeto de usarla para pintar una acuarela. Al punto se me ocurrió una idea que puse inmediatamente en práctica. Era la hora precisa en que el Padre Prefecto iba diariamente a examinar el termómetro de la sala de estudio. Antes que llegara el buen Padre, corrí con mi bloque de hielo y lo apliqué un rato al termómetro, produciendo con eso un violento descenso en la columna de mercurio. Me retiré a tiempo para oír al Prefecto lanzar una exclamación de sorpresa. En tres días consecutivos repetí mi alevosa maniobra, hasta que se derritió mi trozo de hielo. Debido a esa picardía mía, pudimos seguir patinando un par de días más.

A pesar de tanta distracción, alcancé también a estudiar algo. Desde luego, me familiaricé con la lengua de Shakespeare, y lo que aprendí allí de latín me sirvió de base para mis estudios posteriores. También aprendí a conocer de cerca el temperamento británico, en esa edad de la niñez, en que la educación y las convenciones no impiden todavía la expresión espontánea del niño.

La ciudad de Douai, en el tiempo que la conocí, conservaba intacto su carácter netamente flamenco, con sus torres góticas, sus calles tortuosas, sus canales en los que lentamente se deslizaban las barcas, remolcadas desde la orilla por un caballo. El pueblo parecía impregnado de un olor particular, a jabón y cerveza, que es propio de los Países Bajos. Rodeaba la ciudad un imponente cinturón de fortificaciones diseñadas por Vauban, y se entraba a ellas por puertas monumentales de estilo barroco. Pero alcancé a ver la demolición de esas nobles estructuras, que fueron reemplazadas por vulgares bulevares, a imitación de los arrabales de París.

Muchos años más tarde, al mirar cuadros de Ruisdael, de Hooch o de Vermeer, me ha parecido reconocer ciertos rincones, ciertos patios o canales que recordaba haber visto en esa

ciudad tan típica de los viejos Flandes.

Me esperaba, sin embargo, un súbito cambio de paisaje, al pasar, casi sin transición, del húmedo Norte al deslumbrante Cercano Oriente de Palestina.

## TIERRA SANTA

De nuevo estábamos en el mar. Pero esta vez íbamos solamente mi hermano Luis y yo, con nuestra madre. Nuestro padre se había adelantado a nosotros, y nos esperaba en Jerusalén con alojamiento listo.

No era mayor el buque en que íbamos, ni menos viejo, que el Galicia, ni menos incómodo. En otros aspectos las circunstancias eran distintas. Se trataba de una peregrinación de penitencia, que así se intitulaba esta expedición, organizada con fines exclusivamente espirituales por los Padres agustinos de la Asunción. Estos, por ser dueños del barco, podían arreglar los programas y horarios según las conveniencias de los pasajeros, y todo iba encaminado, no a su mayor comodidad, puesto que se trataba de un viaje de penitencia, pero sí a su mayor instrucción y deleite espiritual. Por de pronto, la austeridad del título permitía a los reverendos dueños escudarse detrás de él, en caso de cualquier falla en la organización de la peregrinación. En cambio, todo lo agradable y exitoso del viaje, que no fue poco en nuestro caso, pasaba a ser ganancia de los peregrinos.

El barco se llamaba “Notre Dame du Salut”, pero generalmente se le decía “La Nef du Salut”, es decir, “La Nave de la Salvación”. Los padres nos daban interesantes conferencias sobre las costas del Mediterráneo que teníamos a la vista, tan llenas de recuerdos históricos. También los oficiales del barco nos daban charlas instructivas acerca de temas geográficos o náuticos, y hasta de higiene, por el médico del buque. Había una amplia capilla en la que se decían numerosas misas, sin contar las demás distribuciones usuales.

Entre los pasajeros reinó pronto alegre confianza que ayudó poderosamente a alejar la tétrica sombra del mareo. Uno de los peregrinos compuso una canción cuyo refrán era algo como: “Alegre, alegre el feliz viaje que nos conduce al cielo”. Primero los menores, enseguida los adultos y hasta algunos ya viejones entraron en la marcha de un extremo al otro de la “Nave de Salvación”, y aquel día no hubo más enfermos sobre cubierta.

El descubrimiento del Oriente fue para mí algo sensacional. Hoy día las palabras Oriente



y Occidente nos traen a la mente, ante todo, la idea de dos gigantescas fuerzas que se aprontan a lanzarse, bomba en mano, una contra otra, y a destrozarse mutuamente. Para mí, el Oriente era una región de ensueños fantásticos y que ahora iba a ver en realidad. Era la tierra de los Patriarcas, de los Apóstoles, y también la del Señor Jesús y de la Virgen. Mi madre nos había hablado muchas veces del Evangelio y de los relatos bíblicos. Ella había ya estado en Tierra Santa el año anterior, de modo que pudo servirnos de guía en los diversos santuarios. Mi padre, al juntarse con nosotros más tarde, nos enseñó a apreciar la belleza que su ojo de pintor le hacía descubrir donde otros no veían nada de interés.

A la fecha de mi primer viaje, el Oriente casi no había cambiado en miles de años. Lo que llamamos la civilización europea, no había llegado a Palestina. No se había estandarizado el vestuario ni los medios de transporte, de modo que cada región conservaba aún intacto su carácter propio.

Mi primera impresión de Oriente fue la ya muy conocida para nosotros, de un desembarco. Pero ¡qué desembarco! Los botes que llevaban a los pasajeros a tierra, debieron hallar su camino entre las rocas de la bahía de Jaifa, que es una de las más peligrosas que se conocen. No había duda ya de que estábamos en el soñado Oriente. Los remeros, con sus pantalones bombachos y sus turbantes, lanzaban gritos guturales e incomprensibles, mientras nuestras pequeñas embarcaciones, con gran riesgo de darse vuelta, trataban de llegar a la playa.

Allí estaba nuestro padre, en el pequeño muelle, visiblemente nervioso. Nos ayudó a salir del bote, distribuyendo retos y bastonazos entre los boteros y holgazanes que estorbaban el peso. Por fin nos instalamos en el tren de Jerusalén. El tren me pareció algo absurdo en plena tierra de los antiguos filisteos. Yo habría preferido un camello. El tren tardó tres horas en hacer el trayecto. Mi padre observó que este convoy era igual al tren de Pirque, y que los cerros por donde atravesábamos eran idénticos a los de Til-Til o de Quilicura, lo que a mi me pareció una comparación algo prosaica. Esto no impidió que aprendiera de mi padre a apreciar la belleza de los paisajes palestinos, y de la luz dorada que todo lo envuelve y lo dignifica: las piedras, los olivos y los negros cipreses, lo mismo que los vetustos edificios, cubiertos por cúpulas de todos los tamaños, y aún los pobladores, en su mayor parte cubiertos de andrajos, pero altamente pintorescos, y envueltos en aquella dignidad majestuosa que distingue a los orientales. No me apercibí de ello entonces, pero creo que fue en este viaje cuando comencé a sentirme pintor.

Y también se avivó mi fe cristiana. Mis creencias no dependían ya solamente de lo aprendido en el catecismo, ni aun de la doctrina que recibiera de mi madre. El pintor necesita

ver para creer. Se objetará a esta afirmación que muchos de los que visitan Tierra Santa, vuelven desencantados diciendo que no hay casi nada de interés que ver; pero a mí me sucedió lo contrario. Reconozco que las circunstancias de mi viaje eran excepcionales. Iba bajo la tutela de dos cicerones incomparables. Ya he hablado del primero. Mi madre era el segundo. Su palabra persuasiva nos hacía descubrir el sentido profundo de muchas cosas. Al visitar los diversos santuarios consagrados por la tradición, ella no se detenía en su aspecto exterior que, las más de las veces, hablaba poco a los sentidos. Uniendo su comentario del Evangelio a lo que veían mis ojos, mi imaginación evocaba inmediatamente visiones internas que para mí se hacían reales.

Muchas descripciones existen de Tierra Santa y de sus santuarios más notables. Por mi parte, me toca solamente contar las impresiones de un muchacho que aún no cumplía los catorce años, impresiones simplistas e ingenuas.

Nuestra primera visita fue, como es natural, a la Basílica Sepulcro. Atravesando un laberinto de callejuelas, y de galerías abovedadas, en medio de un denso gentío y bullicioso, llegamos a la única entrada de Pasando primero por entre un grupo de guardianes y de un par de centinelas turcos, tocados del u seguida por varias capillas de formas irregulares as, nos hallamos por fin bajo la gran cúpula, en cuyo centro se alza el extraño edículo del Sepulcro sagrado. Peregrinos de todas lenguas y razas entraban en pequeños grupos y a los pocos minutos volvían a salir, bajo la vigilancia de un pope griego y también de un guardia con bayoneta calada. Cuando después de esperar nuestro turno se nos permitió entrar, hubimos de agacharnos para franquear la pequeña puerta de mármol. Pasando una segunda puertecita, nos hallamos en el interior de la Tumba. Este es muy estrecho y se ve ahora revestido de mármol. “Aquí mismo, pensé yo, estuvo el Señor, muerto y cubierto de llagas, y de aquí mismo se levantó y franqueó la losa de piedra, sellada por los judíos... Fue aquí... Lo sé, como si lo estuviera viendo. Y Él me ve hincado aquí, en su Tumba...”

Luego sentí las gotas de agua bendita con que otro sacerdote rociaba a los de nuestro grupo, para significar que r lugar a otros que esperaban fuera.

Todo me parecía extraño y misterioso. La complicada la decoración, mezcla confusa de diversos estilos, las infinitas lámparas de aceite de las que pendían flecos rojos, todo esto significaba un gran misterio. Y ese misterio atraía a millares de seres de las regiones más lejanas. Alrededor mío se movían hombres y mujeres que llevaban trajes exóticos, muchísimos rusos con sus gorros de piel y botas, o cosacos con altos bonetes de astracán y sus las cabezas cubiertas por vistosos pañuelos. Ignoraba yo el origen de muchos otros, pero pronto supe reconocer a los coptos y a otros miembros de las Iglesias orientales.

En la basílica siempre se oyen cantos y salmodias más o menos discordantes, ejecutados en tono nasal, y tan abigarrados como las vestiduras.

Y toda esta gente, ¿a qué venía? Pues a reconocer y certificar la Resurrección de Cristo, cada uno a su modo y en su lengua. Más aún. La muchedumbre que se apiñaba en las estrechas calles, en su inmensa mayoría, aún los que no creían en Cristo, creían en Dios Todopoderoso y lo reverenciaban, cada una según su capacidad. Los mahometanos, que eran la mayoría, creían firmemente en Alá, Creador del cielo y de la tierra, y consideraban a Jesús como a uno de sus profetas; sentían igualmente veneración por su madre, la “Señora Miriam”. Los despreciados judíos, a quienes no se permitía ni siquiera acercarse a la gran mezquita de la Roca, creían en el mismo Dios que nosotros. Entre ellos, notaba a algunos, reconocibles por sus trajes, de porte digno y facciones finas, que recordaban la imagen de Cristo. Eran tal vez, pensaba yo, descendientes de los parientes de Jesús y de María. Sentía yo que, evidentemente, éramos todos hijos de la gran familia de nuestro Padre Dios.

Se ahondó este sentimiento en la Capilla del Calvario. Sobre esa misma roca había corrido la sangre de Jesús. Allí mismo había pagado la deuda debida a su Padre, por nuestra culpa. Aquí mismo fuimos redimidos.

A los pocos días, en la gruta de Belén, veía yo, en espíritu, a un Niñito envuelto en pobres pañales. Poco me impresionaban ni la gran estrella de plata que indica el sitio, ni la profusión de adornos de gusto semibárbaro que llenan la gruta. Vi entrar a los humildes pastores y los oí cantar sus villancicos, los cantos de “Noel” que desde pequeños habíamos cantado nosotros. Fue un Ángel el que los llamó, pero fue una multitud de espíritus celestiales la que clamó: “¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad...!”

Se hicieron cortos los días pasados en Jerusalén. Durante ellos aprendí muchas cosas que sirvieron para ensanchar los límites de mi pequeño mundo infantil. Obtuve en esos días una visión más clara de lo grande que es la Religión Cristiana.

Me apercibí al mismo tiempo de lo pequeño que es el mundo. Caminábamos los cuatro por una calle de Belén, conversando en nuestro idioma natal, cuando se nos acercó, haciendo profundas venias, un oriental de blancas barbas y rostro sonriente.

—Habláis español — nos dijo en correcto castellano —. ¿De dónde sois?

—De Santiago de Chile — contestó mi padre.

—Entonces — siguió el venerable anciano — sin duda conocéis a mi hijo, cuyo nombre es...

Y nombró un apellido que hoy día figura entre los más conocidos de las finanzas chilenas.

—Mi hijo — añadió — tiene una casa de comercio muy importante en la mejor calle de

Santiago, la calle del Puente...

Mi padre le expresó su sentimiento por no tener el honor de conocer a su hijo. Conversaron un poco más, después de lo cual el anciano, con ademanes zalameros, nos invitó a entrar a su casa, donde deseaba presentarnos su familia.

Entramos a un salón, a un “diván”, como se dice por allá, es decir, una sala rodeada por asientos cubiertos de cojines. Al poco rato fueron llegando los miembros de la familia, de todas las edades y tamaños; los hombres, de ropa talar y turbantes, las mujeres con el bonito traje betlemita, de anchas listas verticales, y llevando en la cabeza un alto gorro, adornado con medallas o monedas, cubierto por encima con un largo velo blanco. Se trajo una bandeja con platillos que contenían dulces tic rosas en almíbar, y tacitas de café, todo pequeñito, como para un servicio de muñecas. Hubo poquísima conversación. Nos mirábamos las caras, sonriendo, y nada más, y luego nos despedimos.

Otro recuerdo del lejano Chile nos trajo, al cruzar por un pazar de Jerusalén, una exclamación de nuestro jefe de familia:

—Miren: roscas chilenas!

En efecto, allí colgaban ensartadas, idénticas a las que entonces se veían en nuestras dulcerías. A la pregunta de cómo se llamaban, respondió el comerciante árabe:

—Roscas.

Por lo que nos confirmamos en la idea de que buena parte de nuestros alimentos y objetos usuales conservan la forma y hasta los nombres que les dieron los antiguos árabes tic España. Nuestro mentor no cesaba tic descubrir puntos de contacto entre la tierra que visitábamos y nuestra patria. En ambas se sienten bruscos cambios de temperatura, el aire es seco y estimulante, y la luz del sol tiene aquel centelleo de oro en polvo que se observa en las tardes chilenas tal como en las tic Jerusalén, y que constituye un rompecabezas para los pintores. En este primer viaje a Oriente no preveía yo aún esos problemas pictóricos, pero sí pude captar y conservar desde entonces la visión de los lejanos montes de Judea recortándose en su puro color violeta, contra el oro en fusión del ocaso.

Admiré, por cierto, la belleza de los ágiles caballos árabes, sobre los cuales alardeaban algunos oficiales del ejército otomano. Es de advertir que aún reinaba el sultán de Turquía sobre toda Palestina y Egipto. Las autoridades turcas no molestaban en nada a los extranjeros como nosotros, sino cobrando impuestos y derechos de todas clases, sin contar la exigencia del “bakshish” o propina, sin la cual no se hace ni se consigue nada en Oriente.

El programa de la peregrinación incluía una excursión a Nazareth. Mi padre no tomó parte en ella. En cambio marchó al Cairo, donde quedó esperándonos. Partimos, pues, hacia Galilea,

nuestra madre en coche, sus dos hijos a caballo. La ida no comportó ningún tropiezo y pudimos venerar con devoción la casa de San José y de la Virgen, y orar en la Iglesia de la Anunciación. Pero comenzó a llover torrencialmente, y los directores de la peregrinación se pusieron muy inquietos pues era invierno, y en Palestina, como en Chile, aun los riachuelos se transforman en torrentes en pocos días.

Sin dificultad llegó nuestra caravana hasta el histórico Kison, en cuyo lecho el Profeta Elías mandó degollar a los falsos profetas de Baal. Como habíamos temido, nos encontramos con que el río había crecido formando una impetuosa corriente. A más tic esto, nos hallamos con que los obreros que construían un nuevo puente estaban en gran estado de agitación, gritando y gesticulando todos al mismo tiempo. Después de un rato, se nos dijo que ni los coches ni nuestro equipaje irían más allá, y que los peregrinos podrían pasar por una pasarela y seguir su viaje a pie, si pagaban una fuerte suma como derecho que se cobraba por pasar el río. Nuestras protestas indignadas no sirvieron de nada. Los gritos que se oían eran sin duda en lengua árabe. Sin embargo, los peregrinos franceses opinaban que estos obreros amotinados eran italianos. Por mi experiencia posterior me enteré de que, por costumbre, cuando algo anda mal entre los franceses, se le echa la culpa a algún italiano. Tal como en Italia se acusa a los franceses de situaciones semejantes.

Fuera lo que fuese, nos vimos forzados a ponernos en marcha, sin perder tiempo, porque el día iba bajando. Parecíamos un ejército en derrota. Por fortuna, los más de nosotros no sabíamos que nos quedaban unos diez kilómetros por andar, a pie, a oscuras y por charcos y pantanos. En varias partes del camino, el agua nos llegaba hasta los tobillos y a veces más arriba aún. Nuestra madre se portó muy valiente, caminando entre un grupo de amigos que la ayudaban en cuanto podían. En cambio, a otros dc los peregrinos daba lástima verlos, sobre todo un señor gordo y de mala salud, a quien debieron los más forzudos llevarlo casi en peso. Para nosotros dos, entrenados como estábamos al ejercicio, la aventura nos pareció más bien una entretención.

Pronto la noche se hizo oscurísima. A lo lejos se oían los lúgubres aullidos de un chacal, lo que nos hacía acelerar más la marcha. Cerca de medianoche llegamos a las primeras casas de Jaifa, en cuya bahía nos esperaba “Notre Dame tlu Salut”, pero no podíamos pensar en embarcarnos de noche ~ hubimos de pedir alojamiento en las casas del pueblo.

Por fin, al día siguiente, nos hallamos todos reunidos en el barco, sanos y salvos. Estábamos frente a Jaifa, es decir, al pie del Monte Carmelo, en cuya cumbre debía erigirse pocos años más tarde el monumento chileno en honor de nuestra Patrona nacional. Mi madre había ido invocando a la Virgen del Carmen durante su penosa andanza y ahora le daba gracias

por habernos sacado del trance a todos, sin mayor inconveniente que un gran cansancio, del que mi pobre madre se resintió por mucho tiempo.

Pero sobre el cansancio dominó en todos la alegría de vernos tic nuevo sobre la cubierta de la “Nave de Salvación”, en que todo era limpio y ordenado. Mucho nos reímos también de las fachas con que fueron apareciendo los viajeros. Nuestros zapatos y medias y algunos de los vestidos quedaron imposibles y debieron trocarse por ropas indígenas de tipo oriental. Quien andaba con pantalones bombachos de colores vistosos, quien con babuchas de punta arremangada y con un pompón en el extremo. Debido a una enérgica intervención del Cónsul de Francia, se nos devolvió el mismo día todo nuestro equipaje, como también el dinero secuestrado en el Kison. De esta manera lo que pudo ser una tragedia acabó en alegres chanzas. Para los franceses “Tout finit par une chansoffl!”

La “Nave tic Salvación” nos llevó a Alejandría de Egipto, ciudad que visitamos, siguiendo después al Cairo en tren. La capital de Egipto ejercía ya fuerte atracción sobre los turistas, y era un gran centro de lujo y elegancia cosmopolita, por lo menos en su barrio central.

Los barrios exteriores conservaban el aspecto y las costumbres de las antiguas ciudades árabes, como lo pudimos notar en el curso de esta visita. Si, por acaso, caen estas páginas en manos de un culto y moderno ciudadano egipcio, él probablemente protestará enérgicamente y tratará al autor de ellas de mentiroso calumniador. Sin embargo, lo que voy a referir es la más absoluta verdad. Se nos había aconsejado que no entra-ramos a la ciudad antigua. Con todo, llevados por la curiosidad, nos aventuramos nosotros cuatro acompañados por un intérprete, en una de esas pintorescas callejuelas. Después de andar un rato, a la vuelta de una esquina dimos con un numeroso grupo de hombres, a los que veíamos de espaldas, que parecía absortos por un espectáculo interesante. Del centro del grupo partían gritos desesperados que alternaban con gemidos lastimosos de una mujer. Mi padre le pidió a nuestro intérprete que averiguara lo que ocurría. Al poco rato volvió nuestro guía y dijo en tono indiferente:

—No es nada; es un hombre que está matando a su mujer porque salió a la calle con la cara descubierta...

Probablemente el intérprete exageraba al decir que estaba matando a la infeliz mujer, pero la paliza debió ser terrible. Nosotros nos apresuramos a volver al barrio europeo, donde reinaba el confort y la más refinada civilización. Es de advertir que lo referido sucedía en el año 1894. En tanto tiempo las cosas han cambiado mucho, tanto en Oriente como en Occidente.

De las maravillas de arte que contiene Egipto, poco vimos en esta ocasión y, por lo demás, no me hallaba aún capaz de apreciar la belleza del arte faraónico. Es preciso recordar también

que sólo muchos años más tarde fue descubierta la famosa tumba de Tutankamón, desde cuyo descubrimiento solamente se generalizó el interés por aquel arte asombroso. No dejaron, sin embargo, de impresionarme la gran Pirámide y la misteriosa Esfinge.

Esos templos colosales, con sus obeliscos que apercibimos de lejos, me parecieron abrumadores, fuera de escala con nuestra humanidad. Y el calor de un sol implacable me hacía desear un pronto regreso a regiones más templadas.

APRENDO MIRANDO

Después del deslumbrante sol de Oriente, de nuevo las brumas del norte de Francia. Se reanudó nuestra vida (le colegiales, de la que recuerdo principalmente las emociones deportivas. También una pelea, la única de mi vida, con tres o cuatro niños sudamericanos a quienes les dio por fastidiarme, hasta que armado de un palo de hockey impuse respeto a mis agresores.

Inesperadamente nos llegó la triste noticia de que había muerto nuestra hermanita Emiliana. Nos vinieron a buscar para que asistiéramos a los funerales y para que tratásemos de consolar a nuestra madre. La encontramos muy tranquila y, como siempre, en perfecta unión con la voluntad de Dios.

Luego nos tocó prepararnos para nuestra Primera Comunión, la que en aquel entonces no se daba a los niños antes de los doce años por lo menos. Me tocó a mí recibirla a los catorce, es decir en el año 1895. Fue una ceremonia muy recogida y sencilla en la bonita capilla de estilo gótico del colegio de Douai.

Mi fe que era profunda, había sido tonificada por las impresiones recibidas en Tierra Santa. Los religiosos encargados de nuestra educación atendían con solicitud a nuestra formación espiritual, y mi piadosa madre, aún desde la distancia a que se hallaba, no dejaba de influir poderosamente sobre nuestros ánimos. Por lo demás, velaba la Providencia.

En esos tiempos llegaba a Douai un caballero inglés llamado Mr. Ward, tipo del gentleman de la era victoriana, alto y bigotudo, de largo tranco al andar, de ademán afable aunque algo seco en su reserva británica. Mr. Ward gustaba de viajar por Europa. Era rico, pues poseía valiosas tierras en la Isla de Wight, y se había constituido en mecenas y protector de los benedictinos de Douai, por lo que sus visitas eran altamente apreciadas por padres y alumnos. Importantes mejoras habían sido costeadas por él en nuestro viejísimo colegio, pero más aún apreciábamos nosotros su generosidad en regalarnos dulces o comilonas, cuando la ocasión se presentaba. Le gustaba a



este excelente caballero introducirse en nuestra clase de latín y ponerse a enseñar a los niños ingleses lo que él decía ser la pronunciación correcta del idioma. Los esfuerzos que hacían tanto el Padre Osvaldo, reducido por el momento al rango de alumno, como los demás niños, para poder pronunciar aquellos sonidos tan ajenos a la fonética inglesa, resultaban realmente cómicos; pero todo se le permitía al simpático bienhechor del colegio. No se me ocurría pensar entonces que años más tarde me encontraría con los hijos de este distinguido y generoso caballero en la misma Isla de Wight.

Los padres poseían una casa de campo a unos dos kilómetros de Douai, donde había una laguna, un bote y una buena piscina. Cuidaba esta casa una señora inglesa. Los enfermos eran llevados a esa casa, cuando los había, que era cosa rara. Mr. Ward llegaba por allá con frecuencia, montado en su triciclo, vistiendo la indumentaria típica de Sherlock Holmes, su contemporáneo.

Llegado al término de este período en Douai, me pregunto si debo o no vencer mi timidez y confusión a fin de relatar lo que allí me aconteció; unas memorias deben ser sinceras, algo así como una confesión general. Pues, allá va. Me acuso de haber compuesto una pieza de teatro, y no sólo de haberla compuesto sino también de haberla llevado a las tablas, con la ayuda de una compañía de actores, formados y enseñados por mí, sacados de entre mis compañeros de colegio.

Los decorados y vestuarios también fueron de mi fabricación, salvo la cooperación de uno u otro discípulo. La mayor ayuda me vino de un muchacho chileno llamado Rafael Møller, con quien fuimos buenos amigos de colegio. Si vive aún Rafael y si le alcanzan estas líneas, aquí va un amistoso recuerdo de su compañero de Douai. Ya ni me acuerdo cuál sería el tema de la comedia, cuyo personaje principal era un emperador de China. Los Padres y los alumnos tuvieron la paciencia de asistir hasta el fin de tres representaciones. Algunos autores teatrales no consiguen tanto.

De vuelta a París, representamos una u otra comedia, en colaboración con Carlos Peña Otaegui, quien era ya en esos años muy amigo nuestro. Vivía con sus padres y varios hermanos en la célebre Avenida del Bosque, a poca distancia del Arco de Triunfo; pero no siguió la cosa más allá, en cuanto a comedias.

Salíamos continuamente juntos los tres, que podíamos habernos llamado los tres mosqueteros, pero no se nos ocurrió. Sólo más tarde, pero ya no los mismos tres, usurpamos ese título para nuestro trío. Eso vendrá a su tiempo.

Por ahora hacíamos largas caminatas por París o por sus alrededores. Los parques y los bosques de París conservaban aún una paz idílica, incontaminada por el olor a bencina o por

ruido de motores. Las carreteras eran blancas o revestidas de dorado macadam. Era necesario ser muy distraído para ser atropellado por un coche con caballos; yo soy distraído, pero no tanto.

Visitábamos los museos y las iglesias de interés histórico. En ese ramo descollaba Carlos con tal erudicción que nos dejaba mudos a mi hermano y a mí. Por lo demás, Luis y yo siempre hemos hablado poco, mientras nuestro amigo era inagotable en su verbosidad y alegría. Carlos leía mucho y hablaba de lo que había leído. Yo leía algo, pero miraba mucho más y conservaba en mi memoria lo que había visto, con mayor seguridad que lo que había leído.

Íbamos a veces al teatro. Funcionaba entonces un inmenso teatro-circo, el Hipódromo, en el que, entre otras cosas, dieron un drama de gran espectáculo sobre Juan de Arco, con gran despliegue de figurantes y de caballos. Al final, sube Juana al cadalso, un verdugo enciende la llama y luego un denso humo envuelve a la víctima. Se disipa el humo, y en vez de la muchacha viva de traje blanco, aparece una reproducción de tamaño natural de la estatua ecuestre y dorada de la “Pucelle”, obra del escultor Frémier. Al punto la orquesta irrumpe con la popular “Marcha Lorena”. El público vibra de emoción y parten gritos contra Inglaterra..

Aún no se pensaba en la “Entente Cordiale” que propició más tarde Eduardo VII y los británicos gozaban entonces de poca simpatía. Pero eran muy ricos y les convenía a los parisienses estar bien con ellos, por lo que estos desahogos momentáneos no iban más lejos.

Veíamos a pocos niños más, fuera de nuestros parientes cercanos, a quienes ya he nombrado. La revolución del 91 había dividido a los chilenos en dos campos opuestos. Entre los amiguitos con quienes jugábamos antes de esa fecha, estaban los Moría Lynch. De las personas que veíamos con cierta frecuencia era don Augusto Matte, y su hija Rebeca, que ya daba a conocer su talento de escultora.

El París de entonces era descrito como el “paraíso de las mujeres, el infierno de los caballos”. Peor aún había sido para los pobres cuadrúpedos el tiempo que alcancé a conocer **Cii** que el pavimento de las calles era de puros adoquines de pie-tira, y en que los coches no tenían sino llantas de fierro, sin gomas. Pero pronto se pavimentaron las calles con adoquines de madera y aparecieron las llantas de goma en los coches. Se hizo, con este cambio, tan silencioso el tráfico que hubo que ponerles cascabeles a los caballos, de lo que resultó un alegre tintineo, acompañado sólo del rápido tamboreo de las herraduras en el piso de madera. No hubo más ruido que la ocasional anclanada de insultos de un cochero a otro, o a algún viajero que, por desgracia para el incauto, no había dado una propina adecuada. Es preciso recordar que por entonces un viaje en “fiacre”, que podía ser de varios kilómetros, valía un

franco cincuenta, y la hora entera se pagaba a dos francos.

Debo volver un poco atrás y dar cuenta de varios viajes, siempre en compañía de mi hermano. Uno de estos, o tal vez dos, que no lo recuerdo bien, fue a Suiza, donde nuestro progenitor nos hizo admirar no sólo las bellezas alpinas, sino la extremada limpieza, orden y disciplina que reina en la patria de Guillermo Tell. A mí, francamente, me pareció todo aquello demasiado limpio, demasiado ordenado y perfecto. Inconscientemente añoraba la espontaneidad, la improvisación latina.

Algo parecido me sucedió en Bruselas, donde se habla francés, pero evidentemente se piensa en belga más que en francés. Todo aquello lo sentía yo solamente con mirar alrededor mío. Me fijaba en los avisos y en los afiches, y sobre todo en las revistas ilustradas. Toda la vida me ha gustado “mirar monos y es increíble la cantidad de información (que he adquirido en esa forma. He aprendido mirando y comparando, conocimientos que otros adquieren en largas lecturas.

Por disposición paterna fuimos a pasar dos tijas en Bruselas, llevando en nuestras cabezas los incómodos “master-boards” académicos, que nos hicieron sentirnos bastante molestos, no sólo física sino moralmente, pues los chiquillos de la calle nos demostraban claramente la poca simpatía que dominaba entonces por Inglaterra, cuya actitud en el Transvaal era juzgada severamente por las demás naciones europeas.

Los mismos gorros hubieron de cubrir nuestras cabezas en otro viaje, esta vez a Inglaterra, cuyo suelo pisaba yo entonces por primera vez; pero en esta ocasión nuestro tocado se hallaba perfectamente a tono con el ambiente. Era en invierno, reinaban un frío intenso y una impenetrable neblina.

De unos pocos días pasados en Italia y en Roma no diré nada por ahora, pues ya vendrá la ocasión de hacerlo más adelante.

## XII

### EL ARCO DE TRIUNFO

Por ahora era París nuestro centro de operaciones. Con la actividad que se disfruta entre los trece y los quince años, recorríamos avenidas y bulevares, iglesias, museos y palacios, siempre observando y comentando. Nuestras opiniones a veces no se hallaban de acuerdo. Tal vez salíamos del Museo de Cluny, donde nuestro amigo Carlos se hallaba a su anchas para lucir la cultura literaria y artística que a esa temprana edad tenía ya adquirida. Era este su Museo preferido, lleno de recuerdos de la Edad Media. Con expresiva gesticulación, nos demostraba Carlos la superioridad, para él indiscutible, de ese bello y romántico período. Se prolongaba la conversación por las anchas avenidas. De pronto aparecía, como un reto a todo lo pasado, la inevitable linterna de acero de la Torre Eiffel, cuya vista producía la indignación de nuestro simpático compañero.

—Es verdad — me atrevía yo a observar— que de lejos es fea la torre, sobre todo al compararla con los magníficos monumentos de la ciudad. Pero vista de cerca, al pie de aquellos cuatro arcos colosales, adquiere una fuerza, una grandiosidad...

—Así que tú, Pedro, que te dices artista, ¿te agrada este monstruo, por ser grande, por ser “biggest in the world . . .

—No me has comprendido, Carlos. Para mí la grandiosidad no es solamente cuestión de tamaño...

Como de costumbre no supe explicar con claridad mi pensamiento y nuestro amigo siguió con el uso de la palabra.

Comentando los ejemplares de arte medieval que acabábamos de admirar en el Museo de Cluny, nos enseñaba Carlos cómo los monjes de San Benito habían sabido perfeccionar ese estilo admirable, y cómo a él sucedió en el siglo XIII el estilo gótico, en que dejaron su fuerte impronta los monjes de San Bernardo. Estos fueron, y son aún, los monjes blancos, en oposición a los monjes negros, o benedictinos propiamente dichos.

—Yo —exclamaba Carlos— seré monje blanco del Cister!

Luis, por su parte, parecía inclinarse hacia los monjes negros. Yo, callado, no sentía preferencia muy marcada por ningún estilo, ni por ninguna otra cosa en particular. Sentía sólo el tieso de algo grande, de algo hermoso a que dedicar mi vida, pero aún no veía lo que aquello pudiera ser.

Íbamos llegando a la plaza de la Concordia. El sol bajaba detrás del Arco de la Estrella, mientras Carlos y Luis seguían conversando. Yo, todo ojos, contemplaba aquel espectáculo, único en el mundo, y que, tarde tras tarde, se repite en este mismo sitio para los que saben apreciarlo. A nuestra espalda quedaban las Tullerías y el Louvre y más atrás aún la Sainte Chapelle y la Catedral de Notre Dame, todo aquello saturado del recuerdo de los grandes monarcas que hicieron de Francia lo que es. Avanzábamos hacia el poniente, dejando a cada lado los magníficos caballos de Marly, y a cada paso veíamos crecer ante nosotros el macizo recuerdo de la epopeya napoleónica, envuelto ya entre los últimos rayos del sol poniente. Ya no miraba el Arco con los ojos de mis siete años. Ahora comprendía algo de lo que todo ese despliegue de belleza significaba. Ahí se destacaban los geniales relieves de Urde, los cuales, aunque manchados por el tiempo, parecían adquirir vida en la creciente penumbra, y me parecía oír la voz estentórea de aquella diosa que, con las alas y los brazos abiertos, lanza un grito capaz de despertar a los muertos. Evidentemente, según la intención del artista, ese grito debió ser el de “¡Libertad!”. Esa fue la palabra más en boga en toda la epopeya napoleónica; pero casi inconscientemente me daba cuenta de que ese grito debió ser más bien el de “¡Gloria!”. Conocía lo suficiente al pueblo francés como para suponer que esa ilación amaba aún más la gloria que la libertad. Todo lo que habíamos visto esa tarde parecía cantar un cántico de gloria que repercutía allá arriba, envuelto en rojos arreboles, entre los cuales moría la luz del día.

Ya Luis XIV, el Rey Sol, había sembrado en su pueblo el amor a la gloria. Más tarde Napoleón, gran psicólogo, supo como arrastrar las masas. Otros pueblos han sido dominados por la fuerza, otros por la ambición del poder o las riquezas. Sólo en Francia he visto un monumento con la inscripción “Gloria Victis — ¡Gloria a los Vencidos!” Los franceses vivían enamorados de su gloria. Esa tarde, como tantas otras, volvía a casa pensativo.

Recorríamos los principales museos, pero entendía aún muy poco lo que en ellos veía. La mayoría de las obras de arte las hallaba entonces demasiado complicadas o artificiales, sin darme cuenta aún de que las palabras “arte” y “artificial” provienen de casi la misma idea. Rubens me cargaba. Los primitivos me parecían infantiles. La elocuencia de Carlos no lograba aún hacérmelos aceptar. Debería llegar a ellos por otro camino más largo, más profundo; no por vía de una lección aprendida en un libro, sino por medio de una comunión directa con el

alma de la Edad Media y de sus santos.

A mí, más que a mis dos compañeros, me atraía el Palacio de los Inválidos, con su soberbia cúpula dorada, y abajo en la cripta, rodeada por haces de estandartes tomados al enemigo, la austera tumba de mármol de Napoleón.

Conocía lo suficiente la historia para saber, sin que Carlos insistiera en ello, que el Corso había sido sólo un gran “Bandolero de tronos y de coronas” como dice, según creo, una canción española. Por su parte, mi amigo, entusiasta defensor de la legítima monarquía, repudiaba toda connivencia con la revolución.

En el fondo yo estaba bastante de acuerdo con mi amigo, pero me fascinaba de modo misterioso aquel ambiente. En las salas de ese Museo veía yo filas y filas de muñequitos vistiendo los pintorescos uniformes de la “Grande Armée”, mientras cuadros, mapas en relieve, armas de todas clases e infinidad de banderas de todas las naciones de Europa demostraban el genio y las proezas de los Mariscales de Francia o de la Vieja Guardia del “Petit Caporal”. De tanto mirarlas, las figuras esas armas y uniformes se me quedaron grabadas en las pupilas. Ahora, sesenta años después, podría dar cuenta detallada de muchas de ellas, y por eso, al volver a recorrer los Campos Elíseos en cualquiera tarde, me embargaba de nuevo aquel ambiente de gloria — gloria abstracta, podría decir-, pero que para mí debía ser algo real, aunque yo no sabía con qué relacionarlo en concreto.

Con frecuencia nuestras tardes terminaban en la Capilla Española de la Avenida Friedland, arrodillados al lado de nuestra madre, ante el Santísimo. Ella permanecía con la vista largamente clavada en la Hostia, mientras de tarde en tarde brillaba una lágrima en su rostro pálido. Muy vivo teníamos aún el recuerdo de Emiliana y sabíamos que ella pedía por nosotros en el Cielo. Yo *me* esforzaba por elevar mis distraídas plegarias hacia el Señor encerrado en la Hostia, pero mis ojos vagaban por la riquísima Custodia y por los atributos reales que le servían de fondo: una inmensa corona, terciopelos, pieles (le armino y borlas (lora(las, ¡todos los atributos (le un gran rey! Yo había visto la gruta (le Belén; nuestra madre nos hablaba del Niño Jesús, pobre entre los pobres. El Padrecito Deo Gratias nos había dicho cosas parecidas, tiempo a tras en esta misma capilla ‘y’, sin embargo, a este Niñito escondido en la Hostia se le tributan todos los honores debidos al mayor de los Soberanos.

Mi imaginación vuela y ve los purpúreos arreboles sobre los campos Elíseos y el Arco. Sí, pero Luis XIV y Napoleón ya pasaron. Quedan sólo los regimientos de cartón del Museo que a mí tanto me interesan. En cambio, El, el Señor que está en el cielo, con Emiliana y javierito cerca de El, es Rey para siempre.

El hondo misterio que presentía en Jerusalén, lo hallo aquí de nuevo sin resolver, mientras

los Padres Sacramentinos recitan pausadamente su Oficio. Sabía bastante latín como para comprender muchas de las palabras que salmodiaban. Al fin de cada salmo, inclinaban sus cabezas para decir lentamente: “Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto!” Siempre esa palabra “Gloria”. ¿Habrá varias clases de gloria o existirá una sola?

Estos pensamientos no me los formulaba deliberadamente. Los sentía en mí subconsciencia y afloraban en ciertas ocasiones al contacto con el arte, o más bien con la belleza. Faltaba aún mucho para que yo pudiera analizarlos con alguna claridad.

### XIII

#### “REFINAR SETIEMBRE”

Desde varios meses se hallaba nuestro padre en Chile, adonde había vuelto a atender sus negocios. Con el fin de facilitar la correspondencia con mi madre, ambos habían establecido una clave telegráfica que les permitiera comunicarse con pocas palabras. En fecha que no recuerdo, pero que no debió ser posterior a junio o julio de 1895, llegó un cable con las palabras: “Refinar Setiembre”. Consultado el código, esas palabras misteriosas resultaron significar que toda la familia debía embarcarse para Chile en el mes de setiembre próximo.

El alboroto entre nosotros fue enorme. Se conserva aún un dibujo mío que ilustra la escena, en que todos saltamos y gritamos de entusiasmo. Para nuestra madre la noticia significaba una preocupación más, la de organizar el viaje con cinco niños, numeroso equipaje y varias personas de servicio. He nombrado ya a Rosario, nacida en el sur de Francia, hacía unos tres años. Ahora teníamos también a León y a María quienes nos llegaron en París. Estos dos menores, por cierto no tenían opinión que dar sobre la materia. Pero los tres mayores habían sido educados en el constante recuerdo de la patria lejana. Entre otros niños sudamericanos que frecuentábamos, nos chocaba a veces el poco aprecio que demostraban por sus respectivas patrias. Sus padres, sin duda, no habían hecho nada para fomentar ese cariño por el terruño, que parece nacer espontáneo en la mayoría de los chilenos.

En nuestra casa, por lo menos, se hablaba continuamente y en tono afectuoso, de las cosas de Chile. Mi padre me contaba a menudo las hazañas de los héroes de la reciente Guerra del Pacífico, y también las de la independencia. Era característico de él que, estando en Chile, pensara continuamente en viajes por Europa, mientras que cuando se hallaba en el viejo continente, su espíritu se trasladara a orillas del Pacífico y su viva imaginación forjaba proyectos que deseaba ejecutar en Chile. Uno de estos fue la decoración por medio de pinturas murales, de la nueva Universidad Católica, de que ya he hablado. Poco nos hablaba de política partidista, pero sí de las aspiraciones que ha de tener todo chileno de engrandecer su patria por su propio esfuerzo personal y por su cultura. Con el objeto de cultivar nuestro patriotismo, nos



llevó a los dos mayores a visitar el nuevo crucero chileno, recién construido en Francia, al que se puso el nombre de “Presidente Pinto”. Fue con nosotros también nuestro primo Benjamín Subercaseaux. El “Presidente Pinto” era pequeño y parecía insignificante al lado de un par de acorazados franceses que veíamos en el puerto. Pero al pasar por su cubierta, sentíamos orgullosa satisfacción al ver tremolar la estrella de Chile sobre nuestras cabezas.

Es verdad que nuestro patriotismo debía pasar por duras pruebas. Pero también es en la prueba donde se fortalece el ánimo. Por entonces, en el Jardín de Aclimatación de París, que es algo como la Quinta Normal para los santiaguinos, se exhibía una tribu de negros africanos. Fuimos a verlos y un rato nos entretuvimos viendo a los negros con sus cuerpos de azabache pintados de varios colores, bailando y golpeando sus tamtams. Entre los espectadores, uno preguntó a su vecino:

—¿De dónde son estos salvajes?

A lo que contestó el otro:

—Son chilenos.

¡honda fue nuestra indignación!

En otra ocasión fuimos al Nuevo Circo de París, cuyas funciones me encantaban, principalmente por las graciosas ocurrencias de los célebres payasos Foutit y Chocolat. En el curso de la representación entró, en coche, una comparsa de negros con sus instrumentos de música. Al preguntarles un lacayo de circo de dónde venían, contestó uno de los negros:

—Venimos en línea recta de Santiago de Chile.

Se había hecho popular por entonces una canción llamada “L’Amour au Chili”, que no era sino un montón de disparates y groserías. Todo aquello nos tenía ya fastidiados y aumentaba nuestro deseo de volver pronto a nuestro Santiago, al que yo, a los siete años, había intentado ponderar ante mis compañeros, pero con tan poco éxito.

Viendo ahora las cosas desde lejos, he llegado a comprender que, para un francés mediano que por tradición ignora la geografía, la noción de un país llamado Chile queda muy lejos de su órbita ordinaria. Solamente le trae la idea de algo que está muy lejos, lo más lejano que uno se puede imaginar, es decir “le dernier coin du monde”, y que, por consiguiente, ese último rincón del mundo debe ser excesivamente salvaje y atrasado, lo que es muy lógico para un sujeto que se siente vivir en el mismo centro del mundo civilizado.

Comparemos el caso con lo que pasa en nuestro Santiago. ¿Cuántas personas cultas habrá que han oído nombrar a Chuchunco pero que no tienen idea de dónde está? Yo personalmente, lo sé desde hace muy pocos años. Hagamos pues, cuenta de que para la mente europea, el misterioso país llamado Chile aparece tan distante como lo es para los santiaguinos el

desconocido Chuchunco. Y no nos preocupemos mas del caso.

No recuerdo detalles acerca de los preparativos de viaje. Supongo solamente que algunas amigas ayudarían a mi madre en esa tarea. Por de pronto vendría seguramente en su auxilio su cuñada y tía nuestra Eugenia Huid de Errázuriz, quien vivía cerca de nosotros, y se mostraba siempre llena de animo y buena voluntad. Mis primos Carmen y Max Errázuriz, menores que yo, eran muy amigos nuestros. Entiendo que, por esa época, iban con frecuencia a Inglaterra, donde mi tío José Tomás acabó por establecerse. Pintaba excelentes paisajes inspirados en temas que le ofrecía la Isla de Wight. Una de esas telas mereció una distinción en el Salón de París, lo que

Fue la ocasión de una de esas fiestas de familia en que desbordaba la ruidosa alegría de mis parientes.

Como decía, mi tía Eugenia debe haber puesto su óptima voluntad y su viva inteligencia al servicio de su cuñada, con quien era muy amiga. Eugenia era bastante más práctica en materia de compras y de organización que mi madre. Tenía además un gusto tan seguro y refinado en todo lo tocante a arte, que pronto sus amigos tomaron la costumbre de consultarla en materias de estética. Dominando en todas partes por su belleza y su simpatía, fue más tarde amiga y consejera de granos artistas, de la talha, por ejemplo, de Matisse o de Picasso.

Nos embarcamos por fin, no sin que un diario ole Paris diera la noticia de que partía para Chile la princesa de Errazurmzki, acompañada por dos capellanes y numeroso séquito. Los “capellanes” resultaron ser (los sacerdotes asuncionistas que se trasladaban a Chile a cumplir con su ministerio, y el ‘séquito’ una familia protegida por mi madre, que iba en busca de mejor suerte a nuestro continente.

Con nosotros partía también la familia Echenique Correa, pariente y amiga nuestra.

UNA DECISION

Estábamos en nuestra anhelada patria y además en plena libertad en una hacienda que nos ofrecía todas las comodidades de una casa amplia y confortable y, por añadidura, todo lo que se puede desear a los quince años, incluyendo caballos que montar, una Liguria con su bote y los demás agrados que puede lograr en el campo un muchacho de esa edad. Pronto nos pusimos a construir una cabaña en la isla ole la laguna, con lo que nos dábamos la ilusión de sentirnos, o náufragos, o bien piratas, o cualquiera otra cosa que nos sugiriera nuestra incansable imaginación. Tuvimos hasta la emoción de creernos atacados por salteadores. En esos olías corrían rumores por las casas de la hacienda de que andaban malhechores rondando por el vecindario, y pasamos Una noche de alarma. Fueron días en que nuestro padre se hallaba en Santiago y mi hermano Luis enfermo. En realidad no sucedió nada, salvo que nuestra madre, entristecida por la soledad del campo, consiguió del jefe de la familia que fuéramos a vivir en alguna parte menos solitaria. Después de dudar entre irnos a Viña del Mar o de instalarnos en la vieja casa de mi abuela Magdalena Vicuña, en el Llano Subercaseaux, se opto por lo último.

Para mí fue este momento muy triste. Sentí que con esta temporada a todo campo terminaba para mí el período de mi niñez. Tendría que ser, en adelante, un joven, ya no un niño, y lo sentía amargamente. Mis soldaditos de plomo, ¡qué pena me daba tener que guardarlos tal vez para siempre! Desgraciadamente la cosa era inevitable, pero me repugnaba la idea de ser “grande”, de tener que pensar en cosas de la gente grande. Él deber de estudiar me parecía justo y bueno. Pero tener que adoptar una actitud grave, mostrar interés por las fluctuaciones del cambio o de las acciones salitreras, discutir acaloradamente sobre la última novedad política, como todos los demás... ¡No, eso sí que no! Entonces ¿qué escapatoria me quedaba? Yo entreveía tres soluciones posibles al angustioso problema. O la Marina, que me atraía fuertemente, o bien el Ejército, que también me fascinaba, o, ¿por qué no?, dedicarme a la ~ aunque yo sabía que por entonces el arte no era considerado como profesión de porvenir,

ni en el campo social ni en el económico. Pero lo primero era, por ahora, meter mis linoios batallones en sus cajas de cartón, mientras una lágrima me corría por la mejilla.

Nos habíamos trasladado a la casa de campo de la Mamita Magdalena, donde reanudamos nuestras costumbres familiares alrededor de nuestra madre, y más o menos las mismas, salvo detalles, que en la Avenida Wagram o en San León de Nos.

Esta vieja casa del Llano fue siempre para nosotros y para toda nuestra parentela, la “Chacra” excelencia, sin que necesitara otra definición, de modo que en adelante no usaré otro apelativo al hablar de ella.

Al tiempo de instalarnos nosotros en la Chacra, en el otoño de 1896, dejaba bastante que desear en cuanto a comodidades. Era a la sazón una casona que consistía en un doble canon de granoles piezas, orientadas de norte a sur, y rodeada de un corredor con pilares de madera que daba vueltas por los cuatro costados, y nada más. En el ángulo nororiente estaba la incómoda escala que motejábamos, “Escala de las Pirámides”, por el esfuerzo que costaba subir por ella.

La cocina y demás servicios se hallaban a unos veinte metros de la casa, de modo que cuando llovía todo el trajín debía hacerse con paraguas en mano. Era a la vez cómico e inquietante ver al mozo balanceándose sobre un tablón mojado con una sopera en una mano y en la otra un paraguas abierto.

Más tarde se hizo una galería cubierta hasta la cocina; se instalaron baños y el salón y los altos se dividió en varios cuartos, comunicados por un pasillo interior. Más tarde aún vino un amplio comedor que se extendía hasta la cocina, y un repostero. Con todo esto la casa ganó enormemente en confort, sin perder sin embargo la nobleza que le daban sus dos pisos de columnas y su zócalo de piedra al que se accedía por escalinatas también de piedra por los cuatro costados. Los materiales de esta construcción eran todos de primer orden. Fue un arquitecto norteamericano quien trajo de Estados Unidos toda la madera ya labrada, con las baldosas de los pisos de color gris y de una materia muy resistente, que intrigaba a los albañiles chilenos que la examinaban.

Pero por ahora nuestra instalación en la Chacra tenía carácter algo provisorio, pues había dudas de si nos quedaríamos allí o de si volveríamos a Europa. De todas maneras, yo calculaba que no existía urgencia para tomar resoluciones inmediatas. También sabía, en cuanto a mí me tocaba, que mis padres me consultarían antes de tomar una decisión de importancia concerniente a mi porvenir. Yo tenía plena confianza en ellos y no dudaba de que me apoyarían en cualquiera de los rumbos posibles que ya he mencionado, consultando mi propio interés y sin dejarse influir por las preocupaciones convencionales de terceras personas. Por lo demás, mi timidez habitual me impedía abordar el tema, de modo que resolví esperar

tranquilamente que las circunstancias fueran aclarando mi camino. Muchas veces he obrado de este modo, dejando a la Providencia de Dios que despejara las incógnitas, y generalmente me ha ido bien.

Durante los meses pasados en Nos, casi no habías salido de este fundo. Ahora que estábamos prácticamente en Santiago, aunque saliera poco de la Chacra, hube de renovar mi contacto con la capital. Ese contacto fue penoso. Ahí estaba la misma Alameda, con SUS mismos álamos y su doble acequia de aguas turbias que cruzaban puentecitos de piedra. Allí estaban, cuadra tras cuadra, las mismas casitas de todos colores, destartaladas y agrietadas, cada una con su descomunal palo de bandera rematado en un hacha. Alternando con las casitas surgían palacios feéricos, con cúpulas doradas, minarettes, lógicas florentinas o portones venecianos, a los que sólo faltaba la góndola amarrada a la puerta para completar la ilusión. Y todo esto envuelto en una atmósfera de polvo y de basuras que levantaba el viento, al son del melancólico piteo del “paco” y del rechinar de los “carritos”. ¡Qué lejos me hallaba entonces de mis ilusiones a los siete años! Pero pronto se pasó esa depresión y recuperé mi ecuanimidad habitual.

Lo primero fue, como era natural, ir donde la abuelita Magdalena, cuya casa me pareció menos inmensa que siete años antes, pero igualmente acogedora y llena de alegría. Pero luego se presentó un problema nuevo, tan inquietante como lo había sido en mi primera infancia aquel jarrón ole piedra de la casa de mi abuelo, o sus estatuas de mármol. Esta vez ya no se trataba de estatuas inanimadas, sino de lindas figuras muy llenas de animación, como lo era el numeroso elemento femenino que frecuentaba esa casa, y cada nuevo encuentro significaba nuevas exclamaciones de alegría, parabienes y abrazos, de los que quisiera haberme escapado hundiéndome bajo tierra si hubiese podido.

A otras visitas nos llevó mi madre, entre ellas a ver a su abuelita, Misia Carmen Quiroga de Urmeneta en su palacio encantado, según me parecía, de la calle Monjitas. “Aquí me gustaría vivir, pensaba yo. Con escalas de caracol en cada esquina y una galería subterránea para escapar a la calle, sin contar el ascensor, me sería fácil sacar el cuerpo a las visitas”. Muchos años después me cupo esa suerte y supe aprovecharme de las ventajas estratégicas que me ofrecían los románticos escondites del palacio Urmeneta.

Pero después de andar por Santiago, lo mejor era volver a la Chacra. Valía la pena soportar una media hora de barquinazos por los hoyos de la calle San Diego, hasta llegar a lo que era aún casi campo abierto, ocupado por grupos de casitas y chozas miserables. Dominando el llano se aliaba la esbelta torre de San Miguel, que no era la que existe ahora, más chata y sin gracia.

Ahí tenía sus reales don Miguel León Prado, quien ejercía en toda esa comarca un poder casi absoluto, no sólo en lo espiritual, sino también en lo social y administrativo. Por una generación entera fue “Don Miguelito” quien resolvía cuanto problema surgía en su vasta parroquia. De aquí en adelante me tocará encontrarme mucho con este simpático y dinámico párroco, tanto en este corto período de permanencia en Santiago, como en otros más largos de que después hablaremos.

Como venía diciendo, volvía con agrado a la Chacra, donde nos esperaba, como en Nos, una laguna y un bote con el que podía seguir mis experimentos náuticos. Con algunas varas de tocuyo y algunos palos y cordeles, le hice al bote un velamen de balandra que me permitía atravesar a gran velocidad los sesenta metros del lago, viéndome obligado por cierto a remar la misma distancia a la vuelta. Con esa maniobra pretendía descubrir en qué ángulo me convenía extender mi vela a fin de sacar un mayor provecho del viento. Me había dado entonces por hacer descubrimientos o náuticos o de carácter más científico, por medio de experimentos que a mí se me ocurrían y sin valerme de la experiencia que enseñan los libros, de los que tenía pocos a mi disposición.

Venían regularmente dos profesores a hacernos clases. Uno chileno, que nos enseñaba castellano y literatura. Era este un joven de bastante pretensión y poco sentido del humor, lo que nos provocaba a hacerle toda clase de bromas y jugadas.

El otro era un científico alemán, gordo y miope, siempre dispuesto a sacrificarse por el interés de la ciencia. Nosotros tuvimos cuidado de que no le faltaran ocasiones de sacrificarse, obligándolo a trepar a los árboles o a bajar al fondo de un pozo para examinar alguna plantita. Las clases las teníamos en las altas ramas de un pino, casi encima de la laguna. Lo habíamos convencido de que nos convenía, a los tres, estudiar en la atmósfera pura de las alturas, que era mejor para la salud. El pobre profesor tuvo mucho que sufrir por amor a la ciencia.

En el curso de esos estudios originales y a todo aire, ayudándome de triángulos de cartón, saqué por triangulación las respectivas distancias de diversos objetos, como ser casas, árboles, etc. Mis preocupaciones por entonces eran más científicas que artísticas y recuerdo haber dibujado poco en esa época.

Un acontecimiento de ese período fue el nacimiento de mi hermano Juan, futuro arzobispo de La Serena. La matrona que vino a cuidar a mi madre en esa ocasión, era una señora muy pacata que nunca había salido del centro de Santiago, y a quien alarmaba mucho tener que trasladarse a un punto tan desconocido y lejano como la Comuna de San Miguel, por lo que se preparó para la aventura haciendo su testamento y confesión general de sus pecados.

Otro acontecimiento, esta vez de orden patriótico, fue la bendición en San Miguel, del

estandarte del Regimiento recientemente organizado de Artillería a Caballo N° 3. Este nuevo cuerpo había venido a hacer ejercicios en los alrededores de Nos algunos meses antes, y nos habíamos hecho amigos de los oficiales. Ahora fue padrino del estandarte mi padre y, en reemplazo de mi madre, imposibilitada por el momento, fue madrina mi hermana Blanca, quien contaba sólo diez años de edad.

Recuerdo aún el discurso que dirigió a los oficiales mi padre, en el almuerzo que siguió a la bendición.

—Si, según Napoleón —les dijo— la Infantería es reina de las batallas, cuánto más alto aun será el imperio de la Artillería, impuesto por el tronar de SUS cañones.

—Sí —pensaba yo—, pero vale aun más la Artillería por ser a caballo, pues es el caballo el que da belleza a las batallas...

La candidatura presidencial de don Federico Errázuriz se fraguó en buena parte en reuniones de personajes políticos que se juntaban en la Chacra Suhercaseaux. Después de aquellas elecciones presidenciales de 1895, fue mi padre nombrado Ministro Plenipotenciario de Chile en Alemania y en Italia a la vez. No quedó más que preparar el viaje y despedirnos de Chile una vez más.

Era tiempo para mí de tomar una resolución acerca de mi porvenir. Comenzaba ya a darme cuenta de que ni la carrera militar ni la naval podrían satisfacer mis aspiraciones de belleza, ni menos satisfacer ciertas inquietudes que en mí sentía, pero que no sabía cómo definir ni analizar. Mirando el problema bajo una forma objetiva propia de mi edad, me decía a mí mismo: Lo que me atrae en las Fuerzas Armadas son o los barcos a vela, o los caballos y los uniformes pintorescos, cosas que ya están en vías de desaparecer. En cambio, por medio del Arte puedo hacerlas revivir en mis pinturas y darle así gloria a mi patria, aun hallándome lejos de ella. Seré, pues, pintor.

Tuve una conversación con don Pedro Lira, el padre, según dicen, de la pintura chilena. También con los pintores Valenzuela Llanos y Onofre Jarpa, antiguos amigos de mi familia. Los tres fueron muy atentos y alentadores. Los consejos que me dieron se pueden resumir en esta única palabra:

“¡Dibuje, dibuje, dibuje...!”

Partí para Europa decidido a dibujar, dibujar y dibujar.

## A B E R L I N

Es curioso notar el hecho de que un viaje por mar, de Chile a Europa, no tardaba más, a fines del siglo pasado, que ahora, a pesar del inmenso progreso material de que gozamos, o padecemos, según sea como se miran las cosas. Aunque el trayecto aéreo reduzca a poquísimas horas nuestro traslado de Santiago a Buenos Aires, siempre le quedan al viajero sus buenos quince días para llegar a Europa, lo que es muy poco menos de lo que duraba la travesía hace unos sesenta años.

Mi último viaje totalmente por mar de aquí a Europa, en 1937, por Panamá, fue de tres semanas, lo que representa una muy escasa ventaja sobre los treinta días requeridos alrededor de 1900 para la navegación de Valparaíso a La Pallice, pasando por el Estrecho de Magallanes.

Es verdad que entonces éramos jóvenes y alegres, con lo que pasaban desapercibidas bastantes molestias que atormentaban a las personas mayores. Nos contentábamos con reírnos y con añadir nuevas glosas a las iniciales de marras: “Papas Serán Nuestro Consuelo”, “Peor Seria No Comer”, etc., etc., a lo que se suponía que el capitán respondía: “Passengers Should Not Complain” (Los pasajeros no deben quejarse).

Teníamos, naturalmente, gran interés por desembarcar en los puertos que tocábamos, pero aquello no siempre era fácil. Al desembarcar en Montevideo, se corría el riesgo de que una súbita tormenta causada por el pampero dejara a los viajeros sin poder volver al barco, lo que entonces no sé podía hacer sino en bote; por esto, nuestros padres no nos dejaron bajar.

En Río, cuyo puerto se halla dentro de una magnífica bahía, no corríamos ese peligro. No sabría decir cuántas veces he visitado esa extraordinaria ciudad, en la que sin embargo he pasado cada vez solamente las pocas horas que allí se detenía el barco, sin que nunca haya pernoctado en ella. Sólo en una de esas ocasiones me hube de quedar sin pasear por las pintorescas calles de Río, como hubiera *deseado*. Era un día de Carnaval y yo vestía ya el hábito benedictino. Un amigo inglés vino a buscarme a bordo, pero su chofer, un fino carioca,



le dijo: “Hoye o padre nao pode , y tuve que pasarme el día en el buque, oyendo de lejos la alegre algazara del Carnaval.

A fines del siglo XIX no existía aún ninguna de las magníficas avenidas y parques que embellecen esa ciudad. Todo el movimiento de entonces parecía concentrarse en la Rna Ovidor, en la que se apiñaban muchedumbres de todos tipos y colores. Visitamos algunas iglesias, de ricos interiores cubiertos de oro y con sus santos encaramados a gran altura, sobre la cumbre de una alta escalinata de flores y de cirios, que presentaba para nosotros fuerte contraste con la pobreza y desnudez de los templos de Santiago. Más sorprendente nos pareció el puerto de Bahía, ciudad netamente barroca en medio de un paisaje tropical.

Llegamos otra vez más a París, pero ya no fue a la Avenida Wagram, sino a un hotel cerca de los Campos Elíseos. Pronto nos juntamos de nuevo con el simpático amigo Carlos, con quien reanudamos nuestros paseos y conversaciones.

Sucedía entonces en Paris algo muy nuevo. De repente se oían ciertos ruidos extraños y la gente de la calle corría hacia la fuente del sonido, mientras algunas mamás, con semblante inquieto, juntaban a sus chicos como una gallina a sus polluelos:

—Cuidado, niños, no se acerquen que “eso” puede hacer explosión...

Luego aumentaba el ruido y aparecía a la vista un singular artefacto sobre ruedas, resoplando y rechinando de manera impresionante y dejando tras sí un fuerte olor a bencina... ¡Había comenzado la era del automóvil! Poco tiempo después llegué un día a casa contando a mi familia, no sin cierta emoción:

—¡hoy he visto hasta cinco coches sin caballos!

La partida de mi padre a ocupar su puesto en la Legación de Chile en Berlín, fue diferida por unos dos o tres meses. Por de pronto, debió primeramente mi padre representar a Chile en el Jubileo de la Reina Victoria. A mi madre, en cambio, le fue forzoso mandarse hacer en París los vestidos que había de usar en la corte del Emperador Guillermo II. Entretanto mi hermano y yo volvimos por una temporada al colegio de Douai.

Gracias a la munificencia de Mr. Ward, nos encontramos con notables mejoras que hacían más habitable el viejo colegio. Hablan desaparecido los alumnos sudamericanos, pero a nosotros se nos recibió sin dificultad. Nos tocaron esta vez cuartos individuales, en la mansarda, desde la cual se disfrutaba de un amplio panorama que traté de reproducir a la acuarela. Nos enteramos de que nuestros condiscípulos nos veían como rodeados de cierta aureola por las aventuras y hazañas que se nos atribuían. Debido a las cartas que habíamos escrito desde Chile a nuestros amigos, se formó como una leyenda acerca de nosotros. Uno me preguntaba: “¿A cuántos bandidos mataste tú con tu revólver?” Ellos no podían dudar de que

habíamos vivido entre cowboys y pieles rojas, de cuyas hazañas eran los niños ingleses asiduos lectores.

Nos llegó el momento de irnos a Berlín. Después de habernos despedido definitivamente de Douai y de su colegio, nos hallamos en el centro de otra cultura y de otro espíritu, bastante diferentes de los que habíamos conocido hasta entonces. Bastaba asomarnos a la puerta de nuestro hotel que daba a la Avenida Unter den Linden, para darnos cuenta de ello. La famosa avenida tiene, más o menos, la misma anchura que nuestra Alameda de Santiago, pero en esto termina el parecido. Los hermosos tilos que la sombreaban parecían crecer bajo el mismo espíritu de disciplina que todo lo gobernaba en la capital de Alemania. Los edificios a cada lado, clásicos en sus líneas generales, pero sobrecargados de adornos barrocos, contribuían a acentuar la impresión de orden y de fuerza que se desaprendía de todo el centro de la ciudad.

En el extremo oriental de la Avenida de iris Tilos se abría una amplia plaza, en cuyo fondo se hallaba en construcción la nueva Catedral luterana. A su derecha se alzaba el imponente Palacio Real, y a la izquierda, varios suntuosos edificios públicos que contenían Museos de Arte. Entre estos, uno me llamó la atención, no tanto por su belleza como por la idea que representaba. Se llamaba “Ruhmes Halle” (Sala de la Gloria). Pocos días antes, en París, había dado mi último paseo por los Campos Elíseos, a la hora en que el sol se pone tras el Arco de Triunfo, en una apoteosis de rayos luminosos que envolvían aquel maravilloso paseo. Aquel espectáculo me había sugerido, como en tantas otras ocasiones, la idea de una gloria inmaterial, tan desinteresada como era luminosa, sin arraigo en la materia sino que toda espiritual.

Acá, en cambio, bajo estos pórticos de pesadas columnas de piedra negruzca, veía proclamar, por medio de la escultura y de la pintura, no ya las aspiraciones de una raza o de un ideal, sino la voluntad vencedora de un soberano, cuando mas de sus príncipes o generales. En aquellos cuadros figuran también muchos soldados rasos, pero estos aparecen, los más, en actitud de contemplar al glorioso Jefe. El rey, el príncipe, es quien alcanza la victoria; al soldado raso se le concede el honor de ser carne de cañón. Las impresiones recibidas por mí en esa primera visita, serían tal vez exageradas o aun injustas; fueron sin embargo las que me duraron durante toda mi permanencia en Berlín.

Al otro extremo de la Avenida “Bajo los Tilos”, pasando por la muy conocida Puerta de Brandemburgo, se salía a otra plaza monumental, en cuyo centro se alzaba la columna de la Victoria, hecha toda con el bronce de los cañones tomados a los franceses. A poca distancia se erguía la pesada mole del Reichstag, con su colosal estatua del príncipe de Bismarck. “Muy justo es, pensaba yo, que un pueblo celebre la grandeza de su patria. ¿Pero no podían haberlo

hecho en forma menos pesada y abrumadora...

En el viaje de París a Berlín, había tenido una rápida visión de Colonia, de su maravillosa catedral y del majestuoso Rin. Varias personas me habían hablado de Baviera y de otras regiones de Alemania, y habían alabado su belleza y sus atractivos de todo orden. Yo mismo no tardaría mucho en conocer otras ciudades del Imperio alemán y cerciorarme personalmente de que en ellas existe mucha belleza, sin contar el encanto de sus campos y de sus bosques. Pero, debo confesarlo desde un principio, Berlín no me fue nunca atrayente.

Lo más urgente para nosotros era aprender la bella pero difícil lengua de Goethe. Que fuese difícil de aprender, no cabía duda desde el primer momento de ponerse a estudiarla. En cuanto a su belleza, la vine a descubrir sólo después de perseverantes esfuerzos, en que tuve que desprenderme de inveterados prejuicios que abrigamos, nosotros los latinos, en contra de sus sonidos guturales, de su lujo en materia de consonantes y su escasez de vocales, sin contar con la gimnasia respiratoria a que nos obliga para poder enunciar aparte cada sílaba, destacándola de la anterior y de la que sigue, como lo requiere sabiamente la fonética tudesca. Pero con todo esto, la lengua alemana bien pronunciada posee gran belleza, como consta por haberla oído en boca de buenos oradores o en el teatro clásico. Se presta además muy bien para el canto, especialmente con música de Ricardo Wagner. En cambio, con música italiana me parece que desentona, así como suena algo falsa la versión italiana de una canción típicamente germánica.

Pero por el momento se trataba de meternos en la cabeza los tres géneros, masculino, femenino y neutro, y las diversas declinaciones. Tuvimos la sorpresa de descubrir que el sol es femenino y la luna masculino, y también que la mujer, “das Weib”, es neutro, ¡como si la mujer no fuese lo más femenino que existe!

Un profesor venía diariamente a hacernos clase, no ya en el hotel de los primeros días, sino en una casa de pensión, mientras mis padres preparaban la instalación de la Legación de Chile. Muy pronto también comencé a frecuentar una pequeña academia privada de dibujo, con el fin de preparar el examen de admisión que me era necesario dar antes de ser admitido a la Escuela de Bellas Artes de Berlín.

El continuo contacto a que me vi obligado, tanto con los alumnos de la academia preparatoria como con los comensales de la pensión, me sirvió muchísimo para irme familiarizando con el idioma alemán y, al mismo tiempo, para ir conociendo la idiosincrasia y costumbres de la burguesía berlinesa. No noté nada entre esa buena gente que recordara la altanería y suficiencia que parecía demostrar aquel arte oficial que decoraba los edificios públicos. Veía alrededor de mí a personas de aire bonachón, estudiantes sencillos y familias de

costumbres austeras no desprovistas de cierto humorismo ingenuo.

A los pocos días de haber pasado concentrado sobre mi gramática alemana o mi cuaderno de dibujo, tocando un día de sol, mi hermano y yo pensamos en dar un paseo por los parques vecinos. Más por señas que por palabras le dimos a entender nuestro intento a la dueña de la pensión. La buena señora tomó nuestras señas por una invitación de nuestra parte a un paseo con su familia. Al momento llamó a sus niños, se puso en la cabeza un sombrero de los que eran de moda hará unos veinte años, y no hubo más remedio que ponerse en marcha con Hilda y Peterkin y un canastito de merienda. Anduvimos en bote, lo que para mis nuevos amigos constituyó inusitada emoción, y a la vuelta se resolvió por unanimidad repetir el paseo pronto, pues notamos que por nuestra parte aprendíamos más con estas ocasiones de conversación familiar, mientras que para esta buena gente humilde y trabajadora había sido el paseo verdadera fiesta.

Desde las ventanas de nuestra pensión se veía la puerta de entrada de la Academia de Guerra y, llevado por mi interés en las cosas militares, no perdí ocasión de observar atentamente a la multitud de oficiales de todas armas y rangos que entraban y salían. Noté desde luego el respeto con que todos los civiles, aunque fueran de aspecto venerable, cedían el paso a cualquier militar que llevase las estrellitas de su rango en las hombreras. Observé también su exagerada tiesura de cuerpo y su andar a pasos menudos y amanerados, en sus ceñidos uniformes. Me tocó presenciar una escena típica al pasar por la orilla de uno de los lagos vecinos, en donde existía un establecimiento de baños. Venía saliendo del agua un bañista y estaba para entrar a su cabina para vestirse, cuando el encargado del establecimiento, irritado al parecer porque el tal bañista no había observado alguna cláusula de la larga lista de prohibiciones inscritas en un tablero, comenzó a increparlo a toda voz. El bañista cerró su puerta sin decir palabra, pero el indignado cuidador seguía gritando a través de la puerta por largo rato.

Me quedé atrás sin ser notado para ver cómo terminaba aquello. Por fin se abrió la puerta y apareció, ya vestido, un oficial de alta graduación, quien, en ese momento, se estaba ciñendo el largo sable a la cintura. Valía la pena haber esperado, pues la expresión de espanto que se pintó en la cara del bañero fue digna de estudio. Con la intención evidente de reparar el desacato de que se sentía culpable, corrió a coger una tira de alfombra roja que extendió humildemente a los pies del "Herr Offizier". Este, sin mirarlo siquiera, se alejó en silencio.

Dejando a un lado consideraciones que se prestaban algo al ridículo, me pareció que, en conjunto, la presentación del Ejército alemán era magnífica. Todas las veces que podía, asistía yo a los imponentes desfiles militares. Un general francés de laso por Berlín, fue invitado por

mi padre a asistir desde nuestro coche al desfile de los veinticinco mil hombres que componían el Cuerpo de Guardia Imperial. Al principio de la revista, mientras nos cruzábamos con algunos cuerpos de diversas armas, el general mantenía su aire escéptico. Pero al ver avanzar la masa de infantería formada en líneas por compañías, es decir, de cien hombres de frente en cada línea, ejecutando a la perfección el paso regular, nuestro amigo el general agachó la cabeza y dijo con un sollozo:

—lis sorit plus forts que nous! (Son más fuertes que nosotros)

Y le corrían las lágrimas.

En esa primera línea que era la del primer Regimiento de la Guardia a pie, marchaba en su puesto de subteniente el Kronprinz Guillermo, heredero de un trono que no llegaría a ocupar. Tenía a la sazón dieciséis años y su estatura, aún no desarrollada, le obligaba a hacer grandes esfuerzos para seguir el paso de aquellos gigantes de la Guardia. A los pocos minutos quedaba atrás y se veía obligado a correr algunos pasos para alcanzar a sus camaradas, mientras el Regimiento avanzaba con la regularidad de una máquina, al son de los mismos pífanos que tantas veces hemos oído los santiaguinos cada vez que desfila nuestra Escuela Militar.

Una diferencia existe y es que al ejecutar el famoso paso de parada, los guerreros del Kaiser levantaban el pie a sólo unos treinta centímetros del suelo, dando a ese ejercicio cierta elegancia y dignidad, elementos que faltan ciertamente cuando los pies se elevan como si quisieran amenazar el cielo.

Debo ahora advertir que este capítulo, como el siguiente, tratan de reflejar con toda sinceridad las impresiones de un muchacho inexperto, cuyas apreciaciones se han de modificar sustancialmente con la experiencia de los años. Esa experiencia me ha hecho comprender, apreciar y admirar profundamente ideas, costumbres y actitudes que en aquella época no comprendía.

**R O O N S T R A S S E 3.**

Por fin nos hallamos instalados en la Legación de Chile. Estábamos a pocos pasos del Palacio del Reichstag y de la Columna de la Victoria, cerca de las principales Embajadas. Ocupaba la Legación un hermoso departamento en el número 3 de la Roonstrasse, en el segundo piso. Los salones eran amplios y mi padre había tenido cuidado de amoblarlos y decorarlos suntuosamente. Parecía parte de la decoración el corpulento y pomposo maître d'hôtel Otto, mientras, invisible a los comensales pero muy apreciable para los invitados, presidía en la Cocina un cocinero francés. Este era casi más poeta que cocinero, pues sus creaciones eran tan finas y delicadas que nosotros, los muchachos, aunque admirábamos su arte culinario, reclamábamos guisos más sustanciosos. Con pena accedió el chef a complacernos. Se desquitaba compartiendo versos, que recitaba después, al claro de la luna, ante un auditorio de mucamas y de pinches. A fin de continuar la tradición ya inaugurada en San León de Nos y en la Chacra, nuestra madre quiso que uno de nuestros salones fuese el centro permanente de la vida de familia. La idea era inusitada en aquellos tiempos, antes que se pensara, por lo menos en Chile, en tener un “cuarto de estar” o un “living room”. En una sala, pues, se instaló una mesa grande a la que se dio el título de “mesa de familia”. Alrededor de ella estaba el piano, la biblioteca y por todas partes juguetes, útiles de dibujo y variados instrumentos musicales. Esta sabia tradición se mantuvo a través de muchos años y en diversos países, mientras vivió en la tierra su santa inspiradora.

En las largas tardes de invierno no faltaba nunca música de piano o violín y se cantaban coros. Luego llegó la última novedad, el fonógrafo con sus cilindros de cera y su bocina de latón. No se preveía aún ni el cinema ni, menos la radio.

Desde años antes conocíamos los villancicos o “Noëls” que se cantaban en la Francia medieval. Los dramatizamos entonces, actuándolos en forma sencilla con trajes improvisados. Esto atrajo la atención de los diplomáticos que frecuentaban nuestra casa, en pos de ellos, de algunos músicos y literatos y, por fin, de altos dignatarios de la corte y príncipes reales que

desearon asistir a nuestras representaciones. A mí me sorprendía que se interesaran por algo tan sencillo e improvisado. Pero esto era precisamente lo que encantaba a estas personas cultas y refinadas. Por mi parte no sabía yo ni como se llamaba la gran mayoría de los que llenaban nuestros salones, ni me importaba saberlo. Los veía por entre las crines de la barba de San José y oía el murmullo de su conversación. Apenas terminada la función, me escondía en mi pequeño taller del tercer piso, a no ser que la autoridad paterna me obligara a presentarme en público, lo que sucedía raras veces.

Una vez me encontré cara a cara con la emperatriz y tuve que besarle la mano. Al emperador lo veía con frecuencia, pero siempre a distancia.

Sin haberle hablado nunca, sabía por el testimonio de mi padre, que Guillermo II era un patriota bien intencionado y de una vida privada ejemplar, dedicado de lleno al engrandecimiento de su país. Su vanidad algo pueril le traía críticas y burlas, a veces bastantes duras, de parte principalmente del partido socialista. Me sorprendía, a veces, ver como las autoridades permitían ciertas publicaciones y caricaturas evidentemente dirigidas contra el emperador. Aquello demostraba que era poco merecida la fama que se le daba de tirano.

Sin embargo, en algunas cosas era inflexible. En materias religiosas, nunca concedió ciertas franquicias que justamente reclamaban los numerosos católicos del Reich. Se opuso siempre al aumento de las diócesis dentro del Imperio y a los jesuitas les era estrictamente prohibida la entrada. Eso no impedía que los benedictinos de María Laach, a quienes no consideraba como peligrosos para su política gozaran de su protección y hasta, en una ocasión, les predicara un sermón. Me imagino lo difícil que les sería a esos monjes no soltar la risa.

Con mi hermano Luis fui una vez a visitar la Abadía de María Laach, sita cerca de Colonia y construida en hermoso estilo románico, a orillas de un lago. Fue una visita de pocas horas en que no alcancé a formarme alguna idea de lo que significaba la influencia de una abadía de San Benito en una región determinada. Sabía solamente que existían varias en Alemania, pero ninguna cerca de Berlín, donde vivíamos nosotros.

En las iglesias de Berlín se sentía un ambiente de profundo recogimiento entre los fieles. Pero el clero no dejaba de sentirse bajo una estricta vigilancia. Un notable orador de la Orden de Santo Domingo me contó que, cuando predicaba, veía siempre al pie del púlpito un agente de policía que espiaba sus palabras, a fin de pedirle cuenta de ellas en cualquier momento.

Pasaban numerosos chilenos por la Legación en Berlín. Entre los que permanecían algún tiempo en esa capital se encontraban sobre todo médicos y militares. De los primeros recuerdo principalmente al Dr. Del Sol. Entre los militares conocí entonces a varios que llegaron con grado de subtenientes y que ahora ya son generales retirados del servicio activo. Nuestro

adicto militar a la Legación de Chile era el Comandante Joaquín Larraín Alcalde, cuya esposa fue Inés Echeverría de Larraín, célebre más tarde bajo el seudónimo de “Iris”. Fueron ambos muy amigos de nuestra familia.

Los jóvenes oficiales llegaron de Chile llevando los austeros uniformes que usaban nuestras tropas después del 91. Pronto quisieron las autoridades militares chilenas igualar la elegancia y parte del lujo que exhibía entonces el ejército alemán. Aparecieron pues nuestros compatriotas luciendo el casco apuntado, la levita o la guerrera azul con cuello rojo y las demás prendas casi idénticas a las que eran, desde dos siglos, tradicionales para las tropas prusianas. Pude notar claras señales de disgusto en los semblantes de varios oficiales alemanes, al ver por primera vez las nuevas tenidas chilenas, que se distinguían sólo por pequeños detalles de las suyas. Habíamos cometido el error, pensé yo, de imitar casi exactamente el uniforme francés. Ahora estamos remedando casi exactamente a los soldados del Kaiser. ¿Cuándo tendrá Chile, así como tiene su bandera propia, un uniforme que distinga a sus militares de entre las demás naciones? ¡De suficiente gloria se han cubierto en su historia para merecer esa distinción!



## XVII

### LA ACADEMIA

Un día me fue otorgado un solemne diploma sobre el cual campeaba un águila de Prusia entre adornos negros y rojos. Este documento, que aún obra en mi poder, reía así:

“Bajo la altísima Protección de Su Majestad Guillermo II Emperador Alemán y Rey de Prusia, se certifica por la presente que el señor Pedro Subercaseaux, nacido en Roma el 10 de Diciembre de 1880, quien desea dedicarse a la Pintura, después de haber basado favorablemente el Examen del caso, ha sido admitido en calidad de Estudiante de la Real Escuela Superior Académica de Bellas Artes y como tal queda obligado a observar todos sus Reglamentos y a observar una conducta ejemplar... etc., etc.” Este imponente diploma viene firmado por el Director de dicha Real Escuela Superior Académica de Bellas Artes, el Profesor Anton von Werner.

El famoso pintor de batallas me recibió cordialmente. Era todo un caballero de barbas y peinado típicos de la época romántica. De los pintores de cuadros históricos que abundaban entonces en Alemania era von Werner sin duda el mejor, salvo quizá el más vigoroso y original Adolf Menzel.

Resultó ser una simple coincidencia el hecho de que a mi, aficionado a temas históricos, me tocara estudiar bajo la dirección de un pintor de temas guerreros. Hasta mi llegada a Berlín, su obra me era completamente desconocida. Yo admiraba la perfección de su dibujo, pero su arte me parecía frío y cargado de exceso de detalles de carácter fotográfico, mal, por lo demás, de que adolecía casi toda la pintura alemana de esa época.

Adolf Menzel era una notable excepción, junto con unos pocos más que tendían a modernizar su arte. En la época de que yo trato, se producía, principalmente en Alemania, una cantidad increíble de cuadros de género, bien compuestos y dibujados y de ejecución esmerada, pero sin la menor originalidad. Este arte muy burgués ha invadido el mundo entero, con sus cuadros de temas más o menos sentimentales, pero sin personalidad. En Chile, por lo menos, casi no hay casa que no contenga alguno. Ese ideal puramente literario y fotográfico, parecía ser el norte de los profesores que me tocaron en la Academia de Berlín

Von Werner tenía verdaderas condiciones de artista y sus mejores composiciones muestran fuerza y cierta vibración de entusiasmo patriótico. Por lo demás, lo vi a él sólo el día de mi admisión y no tuve ocasión de hablarle otra vez. El profesor mas inmediato de mi clase, Ehrentraut, era una excelente persona dedicada a pintar cuadritos de género y a enseñar un trabajo muy acabado y lamido, en que era obligatorio usar la estompa de papel para fundir todos los contornos y contornos así una blandura de terciopelo en el dibujo. Eran estos los resabios de una época que ya terminaba.

Mi propósito había sido de “dibujar y dibujar”, pero no de sobar tanto el papel con una estompa... Pasaba semana tras semana dibujando del natural caras o bustos de viejos o de viejas sentados en la misma postura y en la misma silla, alternando a veces con alguna naturaleza muerta, siempre al carboncillo y bien sobado.

En tiempo de vacaciones nos íbamos generalmente al Sur de Alemania, a la Turingia o a Baviera. Ese cambio de escenario y de ocupación me causaba honda satisfacción. Algunas rápidas impresiones del Rhin, permanencias mas prolongadas en la romántica Turingia y la Selva Negra y sobre todo en la bellísima Baviera, fueron para mí, como para el resto de mi familia tan agradables como instructivas.

No intentaré describir esas regiones tan amenas con sus pueblos y ciudades llenos de recuerdos y de arte, sus castillos y palacios maravillosos que se reflejan en la superficie de lagos azules y donde la gente es buena, hospitalaria, alegre e ingenua.

De esas características tan atractivas quiero dar una sola muestra. En el pueblecito de Thai, en Turingia, cada día Domingo en la mañana, aparecía en el centro del pueblo un señor vestido de levita y sombrero de pelo llevando en la mano un bastón con cache de metal y borla. Nosotros lo llamábamos el “alcalde” pero en un villorrio tan pequeño, debe haber si-do un empleado municipal de menor cuantía. De todos modos, cumplía de un modo ejemplar con su deber.

A su lado formaba una banda de cuatro o cinco músicos pueblerinos, que me recordaba a las bandas de circo nuestras, por lo desafinado de su ejecución. Al son de una ruidosa diana, se reunía sin tardanza toda la población, grandes y chicos, incluso los nenes en cochecito y los perros, cuyas vibrantes colas presentían un día de alegre fiesta.

Luego se ponía la columna en marcha, el “alcalde” a la cabeza, hacia una altura boscosa desde donde se dominaba un amplio panorama. Se organizaban danzas. Valses y polkas resonaban por horas y horas, mientras las señoras mayores comadreaban tejiendo, o los que así lo preferían, dormían sobre el mullido césped. El “alcalde” se esmeraba atendiendo a todos, viendo que no faltaran ni la cerveza ni las salchichas. Al caer el sol y a una señal del alcalde,

emprendían todos su retorno al pueblo, al son de una alegre marcha, más desafinada que nunca, lo que poco importaba, porque todos iban sintiéndose muy alegres y satisfechos de la jornada.

El extenso Lago de Starnberg me atraía particularmente por la oportunidad que me ofrecía de entregarme al único deporte que realmente me encantaba. En sus veinte kilómetros de extensión, podía a mis anchas navegar a la vela o remar. En una ocasión casi me chocó el vaporcito del servicio de pasajeros del lago. Al pasarme raspando, el capitán comenzó una de esas enérgicas reprimendas germánicas que no parecen terminar nunca. En el presente caso siguió la iracunda amonestación hasta que se perdió en la distancia la voz del capitán.

En el curso de estos veraneos, que podría llamar ideales, no todo era excursión o deporte. Nuestra madre velaba para que entrara también en ellos su medida de vida espiritual e intelectual, o leyéndonos un trozo de literatura, o bien con mayor frecuencia, valiéndose de la belleza natural que nos rodeaba, para elevar nuestras almas hacia la Belleza Infinita. Esas charlas íntimas no tomaban nunca la apariencia de un sermón. Eran perfectamente adaptadas por un instinto psicológico admirable, a nuestra edad. Muchos años más tarde he podido reconocer en los escritos de San Francisco de Sales muchas de las ideas que ella nos inculcaba. Con delicada prudencia me sugería a veces la idea de la vida religiosa o sacerdotal, a lo que yo le contestaba sinceramente que no me sentía llamado a honor tan grande. Ella no insistía, pero sin duda seguía orando a Dios para conseguirme esa gracia tan poco merecida de mi parte. Aún me faltaba mucho que andar antes que sintiera la mano de Dios guiándome por el camino que Él había escogido para mí. Pero me hallaba ya bajo una “altísima protección”, algo más real y eficaz que la del rey de Prusia, como lo puedo reconocer ahora al mirar de lejos ese período de mi vida.

Al segundo año de estar en la Academia, empecé a sentirme aburrido y desmoralizado. Cuando deseaba informarme acerca de cuando podría hacer un trabajo más interesante, me estrellaba con inflexibles reglamentos. Además del estudio de dibujo, que consistía siempre en retratar cabezas de viejos al carboncillo, debía, en otro departamento de la Academia, asistir a clases de perspectiva y de anatomía, en las que se empleaban métodos muy anticuados y monótonos. Me ha parecido siempre que la perspectiva que se enseña generalmente tiene mucho de arbitrario y de irreal. En cuanto a la anatomía, nos la enseñaban yendo unas pocas veces a un hospital, a examinar cadáveres de formas ya deshechas; las más de las veces, haciéndonos dibujar, hueso por hueso, todas las partes del esqueleto humano, dando a cada dibujo el pulido de una fotografía.

Con uno que otro de los compañeros más amigos míos salíamos a veces a hacer apuntes

del natural fuera de la ciudad, pero con eso faltábamos al reglamento y empezaron los más disciplinados a mirarnos mal. También oía a veces detrás de mí la palabra: “*Jude*”, judío, lo que debía merecer por la forma de mi nariz. El antisemitismo no fue, por cierto, invención de Adolf Hitler. No supe nunca si fue por sentimiento antisemita que el profesor de anatomía me trataba siempre de un modo desagradable. El hecho fue que habiendo yo dibujado un omóplato muy sin gana, el profesor me ordenó en tono áspero: “Hágalo de nuevo”. El estado de ánimo en que me sentía en aquel momento correspondía a lo que un colegial vulgar llamaría “*estar cabreado*”. Dejándome llevar por el mal humor, rompí, en mil pedazos, el famoso dibujo del omóplato, tiré los pedazos al suelo y salí de la clase, bajo las miradas espantadas de los estudiantes.

Al poco tiempo fui donde mi padre, a quien no había contado nada del incidente y le dije: “¿por qué, papá, no me manda a Roma, donde estaré en mucho mejor situación para aprender pintura?”

Después de corta reflexión mi padre aprobó la idea. Irás a casa de nuestro amigo Luis Rodríguez, Cónsul General de Chile. Yo lo arreglaré todo; prepara tu viaje inmediatamente”.

Salté de gusto, aunque no tuviese la conciencia muy tranquila. Confío sin embargo en que Dios me habrá perdonado, pues creo que ese cambio de rumbo me era necesario. Volviendo la mirada hacia atrás, después de tantos años, no puedo dejar de ver la mano paternal de Dios guiando mis pasos y alejándome de un inminente peligro de desmoralización. Quisiese tener el genio de un San Agustín para poder cantar, como él, en sus “*Confesiones*”, un himno de alabanzas a la Divinidad. No siendo capaz de hacerlo, seguiré sencillamente con esta ingenua narración.

## XVIII

### “O SOLE MIO”

En su carrera vertiginosa, el expreso va dejando atrás ciudades y pueblos, ríos y bosques, y sólo por lo profundo del rugido se conoce que va pasando bajo una montaña. Voy sentado cómodamente, al lado de mi maleta y de mi Caja de pinturas, mirando por la ventanilla el rápido desfilarse del variado paisaje y soñando al mismo tiempo con lo que me espera allá, en un porvenir muy cercano.

Ya más de una vez había recorrido este mismo trayecto había venido, después de bordear los estrechos valles cubiertos de pinos del lirol, a salir a la ancha llanura de Lombardía. En aquellos tiempos en que la vida era fácil, se pasaban las fronteras sin el menor trámite y sin que nadie le exigiera pasaporte, de modo que había simplemente observado el doble retén de la Aduana. A un lado, bajo el letrero “Zollamt” graves funcionarios de anteojos se afanaban en actividades de carácter oficial. Al otro lado de la barrera, con aires menos preocupados, se movían los guardias de la “Dogana”, con sus pintorescos sombreros adornados de una larga pluma de faisán.

De un grupo de viajeros que esperaban un tren, partió una aguda voz de muchacho:

—O Sole mio, star fronte a te...

Era la última canción napolitana que comenzaba a hacer furor, y me confirmaba el hecho de que me hallaba ya en Italia, país de alegría y de sol.

Pero aún me quedaban unas veinticuatro horas de tren. Después de largas alamedas que se destacaban sobre cadenas de montes nevados, iguales a los de Chile, fueron desfilando más ciudades y campiñas, y pude observar como a medida que avanzábamos hacia el sur, la luz se hacía más brillante, las sombras más intensas, los contornos más duros y recortados. Había dejado lejos las brumas del norte y los fondos estompados que amaban tanto mis profesores de Berlín.

Por fin amanecí en la estación terminal de Roma. Mis amigos Luis Rodríguez y su esposa me instalaron confortablemente en su casa de la Vía Sixtina, a un paso de la “Trinitá dei Monti” y de la monumental escala que baja a la Plaza de España. Pero para mí no había aún

terminado mi viaje. Me faltaba cumplir un rito sagrado que he repetido no sabría decir cuántas veces, a cada una de mis llegadas a Roma.

Apenas dejé mi equipaje y tomé mi desayuno, sin pensar en el cansancio y lleno de alegría, bajé rápidamente la soberbia escalinata, tomé por la Vía Condotti y, siguiendo por varias otras calles, entre palacios de nombres históricos, hasta alcanzar las orillas del Tíber, llegué, siempre a paso largo, al Puente Santangelo. Atravesando el famoso puente, entre en tina de las estrechas calles del Borgo, pasando por frente a tienduchas en las que se vendían antigüedades, o de donde pendían gruesas copuchas de mantequilla y salame, salí finalmente a la plaza más hermosa del mundo, la de San Pedro.

La amplia columnata del Bernini, me abría al parecer sus inmensos brazos, mientras yo, sintiéndome hormiguita en tan vasto espacio, recibía la refrescante bruma de una de sus pilas. Por fin subí casi a la carrera por la suave escalinata, mientras me veía acosado por todos lados y en todos los idiomas.

—Want a guide, Sir?

—Vuole cartoline?

.—Voulez - vous visiter le Vatican?

—Brauchen Sie einen Fuehrer?

Me esquivé entre tantos majaderos y, llegando al portón central, levanté con el hombro la pesada cortina de cuero. De adentro salía el típico olor de las grandes Basílicas, combinación de olor a cirios y a incienso.

Me saqué el sombrero pero no detuve la marcha. Dando una mirada a la izquierda, hacia el Bautisterio donde había recibido la vida de la gracia, seguí buen rato caminando por el pavimento de mármol, hasta llegar a arrodillarme, con los codos apoyados en la maciza balaustrada, frente a las numerosas lámparas de la Confesión.

Allí estaba, detrás de mármoles y bronce, bajo el gigantesco baldaquino barroco, la gloriosa Tumba del Pescador. Y yo había venido a visitar humildemente a mi Santo Patrono y a pedirle su valiosísima bendición.

Poco rato quedé allí, pues tenía mucho que mirar en torno mío. Vi primero a los cuatro Doctores de la Iglesia sosteniendo el pesado trono de bronce bajo la “gloria”, con el Espíritu Santo al centro: aquello me pareció abrumador. Luego, alzando la vista verticalmente, contemplé pasmado las curvas del interior de la cúpula, tan aéreas a pesar <le su fuerza. Noté el finísimo color perla y oro de todo el conjunto y observé cómo los rayos del sol se irisaban al traspasar aquella gran masa de aire, dando a todo el interior un aspecto de irreal transparencia.

Pero me faltaba aún, como a todo buen romano, ir a besar el pie de bronce del Santo.

Durante tantos siglos ha recibido este homenaje, que los dedos de bronce están gastados por los besos que se le dan. En seguida pasé, como mi madre me lo había enseñado, a la capilla del Santísimo a adorar al verdadero Dueño de casa y, por fin, antes de salir de la Basílica, pasé a admirar la genial creación de Miguel Ángel, *la Píetd*, que nunca he podido mirar sin emoción.

Con esto mi viaje había terminado y ahora podía pensar en otros asuntos.

No recuerdo como se hicieron las cosas, pero el hecho fue que al poco tiempo estaba en el taller de Lorenzo Valles, acreditado pintor español de antigua escuela, pero hombre comprensivo, con quien me entendí perfectamente. También me inscribí en la Escuela Libre, dependiente de la de Bellas Artes, que ocupa un amplio hemiciclo en la Vía Ripetta, donde sigue aún funcionando.

Renové mi antigua resolución de dibujar y dibujar, pero esta vez en un ambiente que me era simpático y lleno de interés pictórico. Fuera de las horas regulares de estudio, me quedaban las tardes y también las mañanas, pues he sido siempre madrugador, para recorrer la vieja Roma que tenía ante os ojos. Estábamos en 1899, con lo que habían pasado casi veinte años después que los garibaldinos habían irrumpido por la Puerta Pia. La Urbe era sin embargo casi la misma de los tiempos papales. Era una ciudad netamente renacentista y barroca, con muchos recuerdos de la Edad Media, no solamente en sus edificios sino también en las costumbres de sus habitantes.

Por las estrechas calles andaban todos a paso lento y solemne, saludándose los amigos con amplio movimiento del sombrero. Usaban capas que se echaban al hombro, con el mismo ademán con que los antiguos romanos se envolvían en sus togas.

Pero esa solemnidad no significaba austeridad, pues reinaba en todas partes una alegría contagiosa. Resonaban sin cesar los organillos; orquestas de ciegos o grupos de saltimbanquis estorbaban el tráfico, y de aquella confusión de ruidos brotaban, desde cada callejuela, las notas cálidas de algún tenor.

—O... sole... míó...!

Luego aparecía, al son de alegres clarines, un batallón de “bersaglieri”, más corriendo que marchando, sus plumas de gallo volando al Viento. Poco se preocupaban de guardar el paso y volvían la cabeza para reírse con las muchachas que pasaban. ¡Bien lejos estábamos de la disciplina prusiana, pero ya vendrá Mussolini a imponerles el espíritu militar!

También vendrá Pío X a enseñar mayor dignidad y espíritu eclesiástico a tantos clérigos de aspecto zaparrastroso que circulaban por las calles, sin tener, al parecer, nada que hacer.

Pero Roma ha tenido siempre y seguirá teniendo muchos santos de verdad, sólo que esos no pasean por las calles.

Yo sí que paseaba, y si entraba a las iglesias, fuera de los días de precepto, era por conocer y admirar su arquitectura más que por piedad. En una de esas entradas casuales a no recuerdo cuál de los templos más concurridos, me encontré con que un orador sagrado de fama estaba predicando, no desde un púlpito usual, sino desde una plataforma de unos cuatro metros por lado, en cuyo centro había un sillón. El predicador se paseaba por la plataforma gesticulando, a veces corriendo de un lado a otro, a veces susurrando como si hablara a alguien al oído, otras rugiendo imprecaciones y estremeciéndose con todo el cuerpo, hasta que después de un buen rato cayó sentado en el sillón, esponjándose la frente. Después de corto descanso, se alzó de nuevo exclamando:

—¡Comienzo!

Por lo visto, toda esa violenta oratoria no había sido sino el exordio del sermón. Yo, tratando de no llamar la atención, me escurrí fuera de la iglesia oscura y glacial, hacia la luz del pleno día... ¡O sole mío!

Ni entonces, ni menos ahora, debo confesar, me han atraído esos chorros de palabras que parecen fascinar a tanta gente. En cambio, era sensible a la noble belleza de las funciones litúrgicas dentro del marco de las grandes Basílicas, que es donde hallaban su verdadero ambiente.

Por lo demás, me dedicaba de lleno al dibujo de modelos vivos en las mañanas, y en las tardes a la pintura al óleo, principalmente de retratos, naturalezas muertas O paisajes. Una vez que me parecía terminado uno de estos estudios, se lo enseñaba a mi profesor.

—Si —decía don Lorenzo, con su macado acento castellano—, no está mal como preparación. ¡Ahora. Píntelo usted!

Esos maestros antiguos eran realmente de detalles, ¡no había cómo contentarlos!



S I G O   D I B U J A N D O

Sólo poco tiempo duró esta primera separación de mi familia, pues no tardaron en llegar todos de nuevo a Roma, donde mi padre tenía que representar a Chile ante el gobierno del Quirinal.

Nos tocó asistir a la apertura de la Puerta Santa, en San Pedro, con ocasión del Jubileo del año 1900. Oficiaba el Papa León XIII, cuya fuerte voz de timbre nasal me parece oír aún, mientras en la apiñada Basílica, trataba de ver algo de lo que sucedía, aferrado a las pinceladas molduras de una puerta de bronce.

Nuestra Legación ocupaba un “palazzo” decorado por el pintor Zuccari y en cuyo portón lateral figura una inmensa boca abierta que encantaba al escritor G. K. Chesterton. Allí vinieron numerosos chilenos, entre ellos mi amigo, el arquitecto Ricardo Larraín Bravo, recién recibido en la Escuela de Bellas Artes de Paris.

Después de un tiempo me independicé hasta cierto punto de Lorenzo Valles, al juntarme con otros tres jóvenes pintores con quienes alquilamos un taller. Mis compañeros crean un italiano, un catalán y un uruguayo; teníamos tendencias bien diferentes unos de otros, pero, a pesar de esto, nos entendíamos perfectamente. Trabajábamos en la Vía Margutta, pintoresco antro de pintores y bohemios, entre jardines y pérgolas en que yacían trozos de estatuas y colgaban jaulas ole canarios. Temo que ya el progreso moderno habrá barrido con tan poético desorden.

No hallé en Roma sino restos de la vitalidad de otros tiempos. Hasta la generación anterior, Roma había constituido la atracción de los artistas de toda Europa. Aún quedaban entre otros centros menores, la Academia Francesa de la Villa Médicis a la que venían a terminar sus estudios los alumnos becados de la Escuela de Bellas Artes de Paris. También tenía España su Academia, por la que pasaron algunos de los mejores pintores contemporáneos de esa nación. Esto, sin embargo, eran sólo recuerdos de una grandeza ya pasada. El centro internacional del arte era ahora París, lo que no anulaba el *hecho* de que es

imposible conocer el arte del pasado sin haber visitado no sólo Roma, sino también Florencia, Venecia y en general toda Italia, pues casi no hay pueblo de la Península que no contenga maravillas de arte.

hasta principios del siglo XX, no se admitía más arte que el que fuese inspirado por Grecia y por el Renacimiento italiano. Así como los arquitectos debían conocer a Vitruvio de memoria, así los pintores debían imitar a Rafael y a Miguel Ángel lo más de cerca posible. Los profesores de esos tiempos repetían sin cesar: “Copie a Rafael”.

Mi propio padre, que fue mi principal maestro, me aconsejaba también que imitara a Rafael. Sin embargo, él mismo seguía *mucho* más su propio temperamento y, prácticamente, seguía a los maestros clásicos sólo desde lejos, con lo que hacía muy bien. Su respeto a la tradición imperante lo llevaba, sin duda, a desear que yo también me plegara a ella, pero viendo la libertad con que él mismo seguía su propio camino, juzgaba yo en mis adentros que lo conveniente para mí era igualmente buscar mi senda propia, sin por eso alejarme mucho del ideal clásico, en el dibujo y en la composición que es lo que yo consideraba y aún considero, lo más grande del arte pictórico.

Guiado hacia la belleza por mi padre, aparecieron de pronto ante mí, como faros deslumbrantes, Rafael y Miguel Ángel. Las demás lumbreras fueron apareciendo poco a poco, a medida que iba conociendo, primero el Vaticano y en seguida Florencia y Venecia. Al principio el Cinquecento me deslumbraba de tal modo que no me permitía ver Otra cosa.

Luego fue mi madre quien, por su cuenta, me hizo descubrir el Quattrocento representado por la mística e inmaterial belleza del Beato Angélico al que, hasta entonces, había prestado yo poca atención. Mi madre, sin embargo, ya me había llevado cuando tenía unos doce años, a rezar sobre la tumba del Beato, en la iglesia (le Santa María de la Minerva. Fray Angélico debe ser visto en Florencia para ser apreciado.

De lo que pasaba entretanto en París me llegaban sólo rumores. A orillas del Sena se sucedían las escuelas y los “isrnos”, con velocidad vertiginosa, provocando violentos conflictos que apasionaban al mundo artístico. En Roma, no se inmutaron por esto los obeliscos ni las fontanas berninescas. El genio del Buonarroti, sólidamente anclado en el alma de Italia, no ha perdido en ella su dominio de cuatro siglos.

Fue una suerte para mí que fuesen clásicos los fundamentos de mi educación artística, pues de otra manera, no sé si hubiese podido escapar al confucionismo que arrastra a tantos artistas que no saben adónde van.

Alrededor mío veía, no solamente el ejemplo de mi profesor Lorenzo Valles, sino también el de otros pintores españoles, todos penetrados de entusiasta y casi fanática admiración por

Velázquez y por su interpretación exacta y escrupulosa de la naturaleza. No podían estos artistas dejar de admirar el genio de Goya, pero el ambiente del momento los llevaba, parece que por deber profesional, a preferir al autor de “Las Meninas” y de “Las Lanzas”. En cuanto al Greco, se le consideraba por entonces de poco interés. ¡ Hasta hubo, según me aseguraron, un Director del Museo del Prado quien pensó en destruir las obras del genial “TleotocopuJos” a fin de librar a los jóvenes artistas del mal ejemplo que les daba aquel arte enfermizo y degenerado... Solamente a principios del siglo XX. vinieron los críticos de arte a descubrir el verdadero valor de este pintor único en su género.

No recuerdo en qué fecha del año 1900 nos trasladamos todos a Paris, habiendo mi padre renunciado a su doble Legación en Alemania y en Italia.

Fuese por la simple coincidencia que yo hubiese nacido en Roma, o bien por lo lleno de agrado e interés que había sido para mí aquel período de poco más de dos años pasados en la Ciudad Eterna, de hecho me fue penoso alejarme de aquel simpático ambiente. Calculaba yo, sin embargo, que para mis estudios la atmósfera de Paris me sería de mayor provecho.

Nos instalamos en un hotel tranquilo cerca del Arco de Triunfo y muy pronto me hallé de nuevo dibujando en la Academia Julián, Plaza de Pigalle a poca distancia de la célebre colina de Montmartre.

Faltaban años todavía para que aquel pintoresco centro de artistas y bohemios fuese eclipsado por el más reciente barrio de Montparnasse, al otro lado del Sena.

Montmartre mantenía aún su plena supremacía. Alrededor de la grandiosa Basílica del Sagrado Corazón, se amontonaban escalonados los talleres de artistas, los teatruchos y los viejos molinos de viento. De estos sólo sobrevivió el Moulin Rouge de mundial fama. También sobrevive la Basílica a la que llegan peregrinos de todas partes del mundo, en busca de aliento sobrenatural. ¡Extraña mezcla de aspiraciones, típica del París de nuestros tiempos!

Desde hace muchos años he perdido el contacto con aquel mundo de los artistas parisienses. Los recuerdo con sus barbas incultas, sus grandes sombreros y sus amplios pantalones de terciopelo. Los veía llegar a la Academia Julián, alegres y bromistas, pero dispuestos, los más, a tomar en serio su trabajo artístico. Había tenido ocasión de observar el trabajo de estudiantes de varias razas, en diversos países, había visto de cerca al estudiante alemán, serio, reconcentrado por la tensión continua de todas sus facultades, mientras su colega italiano parecía dejarse llevar por el lirismo propio de su raza y contar más bien con la inspiración del momento para obtener el resultado apetecido. Tanto en Berlín como en Roma había conocido dos tipos muy diferentes de estudiantes: los que se dedican a un trabajo serio y silencioso, y los más o menos holgazanes que ríen y cantan en vez de trabajar.

En París me encontré con una mayoría para quienes el trabajo concienzudo parecía amoldarse perfectamente con una alegría bastante ruidosa. El secreto de esta combinación me parece que residía en aquel sentido de medida y equilibrio que es propio del espíritu francés, y que le permite trabajar y divertirse al mismo tiempo.

Desde mi primer día en la Academia Julián pude notar cómo a la señal dada por el “massier” del taller, cesaban inmediatamente los gritos y las chanzas y comenzaba el trabajo sin tardar un momento.

Luego, exactamente tres cuartos de hora después, al oírse la palabra ¡“repos”! “descanso”, comenzaba la batahola por quince minutos.

En ausencia del profesor, es al “macero” a quien incumbe mantener el orden. Su autoridad no es discutida por nadie, a pesar de ser un estudiante como los demás.

De las cosas que más me sorprendieron en esa ciudad de contradicciones, fue, aquella disciplina voluntariamente aceptada por todos, pero que desaparece en cuanto la autoridad intenta imponerse por la fuerza.

Al poco tiempo de asistir a estas clases, ocurrió que un alumno se permitió decirle una broma de mal gusto a la modelo que posaba. Aunque el incidente hubiese sido muy leve, el imprudente recibió del macero una enérgica reprimenda la que fue aprobada por todos los presentes y el ofensor debió retirarse cabizbajo. Claro está que los estudiantes de Montmartre no pretenden ser modelos de moralidad, pero era tradición entre ellos un alto respeto por el orden dentro de sus escuelas y por sus maestros y profesores.

A mi taller venían regularmente dos profesores de nota que se turnaban por semanas. Estos eran Robert Fleury y Jules Lefebvre. Ambos típicos representantes de la antigua escuela, tenían siempre en sus labios el nombre de Rafael al que unían el de “monsieur Ingres” como el del mejor exponente en Francia del ideal clásico. La enseñanza de estos dos maestros no adolecía de estrechez, sino que alentaba la búsqueda de nuevos rumbos, con tal que el estudio profundo de la figura humana fuese siempre la base del arte pictórico. En eso eran mis profesores intransigentes. Robert Fleury llevaba en el bolsillo una brocha con la que solía borrar cualquier dibujo al carboncillo que no alcanzase el nivel de perfección exigido. “Hágalo de nuevo” decía simplemente, y todos se conformaban porque la palabra del patrón, como le decían los alumnos, era sagrada. Yo recordaba avergonzado lo mal que me había sonado esa misma palabra en boca de mi profesor de Berlín. Pero las circunstancias habían cambiado y yo también. Entre mis vecinos del taller noté pronto a uno que se mantenía silencioso en los ratos de descanso, cuando los demás cantaban y reían. Era un joven de aspecto distinguido y vestía bien. Dibujaba con corrección pero siempre haciéndole a sus dibujos extrañas modificaciones

en la forma o en el color, cuando se trataba de un estudio al óleo. Por ejemplo, pintaba las carnes de un color verde y el fondo de algún tono azul o morado y ponía en su trabajo una gran atención. Los compañeros observaban atentos y algunos pocos trataban de imitarlo. Supe que era de familia aristocrática y que su nombre era de La Fresnaye, nombre que ahora figura entre los fundadores del Cubismo.

Todos los sábados corregía uno de los profesores los bocetos que se presentaban sobre algún tema indicado de antemano. Podían también presentarse bosquejos sobre cualquier otro tema, por lo que habiendo hecho yo un apunte al óleo que representaba el abrazo de O'Higgins y San Martín en Maipú, lo llevé al concurso. Más tarde me sirvió de base para el cuadro que fue premiado en Buenos Aires, en 1910, y que cada año sale reproducido con ocasión de las Fiesta Patrias, tanto en Chile como en Argentina. No falta ha ninguna semana sin presentar algún bosquejo y luego mis compañeros me llamaron el "campeón del boceto".

Por lo visto seguía desenvolviéndose mi educación artística dentro de un criterio clásico, con la diferencia de que en Roma tenía a la vista las obras maestras de la antigüedad, mientras que ahora recibía su influjo de un modo indirecto, a través de la enseñanza de hombres inteligentes y bien preparados. Fue esta seguramente la época en que hice mayores progresos en mis estudios.

## LOS TRES MOSQUETEROS

Poca semejanza tenía el presente trío con los tres famosos compañeros de d'Artagnan. Tampoco era este el mismo trío de antaño, pues mi hermano Luis había vuelto a Chile para ingresar a la Escuela Militar. Habiéndolo reemplazado Raimundo Larraín García Moreno, se renovaron las excursiones, en compañía de Carlos Peña Otaegui y de un servidor a través de la Ciudad *Luz*, inagotable fuente de estudio y recreo.

Esta nueva edición de los Tres Mosqueteros no demostraba, por cierto, la turbulencia ni la desfachatez que distinguía a los tres héroes de Alejandro Dumas. Formábamos un trío siempre juicioso y de costumbres muy ordenadas, sin que por eso nos faltara, ni por un momento, entusiasmo.

Un día se unió a nuestro trío un amigo común, Arturo Lyon Peña, quien nos invitó a que diésemos con él un paseo en automóvil. Era la primera vez que experimentábamos tal sensación. No sin emoción sentimos que rasgábamos el aire, encaramados sobre un pequeño coche que vibraba y crujía de manera alarmante.

Vamos a treinta kilómetros por hora! —exclamó Arturo, mientras los árboles de la calzada nos parecían volar a cada lado.

Por ese tiempo fue convidado un miembro de la Academia Francesa a dar un paseo semejante. Al bajar del coche sin caballos, el “inmortal” declaró solemnemente:

—¡Ha sido alcanzado el máximo posible de la velocidad! pocas veces íbamos al teatro, salvo atraídos por grandes personalidades como Sara Bernhardt, en el drama “L’Aiglon” o alguna pieza clásica del teatro francés.

Debo declarar, de una vez por todas, que, aunque no sea insensible a la atracción del teatro, he preferido, en general, la satisfacción de amanecer temprano, con la cabeza despejada y listo mi espíritu para emprender, con renovado entusiasmo, la tarea que se me presentara, de estudio, de arte, de alabanza a Dios por la belleza de su creación...

Había entonces, como siempre, muchos chilenos en París, lo más de paso, y un buen

número establecido allí de manera más o menos permanente; pero poco teníamos que ver con ese flujo y reflujo de latinoamericanos, a quienes en París llaman “rastacueros” o “meteques”, y que, en general, ponen a nuestros países en ridículo ante el pueblo europeo. De esas son las familias ingenuas y de carteras bien guarnecidas que llenan los hoteles, las boites y otros lugares de diversión, y después vuelven a sus respectivas patrias indignadas por la corrupción que han visto en París, sin darse cuenta de que son ellas mismas las que con su dinero mantienen ese estado de cosas.

Mis amigos y yo conocíamos el verdadero París de los parisienses, que es algo bastante distinto de lo que se imaginan los extranjeros; un mundo en que se trabaja y se produce intensamente en toda suerte de actividades intelectuales o artísticas.

Muy rápidamente se me escurrió ese tiempo tan provechoso para mí. De nuevo hubimos de embarcarnos para Chile, en el curso de 1902, esta vez los “tres mosqueteros con sus respectivas familias.

Formábamos una gran caravana que ocupaba la mejor parte del vapor “Oropesa”, bajo el ojo severo del primer oficial de abordaje, quien no pudo nunca imponer a estos incorregibles latinos la sabia disciplina de los barcos británicos. “O terror dos mares” le pusimos a este austero oficial, sin que por lo demás nos preocupáramos mucho de sus advertencias.

Las tres familias Larraín, Subercaseaux y Peña formaban un conglomerado al que, por brevedad, llamábamos “La-SuPe”. Como personas de respeto venían don Raimundo Larraín y doña Ana Luisa García Moreno de Larraín, don Enrique Peña y doña Mercedes Otaegui de Peña, y mis padres. Seguíamos como mayores de cada familia los “tres mosqueteros”, y en pos nuestro una larga cadena de niños y niñas de todas las edades, con cierto número de personas de servicio.

Entre las niñas cuyas edades se acercaban a las de nuestro trío, estaba Ana Luisa Larraín, a quien llamábamos siempre Lucha. Terminó su vida de religiosa carmelita en Valparaíso, dejando en todos los que la conocieron el recuerdo de un alma noble y generosa, dotada de todas las cualidades que puede lucir una mujer superior. Seguía a su hermana Luz, y más o menos de la misma edad venían Anita Peña Otaegui y mi hermana Blanca.

Este grupo juvenil se mantuvo por años en estrecha amistad, por lo que durante la navegación pudimos prescindir completamente de los demás pasajeros del barco, pues nos bastábamos a nosotros mismos.

Entre la gente menor de la familia Larraín estaban Jorge, fallecido hace algunos años, Pedro Pablo y Jaime, el futuro candidato a la Presidencia. Su hermano Sergio no había nacido aún. De las niñas seguían María, que venía delicada de salud, y por último Consuelo y Paz, en

la edad en que la niñez expresa sus sentimientos por continuos llantos. Esta última estaba destinada a ser mi apreciada cuñada.

De la familia Peña, Jorge, Luis y Francisco eran aún pequeños. De la mía seguían Rosario, María, León e Isabel, esta última nacida en Berlín.

Diariamente, a la hora de ponerse el sol, toda nuestra tribu reunida alrededor de nuestros mayores, entonaba un hermoso himno a la Virgen María, cantado a varias voces, que escuchaban con recogimiento los pasajeros y la tripulación.

Me hallaba de nuevo en Santiago, de nuevo bajo la depresión de la fealdad y del atraso que me rodeaban. Es verdad que la pavimentación había mejorado. Gracias al piso de asfalto se podía, en las calles centrales, andar sin fijarse en cada paso para no caer en un hoyo. Pero esa facilidad para el andar me permitía ahora levantar la vista y ver la profusión de adornos de yeso, que pretendían remedar las arquitecturas de Versalles o del Trianón, sobre los edificios de adobe y de listones. Tuve que aceptar ese suplicio y confiar en que la costumbre atenuara en mí la penosa impresión

Por fortuna también había cosas buenas en Santiago, y muy buenas. Desde luego el clima, la cordillera, y más que todo la bondad, la simpatía, la hospitalidad de la sociedad santiaguina.

Pero yo poco me aprovechaba de esa simpatía y de esa hospitalidad, pues conocía a poquísima gente y no tenía ningún deseo de conocer mas. Me bastaban los amigos que ya tenía, en que incluía las tres familias llegadas en el “Oropesa”, algunas que había *conocido* en Europa y unas poquísimas personas de Valparaíso y Viña del Mar.

En Europa había trabado amistad con los Edwards Mac-Clure, que ahora vivían en Catedral esquina de Morandé, precisamente calle por medio con la mansión habitada por la familia Peña Otaegui, casa que un biten día se incendió. Habiendo el incendio comenzado por el tejado, fue visto desde su cuarto por María Luisa Edwards quien, por medio de señales y gritos, intentó comunicar la alarma a la familia Peña. Algunos miembros de esta familia, creyendo que se trataba de bromas de María Luisa, se reían y contestaban con otras bromas, hasta que por fin lograron convencerse de la realidad del siniestro. Sin tardanza acudieron todos los mosqueteros amigos, amén de los bomberos, y se organizó el salvamento de los objetos de valor, ya que las personas escaparon ilesas. No recuerdo cuál de los jóvenes amigos tuvo la presencia de espíritu suficiente para hacerse de un canasto y de algunos trapos, e ir recogiendo de una a una las valiosas porcelanas y demás objetos de arte con sumo cuidado, mientras otros, yo entre ellos, de un tirón arrancábamos las cortinas de felpa o de raso, y sacábamos los muebles al patio.

Pero ya con fecha anterior había habido otro incendio, este en casa de don Raimundo



Larraín, en la calle Agustinas, y se habían visto las mismas escenas de salvamento; es la misma casa que aún perdura, testigo mudo de nuestras reuniones juveniles.

Según mi inveterada costumbre, haciendo caso omiso de las invitaciones que me llegaban para fiestas, comidas, etc.,

me puse sin tardar a la obra, dibujando caricaturas para uno que otro diario o revista, lo que me vaho que en mi enciclopedia de artistas chilenos me apuntaran no como pintor sino como caricaturista.

Me había puesto, sin embargo, a pintar cuadros que exponía en el salón de la Quinta Normal, donde me otorgaron sucesivamente todas las recompensas del catálogo, hasta terminar con el Premio de honor.

Pero sintiendo el deseo de perfeccionar mi técnica y de volver a contemplar los maravillosos ejemplos de los grandes maestros, salí de nuevo rumbo a Europa. Esta vez vía cordillera, montado en una mula al pasar las altas cumbres. Poco días me detuve en Buenos Aires en esta primera visita, pues deseaba llegar cuanto antes a incorporarme nuevamente a la Academia Julian.

DE NUEVO EN PARIS

Clama la voz del macero:

—¡ Descanso!

Hasta aquel momento se oía sólo el rechinar del carboncillo sobre el papel “Ingres” y tal vez algunas palabras en voz baja. Luego estallan llamados y gritos, mientras el modelo estira sus miembros acalambrados. Uno entona una canción de taller, cuya letra no es ciertamente para oídos píos, y algunos la repiten en coro.

Me saludan algunos antiguos compañeros.

—Tiens! ¿De dónde vienes tú?

—De Chile.

—Pero hace mucho calor allá. ¿Cómo soportas el trío que hace ahora en París?

—Pero si también hace frío en Chile, a veces..

—¡Cómo es posible eso? Aquí hay ahora dos brasileños que lo pasan con frío todo el tiempo y son del mismo país que tu...

Ya sabía yo que era inútil tratar de geografía con estos simpáticos parisienses, y trabé conversación con los nuevos colegas cariocas. Eran mellizos, exactamente iguales. Lo que decía uno lo repetía el otro con las mismas palabras. Se hallaban aún llenos de entusiasmo por las hazañas aéreas de Santos Dumont, y también por las de otro brasileño llamado Severo que en esos mismos días había volado sobre París en un dirigible de su invención. Desgraciadamente el globo de Severo hizo explosión sobre la misma ciudad, y se mató el desgraciado piloto.

Los simpáticos mellizos estuvieron unos días inconsolables y, para desahogar su pena, trajeron al taller sus citaras, en las que tocaron, en dúo, lastimosas canciones de su tierra. Saudades.

Sucedió en esos días que la más alta distinción a que pueden aspirar los estudiantes de arte en Francia recayó en un alumno de la Academia Julian. Se trataba del codiciado premio de

Roma, galardón que sólo puede obtenerse después de difíciles exámenes y pruebas que exigen verdadera talento y constancia en el concurrente. El agraciado recibe una beca que le permite vivir dos años en la Academia de la Villa Médicis en Roma.

Llegó una mañana nuestro profesor M. Lefebvre con aire sonriente a darnos la grata noticia. Al punto se produjo gran algazara. Partieron gritos de:

—¡La carga, la carga!

Una antigua tradición exigía que un evento de tamaña importancia fuese celebrado con una carga de caballería en honor del festejado.

En un momento se despejó la vasta sala. El vencedor de la prueba y el profesor, tomaron colocación en un ángulo. Entre tanto, los alumnos, unos cuarenta, montaban a caballo, cada uno en su caballete, mientras en la diestra blandía un pincel o una regla. El macero dió la voz de mando:

—Chargez...!

Como una romba se lanzó la “carga”, girando locamente alrededor del taller. Varios caballetes fueron rotos y dos jinetes improvisados rodaron por el piso. Luego, aún jadeantes y cubiertos de polvo, marchamos todos alegres y triunfantes hacia un “bistro” vecino a beber un modesto “vm blanc citron”. El triunfo del Atelier Julián quedaba con esto dignamente celebrado, según la secular tradición.

En 1905, época de la que trato ahora, se apercibían en los medios que yo frecuentaba, solamente vagos indicios de la revolución artística que se estaba preparando en París. Los impresionistas aparecían, ante la inmensa mayoría riel público, como extravagantes que no debían tomarse en serio. De los cubistas aún ni se hablaba. La enseñanza oficial del arte seguía insistiendo en la veneración de Monsieur Ingres, y el refrán que se repetía sin cesar era:

—Imite, copie a Rafael...

Los pintores españoles, de los que frecuentaba a algunos, añadían:

—Estudie a Velázquez...

Por conocer mejor a ese maestro, de quien ya había visto obras magistrales en Roma, hice un viaje a Madrid. Lis visitas que hice al Museo del Prado no podían dejar de producirme honda impresión: “Las Lanzas”, “Las Meninas”, “Las Hiladeras” .

Solamente años después en el curso de otro viaje, vine a descubrir otros colosos: El Greco, Coya. .

En aquel tiempo casi nadie se interesaba por aquellos “locos exorhitados”.

EL ESPINAZO DEL DIABLO

Después de una ausencia de seis meses hube de volver a mi patria, escogiendo para mi vuelta el camino de la cordillera, con el que había de familiarizar años antes de que se pudiera atravesar la inmensa mole andina cómodamente sentado en un tren.

Se podrá objetar que la palabra “cómodamente” se aviene poco con el recuerdo que deja la travesía de los Andes en ferrocarril. Pero siendo todo relativo en esta vida, puedo certificar que el viaje en tren, tal como hoy día se realiza, no es sino una agradable excursión comparado con el cansancio, los sustos y emociones de toda índole que esperaban al audaz viajero de 1910.

De los primeros viajes por sobre la cordillera, de ida y vuelta, en 1905, no conservo recuerdo de ninguna aventura excepcional. Pero de uno que fue de Buenos Aires a Santiago me quedan recuerdos muy claros, como también de otros dos en diversos sentidos, de los que trataré de dar una rápida descripción.

Habiendo llegado en ferrocarril hasta Punta de Vacas, debía la Combinación, como se la llamaba, pernoctar en una primitiva hospedería en la que, desde luego, era imposible dormir por el ruido que ahí se hacía y por efecto de la altura a la que la mayoría de nosotros no estábamos acostumbrados. A las cuatro de la mañana, los gritos destemplados de los arrieros nos hacían levantarnos precipitadamente. Con la misma precipitación debíamos ingerir un pedazo de pan y una taza de café hirviendo, y muy luego se hallaba cada uno, o cada una, cabalgando una mula. Mi buena suerte me deparó una bestia grande y forzada, la que a largos trancos tomó la delantera dejando atrás hasta a los arrieros mejor montados,. Solo alcancé a oír al jefe de la combinación prevenir a los viajeros que era necesario andar rápido si queríamos llegar al de partida del ferrocarril chileno, antes que estallara la tormenta que ya nos amenazaba.

En efecto, el temporal no tardó en estallar. Mirando hacia mi espalda me vi completamente solo, pues el rápido animal que yo montaba había dejado atrás toda la combinación. La nieve caía primero en gruesos copos; luego, impelida por el viento helado

cada vez más violento, se transformó en un polvo menudo que me azotaba la cara con fuerza. Pensaba que la huella que seguía la mula habría de quedar invisible muy pronto. Por fortuna la misma fuerza del viento se encargaba de despejar lo suficiente para que mi cabalgadura pudiese reconocer el camino tantas veces recorrido por ella. Me inquietaba la idea de que más tarde me tocaría bajar la famosa cuesta llamada “El Espinazo Lid Diablo”, hacinamiento de rocas casi intransitable para un peatón y que sólo una mula experimentada sabe negociar sin rodar con su jinete por aquellas rocas agudas. Por fin llegamos al temible despeñadero. No se apercibía ningún ser viviente que pudiera auxiliarme en caso de una caída, pero no había más remedio que seguir adelante confiando sólo en Dios y en las firmes pisadas del valiente animal. Como una hora duró tal vez aquel violento ejercicio, durante el cual me aferré todo lo que pude al arzón de la silla, encomendándome a todos los Santos del Paraíso. Una vez llegado a una parte relativamente plana, me volvió el alma al cuerpo. Vine a notar entonces que tenía la cara cubierta de una capa de nieve, y que gruesas estalactitas de hielo me colgaban de los bigotes y de las cejas. También me enteré de que ya no sentía ni los pies ni las manos, y que me invadía todo el cuerpo un intenso frío.

No podía sacar mi reloj por las manos demasiado frías. Sólo pensaba que la marcha había durado muchas horas y no veía ningún indicio de que nos acercáramos a la meta. Desde un principio había dejado la rienda suelta a mi mula, pero ya comenzaba a dudar de que su instinto fuera capaz de sacarme de esta angustiada situación, pues ahora una espesa niebla lo envolvía todo y no se veía ni rastros de caminos.

De Súbito resonó muy cerca el pito de una locomotora.

A los pocos instantes me hallé en el andén de una estación:

¡Juncal! Un momento después estaba sentado junto a una estufa de carbón, tan cerca que se me chamuscaba la ropa. Sin embargo, seguía tiritando de todos mis miembros, mientras sentía mi cerebro como entumecido, casi incapaz de pensar u obrar.

Luego oí una voz conocida:

—Che amigo, ¿qué le pasa?

Y se me acercó un amigo de Buenos Aires llevando una botella de champagne en la mano.

—Esto le hará bien — me dijo.

Me bebí la botella casi entera y me volvió a circular la sangre.

Un largo rato después comenzaron a llamar, en grupos, los demás viajeros de la combinación. Ayudados por los arrieros, se apearon penosamente de sus monturas. A varias señoras de la comitiva daba lástima verlas. Un señor entró a la hostería arrastrando los pies y repitiendo en tono convencido:

—~ Estoy muerto.... estoy muerto. . .

Pero parece que nadie se murió de la aventura. Por mi parte, volvía a mi casa en perfecto estado de conservación.

En otro viaje sucedió que la nevazón había sido tan grande, que solo se reconocía la huella en ciertas partes del recorrido por los postes riel telégrafo, cuyas puntas eran apenas visible sobre la nieve que todo lo cubría.

Por fin en 1910, un día cuya fecha. no recuerdo, en el momento en que los pasajeros abandonaban el tren argentino en Patita de Vacas para subir a los coches que nos esperaban a fin de pasar la cumbre (ya eran coches en vez de mulas) , llegó un ingeniero corriendo a anunciarnos que el túnel era ya transitable, y que lo íbamos a pasar en tren.

Una vez instalados en el nuevo convoy, comenzó a avanzar el tren con suma lentitud y deteniéndose a cada rato. Por fin vimos la luz del sol al lado chileno de los Andes. Poco después tuvo lugar la inauguración oficial del Trasandino y su formidable túnel de tres kilómetros de largo, pero yo y mis compañeros del momento ya lo habíamos inaugurado extraoficialmente pocos días antes.

Este cambio de ruta tuvo por consecuencia que los viajeros del Tren Internacional no pudieran ver más el impresionante monumento al Cristo de los Andes que se yergue precisamente en la frontera entre Chile y la Argentina, y a cuyo pie se cruzaban regularmente las “combinaciones” en su penosa marcha, una hacia el oriente, la otra hacia el poniente.

Lo que se ganaba en comodidad se perdía en poesía...

## XXIII

1906

Había llegado a casa, es decir, a otra casa, nueva para mí, de las numerosas en que ha vivido nuestra movедiza familia. Se trataba esta vez del suntuoso palacio que se había construido mi bisabuelo don José Tomás Urmeneta, en la calle Monjitas. Si era realmente suntuosa y palaciega, esta casa era también incómoda por la altura de sus pisos y lo complicado de su distribución. Tenía un ascensor del porte de un regular dormitorio, accionado a mano por medio de cuerdas y poleas, y que nadie se atrevía a usar por temor a una catástrofe. En el tercer piso varios vastos salones albergaban las valiosas colecciones de minerales de toda clase reunidos por don José Tomás, sin contar numerosas obras de arte y curiosidades. La filantropía que animaba a mi bisabuelo lo llevaba a ayudar a artistas pobres, encargándoles cuadros que representaran acontecimientos de nuestra historia. Un artista anónimo había pintado varias batallas en que se veían las balas saliendo de los fusiles y otros detalles ingenuos.

Fuera de la monumental escala principal, había lujo de escaleras de caracol, incluyendo una de carácter misterioso por la que, al parecer, se podía salir secretamente a la calle, pero cuya llave no pudimos encontrar nunca. El edificio era de hermoso estilo neogótico, típico de aquella época romántica, y su construcción era excelente. Sin embargo, los tristes acontecimientos que marcaron nuestra permanencia en el palacio Urmeneta nos hicieron, en poco más de un año, desear un cambio de residencia para nuestra familia.

Pero al principio todo andaba muy bien. Instalé mi taller en una de aquellas grandes salas al lado de una terraza con vista al San Cristóbal, y me puse a trabajar con entusiasmo.

Al año siguiente de mi vuelta a Chile la naciente “Empresa Zig-Zag” pidió mi ayuda en calidad de ilustrador. Recuerdo con agrado estos años pasados en estrecha colaboración con Richon Brunet, Julio Bozo (Moustache), Nataniel Cox (Pug) , y varios otros dibujantes, bajo la dirección general de Joaquín Díaz Garcés. Me tocó ilustrar en blanco y negro los cuentos tan llenos de Vida escritos por este último bajo el seudónimo de “Ángel Pino”, como también los

relatos de base histórica de Enrique Tagle Moreno (Víctor Noir) y de otros escritores.

De los numerosos dibujos de carácter humorístico que produjo mi pluma o mi pincel en aquella época, sobrevive aún el recuerdo de las aventuras de Von Pilsener y de su inseparable “Dudelsackpfeifergeselle”. A propósito de esta historieta, debo hacer aquí una rectificación. No fue en realidad espíritu “antigermánico” lo que me impulsó a crear aquella sátira, según insinúa en el número especial de “Medio Siglo de *Zig-Zag*” (pág. 73), sino más bien el deseo de *hacer* resaltar, en forma humorística, nuestros propios defectos, exponiéndolos a la crítica de un imaginario observador europeo. y nada más.

Ya antes de eso, había yo dibujado caricaturas para “El Diario Ilustrado”. Más tarde, en 1913, ejecuté numerosos dibujos para el “Pacífico Magazine”, para ilustrar las novelas de Alberto Edwards. En tiempos en que este era Ministro de Hacienda, me llamaba a veces a su Ministerio, que se hallaba entonces en los altos de la Moneda. Nos encerrábamos en su despacho para proyectar la próxima aventura del detective Román Calvo, mientras afuera el Subsecretario daba golpes en la puerta, anunciando que un conocido financista deseaba ver al señor Ministro.

Que espere un momento — gritaba Alberto Edwards —, que estoy muy ocupado!

Pero volvamos a 1906, año en que cayeron gravemente enfermas dos de mis hermanitas, siendo las dos arrebatadas por la enfermedad, una en pos de la otra, sin que mediara un mes entre las muertes de Rosario, que tenía dieciséis años, y la de Maria, que tenía doce.

En agosto de ese mismo invierno, vino el terremoto del 16 de agosto a aumentar, sobre todo en mis adoloridos padres, el deseo de alejarnos de la casa Urmeneta, tan llena de tristes recuerdos. Al día siguiente del terremoto estábamos ya en la vieja Chacra del Llano Subercaseaux, pero no sin haber pasado primero esa noche del 16 tan llena de emociones.

En realidad fueron de poca monta los perjuicios sufridos por la ciudad de Santiago. En cambio fue grande la alarma, y los rumores que corrieron toda aquella noche por la población fueron espeluznantes.

Los que poseían coches durmieron esa noche en ellos. Nosotros los jóvenes íbamos de casa en casa en busca de noticias. Desde el primer sacudón se habían cortado las comunicaciones con Valparaíso. Se contó que por las dos de la mañana dos guasos a caballo habían llegado del Puerto trayendo la noticia de que toda esa ciudad estaba en llamas. Fuimos algunos a casa del Presidente don Germán Riesco, en busca de confirmación de tal nueva. Su Excelencia nos aseguró que el mismo Gobierno no sabía nada de lo ocurrido, fuera de los rumores que circulaban a cual más fantástico.

Seguía temblando a cada momento y casi nadie se atrevía a permanecer bajo techo a pesar



de la lluvia. Un grupo de amigos nos reunimos en el hall de la casa de doña María Luisa Mac Clure de Edwards, de donde pasábamos con frecuencia a la vecina Imprenta de “El Mercurio”, siempre en busca de nuevas, pero estas llegaban confusas y contradictorias.

Doña María Luisa, siempre dinámica y ocurrente, había traído a su hospitalaria mansión a un Padre carmelita, y a cuantos llegaban esa noche a su casa les decía que seguramente habría pronto otro terremoto, aún más fuerte que el primero, y que por consiguiente harían bien en confesar sus pecados al Padre... Parece que varios radicales empedernidos cayeron en la piadosa trampa...

## LA CHACRA

Olvidadas las alarmas del terremoto, la vida en la Chacra Subercaseaux recobró su carácter normal de vida de familia, de estudio y de progreso para todos, para mí de una continua e intensa producción artística.

Supongamos ahora que, vengo saliendo del “*Zig-Zag*”, donde iba con frecuencia, o tal vez del almacén de pintura “La Campana de Oro”, el único de su clase que había en Santiago. De paso rápido me encamino hacia la Alameda de la Delicias. Salto las dos históricas acequias de turbias aguas y me meto en un tranvía de la calle de San Diego. La conductora (sombrero de paja sobre la frente y mugriento chalón), da la partida. El “watman” hace rechinar su manivela y el vehículo comienza su ruidosa marcha. Como de costumbre, voy observando lo que encuentro a mi paso. A las pocas cuadras ya no se ven casas de dos pisos. Pasada la Avenida Matta las construcciones son tan miserables que ya ni me recen el nombre de “casas”, aunque a muchas no les falte su alto antepecho y ostenten en sus pintarrajeadas fachadas composiciones que representen temas como “*El rey que rabió*” o “*El Canario Navegante*” u otras fantasías. En la esquina de calle Franklin nos deja el tranvía eléctrico y es preciso esperar a otro “de sangre”. Este tarda en llegar y da harta oportunidad al ojo de un artista para contemplar los charcos de fango que inundan esta calle y la del Placer, cuyo nombre no pudo ser más apropiado. En efecto, varios puercos se revuelcan con delicia en aquellas aguas malolientes. Pensé un momento en pintar ese cuadro y dedicarlo al Señor Alcalde de Santiago.

Pero hubimos de seguir viaje, tirado el “carrito” por dos escuálidos jamelgos. De pronto se desriela el carrito y el cochero volviéndose hacia los pocos viajeros nos dice: “Caballeros . Ya comprendemos. Nos bajamos todos y volvemos a colocar al carro en sus rieles. Un pasajero observa con filosofía: “En esta línea es más lo que se trabaja que lo que se paga’. ¡Habíamos pagado sólo cinco centavos!

Mal que mal, a los cuarenta minutos de mi salida del centro voy haciendo resonar con mis pasos el eco del largo corredor de entrada a la Chacra. Ese eco tan típico de la casa de campo chilena me ha agradado siempre, sobre todo si lo acompaña el tintineo de espuelas de plata.

Pero no es un tintineo lo que en estos momentos hiere mis oídos, sino la clamorosa campana que esgrime la Carmen Cornejo para avisarnos que el almuerzo está listo. Las dimensiones del parque por donde corren los niños han hecho necesaria esta sonora esquila, que por muchos años manejó nuestra fiel servidora peruana. Ahora la Carmen descansa en un mundo mejor, pero la misma campana seguirá resonando, cincuenta años más tarde, para llamar a los monjes de Las Condes, cuando se les necesite en el locutorio.

Después del almuerzo la reunión es jovial, pero de corta duración: un rato de conversación en el asoleado corredor perfumado de madreSelva o bajo la fresca sombra de las encinas.

Nuestro padre tenía las más de las veces la palabra. Hacia vivos comentarios sobre los temas del momento o bien formulaba proyectos para algún nuevo viaje a Europa. Los demás de nosotros, descendientes no solamente de su raza francesa, sino que también por los demás lados de fríos vascongados, hablábamos poco. Por mi parte, tenía prisa por volver a mi taller, en que siempre tenía varias obras en curso de ejecución.

Pero hablaremos de mi taller más adelante. Algo más tendré que decir de aquel ambiente indefinible que los antiguos amigos de la vieja Chacra no han podido, con seguridad, olvidar. No aludo solamente a la romántica belleza de aquel vasto parque, siempre bien cuidado, en que los inmensos y azulados cedros, las encinas y otros árboles frondosos mantenían un perpetuo frescor; ni aún solamente a la señorial atención con que eran recibidos los visitantes que acudían numerosos. Había algo más que no intentaré describir, pues no me toca a mí hacerlo. Y sin embargo, al tratar de relatar mis impresiones personales, tampoco puedo dejar de evocar una presencia, que en ese ambiente de la Chacra Subercaseaux se dejó sentir más fuertemente que en ninguna otra parte y por muchos años. Era la presencia dulcificadora y animadora a la vez, de la dueña de casa. Todos eran sensibles a esa presencia, tanto los miembros de la familia como los amigos y visitas venidos de fuera. Cuando ella se hallaba ausente veían las visitas una hermosa casa, un florido jardín. Estando ella presente, perdía en interés la hermosura del marco, la atención de todos se concentraba en la reina del hogar, de quien todos deseaban recibir o un consejo o unas palabras de consuelo o de aliento. Algunas de esas personas venían de lejos, a veces nos eran completamente desconocidas. Llegaban con aire preocupado e inquieto, se alejaban con caras sonrientes y aliviadas. ¿Qué problemas traían esas personas atribuladas? No lo sabremos en este mundo; pero sí sabíamos entonces que la receptora de tantas confidencias quedaba a veces entristecida y como abrumada por el peso de preocupaciones y dolores ajenos.

Era, sin embargo, en el círculo de muchachas jóvenes que continuamente la rodeaban, donde más se hacía sentir su influjo avasallador. Era aún la época romántica en que podían

verse sentadas al borde de un lago, bajo la sombra de magnolios floridos, grupos de jóvenes envueltas en largos vestidos, escuchando absortas la voz queda de *Misiá Amalia* o bien oyendo el suave canto de un violín, cuyas notas parecían deslizarse sobre las aguas. Yo, venciendo mi inveterada timidez, solía arriesgarme hasta acercarme a aquellos grupos y tomar parte en la conversación. Trabé allí amistades que aún perduran; una sobre todo se fue ahondando hasta hacerse parte de mi propia vida. Se trata de Elvira Lyon Otaegui, mi esposa desde el año 1907.

Pero para ser fiel a un convenio, más bien tácito que expreso, que siempre ha existido entre nosotros dos, quiero correr un velo sobre todo aquello. Ella lo desea así y eso basta. Ella aborrece la publicidad y a mí me desagrada profundamente. Es sólo por un fin superior que he emprendido este relato, a pedido de mis amigos y de mis hermanos en religión. Basta con declarar que el acuerdo entre ella y yo ha sido siempre completo, el cariño constante y que a nadie, salvo a Dios tenemos que dar cuenta de nuestra libre resolución. Por lo demás, el que pueda comprender, comprenda, dice el Evangelio... También asistían jóvenes a estas reuniones, aunque pocos. A la juventud masculina presentaba mayor interés el penetrar problemas de la cuestión social, problemas aterradores en que, al parecer, nadie había pensado antes. En aquel momento se encargaban el Padre Vives y el Padre Fernández de abrirnos los ojos a los incautos católicos, quienes hasta entonces nos imaginábamos vivir en el mejor de los mundos. Fui a las conferencias del Padre Vives dos o tres veces y quedé abismado. Luego me hice la siguiente reflexión: ¿Podré dedicarme a la belleza y al arte y, al mismo tiempo estar calculando cuántos hogares están sin pan, cuántos niños muriendo de abandono?

Yo ya conocía de bastante cerca las viviendas de los pobres y sus sufrimientos, no sólo en Chile sino también en grandes ciudades europeas, donde la miseria es hasta más abrumadora que en nuestra tierra. Pero, ¿debería yo en adelante transformar un sentimiento espontáneo de simpatía por los pobres en una actividad organizada en forma científica? Ante el problema mi resolución fue, como en otras ocasiones, inmediata y definitiva. No fui más a los cursos de acción social. Yo admiraba la abnegación de los que, como mi primo Juan Enrique Concha y tantos otros, se dedicaban a obra tan necesaria como urgente; pero yo no los acompañaría más, pues no era ese mi camino. Mi vocación era servir a Dios de otra manera. Pero como, de todos modos, deseaba aportar mi grano de arena al esfuerzo de tantos, comencé desde entonces a apartar para ese fin una parte de mis ganancias, práctica que he mantenido hasta el día en que, no poseyendo nada en esta tierra, pude darme totalmente al servicio de Dios.

Detalle pueril, se dirá, pero me gusta recordarlo: ese dinero ahorrado, la “plata de los pobres”, lo guardaba en un cajoncito de mi armario, el mismo armario que ahora figura en la sacristía de Las Condes.

SAN PIO X

Sólo pocas veces y desde lejos, había visto al Papa Sarto, como decían familiarmente los romanos. Yo no pensaba por entonces en la posibilidad siquiera de poderlo pintar del natural.

Al principio de 1911 veníamos llegando de nuestra segunda “peregrinación” a Tierra Santa, y nos encontramos con mi padre en Roma. Encuentros como este, en diversas partes del mundo, eran ocurrencias frecuentes para los miembros de nuestra andariega familia. A mi padre le vino la idea de que debía yo conseguir el permiso para pintar un retrato al óleo a Su Santidad, y con su característica prontitud buscó el modo de ponerla en práctica, valiéndose de sus amistades en el Vaticano. La cosa no era fácil, pues el Jefe Supremo de la Iglesia tenía su tiempo ocupado en cosas más importantes que la de posar para un joven artista sudamericano.

El proyecto hubo de postergarse por varios meses. Llegando el verano, quedó la Ciudad Eterna prácticamente vacía de extranjeros o por lo menos de europeos. En cambio los norteamericanos, acostumbrados a calores aún más fuertes que los de Roma, venían en número considerable en esta estación.

Nosotros nos fuimos a disfrutar de un frescor relativo en Baviera, pero pronto nos llegó la noticia de que el Papa tendría en esos meses menos recargo de trabajo, y que nos convenía estar al alcance de un aviso del Vaticano. Volvimos pues a Roma en espera del ansiado llamado. Este no llegó en todo el verano. Debimos soportar la alta temperatura propia de los climas meridionales, pero la experiencia me hizo conocer un nuevo aspecto de la vida romana. Para defenderse del calor, dormían los romanos largas siestas a puertas y ventanas cerradas; en cambio, antes de las seis de la mañana se veían los parques y jardines llenos de niños y paseantes. De nuevo al caer el sol renacía la animación. Entonces las bandas tocaban en las plazas o en los parques hasta medianoche trozos de Verdi, de Puccini o de Donizetti, música refrescante que no fatiga el cerebro.

Luego se supo que Su Santidad se hallaba algo indispuerto, por lo que resolví alejarme de

esa atmósfera calurosa haciendo una excursión al norte. ¿Adónde iríamos? ¿Por qué no a Asís? Seguramente, pensaba yo, encontraré cosas lindas que pintar en esa vieja ciudad de San Francisco, mientras consigo retratar a Pío X.

Esa excursión, que hice en parte para escapar al calor, en parte porque siendo terciario de la orden de San Francisco deseaba volver a visitar la tumba del Poverello, fue para mí una puerta que se me abría ante un mundo nuevo, insospechado hasta entonces. Mundo nuevo, impresiones nuevas, pro-deseaba volver a visitar la tumba del Poverello, fue para mí ser, eso significó esa excursión improvisada... Pero todo esto servirá de tema para otro capítulo.

Volví a Roma rumiando mis flamantes proyectos, sin por eso descuidar lo del retrato papal, por lo que me puse a estudiar, por medio de fotografías, la profunda y dulce fisonomía del Pontífice. Reflexionaba también sobre su obra, sobre el influjo que visiblemente se dejaba sentir alrededor de él. La opinión popular de Roma ya lo consideraba santo de veras. Se contaban anécdotas, se hablaba de milagros patentes, de conversiones y curaciones ruidosas. A los que venían ufanos a dar gracias por beneficios extraordinarios, les decía con su tranquila sonrisa:

—No soy yo, humilde pecador, quien obra esos prodigios; es el poder de las llaves de San Pedro.

En esa misma época, estando mi padre en Roma, le llegó la noticia de que su madre, Magdalena Vicuña de Subercaseaux, había caído enferma. Como mi abuela tenía ya sus 80 años, no se podía humanamente prever una mejoría. Mi padre pidió al punto una audiencia al Papa y, echándose a sus pies, le contó su aflicción y le pidió que rogara por ella. Pío X, acariciándole la cabeza, le dijo:

—Sua madre sta bene.

Mi padre pensó que el Papa no había entendido sus palabras, y repitió su súplica. El Santo Padre, acariciándolo de nuevo, repitió varias veces:

—Sua madre sta bene—, y pasó el Papa a otro suplicante.

Quedó mi padre algo desconcertado por lo que pareció ser falta de comprensión por parte del Pontífice... Poco después llegó la noticia de que mi abuela había mejorado de modo inexplicable. Vivió la señora dieciséis años más, es decir hasta la edad de noventa y seis años.

La lucha de Pío X contra la herejía modernista fue dura y larga, pero la combatió con una energía que sorprendía a los que creían ver en él sólo a un santo y manso pastor. En sus esfuerzos para restaurar todo en Cristo, emprendió reformas internas de la Iglesia, que sorprendieron al mundo católico. El lanzó el grito: “Dejad que los niños vengan a mí”.

Felices los niños que nacieron después de ese llamado. Lo puedo decir por experiencia

propia. Los que, como yo, no pudieron hacer su Primera Comunión antes de los doce o trece años, perdieron un tiempo valiosísimo para su formación espiritual. Además, habiendo pasado buena parte de mi vida en países imbuidos aún de jansenismo y de galicanismo, me había criado oyendo a las amigas de mi madre o leyendo en libros de piedad que ellas me daban, doctrinas a veces semiheréticas, como lo comprendí más tarde.

Mi madre, debido a su profundo amor de Dios, no se dejó, seguramente, contagiar y me salvó a mí indirectamente, de menoscabar mi fe. Pero esas damas distinguidas que venían, por acaso, a pedirles a mis padres su ayuda para una venta de caridad o algo por el estilo, emitían opiniones que a mi, chico de 8 a 12 años, me sorprendían bastante. En una ocasión me aseguraron que si Nuestro Señor trató con mansedumbre a los pecadores, fue exclusivamente mientras vivió en la tierra, pues al volver a sentarse a la diestra de Dios Padre, volvió Cristo a ser igual al temible Yahvé del Antiguo Testamento. Gracias a Dios hace ya tiempo que han dejado de correr semejantes ideas tan poco apropiadas para atraer a la juventud.

Mientras seguía estudiando las facciones del Papa Sarto, tan dulces y tan fuertes a la vez, pensaba para mí que con este Pastor muchas cosas habrían de ser restauradas en Cristo. A él le tocaría enseñar a las gentes que Jesús siempre fue y es el Jesús de los pobres y de los pequeños.

Por fin en octubre de 1911, de vuelta de mi excursión a Asís, llegó el anuncio de que había sido concedida la audiencia tan largamente esperada. En cuanto al relato de cómo se desarrolló esta entrevista memorable, prefiero dejárselo a la ágil pluma de mi amigo Alberto Wagner de Reyna, tal como él la describe en “El Diario Ilustrado”, con ocasión de la canonización de Pío X, que tuvo lugar el 29 de mayo de 1954.

#### “El Santo y su Pintor”

Una mañana en el verano de 1911, salía de su alojamiento, cerca de la Plaza de España, en Roma, un caballero vestido de frac. Mientras buscaba un coche —uno de esos con caballitos saltarines— tropezó con dos “carabinieri”, y los buenos guardianes del orden público se hicieron una seña, como diciendo “debe haber estado buena la fiesta”. El caballero de frac saltó al coche, que mientras tanto había encontrado, con una agilidad que no hacía suponer una noche de francachela y dio la orden: “al Vaticano”.

A través de las tortuosas callejuelas del Borgo —no existía aún la Vía della Conciliazione—, se dirigió al Veturino con su matinal pasajero. Poco antes de las ocho llegó a la Plaza de San Pedro, y el extranjero mostrando al suizo un solemne documento timbrado con

la Tiara y las Llaves, ingresó al Palacio Apostólico. Llevado por los funcionarios de guardia y después de muchos salones llegó al despacho de Su Santidad. Pensaría más de alguno de ellos que era un político de alto rango —quizás un príncipe— que a hora tan temprana tenía algo urgente que tratar con el Pontífice.

En el despacho, vestido de blanco y calzado de escarlata, estaba Pío X, el paternal cura de aldea, con su secretario Monseñor Pescini, veneciano como él; recibió con benevolencia a su huésped e ingenuamente preguntó:

—Cosa debbo fare, caro professore?

—Santità, non s'incomodi, ci penso io.

A ratos conversando en el dialecto natal con su secretario recién llegado de la ciudad del Adriático —y por lo tanto abundoso en nuevas— a ratos revisando papeles de la curia, permaneció el anciano Papa tres cuartos de hora sentado pacientemente en su silla. El caballero de frac, mientras tanto, ante un lienzo y con rápido despliegue de pinceles (a riesgo de mancharse la blanca pechera) comenzó el retrato de su augusto modelo.

Tres veces posó Pío X, y poco después entregó el pintor un cuadro que hasta hoy cuelga en una de las salas del palacio Vaticano. Otro lienzo —pues fueron dos los originales— llegó a Santiago, al Seminario Mayor, pues el artista era chileno.

Pocos años después murió el venerado Pontífice y su memoria fue adquiriendo el resplandor de la santidad que durante su vida lo adornó. Hasta que en 1954, su sucesor, Pío XII, felizmente reinante, accedió a canonizarlo solemnemente con el aplauso de toda la cristiandad.

Una tarde de otoño, de este otoño de gracia y pesadumbre de 1954, volvió el pintor a ser recibido en audiencia por el santo pastor. No fue —como aquella vez— en el Palacio Apostólico, sino en el vetusto Seminario de Santiago de Chile; no lo vio vivo para retratarlo, sino revivido, sonriéndole desde su cuadro magistral. Y algo más; ya no era el visitante el caballero de frac, sino un anciano monje benedictino. Pero era pintor, y como tal acudió a una cita profesional. Sacó pausadamente sus pinceles: “Santità, non s'incomodi, ci penso jo”, y con mano firme de evocador de ángeles y batallas (a riesgo de mancharse el negro escapulario), esbozó alrededor de la cabeza de Pío X un aro resplandeciente, o sea, la corona del Santo.

Y después de 36 años, escribió por segunda vez —pero hoy con letras de oro— “PINXIT PEDRO SUBERCASEAUX”.

Alberto Wagner de Reyna



Al relato de mi amigo sólo falta añadir el del pequeño incidente que sigue: Mientras yo recogía la paleta y los pinceles, se me acercó el Papa y con expresión algo seria y el índice levantado me dijo:

—Sed buenos, chilenos, con los peruanos... sed buenos...

Quedé algo sorprendido, aunque no mucho, pues sabía que el ministro del Perú tenía vara alta en el Vaticano y que por consiguiente era más que probable que el Papa hubiese oído decir cosas poco favorables a la causa chilena. Sin decir nada, me arrodillé a fin de recibir la bendición del Pontífice. Por mi parte, tuve cuidado de no decir palabra a nadie de lo acontecido, pues calculaba que de haberlo contado, mis compatriotas podrían haberle dado al caso una interpretación que no hubiera, por aquellos años, ayudado a la buena marcha del acercamiento entre Chile y el Perú. A distancia de más de 30 años se puede ya hablar de aquellas irritaciones entre hermanos, sin peligro de renovar rencores ya olvidados.

Lo prueba el hecho de que es precisamente un peruano, gran amigo de Chile y mío, quien escribió esas líneas impregnadas de buen humor y simpatía.

Por lo demás, me era desde entonces fácil figurarme que algún día subiría Pío X a los altares. Nunca en cambio sospeché que sería yo el llamado a pintar alrededor de su frente la aureola de la gloria.

Acuérdate en tu celestial morada, ¡oh mi Santo modelo!, de los que aún quedamos acá abajo; te lo pide tu humilde  
“PROFESSORE”.

SAN FRANCISCO

Como he dicho, había vuelto a visitar Tierra Santa, esta vez en compañía de mi mujer. Las hondas impresiones que habla recibido a los catorce años no se modificaron como resultado de esta segunda visita; solamente se afirmaron. Pasamos también rápidamente por Atenas, donde puedo decir que “descubrí”, como si fuera algo enteramente nuevo, el arte griego. A toda persona que sabe usar sus ojos, las formas de la arquitectura clásica le son forzosamente familiares, pues en cualquier país civilizado al que vaya, tiene a cada paso delante de la vista las columnas, las cornisas, los frontones que durante siglos hemos imitado de los antiguos griegos. Estamos ya hartos de verlos.

Pero cuando vi esas mismas formas en Grecia, me pareció descubrir algo nuevo. ¿Sería la luz dorada y diáfana que ilumina esos mármoles, dándoles la calidad del marfil? ¿Sería la sugestión del ambiente histórico? No sabría explicarlo, pero evidentemente, tal como el arte gótico no tiene sentido sino en los climas brumosos del norte, así la transparencia del aire, el azul intenso del cielo y los cálidos rayos del sol hacen cobrar vida a esas maravillosas creaciones del arte helénico. Veíamos construcciones semidestruidas, columnas tronchadas, estatuas mutiladas pero envueltas todas por un aura mágica que todo lo dignificaba. Era como que lo veía por primera vez.

Y ahora parecida sensación me iba penetrando aunque de orden más profundo y espiritual, a medida que exploraba la patria de San Francisco de Asís. Es de advertir que en aquellos principios del siglo XX, no se conocían esas avalanchas de turistas que todo lo invaden como langostas, y menos era así en la apacible Umbría, desprovista, como era, de los sensacionales atractivos que fascina a las muchedumbres hacia Italia. Las masas de entonces no conocían a San Francisco. Solamente algunos escritores selectos comenzaban a interesarse por el Pobrecillo de Asís. Yo mismo tenía vago conocimiento de las “Floreillas”, del lobo de Gubbio o de la visión del monte Alvernia.

Un día bajamos del tren en la estación de Asís, y nos metimos en el omnibús del Hotel

Subasio. Pronto comienza a subir la carretera dando un par de curvas por el costado del monte, y a cada vuelta vemos ensancharse lentamente el panorama, mientras a la distancia van apareciendo aldeas y ciudades, todas como trepadas sobre las cumbres de colinas azules o violetas. Pero no son estas las colinas de Toscana con sus negros cipreses y su casi teatral belleza. La Umbría, más austera, habla menos a los sentidos, pero más directamente al alma. Sus valles van apareciendo cubiertos de olivos grises y plateados. La luz es suave y el azul del cielo no tiene nunca la intensidad que le ha dado su forma al sur de Italia.

Por fin penetramos bajo el arco de piedra que da entrada a la ciudad, y nos bajamos frente al hotel. Momentos después vamos atravesando la plaza o atrio rodeado de arcadas, frente a la Basílica. Ante nosotros se alza la maciza torre del campanario, y precisamente en aquel momento comienzan a tocar al vuelo sus cuatro campanas. Eran cuatro notas, las mismas que resuenan atronadoras en la ópera “Parsifa 1”.

Desde la primera vez me pareció que todo el robusto campanario se transformaba en poderoso instrumento musical cuyos sonidos hacían vibrar entera la Basílica, las agudas ojivas del atrio y toda la ciudad recostada sin blandura sobre su ruda montaña. Siguió el raudal de sonido mientras penetrábamos en el oscuro templo inferior, a fin de bajar a la tumba subterránea del Santo Patriarca.

Muchas veces, más tarde, he recorrido el Santuario y las estrechas calles de Asís, tan parecidas a las de Jerusalén. He pintado bajo sus galerías abovedadas, he dibujado sus frailes y sus pintorescos mendigos. Y nunca he podido oír los diarios llamados de aquellas campanas sin que me pareciera que, en cierto modo, se dirigían a mí personalmente. Pero si era un llamado, ¿qué podía significar?

Lo que voy a decir ahora parecerá tal vez desatinada fantasía. El hecho es, sin embargo, que sentía haber una misteriosa relación entre la impresión que me causaba aquel campaneó y el lejano recuerdo de mis juveniles paseos bajo el Arco de Triunfo, o de la cúpula de los Inválidos en París, y aun más, en Roma, de la fascinación que para mí se desprendía de la Basílica de San Pedro o de la obra de Miguel Ángel. Todo aquel conjunto, hecho de elementos heterogéneos, me hacía vislumbrar la existencia de un poder, de una belleza inmaterial, de la cual toda gloria humana no era más que un débil reflejo.

Pero estoy anticipando. Por el momento éramos simplemente un par de peregrinos explorando un mundo nuevo. (La idea de que fuésemos tomados como vulgares turistas, nos parecía abominable) . Leíamos con fruición las “Florecillas de Sa& Francisco” y la “Vida de San Francisco” por Tomás de Celano que son las fuentes más antiguas sobre la materia. Yo me puse luego a hacer apuntes y bocetos, de los que fue saliendo poco a poco la serie de cincuenta

acuarelas que, casi veinte años después, saldrían a luz en forma de álbum ilustrado.

Esas ilustraciones han querido ser fiel representación de lo que yo veía, sin embellecer ni idealizar nada. Le basta a Asís y a la Umbría su belleza propia, hecha de la dignidad y austeridad que convenían al que se había desposado con la Santa Pobreza. El pueblo de Asís lo comprendía perfectamente.

—San Francisco nos ha dado la bendición de la pobreza. No seremos nunca ricos.

Parecería que aquella bendición enteramente espiritual sigue cayendo como rocío sobre la patria de San Francisco, a pesar de la gloria que rodea al “más santo de los italianos, al más italiano de los santos”, según fue proclamado por Benito Mussolini.

En son de peregrinos visitamos los principales santuarios franciscanos y pudimos cerciorarnos de la pobreza muy real y de la ingenua alegría en que viven, confiados en Dios, esos frailes de burdos sayales pardos. Llegamos hasta el Monte Alvernia, que está situado en Toscana. Montaña rocosa e inhospitalaria, en una de cuyas quebradas se escondía Francisco en busca de soledad y de silencio. Ahora que se han hecho caminos y puentes que conducen al fondo de la sima, cuesta llegar hasta ella. Uno se pregunta cómo y a fuerza de qué acrobacias llegaría el Santo a ese sitio inverosímil en su afán de estar solo con Dios.

En ese mismo sitio se reúne en ciertas ocasiones la comunidad franciscana a recordar el momento en que, cerniéndose sobre el Santo, un serafín de fuego le hirió el costado, las manos y los pies con su dardo encendido. A poca distancia se halla el estrecho hueco entre las rocas, donde Frate Leone decía misa para Francisco que sólo era diácono.

Me saldría del plan de estos simples recuerdos si intentara dar cuenta del cúmulo de impresiones de belleza y de poesía recogidas por nosotros en esta y otras excursiones por la Umbría.

Nos fue sorpresa agradable conocer en Asís al famoso escritor danés Johannes Joergensen, con quien congeniamos desde el primer encuentro. Varias veces he estado con este gran escritor y gran cristiano en Asís, en Siena, donde estuvo escribiendo la vida de Santa Catalina, que es tal vez su mejor obra, o bien recorriendo las escarpadas laderas del monte Alvernia.

Se ha dicho que la vista de aquellas rocas, en cuyas fisuras crecen retorcidos troncos, inspiraron al Dante el escenario de su “Divina Commedia”. De todas maneras, fue mucho lo que debió el Alighieri al Serafín de Asís, e igualmente todos los poetas y artistas que vinieron en pos de él. Fue Francisco quien abrió los ojos de los hombres al encanto de la naturaleza creada por Dios. El Pobrecito de Asís nos enseñó a mirar con ojos limpios y sin temor las cosas bellas, pues son criaturas de Dios, nos hablan de su amor por nosotros y nos llevan al

amor del Sumo Bien, que es también la Suma Belleza.

Al seguirle los pasos al Poverello por montes y valles, lo veía conversando con los pájaros o con su hermano el lobo, pero aun más sentía su presencia en aquellas cumbres de la Toscana, al oírle entonar su cántico al Sol...

Altísimo, omnipotente, buen Señor...

Loado seas, mi Señor, con todas las criaturas,

especialmente el hermano Sol,

el cual hace el día y nos da la luz,

y es bello y radiante, de gran esplendor;

de Ti, Altísimo, lleva significación. .

## XXVII

1914

A mediados de 1914 estábamos de nuevo en viaje, esta vez rumbo a España, país que aún no conocía. Ya que en otros viajes había de tener la ocasión de visitar ese país con mayor detención, dejaré para más tarde el relato de mis impresiones de la Madre Patria.

Por motivos de estudios y también un poco por afán de turismo, aunque no nos gustaba confesarlo, llegamos a Londres, en compañía de mi cuñado Juan Lyon Otaegui. No intentaré, por cierto, describir la inmensa Metrópoli, que entonces gozaba de gran prosperidad y se mecía en la grata ilusión de que esa situación privilegiada duraría para siempre. Los rumores que corrían acerca de un posible conflicto con Alemania no parecían alarmar a nadie. ¿Quién se atrevería a atacar al Imperio Británico? ¿Qué gobernante sería bastante loco, como para romper el equilibrio reinante? Por lo demás, la guerra era cosa de otra época; ya no habría otra entre naciones civilizadas.

Sin embargo, de repente se produjo lo que parecía imposible. Como testigo presencial que fui de aquellos días, trataré de dar unas pocas impresiones personales. En el Reino Unido, todo acontecimiento importante debe ir acompañado de pompa y solemnidad, por lo que, apenas declarada la guerra el 4 de Agosto, recorrió las calles centrales de la City una curiosa procesión. En una carroza abierta, rodeado de guardias de gran parada, iba un rey de armas lujosamente ataviado y otros funcionarios con vistosos uniformes. En las esquinas principales se detenía el cortejo, resonaba un toque de trompeta y el rey de armas, con voz estentórea, lanzaba el tradicional llamado: “Oyez, oyez, oyez!” Enseguida notificaba a los fieles súbditos de Su Majestad el Rey, que en adelante les era prohibido traficar ni tener relación alguna con los enemigos de Su Majestad, etc., etc. El pueblo londinense, de por sí poco demostrativo, se puso aun más callado que de costumbre. Todos andaban silenciosos y con aire preocupado que las circunstancias justificaban plenamente. La única manifestación que presencié fue la de un hombre que se acercaba a las personas que pasaban y, con un dedo alzado, les decía a media voz: “¡Abajo Alemania.. !” Probablemente estaba borracho.

En la misma noche de la declaración de guerra, fui a las rejas del Palacio de Buckingham, donde reside la familia real. Me hallé allí con una gran muchedumbre que con insistencia vivaba al rey Jorge V. Salió este al balcón sin decir palabra y con semblante grave. Al momento miles de voces entonaron el “God save the King” y era fácil ver que todos los presentes le daban a ese himno de carácter netamente religioso, todo el fervor que podían. Apenas terminado el himno, alguien entonó, y luego fue coreado por todos, la popular canción: “For he is a jolly good fellow”, canto que estableció al momento una relación de familiar amistad entre el soberano y su pueblo. Yo pensé: ¡este es un gran pueblo!

Para nosotros, viajeros extranjeros, la situación se puso inquietante. Fue establecida la “*moratoria*”, con lo que perdieron su valor los cheques, cartas de crédito y otros valores que no fuesen dinero sonante. Pasamos ratos desagradables. En el hotel nos siguieron sirviendo las comidas al fiado, pero nos miraban con ojos desconfiados. Durante unos quince días, temimos ser expulsados del hotel por no tener con qué pagar la pensión. Mientras tanto, junto con otros compatriotas que se hallaban en el mismo caso, asediábamos la Legación de Chile a cuyo cargo estaba entonces don Agustín Edwards MacClure. Gracias a las diligencias de esta Legación, pude yo, al fin, presentarme a la oficina del hotel llevando en mano un billete del Banco de Londres por una suma considerable. Al instante los empleados del hotel recuperaron su sonrisa habitual, sus espaldas perdieron su tiesura y volvieron a inclinarse atentamente ante nosotros.

Ahora se trataba de volver a Chile. Pero no queríamos hacerlo sin haber previamente obtenido la bendición del nuevo Papa. En efecto, Pío X había fallecido recientemente a resultas, se decía, de pena por el estallido de la guerra, y nuestro afán era poder llegar a Roma, si fuese posible, para la consagración de su sucesor Benedicto XV. La empresa era atrevida pues se trataba de atravesar Europa en plena guerra y con todos los servicios públicos desorganizados por la movilización de los ejércitos.

No recuerdo cómo llegamos a París, donde nos encontramos con escenas muy distintas de las que habíamos presenciado en Londres. En París parecía todo agitación. La gente gritaba y lloraba por las calles, mientras hacían tremolar banderas tricolores. No sé cómo conseguimos meternos en un tren atestado de gente que partía en dirección al Sur. Luego nos cercioramos de que era peligroso hablar español, pues cualquier palabra que no fuese en francés despertaba sospechas. Oíamos la palabra “espion”, espía, y nos miraban con sospecha. Averiguando horarios, cambiando continuamente de trenes, alojándonos cuando y donde podíamos en diversos pueblos de Francia, progresábamos lentamente, mientras en sentido contrario al nuestro pasaba convoy tras convoy repleto de cañones, de caballos y de soldados que se apresuraban

hacia el frente. Vimos pasar trenes y trenes de regimientos africanos, moros o negros, con pintorescos uniformes, zuavos de calzones bombachos y fez rojo, que alegremente iban a la matanza.

Por fin llegamos a Italia y a Roma, donde todavía reinaba una paz ilusoria, y pudimos asistir a la primera audiencia pública de Benedicto XV en la Sala del Trono. En seguida, habiendo atravesado el mar de Génova a Barcelona, seguimos a través de toda España hasta Cádiz, donde nos embarcamos hacia Buenos Aires y Chile.



## XXVIII

### MI TALLER

Parte de una antigua bodega de vinos había sido transformada en cómodo y amplio taller de pintura. De Europa había traído excelentes materiales de pintura y buscando por el “Marché aux puces”, había encontrado auténticos morriones y armas de la época napoleónica que me sirvieron de modelos, ya que en Chile no se conserva nada de aquella época en cuanto a equipos militares. Por lo demás, en sus líneas generales los uniformes chilenos de entonces eran casi iguales a los trajes franceses de la misma época. En cuanto a sus colores y sus distintivos particulares, se encontraban estos en los decretos correspondientes a la creación de los diversos cuerpos del Ejército chileno. Corría pues poco peligro de errar gravemente en cuanto a exactitud histórica. Pero el temor de equivocarme en detalles de esa índole no era, por cierto, mi mayor preocupación. Aspiraba a crear una obra de arte, una obra de conjunto, de la que el asunto no fuera sino la ocasión, el pretexto de aquel conjunto. Desgraciadamente la mayoría del público no lo entendía así. Eran como aquellos que por mirar los árboles, no ven el bosque. Se extasiaban los más sobre lo que era secundario, pero no veían lo esencial del cuadro.

Visitantes de ese tipo tuve muchos desde el principio y aún me llegan ahora, a pesar de que ya el sentido estético ha progresado notablemente en Chile. Estando en la Chacra llegó un día un señor que deseaba comprarme un cuadro. Después de haber escogido uno, quedase un rato mirándolo en silencio. Evidentemente se esforzaba por hallar una observación apropiada al caso. Después de un largo cavilar preguntó: “¿Tiene las tres manos de pintura?”

“Ciertamente, le respondí. ¡En esta parte tiene hasta cinco manos! “.

Sin más sacó su cuaderno de cheques, pagó, llamó a su chofer y entre los dos metieron la tela dentro del imponente limousine Panhard-Levassor de ocho caballos.

En realidad me atraían fuertemente dos épocas de nuestra historia: la Conquista y la Independencia, por lo que ellas representan de heroísmo y a la vez de pintoresco. Veía en ellas magníficas ocasiones para composiciones dramáticas de intenso movimiento y colorido.

Trabajaba sin parar. Nunca he tenido la paciencia de llevar una lista de todo lo que pinté en aquel entonces, ni tampoco en los años posteriores. Andan desparramados mis cuadros y dibujos por todo Chile, sin contar los muchos que se hallan en Argentina y en otros países.

Pronto pensé llevar algunas pinturas a Buenos Aires. Basándome en uno de aquellos bocetos hechos en París para la Academia Julian, pinté el cuadro intitulado el *Abrazo de Maipú*. Auspiciado por el Ministro de Chile en Argentina, don Miguel Cruchaga Tocornal, llevé la tela a Buenos Aires. Fue expuesta en el Jockey Club y adquirida por el Gobierno argentino. Volví a Santiago resuelto a concurrir en dos certámenes pictóricos que se anunciaban para celebrar el Centenario Argentino de 1910.

Después de estudiar detenidamente el tema, me construí una maqueta, a escala, de la sala del Cabildo de Buenos Aires a fin de obtener los juegos de luz y perspectiva y lograr así el efecto realista que yo deseaba. En ese cuadro aparecen unas sesenta figuras, de las que treinta son retratos sacados de documentos auténticos.

El segundo cuadro me costó menos esfuerzo material. Se trataba aquí de representar “El ensayo del Himno Nacional Argentino”. En el salón de la Chacra, tapizado de rico brocato amarillo, hice que se agruparan mis personajes: unas cuantas señoras jóvenes vestidas a la moda “imperio”, junto a las cuales representé a San Martín, Pueyrredón y unos cuantos hombres más; al clavecín aparecía sentado el que acompañaba el canto de doña Mariquita Thompson, la que debía aparecer como figura principal del cuadro. A fin de conseguir un efecto realista, pinté todo el cuadro a la luz suave de las velas.

No bastaba con pintar los dos cuadros; había que hacerlos llegar a Buenos Aires vía Cordillera, enrollados en sólidos tubos de latón. Partí con ellos vigilando por el camino a los arrieros. Por el Espinazo del Diablo los perdí de vista. Al encontrarlos de nuevo, ¡oh espanto!, para mayor comodidad los arrieros habían doblado en dos el tubo de latón.

Llegado a Buenos Aires hallé en el convento de los Franciscanos una sala grande donde pude desenvolver las telas. Por fortuna no habían sufrido sino daños de poca consideración, que pude reparar sin gran dificultad.

En la Exposición del Centenario recibí calurosas felicitaciones, pero el jurado encargado de dar los premios creyó prudente y diplomático no otorgar en este concurso ningún primer premio, sino darme un segundo premio por cada una de mis telas. Uno de los miembros del jurado, con modo muy amable, me explicó: “Todos estamos de acuerdo en que merece Ud. los dos primeros premios, pero desgraciadamente Ud. no es argentino...!”

De todos modos consideraron mis amigos que la expedición había sido un éxito, pues el Gobierno argentino, además de las dos telas ya nombradas, me adquirió el “Abrazo de Maipú”

y varios cuadros más de menor tamaño para diversos museos. Por lo demás, el ambiente retrospectivo que yo mismo me había creado en mi aislamiento de la Chacra, me tenía más en contacto con los héroes del pasado que con el mundo contemporáneo que me rodeaba. A O'Higgins y a San Martín me parecía conocerlos personalmente y *veía* las hazañas de ambos como si actuaran ante mis ojos. La austera tumba del Libertador, con sus granaderos de perpetuos centinelas en la Catedral de Buenos Aires, me causaba una impresión que no se ha borrado a pesar de los cambios políticos que, más tarde, pudieron alterar mis opiniones de chileno patriota y democrático.

Ya antes de mi primer viaje a Buenos Aires, había pintado “En busca de Chile” y la “Salida de Rancagua” que se hallan en el Club de la Unión, mientras que el “Apóstol Santiago” que está en el cuarto piso del mismo Club, fue ejecutado varios años más tarde.

Casi todas esas obras habían sido ejecutadas en el taller de la Chacra, menos la gran tela de seis metros por cada lado que decora ahora el Salón de Honor del Congreso Nacional y que merece mención especial.

Estábamos en 1918 cuando los presidentes de ambas Cámaras, don Fernando Lazcano y don Carlos Balmaceda me encargaron pintar, para el Salón de Honor, el Descubrimiento de Chile por Almagro. Estaba entonces toda Europa saliendo de la guerra, por lo que fue imposible conseguir una tela que tuviese las dimensiones requeridas y me vi obligado a pintarla sobre varios trozos de tela, cuyas junturas se pueden ver al mirarla de cerca. Debí también instalarme un taller especial en una bodega más grande y trabajar en condiciones bastante incómodas. Costó mucho, con ayuda de obreros especiales, colocar la inmensa tela en su sitio definitivo.

Pero cuando creí que mis sinsabores habían terminado, fue cuando vino lo peor. Aconteció que, por motivos de orden puramente político, se hallaban, en ese momento, los senadores y los diputados disgustados con los dos presidentes del Congreso y creyeron los congresales conveniente desahogar su mal humor haciéndole obstrucción a la obra pictórica que ambos presidentes habían mandado pintar.

Llegaba yo un día al Congreso con ánimo de cobrar lo que me era debido, cuando me encontré con una multitud de honorables señores que llenaban el gran salón discutiendo acaloradamente. Se hallaban también presentes varios caballeros de aspecto más apacible que habían sido convocados en calidad de árbitros y que debían dictaminar sobre si se debía, o no, aceptar mi cuadro. La situación no dejaba de ser crítica para mí, pues había yo reservado pasajes para Europa, ya que había terminado la primera guerra mundial, y no podía partir sin que se me pagara el valor de la tela.

Dos o tres días duró la discusión, en tanto que varios peritos evacuaban informes sobre el cuadro de marras. Fueron discutidas las figuras humanas, los animales, la vegetación y hasta la forma de las nubes del cielo. De los llamados como árbitros, el profesor Philippi opinó que un perro que aparece en el cuadro es de raza de patas muy delicadas, por lo que le habría sido difícil a ese animal franquear las rugosas pendientes de los Andes. Don Luis Thayer Ojeda, ya anciano y casi ciego, preguntó qué era aquel bulto blanco al centro de la tela, a lo que se le contestó que era el caballo de Almagro. Otro experto objetó que los quiscos tienen flores blancas y no rojas. Se le explicó que también crecen parásitos de flor roja en los quiscos y en otras plantas. Siguieron muchas críticas más por parte de otros profesionales que fueron consultados y sobre todo por parte de los senadores y diputados presentes. Las críticas se referían todas a detalles particulares del cuadro. No hubo ni una sola observación sobre el conjunto de la composición, ni sobre sus méritos o deméritos en cuanto a obra de arte, lo que me dejó pensativo.

Finalmente se acordó aprobar mi obra. Recibí la suma estipulada, justo a tiempo para poder partir hacia Buenos Aires y Europa, llevando sólo sobre la conciencia una cierta inquietud por aquel perro de patas delicadas.

Pero debo referir otros antecedentes de este viaje.

## EL ALGARROBO

A pesar de ser poco aficionado al ruido, por darle gusto a mi madre y con la ayuda de mi padre, de Carlos Peña, Eduardo Balmaceda, Marcos Huidobro y algunos otros, me lancé a la ardua empresa de preparar la representación del “Santiago Antiguo”. A mi madre, como a las demás señoras organizadoras, les interesaba la cosa porque con el producto de la función esperaban recoger fondos para los abandonados obreros de las salitreras del norte. Consiguieron su intento caritativo con un éxito que sobrepasó sus esperanzas; y sin embargo, la suma recogida no pudo ser sino una gota de agua en comparación con las necesidades de esas míseras poblaciones.

Por mi parte, me interesó el lado artístico del asunto que, realmente resultó brillantísimo y digno de una sociedad culta y refinada. Por lo demás se han publicado ya bastantes informaciones y descripciones de los cuadros del “Santiago Antiguo”, por lo que no creo necesario hablar más de esa exitosa fiesta, si no es sólo para observar que desde el “Santiago Antiguo” data la renovación del gusto por el folklore chileno y por tantas costumbres pintorescas de nuestros campos que, sin aquel despertar, habrían sido relegadas al olvido.

Personalmente me dejó aquello una curiosa impresión. Ahí estaba yo en el proscenio del Teatro Municipal, en medio de un torbellino de señoras y de damas ataviadas de terciopelos y de chispeantes joyas, y sintiéndome a todo esto como pez fuera del agua. Veía alrededor mío ojos que brillaban del deseo de lucir y de gozar, mientras en mis adentros deseaba que se acabara pronto la fiesta para volver a trabajar tranquilamente en mi taller.

“¡Qué vano, qué hueco es todo esto!”, me dije en medio del alboroto.

Entre tanto, metido entre bastidores, me esforzaba sin entusiasmo por dirigir el movimiento de los aristocráticos figurantes. Fue ese, me parece, el momento en que un soplo del Espíritu Santo me hizo presentir lo que vendría más tarde. La idea, en abstracto, la teníamos ya latente Elvira y yo, desde varios años; pero fue en un instante, al son del minuet o de la pavana, que empezó a germinar.

Pasaron algunos meses. A todo galope corre sobre la dura arena de la playa el angloárabe en que voy montado. Desde Cartagena hasta cerca del Algarrobo casi no se interrumpe la loca carrera, mientras, bajo la impresión de que voy volando por los aires, el viento helado y la espuma del mar me azotan la cara. Cerca de mí galopa el maestro Zúñiga, albañil de oficio y dueño del “ángulo árabe”, como llamaba a la excelente montura que me había prestado.

Después de repetir numerosas veces este viaje acelerado, después de innumerables trámites y acarreo de materiales desde Santiago a Malvilla, y desde Malvilla al Algarrobo, quedó en poco más de un año terminada nuestra casa de adobe y tejas, sobre la altura que domina la bahía del balneario.

Había influido no poco en mi ánimo aquella impresión —los que quieran dirán depresión—, recibida en plena función del “Santiago Antiguo”, y había aumentado en mí el deseo de vivir lejos del ruido mundano. Es verdad que en la Chacra teníamos habitualmente el silencio y la paz que nos gustaban, pero no en Viña del Mar, adonde normalmente íbamos a veranear. Por otro lado, mi madre hablaba con gusto de sus veraneos en el Algarrobo cuando era niña, y contaba que allá no iba nadie, lo que nos dió la idea de tener allá una casita.

En aquel entonces ninguna ley prohibía que se edificara una casa sin que los planos fueran firmados por un arquitecto recibido. Yo, que no soy arquitecto, hice los planos a mi gusto, y el maestro Zúñiga, que era también hábil carpintero, me los ejecutó a plena satisfacción, amén de facilitarme su veloz “ángulo-árabe”, cada vez que yo lo necesitara.

De los vecinos principales de la aldea de pescadores y los escasos veraneantes, algunos quisieron persuadirme que hiciese la casa abajo, cerca de la playa, otros, en la meseta plana de arriba. Con sorpresa de todos, resolví construirla a media falda, donde cualquiera la puede aún ver, aunque algo transformada. En su estado primitivo se veía rodeada de parrones y un corredor abierto miraba sobre la pequeña quebrada, por cuyo fondo corría un arroyuelo que unía su canto al rugir más lejano del mar.

Nuestra llegada al Algarrobo sucedió muy a tiempo para que alcanzáramos a impedir que se le quitaran las tejas a la vieja Capilla con el fin de reemplazarlas por planchas de zinc. En cambio, conseguimos que un tejero anciano, que aún no había olvidado su oficio, reparara su horno y se pusiera a fabricar tejas que sirvieron, no sólo para nuestra casita sino también para las de varias otras personas.

Mientras el expedito maestro Zúñiga con un par de ayudantes terminaba la construcción, mi esposa y yo preparábamos el jardín y plantábamos árboles. No era fácil conseguir el agua suficiente para todo; sin embargo, allí está aún, para certificar nuestros esfuerzos, el tupido

bosque de olivos, pinos, cipreses y de otras especies, de que disfrutaban ahora los Padres del Verbo Divino, que son los actuales poseedores del “Refugio de San Francisco”.

Y no cesaban allí nuestros planes para el futuro. Mientras ella pensaba en una acción benéfica en favor de los pobres de la localidad, yo soñaba en erigir un santuario al Arcángel San Miguel, un Mont Saint-Michel en miniatura, a la entrada de una pequeña ensenada que se hallaba no lejos de la isla que cierra la bahía de Algarrobo. Dominaba aquella ensenada en forma de herradura, una roca puntiaguda en la que yo pensaba tallar gradas que terminasen en una capillita en la cumbre de la roca.

Toda la región me parecía maravillosa: su bahía tan mansa y solitaria, el suave color dorado de sus hierros, la apacible modorra de su pueblo de pescadores. Las escasas familias santiaguinas, que allí veraneaban, deseaban mantener en cuanto fuera posible ese estado de paz. Sentíamos sí la necesidad de mejorar la situación moral y material de los Pobres pescadores, pero estábamos de acuerdo en no desear la erección de un casino o de un hotel que trajesen las costumbres de la gran ciudad a este tranquilo rincón.

De esto hablábamos después de una ruda jornada de trabajo, plantando y regando, mientras tomábamos una taza de té, sentados frente al fuego de nuestra chimenea, sobre la cual campeaba un bajo relieve de greda que representaba a San Cristóbal. La tarde, aunque algo húmeda, era serena. Por encima de la pequeña quebrada veíamos el mar, pero no el pueblo, excepto el techo inevitable del “rascacielos” de la señora Lina. Fuera de ese detalle, la casa había sido hecha para enfocar un conjunto completamente armonioso y apacible. Hablábamos, pues, del agrado de vivir tan a nuestro gusto en este “remanso de eternidad”, como lo llamara un amigo poeta, cuando, como caldo de otro mundo, nos llegó el señor Alcalde.

Era el alcalde de la Comuna en que se halla Algarrobo que si bien recuerdo, era Lagunillas. Excelente persona y perfecto caballero era el alcalde, pero imbuido en materia de urbanismo y en otras cosas también, de ideales enteramente opuestos a los de esta pareja de soñadores idealistas. De la primera conversación con este caballero, sentimos que las ilusiones que nos habíamos formado de paz y de belleza se nos desmoronaban como castillos de cartas al primer soplo. Tenía el señor alcalde ideas muy claras acerca de lo que quería hacer en Algarrobo a imitación de lo que, según había visto en revistas norteamericanas, existía en países más progresistas que el nuestro.

—¿Por qué han de verse ustedes obligados a subir o bajar por tantas cuestas y laderas? — nos decía el dinámico alcalde—. Mucho más cómodo será para ustedes atravesar la quebrada que tienen frente a su casa por medio de un puente metálico.

Y nos iba detallando sus ambiciosos proyectos edilicios. Un pretil de cemento por acá,

otro puente por allá, líneas rectas por todas partes y ninguna consideración por las graciosas curvas naturales del hermoso paisaje. Nos mirábamos las caras Elvira y yo, consternados. . - No, pensamos, la felicidad no es de este bajo mundo. Habíamos vivido tres años en la ilusión de habernos encontrado con casi un paraíso terrenal, donde todo prometía ser a nuestro gusto, pero había bastado la aparición, no de la serpiente sino solamente de un señor alcalde de pueblo, para que aquel paraíso imaginario se deshiciera como humo...

El primer año había sido el del descubrimiento del Algarrobo y de los primeros planes. El segundo fue el de la ejecución, y al tercero, con la casa ya terminada, nos disponíamos a gozar plenamente y por tiempo indeterminado, de tanta felicidad - . - ¡Sic transit gloria mundi!

De vuelta a la Chacra Subercaseaux, reanudamos nuestras ocupaciones usuales: yo, generalmente dibujando o pintando, mientras mi esposa, cuando no la llevaban fuera sus obras de beneficencia, leía o escribía sentada a su mesita en un ángulo de mi taller. También conversábamos, pero ya no tanto de cosas ni de proyectos de orden material. Con frecuencia, mientras yo dibujaba ella me leía libros interesantes. El tiempo corría rápido en nuestro taller, bajo la mirada protectora de una Virgen del Carmen antigua, de un gran Arcángel quiteño, y colgando de una viga, una lamparita de plata traída por nosotros de Roma y que ahora, en el Monasterio Benedictino, sirve de lámpara ante el Santísimo.

Corría rápido el tiempo, pero no sabíamos aún adónde nos llevaba. Gracias al señor Alcalde se había enfriado nuestro entusiasmo por el Algarrobo. Varias circunstancias de orden secundario nos llevaron a emprender, a fines de 1918, otro viaje a Europa que, creo, fue mi decimacuarta travesía del Atlántico. No nos faltaban, por cierto, cosas de interés que hacer en nuestra patria; y, sin embargo, un sentimiento que no era solamente el deseo de volver a admirar las bellezas artísticas del Viejo Mundo, nos impelía misteriosamente hacia algo que nosotros mismos no podríamos haber precisado. Íbamos simplemente hacia lo desconocido. Dios seguía desarrollando el misterioso plan que tiene sol)re cada uno de nosotros.



EN ESPAÑA

Fueron veinte mil pesos lo que me abonaron por la tela del Congreso Nacional. Añadiendo a esta suma otra cantidad igual, nos lanzamos mi mujer y yo a recorrer buena parte del continente europeo. Nueve meses duró esta jira en que cuidamos ciertamente no hacer gastos inútiles, pero tampoco nos privamos de viajar en los mejores trenes y de alojarnos en buenos hoteles, y con todo, el viaje completo nos costó exactamente cuarenta mil pesos. ¡Otros tiempos...!

Nos dedicamos principalmente a recorrer España. Me sería difícil analizar los sentimientos que en mí despertó este descubrimiento de España por un americano. No digo sudamericano, porque este término no se usaba en la Península. Allá somos nosotros los americanos propiamente dichos; los yankis son los norteamericanos.

Íbamos a cada paso reconociendo lo que nos parecía ser íntimamente nuestro. En los cuadros de “Las Meninas” o de “Las Hilanderas” de Velázquez, en las pinturas de Goya o de Murillo, veíamos escenas que nos recordaban la vida diaria de nuestro Chile, por el parecido de los tipos y de ciertas actitudes, mientras que los nobles hidalgos que nos tocó conocer en Madrid nos parecieron idénticos a ciertos caballeros de vieja cepa santiaguina.

Pero esa exuberante animación, esa continua alegría de las calles españolas no hacían sino sorprendernos como cosa nueva, pues en nuestro continente las expansiones del pueblo se expresan por canciones y danzas que demuestran más resignación que optimismo, más tristeza que alegría. Nos llamó también la atención la vibrante exaltación de las fiestas religiosas, la violencia de ciertos oradores eclesiásticos, la intransigencia absoluta en cuanto a ciertas opiniones, con las que yo personalmente no estaba muy de acuerdo. En cambio, uno que otro preveía ya la revolución que estallaría mucho más tarde.

—¡Van a correr ríos de sangre!— me decía un sacerdote al hablar del porvenir.

Pero pocos miraban tan lejos. En un plano más cercano, algunos militares españoles con quienes conversaba, se mostraban preocupados por las consecuencias que podría tener para España una guerra franco-alemana. Se estaban a la sazón construyendo unos fuertes en la

frontera de España con Francia, cerca de Pamplona. Llegó en esos días un oficial francés que sabía de aquellas fortificaciones. El francés exclamó en tono jocoso:

—¿Creen ustedes que con esos fuertes pueden impedir que invadamos España cuando se nos dé la gana de hacerlo?

—No es esta nuestra preocupación— repuso el español—. Estos fuertes son para atajar a los alemanes cuando lleguen hasta acá.

Se prolongaron a veces por varios meses nuestras permanencias en las provincias vascongadas. Viéndome tocado de una boina, me dirigieron varias veces la palabra en lengua vasca los campesinos que encontraba por aquellos valles. A todo azar les contestaba:

—Bai, bai. . . (Si, sí)

Pero al querer prolongar la conversación, se enteraban de mi ignorancia del idioma éuscaro. El tipo netamente vasco de mi familia les daba la ilusión de que era yo uno de ellos. Perdían aún más la ilusión al enterarse muy pronto de que no era ni siquiera español. Me esforzaba por pronunciar el castellano con “ce” y “zeta” y lo mejor posible, pero inútil. En Francia pasaba fácilmente por francés, en Inglaterra por inglés; en España, al momento me decían:

— ¡Es usted americano!

Pero la hospitalidad española prima sobre todo. El hecho de ser extranjero y sobre todo americano, lo colocaba a uno por derecho propio en situación privilegiada. En pueblos pequeños, que no tienen hotel o posada, podía (por lo menos en aquellos tiempos) cualquier viajero o turista entrar a una casa acomodada y pedir alojamiento, seguro de que sería atendido con todo esmero y de que probablemente no le cobrarían nada por su hospedaje. Compatriotas nuestros que cayeron enfermos en un hotel, fueron cuidados por los dueños como si fuesen miembros de su propia familia, y no se les admitió en pago sino el valor corriente de la pensión.

Nos toco, en una ocasión, pasar una semana en calidad de huéspedes en casa de unos campesinos acomodados en el norte de Navarra, donde todos los hombres llevaban el típico traje baturro del calzón corto, ancha faja y la cabeza amarrada, mientras a las mujeres les colgaban dos trenzas a la espalda. La casa era amplia y sólidamente construida de piedra, las camas muelles y de limpieza esmerada, la comida exquisita y de abundancia que nos infundía cierto terror, pues nuestros dueños de casa no se conformaban si dejábamos algo en los platos. Como en estos casos habría sido ofensivo ofrecer dinero en pago por tanta largueza, nos veíamos obligados a mandar los regalos que podíamos encontrar a tan cariñosos amigos.

Entre las casas vecinas, varias tenían puertas y ventanas de forma ojival, que debían datar

por lo menos de fines del siglo XVI. Varios puentes eran también de construcción ojival, góticos, como decimos ahora, sin comprender el verdadero sentido de esta palabra que, para los hombres del Renacimiento, significaba “bárbaro”. Tuve ocasión de recordar ese sentido, cuando oí en alguna parte de España a una mujer que, al reñir a su hijito, exclamaba:

—¡Qué niño tan gótico es este!

Durante una de mis permanencias en Madrid, tuve la ocasión de tratar con el Padre Luis Coloma S. J., el famoso autor de “Pequeñeces”. Conocí a la Condesa Pardo Bazán, célebre escritora a la cual me presentó el pintor Fernando Álvarez de Sotomayor. Conocí también al pintor Zorrilla y Bastida, y volví a verme con antiguos conocidos entre los artistas que habían estudiado en Roma.

Una excursión que recuerdo con agrado fue la que hicimos al viejo santuario de Guadalupe en Extremadura, con sus inmensos claustros e imponente Basílica. Quisiera haber explorado con mayor detención aquella pintoresca región extremeña, de donde vino don Pedro de Valdivia como también varios otros de los conquistadores de América. Deseaba pintar vistas de algunas de esas ciudades tan llenas de recuerdos, pero no me alcanzó el tiempo.

Fue en Madrid donde hice, en parte, los bocetos y estudios para la serie de telas decorativas que pinté después en el antiguo edificio de la Caja Hipotecaria de Santiago, que me parece son de mis mejores composiciones decorativas.

Mucho más tendría que contar de tantos recuerdos ya muy lejanos y en parte semidesvanecidos por la acción del tiempo. De las cosas vistas por mis ojos, una permanece en mi mente clara y vibrante, que es, en la Iglesia de Santo Tomé de Toledo, el “Entierro del Conde de Orgaz”, por el Greco.

UN CUENTO

En aquel tiempo, dos personas, hombre y mujer, caminaban lentamente por un sendero que serpenteaba entre jardines y huertos frutales, en uno de los sonrientes valles de Guipúzcoa. Era pleno verano y el sol inundaba el valle, haciendo destacarse claramente los numerosos caseríos diseminados sobre las colinas vascas. Las distancias se veían envueltas en ese azul luminoso que es propio de aquella región.

La pareja en cuestión había recorrido aquellos caminos en largas excursiones por la pintoresca campiña. Habían conversado tranquilamente de cosas de este mundo y también del otro. Habían recordado, entre muchas otras cosas, el momento en que, hacía varios meses, formularan su decisión definitiva acerca del porvenir. Decisión que no fue tomada sin que mediaran largos años de meditación al respecto.

Catorce años habían pasado en que se había cimentado cada día más la unión espiritual que los ligaba. Catorce años en que la diversidad de ocupaciones, las separaciones temporales, ciertas incompatibilidades de orden superficial, no habían servido sino para unir más íntimamente esas dos almas.

Dios las había unido por un lazo sacramental indisoluble. El mismo Dios, por un soplo del Espíritu Santo, les había sugerido el deseo de entregarse más absolutamente a El, por medio de una separación transitoria durante el transcurso de tiempo que aún les quedaba de vida terrenal.

Ella desde un principio sugirió la idea. El había tardado algo en acceder, pero ya desde varios meses se sentía secretamente de acuerdo con ella. Sólo faltaba a ambos fijar definitivamente la hora ya prevista desde hacía tiempo.

Un día abordaron de nuevo el tema. Hubo entonces prolongado silencio, después del cual él dijo:

—¿Por qué lo que hemos pensado tanto no lo hacemos luego?

Sin titubear ella contestó:

—¡Sí, hagámoslo! Yo estoy lista.

Hubo preparativos que hacer que incluían una visita de ella a su lejana familia. El marchó a Roma a reunirse con sus padres. Ella había ya previsto lo que habría de hacer. El aún no. Pero su resolución era inquebrantable, faltándole sólo ver la manera de realizarla. Mientras ella volvía de su viaje habría tiempo de pensar en ello. Tres rumbos diferentes le parecían posibles: o la Compañía de Jesús, uno de cuyos padres había sido su director, o la Orden de San Francisco, por seguir al Poverello, o bien la de San Benito, aunque no sabía bien por qué, y era necesario decidirse pronto.

Corrían los primeros días de febrero cuando resolvió ir, por tres días consecutivos, a orar en la devota capillita de la Virgen, que se halla al fondo de la grandiosa iglesia del “Gesú” en Roma. Después de haber rezado largamente ante la imagen de María, pasaba a saludar a San Ignacio, cuyas reliquias yacen al pie de su magnífico altar. Cuando al tercer día se arrodilló ante la estatua de plata del gran santo vasco, le pareció sentir, no de palabra pero sí de manera que no daba lugar a duda, un “No” redondo y terminante. Recordó entonces que era ese día el 10 de febrero, fiesta de Santa Escolástica, hermana de San Benito. Y al punto lo inundó la luz. “¡Soy benedictino!”, exclamó para sus adentros y, desde aquel momento, no le cupo ya la menor duda acerca de su vocación monástica.

Pocas semanas más tarde hallamos a los dos esposos de nuevo juntos, esta vez en el despacho de Su Santidad Benedicto XV. Después de prolongada conversación, casi familiar, el Papa aprobó plenamente y bendijo su propósito.

Ahora los encontramos nuevamente en aquel sendero asoleado de Guipúzcoa. Es la fiesta de la Asunción de María, el 15 de agosto de 1920. Avanzan lentamente y en silencio. Han dejado atrás la imponente cúpula del Santuario de Loyola, y entran a una capilla recogida y acogedora, donde los espera la Madre Superiora. Se arrodillan los tres, la religiosa al medio, ella y él a cada lado, ante la imagen de María. No se pronuncia una palabra. Después de un rato, él mira su reloj y hace una señal. Los tres se ponen de pie y recitan pausadamente el “Magnificat”.

Al terminar el himno, él hace genuflexión ante el Santísimo, da media vuelta y sale tranquilo, sin mirar hacia atrás. No hubo en todo aquello ni lágrimas, ni sollozos, ni un ademán desacompañado. Hubo paz y alegría interior que parecía reflejo del suave azul, de las montañas. No hubo tampoco, desde el principio hasta el fin, ninguna presión o persuasión venida del exterior, sino en ambos una decisión enteramente espontánea y libre, según la santa libertad de los hijos de Dios.

Esa misma tarde él viajaba directamente hacia una isla lejana.

## SEGUNDA

## PARTE

1920- 1930

1

### EN VERDAD OS DIGO

Aquella isla lejana, que para nuestros amigos y compatriotas tenía algo de misterioso, me era ya conocida antes que sucedieran los hechos narrados en el último capítulo. Además, había llevado allá a mi esposa para que conociera el sitio que había escogido, después de madura reflexión, para mi retiro. Igualmente, conocía yo la casa y la comunidad en que ella había de recibir su formación religiosa. En todo esto nada fue dejado al azar de un impulso romántico. Fueron consultadas pocas personas, pero estas eran de gran prudencia y espíritu sobrenatural.

Después de haber leído detenidamente la Regla de los Monjes de San Benito y algunos comentarios modernos sobre ella, visité varias abadías de la orden en Italia, en Holanda y en Inglaterra. Ya me eran conocidos los monjes de aquel país, por haber pasado tres años de mi niñez en el colegio de Douai, en Francia, y por lo mismo quise visitar Woolhampton, donde están ahora instalados esos mismos religiosos que fueron expulsados de Francia en 1901, pero que conservan para su monasterio el tradicional nombre de Douay Abbey.

Me recibieron con gran cordialidad, como a un viejo amigo. Me encontré con que varios de mis compañeros de colegio eran ahora monjes profesos y que llevaban el capuchón de forma especial que distingue a los benedictinos ingleses. No tardé en enterarme de que el nombre de Chile brillaba entre ellos con un prestigio especial. ¿No era mi hermano Luis el detentor aún invicto del campeonato de salto alto del colegio? Aunque poco supiesen de Chile, una tal distinción merecía recordarse en una nación de deportistas. Pero no andaba yo en busca de un ambiente deportivo. Me fue fácil comprender, después de que me lo hubieron explicado mis amigos de Douay Abbey, la excepcional importancia que adquiriría, en un país

donde la mayoría era protestante, la formación de una juventud católica. Los benedictinos ingleses habían alcanzado como educadores resultados magníficos, pues algunos de sus colegios educaban a lo más granado de la aristocracia británica.

Lo que yo buscaba era muy distinto. Aspiraba a la oración y al trabajo en el silencio y en el recogimiento. Por otra parte, mi tendencia a congeniar con los niños me habría hecho, sin duda, muy difícil la obligación de dominarlos, como hubiese sido mi deber en una institución de enseñanza. Me conozco bastante como para saber que en caso de conflicto mis simpatías me hubiesen llevado a tomar parte a favor de los niños, en contra de los profesores. Eso no podía ser, por lo que me despedí, no sin cierta pena, de la simpática abadía.

También fui bien recibido en la abadía de San Pablo de Oosterhout, Holanda, y esto fue debido a que iba acompañado de un gran amigo de aquel monasterio, el padre Mateo Crawley Bovey, de la congregación de los Sagrados Corazones. Era también, por cierto, gran amigo mío, y ¿de quién no lo era? El famoso apóstol ambulante del Sagrado Corazón iba extendiendo entonces su vibrante apostolado por toda Europa, para más tarde derramarse por la América del Norte y en seguida por la China y el Japón.

Nos encontramos en un tren:

—¿Qué andas haciendo por aquí, Pedrito?

—Ando buscando una abadía benedictina en que encerrarme.

—Pues yo te mostraré una que te gustará. Ven conmigo a Oosterhout y ya verás.

Por típicas llanuras en las que sólo se destacaban molinos de viento y, como sorpresa mía, algún mástil de velero que parecía avanzar por un potrero, pues a la distancia no se veía el canal por donde navegaba, llegamos a la abadía de San Pablo. El abad dom de Puniet nos recibió con toda afabilidad. Mientras el padre Mateo cumplía con una diligencia en una ciudad vecina, pude permanecer tres o cuatro días como huésped de los benedictinos. En esos pocos días pasados en mi pequeña celda de la hospedería, o asistiendo a los oficios litúrgicos, o conversando a ratos con los monjes, pude experimentar algo que se va haciendo cada día más raro e inalcanzable, que es la paz de San Benito. Es algo único, indescriptible, que se llega a sentir física y moralmente. He conocido otras casas religiosas pertenecientes a diversas órdenes en las que he hallado silencio y recogimiento, y una cordial hospitalidad. Pero no era aquella Paz Benedictina.

—Para nosotros los benedictinos, decía el abad de Puniet, la paz es parte esencial, fundamental, de nuestra vida; vivimos para ella, para poder estar en Dios.

—Pero ustedes trabajan en muchas cosas, dije yo, y eso a veces quita la paz...

—Evitamos en lo posible todo trabajo que pueda disminuir esa paz; por eso sólo

excepcionalmente enseñamos en colegios. El ideal para nosotros es un trabajo puramente intelectual, que puede ser, o el estudio de la filosofía o de la historia, o también del arte, con tal que nos permita vivir retirados del mundo. San Benito nos dice que es malo para el monje andar vagando por fuera de su monasterio... Si usted amigo, desea probar nuestra vida, lo recibiré con agrado en calidad de postulante de esta abadía de San Pablo.

—Mucho se lo agradezco a su Reverencia, pero si no le parece mal, quisiera yo seguir vagando otro poco y visitar la abadía de San Pedro de Solesmes, en la isla de Wight, antes de aceptar su invitación y fijarme definitivamente en San Pablo de Oosterhout.

Me reuní pues, de nuevo, con el padre Mateo, quien me pidió lo acompañara en diligencias que tenía que hacer en Holanda y en Bélgica, dejando para después la ida a la isla de Wight. Aquellas vagancias, tan poco del gusto de San Benito, se justificaban por la compañía en que andaba, del buen padre Mateo, a quien pude así prestar algunos pequeños servicios. No recuerdo cómo fue que, en una de aquellas andanzas llegamos hasta Londres, donde el padre enfervorizó con su palabra, a seis mil personas que llenaban la vasta Catedral de Westminster (que no debe confundirse con la abadía del mismo nombre, la que pertenece al culto anglicano). Lo que mayormente impresionaba a aquellas muchedumbres de fieles, pertenecientes a diferentes razas e idiomas, era, no tanto la elocuencia como la sinceridad y la convicción que demostraba el orador sagrado. Su ilimitada confianza en la Providencia divina le permitía obtener gracias que a mí me hubiesen parecido increíbles, si no las hubiera visto realizarse a mi vista, o casi, en varias ocasiones.

—¿Que se te está acabando la plata, Pedrito? Me decía el padre en medio de estos viajes. ¿No estamos trabajando para la gloria del Sagrado Corazón? A El le toca ver que no nos falte nada. Vamos al coche restaurant y pide un buen almuerzo. El obrero merece su salario. Y en seguida dale al garzón una buena propina, para que dé gloria a Dios.

Llegó el momento en que debí con pena separarme de tan simpático y optimista compañero.

A principios de agosto de 1920 me encontré, ya en la isla de Wight, con nuestro amigo el conde Claudio D'Elbée y su señora. Estaban también resueltos a dejar el mundo y a entrar en religión. Ella entraría poco después a las carmelitas y él a los Sagrados Corazones, de cuya congregación es hoy día el superior general. También se hallaba Elvira presente. Oímos juntos la misa solemne en la iglesia abacial de los benedictinos.

Al padre que oficiaba le tocó cantar, pronunciando con mucha claridad, el evangelio de San Mateo, en que Jesús dice a sus apóstoles:

—En verdad os digo... aquel que dejare su casa, sus hermanos, sus hermanas, o su padre



o su madre, o su esposa, o sus hijos, o sus campos por mi nombre, recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna...

Alentados por el recuerdo de aquellas palabras evangélicas, emprendimos cada uno de los cuatro amigos, que ahora éramos hermanos, nuestro rumbo definitivo.

## II

### ANGOSTA ES LA PUERTA

Pasé sin dificultad alguna el examen de admisión. El hermano portero se sonrió benignamente al verme abrir yo mismo la puerta de la clausura y entrar al recinto claustral como a mi propia casa, pues el padre maestro me había dado ya una llave de las que tienen todos los monjes para poder entrar y salir de la clausura.

Son varias las puertas que dan al exterior del monasterio, y que, a través del parque, pueden conducir a la orilla del mar o adonde uno quiera. Pero el público en general, no conoce sino la pequeña puerta oscura y estrecha a la que se accede por dos gradas y que siempre está bajo la vigilancia del hermano que es sastre y portero a la vez.

Junto con darme una llave, me habían adjudicado una pequeña celda al interior. Por el momento, sólo podía pensar en cómo cumplir con la urgente obligación de dar cuenta a mis padres de la determinación que había ya puesto en ejecución. Nada sabían ellos todavía de lo que habíamos hecho. Les escribí pues a Roma donde se hallaban, dándoles la noticia de que había yo entrado al noviciado de los benedictinos de Solesmes. Había convenido con Elvira que ella, por su cuenta, les diera la misma noticia desde España. No dudaba de que mi madre comprendería los motivos de nuestra acción. En cambio a mi padre, dado su temperamento vehemente y nervioso, le fue más difícil conformarse. Su primer impulso fue correr al Vaticano donde fue atendido y consolado por su amigo Monseñor Federico Tedeschini, que era entonces secretario de los Breves Apostólicos. Este mismo prelado le escribió, a nombre del Papa Benedicto XV, una hermosa carta, que se conserva en nuestra familia. Por ella se alentaba a mi padre a que acatara la voluntad de Dios y se le hacía notar que mi acción había sido la lógica consecuencia de la profunda educación cristiana que mis padres me habían ellos mismos infundido.

Poco después vinieron mis padres a verme a la isla de Wight. También vinieron otros amigos, el primero de los cuales fue el fiel Carlos Peña. Después llegaron otros, atraídos algunos por el interés, por la curiosidad, o por cerciorarse si yo había perdido el juicio. Al poco

tiempo dejaron de venir los amigos y los curiosos. La reputación que tenemos en nuestra familia de ser originales nos da la libertad de hacer muchas cosas que otros no se atreverían a hacer... y con eso me dejaron en paz.

La paz que empecé a disfrutar no era, por cierto, la que proviene de la indolencia. Desde el primer toque de la campana, a las cuatro de la mañana, hasta el toque de Completas, que es la hora en que precisamente se completa la diaria Obra de Dios con la última oración de la noche, no tenía un momento de ocio. Siete veces al día, bajo el claustro abierto, se formaban los setenta y tantos monjes en doble fila, a esperar la señal para entrar a la iglesia. A mi, último postulante, me tocaba adelantarme a los demás a fin de abrir la puerta y cerrarla después que todos hubiesen entrado. No dejaba de ser impresionante ese largo desfile de bultos negros tocados de apuntados capuchones, en lenta marcha hacia el altar mayor. Una vez en sus sitios, los monjes se mantenían por varios minutos profundamente inclinados y en completo silencio. Luego comenzaba la larga salmodia de Maitines a la que seguía Laudes, lo que duraba de hora y media a dos horas. Después venían las misas rezadas de los monjes sacerdotes, de las que me tocaba a mí ayudar una por lo menos. La función de mayor solemnidad era la misa conventual, cantada en gregoriano todos los días, y en la tarde las Vísperas, también siempre cantadas.

Eran cuatro o cinco las horas dedicadas a la liturgia, una o dos al trabajo manual y el resto al estudio. Pero en esta lista no he contado aún la hora y media, o más, destinada al recreo y cuyo objeto es, no solamente descansar los cuerpos y las mentes, sino también ofrecer a los monjes la ocasión de conocerse mutuamente, de aprender a tolerarse unos a otros con paciencia y» más aún, ayudarse unos a otros a alcanzar el sumo bien que es la unión con Dios.

Desde un principio me hallé bien en las horas de salmodia o de oración. Sabía bastante latín para comprender sin dificultad la mayor parte de los textos litúrgicos y mi buen oído me permitía captar fácilmente las melodías gregorianas. Me interesaban los estudios que hacíamos en compañía de otros postulantes y novicios, bajo la dirección del Padre Celador. Este Padre, joven y dinámico, dirigía también nuestro trabajo manual y generalmente presidía nuestros recreos. Llegado ya al rango abacial sin haber perdido ni su viva inteligencia ni su característico dinamismo, le tocará probablemente leer y censurar las insulsas líneas que en este momento escribo. Confío en que Su Paternidad no tomará a mal la franqueza con que habré de expresarme acerca de mi vida en esa mi amada y lejana abadía.

Mis compañeros de noviciado, bastante menores que yo, eran todos franceses, con lo que hallé entre ellos la vivacidad y alegría propias de los galos, pero, por cierto, sin la procacidad

de los talleres que recordaba de Montmartre. Eran tan franceses que un primer postulante inglés no pudo aclimatarse en ese ambiente, a pesar de su buena voluntad. El inglés se pasaba abriendo las ventanas y repitiendo:

—¡El aire fresco de Inglaterra no hace mal a nadie!

Pero el peor enemigo de un francés es la corriente de aire, y el desgraciado inglés se dio por vencido y se fue.

A medida que avanzaba el otoño y arreciaban las brumas y las interminables lluvias de esa región, y que los días se pasaban sin que asomara el sol, mientras las noches se alargaban cada vez más, me fui poniendo más a tono con el temperamento francés, por lo menos en lo tocante a ventanas. En otros puntos no fue tan fácil mi adaptación.

Como he dicho, en las horas dedicadas a la oración o al estudio, todo andaba bien; pero los recreos se me hacían pesados. Las conversaciones recaían casi siempre sobre temas exclusivamente franceses y eclesiásticos. De Francia sabía algo, pues era la patria de mis antepasados por la que sentía admiración. Pero del mundo eclesiástico, el de los Seminarios, Monseñores y demás prelados de diversas categorías, no sabía nada ni quería saber nada, pues yo quería ser monje benedictino, lo que es muy distinto de todo aquello.

Trataba yo a veces de introducir una variante en la conversación hablando de Roma o de Inglaterra, cuya hospitalaria tierra pisábamos, o aun insinuando que existía un lejano país llamado Chile, pero esos tímidos intentos no provocaban la menor reacción; era preciso volver siempre a “La France”, único tema que interesaba a mis oyentes.

Cuando a las ocho y media me recogía a mi cuartito que daba al mar, por ser todavía verano ardían los arboles del crepúsculo. Pero yo, poco dispuesto por el momento a admirar la naturaleza y cansado del largo día de actividad, me dormía para soñar, noche tras noche, en viajes en trenes y en vapores, en hoteles y pasaportes, en dos seres siempre inquietos y afanosos que a veces contemplaban juntos maravillosos espectáculos, para terminar otras veces en angustiosas pesadillas, hasta que sonaba inexorable la campana del despertar.

Ya desde antes de venir a la isla había sufrido ráfagas cortas pero violentas, de aquella angustia, de aquel instintivo temor a la separación... El Padre Maestro de Novicios, siempre atento y comprensivo, me ayudaba con sus consejos. Igualmente el Padre Celador me alentaba con su espíritu animoso y jovial. Pero un día en que surgió no sé qué pequeño desacuerdo entre el Padre Maestro y yo, me sentí todo alterado. La causa del disgusto sería seguramente bastante leve, pues no he podido recordar cuál sería. El hecho fue que, saliendo del cuarto, me alejé escalera abajo, sintiéndome otra vez como niño malo y repitiendo en voz baja: “¡Me voy, me voy y me voy...!” Así llegué al claustro, que atravesé a tranco largo. Por

entre los arcos veía al fondo la puertecita de salida, la que, a medida que avanzaba, me parecía más angosta aún que vista desde fuera. En un segundo me hice la reflexión: “¿Y adónde voy?... ¿al pueblo vecino de Ryde?... ¿a hacer un papel ridículo con mi hábito de postulante?...”

Al llegar al fondo del claustro y sin acordarme más de la puerta pequeña, penetré directamente por la puerta grande que da entrada al coro de los monjes, y seguí avanzando hasta el altar mayor. Allí, sobre el hermoso Cristo de bronce del altar, entre los cuatro ventanales y como envuelta en la suave luz dorada, se alzaba la pequeña imagen de bronce de Nuestra Señora de Quarr, sonriente y serena, con su mirada vuelta hacia su Hijo divino. Al caer de rodillas, ya se me había disipado toda mi agitación y había vuelto la paz a mi alma.

## EL “IBIS”

Fuera del Cristo ya mencionado, no había en la iglesia ninguna otra imagen. No había en su interior ninguna mancha de color, salvo el natural de los ladrillos que, según el canto que presentaran, eran o rozados o de un ocre claro. Iluminado el conjunto por estrechas y altas ventanas de vidrios amarillos o verdosos, estaba todo envuelto por una luz dorada y fina que estampaba las líneas elegantes de la construcción. Era, según lo había querido el arquitecto, la interpretación en ladrillos de una dulce antífona mariana. Y la Virgen colocada allá arriba, bajo un conjunto de armoniosos arcos, parecía, con su pequeña mano levantada, decirle al inquieto postulante:

—Deja toda inquietud, que yo te cuidaré...

Hasta esos momentos me había sentido en extraño estado de ánimo. A pesar de una que otra pequeña borrasca interior, me hallaba, en el fondo, resuelto a seguir adelante, aunque no me sintiera ayudado por ningún fervor o entusiasmo, fuese de orden espiritual o estético. Me decían algunos:

—¿No le parece excelente el canto gregoriano?

O bien:

—¿No encuentra maravillosa esta arquitectura de don Pablo Bellot? ¿No le agrada el bellísimo paisaje de mar y de bosques que nos rodean?

Y yo, como saliendo de un sueño, me decía a mí mismo:

“Si el arte que profesa alabar a Dios no es lo mejor posible, ¿para qué sirve?” En cuanto a las bellezas naturales, por el momento me dejaban frío, casi indiferente. Me parecía que solamente la manecita alzada de la Virgen de Quarr me ciaba aliento, y que si Ella la bajara, me hundiría quién sabe en qué abismo...

En esos días, el Padre encargado de las campanas me pidió que le ayudara tocando una de las cuatro campanas en los días de fiesta. Se trataba de la segunda campana que era de regular tamaño y se llamaba “María” - Tenía este carillón las mismas cuatro notas que me habían impresionado en Asís y, anteriormente, en el campaneó de “Parsifal”, con la diferencia de que en Quarr sonaban revueltas, comenzando con las menores, siguiendo con la “María” y terminando con la “Carola”, de cuatro toneladas de peso y cuya ronca voz seguía vibrando mucho tiempo después que habían terminado las demás. Me agradaba tocar mi campana, pero no despertaba en mí la emoción del campaneó de Asís. Y eso fue lo mismo por tal vez algunos meses.

Ocupaba una celda pequeñita que daba hacia el mar, pero también al norte de donde comenzaba a soplar un viento frío al que no compensaba ni un rayo de sol, pues este no llegaba a la celda cuando lo había. Esto me obligaba a constante acarreo de carbón para mantener el fuego de mi pequeña chimenea, el clásico “fire-place”, tan amado de los británicos. Un día el Padre Maestro me dijo:

—Están llegando nuevos postulantes y necesitamos ocupar todos los cuartos disponibles. Aquí pondremos a otro más acostumbrado a los vientos nórdicos. A usted lo pondré en el “Ibis”, donde tendrá más espacio para poder dibujar, junto con nuestros otros dos artistas.

Me dio gran contento esta noticia, la que exige, sin embargo, alguna explicación. Es de saber que en una sección de la biblioteca monástica se conservaba antes, entre otras curiosidades, uno de esos pájaros de largas patas, relleno por cierto. El ave en cuestión había desaparecido hacía tiempo, pero su nombre designaba aún la sala que lo había contenido. En esa sala, de unos seis metros por cuatro, se guardaban, ordenados sobre estantes, infinidad de revistas y libracos viejos, de esos que se amontonan con el tiempo en la vaga esperanza de que puedan servir algún día, y que sólo sirven para recoger polvo.

Me costó, por cierto, no poco arreglar mi nuevo domicilio. Disponía de un gran tablero de dibujo, lo bastante grande para que pudiera meter debajo de él mi catre de fierro. Para dormir, sacaba la cama de debajo del tablero, y listo. Hurgueteando entre una infinidad de papeles, tuve la sorpresa de toparme con la reproducción de uno de mis dibujos hechos en

Chile, que representaba al profesor Von Pilsener con su fiel perro “Dudelsackpfeifergeselle”, sacada de una revista alemana. ¡Qué pequeño es el mundo!

En cuanto a los dos artistas mentados por el Padre Maestro, se trataba de dos “juniores” ya profesos, pero que, según es costumbre en Solesmes, deben pasar un año más bajo la dirección del Padre Maestro, antes de “pasar a los Padres”, como decimos en jerga solesmense. También es tradición solesmense dar a estos “juniores”, aun antes de su ordenación sacerdotal, el trato de “Padre”. En cambio, aunque mayor que ellos en edad, yo no era aun ni siquiera novicio, sino tan sólo “postulante”.

El P. de Laborde y el P. Le Corre se mostraban llenos de entusiasmo por el arte y poseían ambos verdaderas dotes de artistas. Sin embargo, las condiciones en las que, en esa época, se desarrollaba la vida monástica, les daba poca esperanza de poder desarrollar su talento. Espero poder, más adelante, tratar de este delicado punto. Yo sabía de superiores que pusieron a sus novicios de tendencias artísticas ante el duro dilema de renunciar totalmente a su arte, o bien <le salirse del convento. Nuestro prudente Maestro de Novicios le buscó al conflicto una solución menos radical, con lo que los tres artistas de marras se sintieron muy aliviados. Disponíamos ahora de un local donde poder, en ciertas horas del día, reunirnos a ejercer modestamente nuestro arte y cambiar ideas sobre temas que eran candentes para nosotros, aunque interesasen muy poco a los demás miembros de la comunidad. No gozábamos seguramente de gran comodidad, con mi cama y útiles de toilette metidos bajo la mesa de dibujo. Nos felicitamos, sin embargo, de haber podido fundar la “Academia de Arte del Ibis!”

No tardaron en llegarnos pedidos de trabajos. El Padre Sacristán necesitaba que le proyectáramos nuevos ornamentos y variedad de objetos indispensables para el culto. Yo sabía aún poco o nada de arte litúrgico. En cambio, mis dos socios, poco peritos aún en el dibujo, tenían ambos gran sentido de la decoración que es lo que valía para el caso. Pronto me di cuenta de lo difícil pero fascinante que es proyectar un hermoso cáliz o un copón, o dibujar una casulla de forma antigua.

Entre las pilas de revistas viejas —entre las cuales una severa purga anterior había eliminado las demasiado mundanas—, encontramos una cantidad no despreciable de documentos artísticos o históricos. Teníamos también ocasión de charlar sobre tópicos de arte contemporáneo, sobre el cual el Padre de Laborde se hallaba mejor informado que yo. El Padre Le Corre, por su parte, se interesaba vivamente por el esfuerzo de los monjes alemanes de Beuron vor renovar la estética litúrgica a base de un estudio del formidable arte egipcio, tan evocador de verdades eternas. A todo esto comencé a sentir en mi ser un agradable cambio.

Ignoro si debería atribuir mi estado anterior a algún efecto de lo que San Juan de la Cruz llama la “Noche oscura”, o bien a algo relacionado con lo que un psiquiatra llamaría “estado de frustración”~. El hecho fue que volví a sentir mi habitual interés por la belleza de este mundo, que, después de todo, no es sino débil reflejo de la Belleza Eterna que es Dios.

Durante mi permanencia en el “Ibis” se ensanchó notablemente mi panorama artístico. La enseñanza que habla recibido en la Academia Julian fue exclusivamente clásica y académica. El trato con mis dos compañeros me hizo descubrir nuevos horizontes, tanto hacia el pasado como hacia el porvenir. Comencé a enterarme del inmenso interés estético de las civilizaciones primitivas, tan llenas de belleza y de misterio. Por otro lado, vislumbraba las posibilidades que se ofrecían para un porvenir próximo de renovación en las artes plásticas. Muchas cosas habían sucedido en Paris, de las cuales no había tenido noticia, en los mismos años durante los cuales estudiaba donde Julian, cosas que todos los aficionados al arte saben ahora, pero que entonces eran ignoradas por la inmensa mayoría, y más aun en el ambiente sudamericano y bastante “snob” que yo solía frecuentar en aquella época lejana. Le debo, pues, al “Ibis” un principio de renovación cultural.



## IV

### PRINCIPIOS

Antes de seguir adelante, me será preciso volver un poco atrás, a fin de aclarar ciertos puntos de mi relato.

La Abadía de Solesmes, situada cerca de la ciudad de Le Mans, en Francia, había sido fundada, o, mejor dicho, restaurada, por el Abad Dom Próspero Guéranger en el año 1833. Tiempos fueron aquellos de luchas políticas y religiosas, en los que ya por primera vez en 1880 se había visto clausurada la Abadía y sus monjes dispersados, para volver poco después a recuperar su monasterio. De nuevo en 1901, el ministro Emilio Combes impuso a todos los religiosos de Francia tales condiciones, que la gran mayoría de ellos prefirió emigrar a otros pueblos en busca de paz y de libertad. De ellos, los benedictinos de Solesmes se buscaron un refugio en Inglaterra, adonde pudieron llevarse su valiosísima biblioteca, antes que alcanzara a confiscársela el gobierno de Combes.

Este fanático ministro, resuelto a acabar con las congregaciones religiosas de su país, no se daba cuenta de que con sus sectarios atropellos, preparaba para más tarde una notable difusión de las mismas congregaciones por todo el mundo. En efecto, los benedictinos se hallan de nuevo establecidos en Solesmes, de donde habían sido expiulsados, y esto después de haber dejado instalada otra abadía en la Isla de Wight, mientras un tercer brote de la misma cepa se desarrolla actualmente, bajo el cuidado de los monjes alemanes de Beuron, en Las Condes. Si desde el sitio, tal vez poco agradable, en que mora el alma de Monsieur Combes, se da cuenta este de lo inútil de sus esfuerzos, podrá decirse tristemente:

—¡Nadie sabe para quién trabaja...!

El abad de Solesmes, don Pablo Delaate, encargó a uno de sus monjes, don Pablo Bellot, arquitecto de reconocido talento, que edificara una nueva abadía para la comunidad expulsada de Francia. La obra se terminó en 1914, meses antes de que estallara la primera Guerra Mundial, y ocupa el predio en que están, aún visibles, las ruinas de una antiquísima abadía cisterciense. Esta había sido suprimida en el siglo XVI por Enrique VIII, que fue también perseguidor de monjes, pero harto más pintoresco que el opaco ministro Combes.

La actual Abadía de Nuestra Señora de Quarr, ocupa Unas cincuenta hectáreas de terreno a orillas del Solent, como se llama el estrecho que separa la Isla de Wight de la tierra firme de Inglaterra. Esta se ve perfectamente a unos cinco kilómetros del monasterio, teniendo el observador casi enfrente el puerto militar de Portsmouth y, en lontananza hacia el poniente, el puerto comercial de Southampton, las altas chimeneas de cuyos trasatlánticos se divisan claramente sobre el horizonte, suponiendo que el aire esté claro. No son escasos, por lo demás, en esta región privilegiada, los días límpidos y luminosos, en los que centellea el sol sobre las tersas aguas del Solent. Poco se conocen por acá las espesas nieblas que entristecen a Londres, a pesar de hallarse esta metrópoli a apenas cincuenta kilómetros de distancia.

Cuando llegué a Quarr Abbey, en la segunda mitad del mes de agosto de 1920, el abad don Delatte se hallaba ausente en Francia, reponiéndose de grave enfermedad. Si rió recuerdo mal, el que sigue en el mando de una abadía, que es el Prior, en este caso don Germán Cozien, también se hallaba ausente. Fui, pues, recibido por el Subprior, que era a la vez Maestro de Novicios y se llamaba don Agustín Sayaton, y se llama aún así, pues rige a esta fecha, con su habitual prudencia y bondad, la Abadía de San Pablo de Wisen el norte de Francia. En mi calidad de simple postulante, debía yo prepararme a pasar varios años bajo la inmediata dirección del Maestro de Novicios y de su ayudante el Padre Celador, y en compañía de los novicios y postulantes. Estos fueron llegando numerosos en aquellos días, hasta juntarse un tiempo más de veinte en el noviciado.

Existe lo que se llama “separación canónica” entre el noviciado y el resto de la comunidad, lo que significa que, aunque vivan en el mismo monasterio y asistan juntos al coro o refectorio, no se les permite, a los que están aún en el noviciado, hablar con los demás monjes, si no es con permiso especial. Aunque podía, por consiguiente, ver a cada rato a los Padres más antiguos y tomar parte en las mismas distribuciones que ellos, me fueron por mucho tiempo como personas extrañas, cuyos nombres sabía apenas, cuando no me tocaba tener alguna relación directa con ellos. En cambio, hube de familiarizarme muy pronto con el elemento joven.

La primera medida que tomó conmigo el Padre Maestro, fue asignarme un puesto en el coro, al que ingresé desde el primer día, llevando aún el terno azul-gris, listado de blanco, con el que había llegado a Quarr. ¡Qué acomplejado me sentí por unos quince días!

El mismo día se me dijo que me probarían la voz .p2ra ver si podría cantar. Me sorprendió algo el hecho de que me hubiesen admitido al famoso coro de Solesmes, sin siquiera haberse cerciorado de si tenía alguna voz para el canto. Pero luego se me hizo recordar que, según la voluntad de nuestro Padre San Benito, deben ser admitidos al

monasterio “los que realmente buscan a Dios” y se muestren dispuestos a seguir su Santa Regla. Por lo tanto, lo de la voz es un detalle del que tendrá que ocuparse el Maestro del canto, que era a la sazón el célebre don Mocquereau, autor de sabios y profundos estudios sobre canto gregoriano. Pero no hube de comparecer ante “el león”, como lo llamaban los novicios, por su genio vehemente, sino que me enfrenté con otro monje que, ciertamente, no tenía nada de leonino en su aspecto. Era el ayudante del P. Mocquereau, especialmente encargado de, diría yo, “desasnar” a los recién llegados.

Al ver por primera vez al Padre X., me sentí inclinado a llamarlo “el Caballero de la Triste Figura”. Su semblante pálido y austero, sus ojos casi siempre a medio cerrar, pero en los que no faltaba una chispa de buen humor, su sonrisa triste pero llena de bondad, su actitud siempre humilde y deferente y, al mismo tiempo, algo de cómico en todo su ser, eran causa de que nadie podía dejar de tenerle simpatía, ni tampoco de tomarlo en broma cada vez que se presentaba la ocasión. Después de haber hecho con él algunos ejercicios vocales y haber recibido algunos consejos esenciales, quedé citado para asistir a las frecuentes clases de canto que se hacían en el noviciado, sin contar con la práctica constante del coro. Por fin, después de un tiempo que me pareció largo, aparecí en el coro con la cabeza tusada a máquina y endosando la túnica, el cinturón de cuero de larga correa y el escapulario corto de los postulantes de Solesmes, y me sentí feliz.

También desde el primer día se me había dado una escoba y un delantal, y claras instrucciones acerca de cómo debía usar los varios útiles de aseo. A las horas del trabajo manual, vi reunirse un grupo de jóvenes monjes que partían con sus herramientas hacia la playa, donde se estaba haciendo un trabajo destinado a contener la erosión del suelo. Hubiera deseado unirme al grupo, pero el Padre Celador, que lo dirigía, me dijo que no estaba yo preparado para un trabajo tan pesado y que, en cambio, me pusiera a cortar leña con un hacha.

Pasé un tiempo blandiendo el hacha y también ensayándome como aprendiz de carpintería, bajo el crítico ojo del hermano Bernardo, ex carpintero de buque, hasta que un día me dijo el Padre Maestro que no debía perder la práctica de la pintura y que, por consiguiente, debía prepararme a pintar una Crucifixión para el cuarto del Padre Abad, a quien se esperaba de vuelta dentro de poco. Comencé, pues, muy lentamente a pintar un Cristo crucificado, con la Virgen y San Juan a cada lado. El tiempo de que disponía, por entonces, era escaso.

## LLEGA EL ABAD

Los oficios del coro ocupaban varias horas al día, sobre todo cuando tocaban fiestas solemnes, y además debía asistir a varias clases diarias con todo el noviciado. El tiempo pasaba volando. Las conferencias que nos daba el Maestro de Novicios sobre la Regla de San Benito, sobre los Sacramentos de la Iglesia u otros puntos de la vida religiosa y monástica, eran siempre amenas y a la vez profundas y llenas de unción. Me recordaban aquel comentario de los discípulos de Emaús: “¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras nos hablaba...?”

Me había esperado, al entrar a la vida benedictina, un ambiente de severidad en la disciplina, de cierto estiramiento entre los monjes y sus superiores. Me había figurado que, de acuerdo con la dignidad de los ceremoniosos actos litúrgicos, reinaría alguna solemnidad vecina a la pesadez en toda la vida diaria del monasterio. Luego me cercioré de que no era así. Las relaciones de los monjes entre sí y con los superiores, eran las de personas bien educadas que se respetan y se aprecian, sin que ello menguara en nada la alegría ni la confianza mutuas.

Si la Regla, escrita en el siglo VI, contiene algunos artículos que ahora parecen duros, es debido a que, en aquellos tiempos, muchos de los monjes eran bárbaros recién convertidos al cristianismo, y necesitaban ser tratados con mano firme. Hoy día esas medidas de rigor han caído prácticamente en desuso. Lo que ahora reina en el gobierno de un monasterio la moderación en todo. “Ne quid nimis”, “nada sea excesivo”, dispone San Benito.

La doctrina que recibí de nuestro Maestro de Novicios la traté de condensar en mi folleto “Vida Benedictina”, publicado en 1939 y ahora agotado. Citaré, pues, simplemente algunos trozos de aquel folleto, a medida que convengan en el curso de este relato. Como nos lo hacía notar el buen Maestro, los benedictinos no se especializan en ningún ramo de actividad religiosa, ni tienen tampoco espiritualidad ni filosofía ni particularidad que les sea propia. Pretenden solamente poner en práctica el espíritu del Evangelio. Su oración es la misma

oración litúrgica de la Iglesia Católica. La vida de los benedictinos es simplemente continuación de la vida de los primeros cristianos en los tiempos apostólicos, tal como la vemos descrita en el capítulo XI de los Hechos de los Apóstoles: “Vivían unidos entre sí y nada tenían que no fuese común para todos ellos. Vendían sus posesiones y demás bienes y los repartían entre ellos, según las necesidades de cada cual. Cada día asistían al templo, unidos en un mismo espíritu, y partiendo el pan en sus casas, tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y haciéndose amar de todo el pueblo. Y el Señor aumentaba cada día el número de los que abrazaban el mismo género de vida para salvarse”.

Hasta la, última frase referente al aumento del número, se va realizando en estos tiempos, pues es un hecho que la Orden de San Benito va creciendo en todos los países del mundo. Y los países en los que mayor es el aumento son precisamente los más desarrollados y progresistas: donde hay más benedictinos es en Estados Unidos de Norteamérica, con sus numerosos monasterios, tanto de hombres como de mujeres.

Desde un principio me llamaron la atención las palabras con que comienza la Regla de San Benito, palabras, en verdad, muy sencillas, pero que encierran mucho sentido. “Escucha, oh hijo, los preceptos del Maestro e inclina el oído de tu corazón”. En esas dos líneas se nos indica la actitud mental que ha de mantener el futuro monje durante el curso de su vida monástica, la actitud con que los Apóstoles escuchaban las enseñanzas de Jesús: inclinando el oído de su corazón.

Poco más adelante nos anuncia nuestro Padre que su deseo es constituir una “Escuela del servicio del Señor”. Por lo visto, se trata para el monje de vivir en una “escuela” y, por consiguiente, de aprender, de “escuchar”.

No manda San Benito a sus hijos que enseñen a los demás ni tampoco se lo prohíbe. Queda sólo innegable la voluntad del fundador de que el monje escuche en actitud reverente la palabra de Dios. A lo que añade: “Y recibe de buen grado las amonestaciones de tu Padre amante”.

El Santo nos asegura, más adelante, de que en esta escuela del servicio del Señor, “no hallaremos nada áspero ni pesado”. Que no debemos, por consiguiente, “sobrecogidos de temor, huir de la vida de salvación que nos ofrece”. Nos promete que “por este camino de Dios se corre con el corazón dilatado, llevado por la inefable dulzura del amor”.

Aquí tocamos el punto central de toda vida religiosa y aun simplemente cristiana: la Caridad, la reina de las virtudes. Al hablámos de esta virtud, se expresaba el Padre Maestro en forma que no dejó, al principio, de sorprendernos un poco. Había oído hablar toda la vida de la austeridad de los monjes, de las penitencias a veces impresionantes que se practicaban

en ciertos monasterios, por lo menos en otros tiempos. Se hablaba, por ejemplo, de acusaciones hechas a los novicios por faltas imaginarias, de las cuales no debían ellos excusarse sino aceptar el castigo correspondiente con paciencia y humildad. Sobre este y otros puntos semejantes, la enseñanza de nuestro Maestro era terminante: si la caridad ha de primar sobre todas las virtudes, el acusar falsamente a otro, aunque sea con la intención de que resulte de ello un bien espiritual para el acusado, no es, según nuestro modo de ver, ningún acto caritativo y, por consiguiente, no se practica en nuestra abadía. En verdad son útiles las pruebas y las mortificaciones para el monje, pero ya basta con las que se presentan por sí solas en el curso de la vida monástica, sin necesidad de faltar a la primera de las virtudes.

Hubo de extenderse nuestro Padre Maestro haciéndonos palpar la necesidad y también la belleza de la virtud distintiva del benedictino: la santa obediencia, que no es sino consecuencia del amor de Dios. En efecto, habiendo sido la desobediencia de nuestro padre Adán el primer pecado, es necesario que los hombres redimidos por Cristo demuestren, por su obediencia, su arrepentimiento y deseo de enmendarse.

La obediencia trae la humildad. Pero antes de tratar de esta última, quiso San Benito enseñarnos la necesidad del silencio, que dispone al alma al recogimiento y a la oración.

Antes que pudiésemos avanzar mucho en el desarrollo de tan profundos temas, corrió la voz por todo el monasterio de que muy pronto estaría el Reverendísimo Padre Abad don Pablo Delatte, con nosotros.

En lo material hubo muy poco que hacer para preparar la casa a recibir al jefe de la familia monástica, pues todo en el monasterio se mantenía siempre en tal perfecto estado de orden y limpieza, que los extraños a veces lo comparaban con el orden que reina en un barco de guerra. De modo que la expectativa se tradujo al exterior no por aumento de agitación física sino por el cambio en los semblantes, que expresaban contento y alegría poco comunes. Me pude enterar fácilmente del prestigio y popularidad de que gozaba entre sus monjes el anciano abad de Solesmes.

Por fin llegó el Padre del monasterio. En medio de la densa rueda que formaba la comunidad, bajó del coche erguido, imponente de figura, la mirada viva y enérgica, el cabello aún negro, pero el andar dificultoso debido a sus achaques. En silencio entramos todos tras él a la iglesia monástica a orar. Poco después, acompañado por un grupo de los más familiares entre sus hijos, desapareció dentro de su departamento abacial. Poco más lo pude ver por algunos días, pues había llegado fatigado de su viaje.

Cuando, introducidos por el Padre Maestro, fuimos los veinte y tantos novicios

presentados uno por uno al abad, tuve este para cada uno de nosotros una palabra breve, casi seca, de bienvenida y aliento. Su hablar algo golpeado contrastaba con la chispa humorística de su mirada penetrante. Se nos había dicho ya que le agradaba ser tratado con confianza. Había poco peligro, por lo demás, de que pudiésemos abusar de tal confianza, pues su ademán y todo su aspecto inspiraban gran respeto. Yo ya sabía, por la Regla de San Benito, que el abad debe ocupar en el monasterio el lugar de Cristo y que, por lo tanto, el Señor le pedirá estricta cuenta de su enseñanza y de su conducta, en cuanto es pastor de la grey que le fue confiada. Debe, pues, recordar constantemente el superior su calidad de abad, que significa ser Padre.

San Benito le exige mucho al abad. Su obligación es atender a todas las necesidades de su familia monástica, pero no por atender sus intereses materiales puede dejar de velar sobre el perfeccionamiento espiritual de las almas que se hallan bajo su custodia. No debe mostrar preferencia por uno más que por otro, sino por los que se manifiesten mejores y más humildes. Debe mezclar las reprimendas con las palabras de aliento y mostrar hacia todos el afecto de piadoso padre, lo que no se opone a que, siendo necesario, use de severidad, porque está escrito: “Hierre a tu hijo con la vara y salvarás su alma”.

La difícil tarea del abad la ejerció don Delatte durante unos veinte años en circunstancias muy especiales que difícilmente se podrán volver a hallar en tiempos modernos. En todo aquel tiempo, se encontraron los monjes de Solesmes completamente aislados en un país extranjero, cuya lengua muy pocos entendían. Las comunicaciones con el exterior eran casi nulas, por ser la población de la Isla de Wight casi totalmente protestante e imbuida además de toda clase de prejuicios adversos a los franceses, tal como los tienen todos los franceses en contra de los ingleses, por lo que no existía aún el clima favorable para una “entente cordiale”. Resultó de tal estado de cosas que don Delatte, hombre de fuerte personalidad, monje ciento por ciento según la rancia tradición benedictina, pudo, sin ser estorbado por influencias exteriores, amoldar según su ideal monástico, las setenta y tantas almas confiadas a su dirección.

Cuando estalló la guerra de 1914 y fueron movilizados todos los sacerdotes de Francia sin distinción, declaró el abad de Solesmes:

—El sacerdote vive para el Santo Sacrificio y para las obras de paz. ¡Mis monjes no irán a la guerra!

Fue esto como un campanazo en toda Francia. Algunos obispos franceses se mostraron indignados por la “falta de patriotismo” de los benedictinos de Solesmes. don Delatte se mantuvo firme y no fueron a las trincheras sino los jóvenes sin órdenes sagradas.

Al tiempo de mi entrada a la abadía, se mantenía aún incólume aquella atmósfera de silencio y recogimiento que no interrumpía rumor alguno del exterior. A la hospedería, que se halla completamente separada del claustro, llegaban alojados desde Londres o desde Francia, a quienes atendía el Padre Hospedero. Nosotros los veíamos solamente de lejos en la Iglesia o en el refectorio, y pocas veces sabíamos quiénes eran. Entre las visitas venía de vez en cuando el obispo de Portsmouth, Monseñor Cotter, quien no tenía más que cruzar el Solent para ver a los benedictinos. Cierta día en que don Delatte, sintiéndose temporalmente aliviado de sus dolencias, había vuelto a su antigua afición de cortar árboles, el obispo fue a buscarle en el bosque. Poco rato después fueron hallados los dos prelados entretenidos en derribar un pino a hachazo limpio, mientras añoraban aquellos tiempo en que los monjes habían desbastado la primitiva Europa y abierto el paso a la civilización.

Otro día, el Padre Abad me mandó llamar. Llegué a su amplio escritorio, cuyo tamaño fue calculado para contener a toda la comunidad en ciertas ocasiones. Ya sabía que, según tradición antigua, debía entrar sin golpear y esperar cerca de la puerta hasta ser llamado. Estuvo el abad escribiendo un rato, hasta que, volviendo rápidamente la cabeza:

—Et bien, mon enfant, cela va bien?

Le aseguré a su Paternidad que me iba muy bien. Me dijo en seguida que había visto mis acuarelas de la Vida de San Francisco.

—C'est très bien, mon enfant. Ahora tiene usted que pintar la vida de nuestro Padre San Benito. No se apure, hágalo con calma, como debe ser todo trabajo benedictino. Ahora retírese; debo preparar mi conferencia del Capítulo para la comunidad. Que Dios lo bendiga, hijo mío...



## VI

### EXODO

Sobre la alegría de mi primer Noél monástico se cernía una sombra. ¿Que no iba a seguir siendo la Abadía que Quarr un refugio estable y permanente para el resto de mi vida en este bajo mundo? Todo había parecido indicar que este ambiente único de paz y de recogimiento se mantendría, debido al aislamiento en que hasta ahora había vivido, a los pies de la Virgen de Quarr, esta afortunada familia benedictina. Pero ahora, a partir de la renuncia de Don Delatte, se dejaban entrever en un futuro inmediato, una serie inquietante de trastornos en nuestro apacible modo de vivir.

Desde luego, se imponía la elección de un nuevo Abad, cosa gravísima para el hogar monástico, cuyo abad es realmente padre de aquella familia espiritual, detentor de la “patria potestas” según el antiguo Derecho Romano, es decir, de un poder moral bastante superior al que ejerce en nuestros días la generalidad de los padres de familia. Rumores corrían ya sobre la posibilidad de una vuelta de la comunidad a su punto de origen en Solesmes, Francia, rumores que, a no ser por la influencia calmante del Padre Maestro y de su Celador, podrían haber causado cierta inquietud entre los novicios. De hecho se mantuvo la serenidad de todos a través de los variados acontecimientos que habrían de desarrollarse muy pronto.

La elección abacial, desde luego, se hizo dentro de un silencio a ser posible mayor aún que el que reinaba normalmente en el claustro. No teniendo los novicios voz en la materia, nos tuvimos que contentar con escudriñar a la pasada los semblantes, a veces preocupados, que mostraban los miembros del Capítulo. Poco recuerdo, en realidad, de aquellos momentos que para otros debieron ser de alguna ansiedad. Se nos anunció un día que había sido elegido por voto secreto de todos los monjes profesos, el que hasta entonces había ejercido el cargo de Prior y pasaba a ser Abad de San Pedro de Solesmes, don Germán Cozien. Y siguió en apariencia todo igual que antes, pues el abad retirado aparecía poco en público, mientras que al nuevo abad estábamos acostumbrados a verlo gobernar el monasterio en su calidad de Prior.

Pero luego supimos que don Cozien, animado de la dinámica energía de los bretones, había resuelto emprender el retorno de la comunidad de Solesmes a las orillas del río Sarthe, de donde había sido expulsada veinte años antes. Lo que esta decisión significaba lo vine a comprender sólo al darme cuenta más tarde del cúmulo de dificultades que al valiente abad le sería necesario vencer, tanto morales como materiales. Desde luego sabíamos todos que muchos de los monjes solesmes eran, legalmente, traidores a su patria por haber rehusado reconocer cuartel al tiempo de la movilización del ejército francés en 1914.

Era sabido además cuán codiciada era, en círculos oficiales de Francia, la célebre biblioteca de Solesmes, escamoteada a través de la Mancha bajo las narices de los agentes del ministro Combes en 1902. Los problemas por resolver abundaban y eran muy serios. Pero a todos les puso el hombro el intrépido abad, valiéndose de seguras amistades en Francia y en Inglaterra, sin contar con ciertas influencias diplomáticas que, sin duda, ayudaron discretamente a suavizar fricciones donde fuese necesario.

Era cuestión de trasladar toda una abadía con sus setenta monjes, todo su mobiliario y los doscientos mil volúmenes de su biblioteca de un país a otro, y esto sin llamar la atención de nadie ni dar ocasión a comentarios en la vocinglera prensa francesa, siempre ávida de temas sensacionales, sobre todo si el tema podía aprovecharse como propaganda anticlerical.

Las primeras diligencias fueron dirigidas a obtener el derecho de volver a ocupar la antigua abadía de Solesmes. Los edificios en cuestión estaban a la sazón aún ocupados por un hospital de guerra, y debían ser vendidos en subasta dentro de poco. Los amigos de los monjes se las arreglaron para comprar toda aquella propiedad, mientras por otro lado tanteaban la opinión del gobierno francés. En las altas esferas oficiales no hubo oposición seria a que volvieran los benedictinos. Los tiempos habían cambiado, se dijo, debido a los cinco años pasados en guerra. No debía, sin embargo, admitirse entre los religiosos que volviesen a ningún súbdito extranjero, ni tampoco a ninguno de los franceses tachados de desertores en tiempo de guerra. Estos resultaron ser unos pocos solamente, pues los más lograron hacerse inscribir como miembros del Ejército británico, lo que se obtuvo gracias a la complacencia y liberalidad que siempre mostraron las autoridades británicas hacia los benedictinos de Solesmes.

Aquellos monjes “desertores”, unos cuatro o cinco tal vez, fueron la principal causa por la que resolvió el Padre Abad dejar abierto el monasterio de Quarr aún hasta después de que fuese evacuado por la comunidad al volver esta a Francia. La mayor parte de ella anhelaba el retorno de todos a la patria y deseaba que la casa de Quarr fuera cerrada definitivamente. Pero Dios tenía otros designios.

En efecto, a los pocos años se pudo contar con el olvido del rencor suscitado por el incumplimiento de la ley militar; pero vinieron en Francia elecciones generales que resultaron adversas a los intereses católicos, por lo que pareció imprudente desprenderse del refugio de la Isla de Wight. Pasaron otros más y comenzaron a presentarse postulantes ingleses al noviciado de Quarr, a quienes no se podía rehusar la entrada, a pesar de que aún quedasen resabios, entre los más antiguos de la comunidad, de las fobias seculares que dividen las razas europeas. Una escena típica me tocó presenciar en una ocasión en que unos tres o cuatro Padres se hallaban conversando sobre si convenía admitir postulantes ingleses al monasterio de Quarr. Aquellos tres o cuatro se declararon resueltamente adversos a su admisión y uno de ellos resumió su opinión con estas palabras:

—¡El mejor de los ingleses no sirve para nada...!

Con lo cual los conferenciantes se separaron...

Poca impresión me causó esta intransigente declaración, pues sabía muy bien que significaba sólo el desahogo algo pueril y sin mayor consecuencia, de un resentimiento atávico. Lo que sí provocaba mi admiración en todo este período de inquietud, fue ver como, bajo la prudente dirección de los superiores, se llevó a cabo sin contratiempos tan delicada empresa.

Pero me estoy adelantando a los acontecimientos. Sin darme cuenta aún de cómo se desarrollaban los preparativos. cumplía lo mejor que podía con la tarea particular que me fuera asignada, esto es, la muy humilde de clavar las tapas del sinnúmero de cajones en los que se embalaban los libros de la biblioteca. No sabría decir cuántas semanas me pasé en aquella monótona tarea, obsesado por el temor de que mis inexpertos clavos fueran a traspasar algún valiosísimo incunable u otro volumen de gran precio. Sólo a mediados de 1922 se dieron por terminados los preparativos del embarque, por lo menos en cuanto a mí me tocaba. Pero ya desde un tiempo atrás había comenzado la partida hacia Francia en pequeños grupos de a tres o de a cuatro a lo sumo y que tomaban distintos rumbos, embarcándose sea en Southampton, o en Dover, o en Folkstone o en otros puertos menos conocidos. La comunidad fue disminuyendo paulatinamente. Los sitios del coro se fueron vaciando, los cantos de la Misa y de Vísperas, como desfalleciendo, iban perdiendo todo vigor. Aquello me recordaba la “Sonata de las Luces” de Mozart... ¡era algo lamentable!

El éxodo se ejecutó con éxito completo, debido en gran parte a la pericia del padre ecónomo de Solesmes, que en la ocasión fue don Mauricio Noetinger, pero no pudo haberse realizado sin la atinada y enérgica dirección del propio abad. Respecto a este último, no resisto a la tentación de relatar, dando un salto de muchos años, un episodio en el que se verá

otra vez lo que puede una disciplina que es superior a la puramente militar, pues se apoya en la del espíritu de obediencia por amor de Dios.

Era en 1943, en momentos en que la oleada irresistible de la invasión aliada penetraba en la región en que se halla la abadía de Solesmes. Rugían los aviones, tronaban los cañones y la despavorida población civil buscaba refugio en cualquier escondite. El padre abad mandó abrir las galerías subterráneas que existen bajo la abadía y pronto se amontonaron allí y por todas partes los habitantes de la aldea vecina. A pesar de la confusión, don Cozien dio la consigna de que los monjes debían seguir, en todo, su horario habitual de servicios litúrgicos, comidas, recreaciones, etc., tal como si nada anormal sucediera. Habiendo notado que en el curso de la batalla unos cañones alemanes se habían emplazado dentro del recinto claustrado del monasterio, fue el abad al oficial que mandaba esa sección y le dijo:

—Señor, esta es la casa de Dios; háganos el favor de retirar sus piezas de este sitio.

Sin más, el oficial mandó retirar los cañones fuera del recinto monástico.

En la guerra o en la paz, la Providencia hizo ver en repetidas ocasiones su protección en favor de los “cantores de Dios”.

## VII

### DOM BOUVET

La abadía de Quarr no merecía ya ese título sino por motivos históricos, pues el reducido grupo que en ella permanecía —tal vez unos quince— apenas era acreedor al título de priorato. Era simplemente lo que en lenguaje eclesiástico se llama una “domus formata”, gobernada por un simple superior, sin autonomía alguna, al que el abad de Solesmes podría reemplazar por otro en cualquier momento. Bastaba, sin embargo, observar un poco la robusta figura de nuestro nuevo superior y, sobre todo, encontrarse con la fuerte y penetrante mirada de sus ojillos negros que brillaban a través de espesas y fruncidas cejas, al parecer más propias de un español que de un normando, para enterarse de que dom Emilio Bouvet era un superior en pleno sentido de la palabra. Tanto se le creyó así, que al poco tiempo después se vio ofrecer la mitra de otra abadía, la que rehusó, prefiriendo seguir en un puesto más humilde pero en el cual pudiera afianzar la obra comenzada por él: hacer resurgir de sus raíces el árbol tronchado.

Poco conocíamos al nuevo superior antes que el abad dom Cozien lo dejara a cargo de nuestro grupo de “restent a Quarr” como, usando de horrible juego de palabras, nos llamábamos a nosotros mismos, los que quedamos como varados en esta isla. Pronto, sin embargo, nos enteramos de que dom Bouvet sabría mantener firmemente la disciplina monástica, temperándola a la vez de buen humor y bondad que parecían hallarse en contradicción con el fruncido habitual de sus negras cejas.

Evidentemente dom Bouvet se complacía en cultivar ese aspecto hosco que le servía de defensa contra los que pretendiesen abusar de la bondad que constituía el fondo de su carácter.

Sus ocupaciones hasta este momento habían sido bastante prosaicas, puesto que le correspondía el cuidado de los intere

•ses agrícolas de la abadía. Bastaba, no obstante, conversar con él algún rato para ver que bajo ruda corteza se escondía un alma muy sensible y una viva inteligencia. Entre sus varios conocimientos descubrían sus amigos británicos una sorprendente visión de la literatura

inglesa, cosa rara en un francés. Pero el Padre Bouvet no era simplemente francés. Se preciaba, y mucho, de ser normando y, como tal, compatriota de Guillermo el Conquistador, lo que le permitía asegurar que, por derecho de conquista, le debían los nativos de las Islas Británicas respeto y acatamiento.

Pero sobre todo, dom Bouvet era monje benedictino, de los formados en la austera escuela del ex abad dom Delatte, en la cual no se transigía con la Santa Regla. Sus órdenes y directivas, enunciadas en forma afable y aun humorística, eran siempre claras y terminantes, y cualquier negligencia en su ejecución provocaba, bajo sus fruncidas cejas, un relámpago que daba alas a cualquiera.

En la reorganización de la reducida comunidad le cupo al Superior proveer a la formación del único novicio que quedaba en Quarr después del éxodo hacia Francia, y que era un servidor. Por fortuna, quiso el abad de Solesmes que, de los que se habían marchado, volviese uno que otro con el fin de asegurar la marcha regular del monasterio isleño. Entre los llegados a Quarr en esa época figuraba el futuro amigo de Chile dom Juan Desrocquettes, cuya reaparición en Quarr provocó el resurgimiento del mermado coro monástico, dándole el estímulo de un órgano magistralmente empleado.

A todo esto comenzaron postulantes británicos a golpear a la puerta pidiendo ser admitidos en el monasterio, algunos de los cuales desaparecieron pronto, mientras, por fin, fueron quedando unos pocos que perseveraron. Y se fue constituyendo aquel ambiente particular, compuesto de estrictez en la observancia y de liberalidad en el trato humano de las personas, que fue típico de dom Bouvet, atrayendo sobre el flamante Prior de Quarr, grado a grado que fue luego ascendido, la simpatía general de los isleños, de cualquiera religión que fuesen. Lo venían a consultar sobre toda clase de asuntos, fueran de agricultura o de historia local, de discordias conyugales o de alta mística. Sobre dos temas, sin embargo, no le gustaba dar su opinión, o si lo hacía, era echando la cosa a la broma o frunciendo el ceño de modo alarmante. Se reía de los médicos y de la medicina; detestaba el arte y a ¡os artistas; a estos últimos no por cierto como personas, pero sí en cuanto a la profesión que ejercían.

Una vez que ante él alababan un melodioso acompañamiento en el órgano por dom Desrocquettes, gruñó dom Bouvet:

—¡Para qué sirven esos sonidos suaves? Yo comprendo una entrada del órgano con todos los registros fuera. Entonces me figuro que la tribu, con gritos y tamtam, celebra la llegada del Gran Jefe. . . Pero para orar prefiero el silencio.

Y en una ocasión en que un visitante ofreció comprarme un cuadrito por una suma que a mí me pareció algo módica, protestó el Prior:

—¡Pero, Pére Pedró, esa sumisa es el valor de una vaca, que es algo útil y provechoso, mientras que su pedazo de tela pintada no sirve para nada.. !

Y sin embargo nunca me prohibió pintar, ni me rehusaba los materiales que le pedía para mi arte. Por lo demás, esa desconfianza hacia todo lo que fuera arte era, en aquel tiempo, la actitud más corriente en las esferas eclesiásticas de las provincias francesas, donde el clero vive en actitud de defensa contra la corrupción que irradia París y lleva a todas partes esos endemoniados “artistas” que pueden ser tanto pintores o escultores como payasos de circo, que todos se dicen artistas.

Por la medicina sentía también nuestro Prior muy poca simpatía, lo que sin duda le vendría primeramente de que por ser muy robusto, no había hasta entonces necesitado de ella y, en seguida, por la experiencia que tendría de lo que sucedía en pueblos chicos. No tardaría yo también en adquirir esa misma experiencia en mi propia persona.

Pero primero debí terminar los períodos obligatorios del postulado y del noviciado. En el primero que, según se acostumbra en Solesmes, dura un año, pero en mi caso fue reducido a ocho meses, se siente el postulante como que es tolerado en la casa de Dios y que el hábito que lleva le es sola. mente prestado por favor. El novicio, en cambio, siendo ya un miembro reconocido aunque temporal de la Orden de San Benito, goza de seguridad algo mayor, aun cuando penda su suerte del voto inapelable del Capítulo, reunido especialmente para tratar su caso, antes de ser admitido a la profesión monástica. Después de una espera que me pareció larga, llegó el día fijado por el abad de Solesmes, que resultó ser el 7 de abril de 1923. Recordé entonces que en otro día 7 de abril, catorce años antes, había celebrado mis bodas, en Viña del Mar, con Elvira Lyon Otaegui.

En el curso de una ceremonia larga e imponente, puse mi firma al pie de mi “Carta de Profesión” por la cual formulaba, según usanza benedictina, mis tres votos de obediencia, de conversión de costumbres y de estabilidad, carta que puse en manos del Prior, para luego cantar por tres veces, de pie ante el altar, alzadas las manos al cielo, las palabras de mi ofrenda:

—Recíbeme, Señor, según tu palabra y viviré; y no seré frustrado en mi esperanza.

Y al alzar mis manos, unía mi entrega total a la de un alma hermana que, a la misma hora, allá lejos, se daba, sin vuelta, a nuestro Padre del Cielo..

Cuando hubo terminado la función, los amigos presentes exclamaban:

—¡Qué emocionante!... ¿Cómo se sentiría usted mientras estaba tendido sobre el paño negro, con cirios encendidos a cada lado?

Y otros:

—No se le dé nada, porque estos primeros votos, a los que se daba antes tanta importancia, no lo obligan sino por tres años...

Yo nada decía. Al darme don Bouvet un abrazo de felicitación, pude percibir, por un instante, algo como la luz de un paternal afecto en sus ojos, que una mueca hizo desaparecer.

Aquella mañana era clara y apacible. La brisa sobre el Solent acarrea nubecillas blancas y, como en otra ocasión en Guipúzcoa, véalo todo envuelto en una suave luz azulada...



## VIII

### EL DOCTOR PILL

Entre los que quedaron en Quarr después del desbande de 1922, vi con agrado que permanecía en la isla “el Caballero de la Triste Figura”. Había algo que nos hacía complementarnos uno a otro, el con su aspecto inconsolable, yo con mi marcada tendencia al optimismo. Efectuada mi profesión temporal, fue mi triste amigo encargado de enseñarme filosofía escolástica, para lo cual se hallaba bastante bien preparado. En cambio, yo no lo estaba absolutamente, pues las nociones de filosofía que había adquirido rodando tierras, eran de orden puramente práctico o instintivo. Mi nuevo profesor leía mucho y se mostraba versado en la doctrina de Santo Tomás de Aquino, a cuyo estudio añadía el de otros maestros y comentaristas, como ser el Cardenal Mercier y el profesor José Gredt O.S.B., de la Congregación de Beuron.

No siempre me hallaba de acuerdo con mi profesor. Algunas de sus teorías me parecían algo estrechas, como que las enunciaba una persona que no conocía el mundo real sino sólo el de los libros.

—¿Que no conozco el mundo?— respondía con resignada sonrisa mi instructor —. He vivido, es verdad, solamente en pueblos pequeños, pero he hecho primero tres años de servicio militar como “cura de mochila al hombro”, y después hice cinco años de guerra en la misma calidad, ¿y usted piensa que con eso no conozco el mundo?

Hubieron de interrumpirse estas conversaciones filosóficas el día en que, en la primavera de 1924, me sentí presa, sin causa aparente, de una fuerte calentura. El Padre enfermero me echó a la cama diciéndome:

—No se levante mañana.

De hecho pasé más de dos meses sin alzar cabeza.

Fue llamado el doctor Pill, médico habitual del monasterio. Cirujano retirado del Ejército Real de la India y después de larga experiencia entre guerreros Gurkas o lanceros de Bengala, se había retirado al pueblo vecino nuestro a continuar, ya algo anciano, su práctica de médico

entre los pacíficos pobladores de esta isla. Su edad, sin embargo, no le impedía tomar parte activa en las cacerías de zorros. La aulladora jauría solía travesar tumultuosamente nuestros campos, persiguiendo a un desgraciado animalito de larga cola y de orejas puntiagudas. Detrás de los perros galopaba invariablemente nuestro doctor, de frac colorado, gorro negro y botas con vueltas de ante, la faz rubicunda, la exacta imagen del “Mr. Pickwick” de Carlos Dickens. Así venía a veces a visitarme, jadeante aún por la carrera. Me tomaba el pulso, me miraba la lengua y ordenaba quinina para bajar la fiebre.

—Debe ser esto alguna infección —decía con tono poco seguro — Ya bajará sola la fiebre. ¡No hay como dejar a la naturaleza obrar sola!

Esta máxima fue mi salvación, pues ¿qué habría sido de mí si se hubiera puesto el Dr. Pill a hacer experimentos conmigo? En realidad me salvó, después de Dios, mi sana constitución y también los cuidados que me prodigaban los dos jóvenes monjes que, por orden del Prior, se dedicaron con absoluta abnegación a servirme día y noche. Había pensado anteriormente que en una vida en la cual prima lo espiritual sobre lo material, se haría muy difícil cuidar a un enfermo grave, pero pensaba así porque no sabía aún lo que puede el amor fraternal. Yo, que adquirí más tarde cierta experiencia en la materia, puedo asegurar que ninguna monja ni enfermera profesional pudo haberme cuidado con mayor atención.

Entre tanto se iba agravando mi malestar. El clásico termómetro de las 6 P. M., indicaba temperatura alta pero no fuera de lo común. Más tarde, en la noche, cuando no era posible ningún control, sentía que mi sangre hervía, me sofocaba y era víctima de sensaciones extrañas. Pero el doctor decía:

—A las seis de la tarde es cuando sube la temperatura al máximo. Don't worry! Y tome su quinina.

Y me contaba algún cuento de la India, de la jungla.

—El tigre se encontró un día con una serpiente...

A las cuatro semanas de alta febre, comencé a sentir fuertes dolores en el pecho. Ya no podía moverme en la cama, ni casi podía hablar. Sentía que me aplastaba un peso enorme. Era sin duda el tigre que estaba echado sobre mí, y sentía sus garras entrarme en las costillas.

Pero estaba, a pesar de todo, feliz y sin la menor inquietud. Un día estaban sentados frente a mí el Padre Bouvet y el Dr. Pill. Este ya no contaba cuentos. Los dos me miraban en silencio; sus semblantes mostraban honda preocupación.

—Esto va mal — me dije —; debo pensar en mis pecados, en el infierno...

Pero no podía sentir miedo sino confianza apacible en Dios y, debo confesar, ganas de reírme de la cara tan perpleja del doctor.

Cuando quedó solo, Dom Bouvet, tomando de nuevo su aire severo me dijo:

—Père Pedró, ¿usted no reza por su mejoría? Todos están rezando por usted, toda la comunidad, todas las monjas, todas las niñas del colegio. Usted también debe pedir por su propia salud, ¡se lo mando bajo obediencia!...

Comenzó un día la fiebre a disminuir. Era ya pleno verano, el sol dorado y acariciador de Inglaterra entraba a raudales por las dos grandes ventanas de la sala abacial en que me hablan instalado. Los árboles lucían increíble variedad de verdes intensos, cada rama y cada hoja con un matiz diferente, como es privilegio de los climas húmedos. Los pájaros trinaban y gorjeaban a más no poder. Al caer la tarde, después que uno por uno enmudecían estos artistas alados, que después de todo no eran sino aficionados del canto, se dejaba oír el maestro ruiseñor, cuyo afinado órgano, parecido al de los mejores canarios, los sobrepasa por la fuerza y la constante variedad de las modulaciones. Mientras sentía cómo me renacían las fuerzas, daba gracias al Creador por tanta belleza y por tanta alegría.

Al verme un día en un espejo, creí ver un espectro demacrado y barbudo. Sin embargo, todo aquello fue pasando, menos los efectos de la flebitis que desde entonces me siguen molestando. No supe nunca hasta qué punto se dio cuenta el Dr. Pill de lo que me pasaba, pero años más tarde, estando de vuelta en mi patria, los médicos chilenos me reconstituyeron toda la historia de mi caso: reumatismo cardíaco, pleuresía, congestión pulmonar y trombosis en la pierna izquierda, y basta.

Por deber de gratitud debo ahora decir algo de los que, cada uno según sus dotes, me cuidaron. Todos han muerto hace tiempo; queda sólo el paciente para contar el cuento. El que fue mi médico desapareció hace años. Igualmente dom Bury, mi excelente compañero de profesión monástica y abnegado segundo enfermero. En cuanto al primer enfermero, merece el simpático dom Elías Calmels un párrafo aparte.

Sin haber nunca cursado ciencias, al Padre Elías Calmels le era una delicia examinar o hurguetear todo objeto de interés que cayera bajo sus diestras manos, y con eso había adquirido notable cúmulo de conocimientos, tanto teóricos como prácticos. Había formado colecciones de todo lo que se puede coleccionar sin gasto, como insectos, o fósiles de los que se hallan en las arenas de la playa. Su gran ambición había sido la posesión de un telescopio que le permitiese sondear los abismos del cielo, pero el Padre Prior se había hasta ahora negado a semejante gasto. En circunstancias en que mi salud iba en vías de franca mejoría, le dio el Prior el anhelado permiso:

—En recompensa — dijo dom Bouvet — por lo bien que había cuidado a Père Pedró,

¡pero que sea con poco desembolso!

—Deme un disco de cristal de tres pulgadas de diámetro y un poco de madera y de latón, que yo me encargo de lo demás —contestó encantado dom Calmels, y se puso a la obra.

Varios meses pasó puliendo el duro cristal y en seguida armando su improvisado artefacto. Por fin me invitó un día a que fuese a ver los cráteres de la luna y los anillos de Saturno, que pudimos observar con toda claridad a través del flamante telescopio.

Pero de la contemplación celestial hubo de bajar nuestro astrónomo a la tarea de instalar el alambre de un timbre eléctrico. Lo vi, al pasar, empujado en el último peldaño de una escala de tijeras, lo que me causó cierta inquietud. Estuve por recomendarle que fuese prudente, pero no lo hice por temor de que cualquier movimiento lo hiciese perder el equilibrio; preferí, pues, alejarme sin hablarle. Cuando, a la media hora tal vez, volví al mismo sitio, ya no estaba él allí; sólo noté que la larga escala yacía en el suelo.

Volví a mi taller de pintura sintiéndome aún inquieto. Luego comencé a oír como murmullo de oraciones que parecía venir del piso superior en el que se hallaba la enfermería, y pronto pude distinguir la profunda voz del Padre Prior. Subí entonces a la enfermería donde pude ver, tendido en una cama, a dom Calmels con la cabeza vendada y sin conocimiento a causa de concusión cerebral. Le estaban rezando las oraciones por los agonizantes.

Si hubiese hablado yo, pensé entonces y lo he vuelto a pensar muchas veces, estaría tal vez con nosotros el hermano siempre amable y servicial, al que tanto debo ¡Dios lo tenga en su gloria!

## IX

### DE GLORIA EN GLORIA

—La felicidad perfecta consiste esencialmente en el conocimiento de Dios, el cual conocimiento satisface perfectamente todo deseo y excluye todo *mal*: pero este conocimiento no se obtiene en esta vida sino solamente en la otra...

—Sí, esto está muy bien — exclamé interrumpiendo a mi profesor de filosofía—. La doctrina de Santo Tomás es maravillosamente clara y lógica, pero a mi me parece que le falta algo, o tal vez al modo de interpretarla.

Mi maestro me miró escandalizado.

—¿Cómo?... ¿Cómo?... ¿Usted dice que le falta algo a la enseñanza del Doctor Angélico...?!

—Estoy de acuerdo en que el conocimiento y la visión de Dios en la vida futura será para nosotros motivo de dicha absoluta, pero creo que al artista no le bastará ver, conocer o admirar la belleza de Dios. Sentirá también el deseo de crear, por su propia cuenta, su parte de belleza a imitación de la que ve en Dios...

Los ojos de mi interlocutor, por una vez, se abrieron al máximo.

—Nunca he oído hablar de esto —suspiró mi profesor, reasumiendo su aire melancólico—En nuestro Seminario se hablaba poco de la belleza y aún menos del arte. En cambio, durante los ocho años que por mal de mis pecados, hube de ser soldado raso, oí con frecuencia a mis camaradas de cuartel hablar de arte y sobre todo de “artistas”, pero con relación a cosas que prefiero no recordar ahora...

Y su habitual palidez se tiñó de grana.

Pensé que valía más, por ahora, no ahondar un tema que para algunos podría parecer escabroso. Por lo demás, nuestro venerable abad dom Delatte habla con frecuencia, en sus escritos, de la belleza y se queja de que en los textos de enseñanza teológica de su tiempo ni se nombra a veces la Belleza de Dios entre los atributos que le son propios. El anciano abad de Solesmes no perdía ocasión de enseñarnos que la belleza de Dios es uno de los principales motivos que nos llevan a amar a nuestro Hacedor. A su vez, nuestro maestro de novicios,

mientras los teníamos cerca en Quarr Abbey, nos hablaba de aquel “esplendor del bien” que emana de la obra de Dios. Y fue para que nos penetráramos más de ese reflejo de la Divinidad que quiso trabajáramos juntos los tres artistas del ‘Ibis’. Pero ahora el “Ibis” se hallaba vacío; mis dos colegas habían vuelto a Francia con la comunidad de Soles-mes y yo quedaba solo y reducido a mi propia inspiración. en un ambiente que era, por cierto, muy de mi agrado por muchos conceptos y en el cual era tratado con fraternal amistad y simpatía, pero donde lo que para mí era de necesidad vital me faltaba lastimosamente.

Por aquellos días me tocó atender, por un momento, a cierto abad francés de pasó por Quarr Abbey. Ingenuamente le pregunté si acaso en su abadía tenía algún artista que practicara la pintura o algún otro arte. Con ceño severo me respondió el Reverendísimo:

—En nuestra abadía sólo admitimos gente que estudia y que trabaja.

Y sin embargo allí está, pensé, la obra gigantesca de los benedictinos en los siglos pasados, la abadía de Cluny, las catedrales góticas de Francia, Alemania e Inglaterra, que todos admiran pero que, al parecer, algunos sobrevivientes de la época en que dominaba la herejía jansenista no reconocen como obras que glorifiquen a Dios.

Pero ya sabía que opinaba en favor del arte las mayores autoridades de nuestra orden y mi decisión estaba tomada desde un principio. Mientras la santa obediencia no me impusiera rumbo diferente, yo seguiría adelante en mi búsqueda de Dios por los medios que la Providencia ponía más a mi alcance. ¿No debe el hijo de San Benito ante todo buscar

A Dios? Pues yo lo hacia por el camino de la Belleza infinita y no sólo con el afán de poder un día contemplarla, sino en un esfuerzo por producir, según mis pobres medios, un débil reflejo de aquella irradiación que es el esplendor de su gloria...

—Lo que intrínsecamente conviene a la sustancia pero sin embargo, no es ni esencia, ni subsistencia, ni existencia de la sustancia, es accidente realmente distinto de la sustancia — seguía la voz queda de mi inexorable mentor.

Y así fue por dos años de filosofía. ¿Y por cuatro años más, pensaba, habrá de seguir esto igual? Evidentemente mi débil cerebro no ha sido hecho para las frías especulaciones de la razón pura; necesitaba algo más en que afirmarse. Pero, como lo comprendí más tarde, este paso había sido indispensable. Le quedo, pues, agradecido a mi amigo de la triste figura por la bondad y paciencia inalterables que demostró para con un alumno, que ciertamente debió parecerle bastante difícil de comprender.

Entraba ahora a los cuatro años de teología, en cuyo curso debía recibir las órdenes menores primero y en seguida la ordenación sacerdotal, si es que me mostraba digno de ser llamado a tal dignidad. Porque ninguno puede presentarse a pedir el sacerdocio como por

derecho propio, sino que debe humildemente esperar ser llamado por la autoridad de la Santa iglesia, representada por el obispo del lugar, a quien le compete elegir al que estima idóneo para ejercer el sacerdocio. De aquel llamado viene el sentido, generalmente mal comprendido, de la palabra “vocación”.

Dos profesores distintos se encargaron de mi tuición en los ramos principales de la teología, que son el Dogma y la Moral. Con su ayuda pude cerciorarme pronto que el camino que habla de recorrer en su compañía prometía ser de alto interés en su gradual ascensión hacia la luz increada, hacia la cual yo anhelaba pero de la que aún sabía tan poco. Desde un principio me di cuenta de cuán indispensable me era, antes de emprender aquella ascensión, haber pasado por esos años de filosofía, sin cuya preparación no me hubiese sido posible comprender gran parte de lo que me tocaba estudiar. Se me fueron abriendo muchas perspectivas, profundas y lutasas. A uno de mis maestros que insistía en que fuese lentamente asimilando, paso a paso, la doctrina que me enseñaba, le dije, no sin cierta petulancia:

—Está bueno que ustedes los sabios avancen penosamente, escudriñando cada barrote de la escala por donde suben. Lo e es nosotros, los artistas, por medio de nuestra intuición, subimos a grandes saltos, sin necesidad de irnos golpeando las nulas contra los duros barrotes...

Por cierto yo exageraba, pues llegué arriba no sin algunos dolores de cabeza. Pero pensé que valía la pena haber echo el esfuerzo, pues es grandioso el panorama que la ciencia divina hace aparecer ante los ojos del espíritu, dándonos esperanza de que, contemplando, como dice San Pablo, “a cara descubierta la gloria del Señor como en un espejo, nos transformemos en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Epíritu del Señor” (II Cor. cap. 3).

A su debido tiempo me fueron, conferidas, por el obispo le Portsmouth, las órdenes menores de portero, lector, exorcista y acólito, y en seguida las de subdiácono y diácono, tolas en nuestra iglesia de Quarr. En 1927, en compañía de un joven monje canadiense, atravesamos el Canal de la Mancha, rumbo a la abadía de Solesmes, en cuya iglesia abacial habíamos de ser ordenados sacerdotes, por manos del obispo de Le Mans monseñor Grent, ahora Cardenal y. miembro de la Academia Francesa.

Después de una separación de casi cinco años, fuimos recibidos los dos diáconos de Quarr con muchas señales de afecto por parte del abad dom Germán Cozien y de toda la comunidad. Esta había crecido de modo impresionante gracias a la entrada de numerosos postulantes franceses. También había crecido, en forma material, la ya imponente abadía, por a añadidura

de un hermoso claustro y de una amplia biblioteca, capaz de albergar los doscientos mil volúmenes traídos a través de la Mancha en 1922 en un vapor especialmente fletado con ese objeto. No intentaré describir el monasterio de Solesmes, cuyos muros de dura piedra de un gris azulado podrían contar la historia de muchos siglos, desde la época románica de sus fundamentos, a través del período gótico a que pertenece la iglesia abacial, hasta el reciente claustro de dom Bellot, hermoso ejemplo de arte netamente moderno, pero que armoniza perfectamente con el conjunto antiquísimo en el que se halla incrustado.

Mis dos antiguos compañeros del “Ibis” me hicieron ver el notable progreso logrado por sus esfuerzos en varias formas del arte, progreso que les ha valido a ambos ser reconocidos en las altas esferas del arte parisiense, pues he visto sus nombres citados honrosamente en revistas de arte.

Pero no había venido a Solesmes por motivos de estética sino para recibir la ordenación sacerdotal. En los días de retiro que nuestra Madre Iglesia impone a todos los que han de ser ordenados, no debí escuchar conferencias ni exhortaciones de las que, en otras órdenes religiosas, se consideran apropiadas para el caso. En cambio, según usanza benedictina, hube de entregarme a la acción omnipotente del Espíritu Santo, confiando en que El fuese mi predicador, ya que los textos litúrgicos que a diario cantamos o recitamos tienen poder para mover nuestras almas. Las distracciones ocasionadas por el viaje y por el cambio de ambiente no fueron obstáculo para que me sintiera impresionado por lo que pude observar en la abadía solesmense. La perfecta ejecución del numeroso coro gregoriano, el orden impecable de todas las ceremonias y, más aún, el espíritu de recogimiento y observancia que se dejaba sentir en todas las actividades del gran monasterio, eran para mí pruebas palpables de amplia bendición divina.

Llegó el momento en que, en el curso de largas y solemnes ceremonias, me impuso sus manos el Prelado. Fue un momento de paz, como lo fueron las horas que antecedieron y las que siguieron. Nada de exaltaciones sensibles.

Solamente profunda paz agradecida, paz confiada, la misma que disfrutara, en otra ocasión, entre los montes vascongados y, posteriormente, el día de mi profesión. Y con esa paz, la certeza del don de valor infinito: poder consagrar, perdonar, bendecir...

Se hallaban presentes mis padres y algunos de mis hermanos. Entre los amigos se destacaban mi primo Juan Enrique Concha y el fiel Carlos Peña Otaegui. Estaba también nuestro venerado Padre Mateo Crawley, que me asistió en mi primera misa, la que celebré penetrado del mismo sentimiento de tranquila confianza en Aquel a quien yo, con suma indignidad, tenía en mis manos recién consagradas.



Tuve ocasión, antes de volver a Inglaterra, de visitar varios pueblos de Normandía. Pude ver cuán poco habían cambiado las tradiciones y costumbres seculares de aquella próspera región, aún después de la guerra de 1914-18. Era palpable el respeto que aún conservaba el pueblo por el clero y aun por la antigua nobleza, a pesar de los trastornos que había causado, un siglo antes, la gran Revolución. A los obispos se les tributaba honores y veneración. Pude verlo en el palacio episcopal de Le Mans, donde fuimos los recién ordenados atendidos por Monseñor Grent, gran señor que se mueve dentro de una dignidad que recuerda los tiempos monárquicos y que aún perdura en las ciudades de provincia y, tal vez, en el Faubourg Saint-Germain de París, aunque no queden rastros de ella en el París que conocen los turistas.

Pero, ¿qué saben los turistas de verdadera dignidad ni de verdadera belleza? Ven solamente los reflejos que de ambas han dejado los genios del pasado estampados en los monumentos o en los Museos, reflejos débiles de la Divina Belleza, que conserva también la Iglesia Católica en su hermosa liturgia.

## X

### PINCEL EN MANO

Me hallaba de vuelta en mi apacible isla y entregado a mis quehaceres habituales, con la diferencia de que ahora empezaba el día con la celebración de la Santa Misa, después de haber recitado en el coro maitines y laudes. Pero todo aquello había sido como una preparación para el acto central y más solemne de la jornada de un sacerdote.

Y en seguida, en cuanto a importancia, me parecía ser de mayor consecuencia el tiempo que dedicaba a mi arte, no tanto, ciertamente, por el valor muy relativo que este pudiera tener en sí, como por la intención que yo en él ponía de glorificar al Creador con los humildes medios a mi alcance. En aquella ambiciosa empresa no me sentía, debo decir, muy apoyado por los poderes constituidos. Pero ya anteriormente mi antiguo Prior Dom Agustín Savaton me había dado, años atrás, el encargo de decorar las capillas de la cripta subterránea de nuestra iglesia, encargo que ya había comenzado a ejecutar desde antes de mi ordenación sacerdotal, no sin que uno de los monjes más antiguos de la comunidad me apostrofara con estas palabras:

—¿No cree usted que estos muros de puro ladrillo son más ‘hermosos así como están, sin que usted los manche con su pintura?

—Yo creo que usted tiene toda la razón, *mon Père*, pero debo ejecutar la orden que me dio el Padre Prior.. -

Y sin más comencé mi obra vandálica. Debo confesar que la observación del excelente religioso no dejó al momento de herirme un tanto. Posteriormente, sin embargo, más de una vez he sentido algo como pena o vergüenza al tener que romper la pura y apacible monotonía de un muro blanco...

Pero en aquella ocasión me sentía llevado por el entusiasmo del que se lanza a una nueva empresa. Luego descubrí que la obra sería más ardua de lo que al principio me había parecido. No recordaba en ese momento lo que el gran muralista, Puvis de Chavannes, dijo una vez a uno de sus discípulos: “Fíjate que vas a pintar, no sobre una tela, sino sobre un muro”. A lo que el petulante discípulo contestó: “¡Qué me importa el muro, me río de él!”. De lo que resultó que no habiendo armonía entre la pintura del discípulo y el conjunto arquitectónico que intentaba decorar, pudo el maestro decirle: “¡Ya ves cómo el muro se ríe de ti!” Al terminar ese primer ensayo de pintura mural sentí, yo también, que el muro se reía de mi.

En efecto, la fuerte y rugosa superficie de una pared de ladrillo exige un tratamiento muy diferente del que requiere una tela más o menos lisa. Más adelante fui ganando una experiencia que me serviría en trabajos posteriores para fortalecer mi técnica y para librarme del temor que, hasta entonces, tenía a los colores puros y francos. Los que visiten algún día la cripta de Quarr Abbey podrán observar la diferencia que existe entre la pintura del “San Miguel”, que fue lo primero que allá pinté y, por ejemplo, la “Santa Cecilia” o “Santa Tecla” que fueron las últimas decoraciones que ejecuté en esas oscuras capillas subterráneas. De todos modos, de tener que hacerlas de nuevo, creo que hoy sentiría su decoración en una forma bastante diferente.

Pero es preciso advertir que en aquel tiempo no poseía mayor capital que el de la enseñanza clásica, típica del siglo veinte, que había recibido de mis maestros de arte y, en seguida, mi propio instinto que me hacía desconfiar de tantas y tan variadas tendencias, a las que se daba nombres que terminaban en “ismo”. De tales tendencias, que eran a veces contradictorias entre sí, creo haber recogido muy poco.

Los cortos días pasados en la Abadía de Solesmes, con ocasión de mi ordenación, me proporcionaron la oportunidad de cerciorarme que los tiempos estaban cambiando rápidamente, aun dentro de los monasterios claustrados. En la gran abadía francesa que acababa de conocer, reinaba un espíritu muy abierto hacia las formas de arte que fuesen compatibles con

la vida monástica. Pero al mismo tiempo me di cuenta de que esa viva competencia entre las variadas tendencias artísticas del día no me ayudarían a afianzar la paz que yo había venido a buscar en el claustro. La Providencia había preparado de antemano lo que más convenía para mi paz espiritual y para el desarrollo de mi capacidad pictórica.

Sin mérito de mi parte, recibí del Creador una viva imaginación que me permitía, y aun me permite, crear imágenes y *verlas*, con mi ojo interno, moverse a mi antojo con una precisión y un realismo sorprendentes. Después de haber mi mente suscitado en mi conciencia la visión deseada debo, generalmente, antes de reproducirla por el dibujo o la pintura, idealizarla o estilizarla en el grado que me parezca convenir a la obra que estoy ejecutando. Un defecto que a veces me cuesta evitar es caer en un excesivo verismo en la producción de una escena. Me ayuda además en mi creación pictórica un sentido innato del equilibrio de las formas y de las masas, sin el cual no sabría aprovecharme de mi imaginación para crear con su ayuda una verdadera composición pictórica. Esas facultades me permiten, las más de las veces, prescindir del modelo vivo y puedo así dejar correr el lápiz o el pincel con mucha libertad, copiando solamente, se puede decir, la imagen que me sugiere mi propia fantasía, trátase de hieráticas visiones del mundo sobrenatural, o de violentas acciones guerreras. Ignoro por qué será, pero no me atrae, en cuanto a inspiración estética, el término medio. Para sentirme plenamente feliz debo estar tratando o bien un tema sereno y apacible, o si no un asunto en que se entrecrucen las formas o las líneas con violencia como, por ejemplo, en un cuadro de batalla. ¿Por qué? Aun no he podido descifrar ese misterio.

Tampoco, ciertamente, lo hubiesen descifrado si hubieran sabido de estas inclinaciones contrarias, los amigos artistas que solían venir a nuestra abadía y con quienes conversaba de arte. A los pocos años después de mi profesión religiosa, comenzaron los curas de las parroquias vecinas y en seguida, los de algunas iglesias de Londres o de otras ciudades, a pedirme cuadros de temas religiosos. Ejecuté con especial interés un par de paneles en madera para una pequeña iglesia de construcción moderna pero de típico estilo gótico inglés, cuya decoración comportaba violentos contrastes de blanco y negro, rojo, azul y verde y sobre todo mucho oro. “¡Espantoso!” me dije yo al ver el proyecto. Luego acepté el intentar la obra, así como acepta uno un desafío a hacer lo imposible. El resultado fue que mis clientes se mostraron encantados y yo bastante satisfecho. En casa de unos amigos míos en Santiago perdura aún un boceto de esta arriesgada obra en que debí emplear puros bermellones, cobaltos y verde esmeralda, entreverado con oro, blanco y negro. En caso de presentarse de nuevo la ocasión, me agradaría repetir el experimento.

En cambio, una ocasión que nunca se me presentaba en Inglaterra era la de pintar escenas

militares. En realidad, durante la primera presidencia de don Carlos Ibáñez, me instó don Antonio Huneeus, entonces Ministro de Chile en Londres, a que pintara algunos cuadros que ilustraran acontecimientos de nuestra historia, para las principales Legaciones de Chile en Europa. Pero no me sentí capaz de darle gusto en esto a mi amigo Antonio Huneeus. Por muy elástica que fuera mi imaginación, no me pareció conveniente forzarla hasta el extremo de reproducir escenas de violencia sudamericana en un ambiente tan poco apropiado como lo es una Abaldía de San Benito, sita a orillas del Solent. En cuanto a temas militares no tenía conmigo sino algunos croquis que recordaran mis pinturas de una época anterior. Un amigo, al hojear mis apuntes, dio con algunos de ellos: “¡Y qué son estos!” preguntó; “Dibujos míos”, contesté.

“¡No! gritó mi amigo, eso no puede ser. ¡Déjese de bromas! ¿Cómo voy a creer que Ud. ha ideado cosas semejantes?”

Ya sabía yo lo poco inclinados al militarismo que son los británicos, a pesar de su innegable patriotismo y cuánto les repugnan aquellas excesivas demostraciones de fervor patrio a que son afectos los latinos. Me pareció pues más prudente renunciar a la tentación de evocar, en pleno ambiente monástico europeo, la inolvidable silueta del roto chileno y de su típica cabalgadura. Años más tarde tendría la oportunidad de volver a aquellos temas, pero sólo al hallarme de nuevo en la atmósfera más propicia de nuestro Chile.

Me fue dado, en cambio, pintar a pedido de la misma Legación, una tela para la Exposición de Sevilla de 1929, intitulada “La Virgen de la Estrella” y que fue honrada con una segunda medalla. Anteriormente había ejecutado para la capilla de un fundo que poseía mi padre en San Clemente, un tríptico al óleo, el que ahora se halla en la hermosa Catedral de Talca. Las escenas religiosas que representaban estas pinturas las figuré dentro de paisajes imaginarios netamente chilenos, que logré reconstituir sin esfuerzo, utilizando solamente los recuerdos de nuestros campos que conservaba en mi memoria.

Hube también de componer escenas de asuntos típicamente ingleses al ilustrar, para una editorial de Londres, dos dramáticos momentos de la persecución a los católicos por el rey Enrique VIII de Inglaterra. En uno, llamado “El estallar de la tormenta”, aparecen las primeras víctimas, que fueron algunos monjes cartujos, arrastrados violentamente hacia la tétrica Torre de Londres. En el otro se ve a Tomás Moro, en momentos en que el ex-Canciller de Inglaterra, condenado a muerte por Enrique VIII, abraza por última vez a su hija Margarita, la que, para despedirse de su padre, se abre camino entre los soldados del rey. Estas dos estampas circularon profusamente entre los súbditos católicos del inmenso Imperio Británico. Menos difundido, pero de mejor calidad artística, fue un librito de oraciones para niños tirado a todo

color por la Editorial Burn & Oats. Pero de toda esta producción mía no me queda ahora ni un solo ejemplar.

En aquella época me hubiera sido fácil conseguir un contrato como ilustrador de alguna revista londinense. De hecho se me hicieron insinuaciones en ese sentido, pero no quise, por de pronto, someterme a un trabajo fijo de ese orden pues ya preveía entonces la posibilidad de mi vuelta a Chile y no deseaba contraer compromisos.

De esta manera se me pasaban los días, los meses y los años disfrutando de una continua e intensa actividad del espíritu en la que se armonizaban íntimamente las altas aspiraciones de mi alma de creyente con los anhelos irresistibles en un artista. Nada, o casi nada, podía desviarme de aquella doble tendencia. Voluntariamente había escogido el aislamiento y el silencio en Dios. Voluntariamente también me había negado a entrar en las enconadas luchas artísticas de mi época y había aceptado el replegarme dentro de mis propios recursos. Sin preocuparme de opiniones ajenas ni de la incomprensión que me rodeaba, seguía tranquilamente mi curso en perfecta amistad con todos mis hermanos en religión. Recordaba la queja de tantos pseudoartistas: “Aquí no puedo trabajar; me falta el ambiente”.

A estos quejumbrosos, les diría yo: “El ambiente debemos buscarlo en nosotros mismos. Es inútil buscarlo por fuera”

Y así, sin desperdiciar las horas de que podía disponer para el arte, me dejaba arrullar a diario por la dulce cantinela gregoriana, por la maravillosa liturgia benedictina, que constituían como un perpetuo fondo para nuestra vida monástica. Por quince años por lo menos creí que aquello duraría inmutable por todo el resto de mi vida y me alegraba de ello. Poco a poco sin embargo comencé a vislumbrar la posibilidad de que yo fuese destinado por la Providencia a servir de instrumento para el establecimiento, en mi patria, de un foco de vida espiritual semejante al que yo había aprendido a admirar y a amar en la isla de Wight. Pero la evolución de aquel vago e incierto proyecto tardaría años en cristalizarse, años de los que debo seguir dando cuenta bajo sus diversos aspectos.

## XI

### LA HOSPEDERIA

—Père Pedró, acaba de llegar de Francia, Monseñor X, y el Padre Hospedero lo está atendiendo—. Era la ronca voz del Prior dom Bouvet la que me hablaba por la puerta entreabierta, de su celda. — Usted, que es segundo hospedero, vaya a recibir a los Boys-Scouts que vienen llegando con nuestro amigo Mr. Dunlop.

No necesité mayor explicación: los prelados, abades o monseñores que nos llegaban continuamente a la Hospedería, no me interesaban mayormente y me alegraba de que estuviese allí el Hospedero titular para ocuparse de ellos. En cambio, Mr. Dunlop era gran amigo, tanto del Prior como mío, de modo que corrí a su encuentro y al de los diez o quince muchachos que con él venían.

Allí estaba en medio del gran prado la amplia figura del amigo Dunlop, rebosante de salud y alegría, apretado dentro de un pantalón corto que ya estallaba, mientras sus boys en agitado tropel armaban el campamento.

La misma escena se renovaba año tras año mientras duraba el corto veraneo inglés. Mr. Dunlop, director de uno de los principales Bancos de Londres, dedicaba su tiempo libre a la formación, según el método scoutista, de los niños que en calidad de acólitos o cantores trabajaban en la Catedral de Westminster. Aprovechaban también de nuestros campos a orilla del mar varios otros grupos de Boy-Scouts católicos, pero con ninguno me había hecho tan amigo como con los muchachos de uniforme azul y pañuelo rojo y verde que, en solemnes ocasiones, formaban la guardia de honor del Cardenal Arzobispo de Westminster. De aquellos apuestos muchachos, pertenecientes en su mayoría a la clase media y reconocibles por el fuerte acento “cockney” de su lenguaje, conservo cariñoso recuerdo. Uno de aquellos “lobeznos” me sirvió de modelo para el Niño Jesús de mi cuadro “La Virgen de la Estrella”. Supe más tarde que algunos de ellos habían llegado al sacerdocio. Con uno que otro mantuve correspondencia, hasta que la segunda guerra mundial vino a cortar nuestras relaciones.

Fue también debido a mi inveterada dejadez en materia de correspondencia que cesaron mis relaciones con el simpático Mr. Dunlop. Atraído por vocación tardía entró nuestro jovial amigo a un seminario, fue párroco de campo y falleció a los pocos años de ministerio.

—Père Pedró, le voy a pedir un gran servicio — me dijo un día, con la mirada inquieta, el Padre Bouvet.

—Lo que quiera, mon Père, diga no más...

—Es que Mr. Z. que, como usted recordará, estuvo alojado aquí y a quien tratamos con tanta atención... — el Padre Prior bajó la voz — . . . nos ha hecho una estafa: falsificó ini

firma en un cheque... Por fortuna en el Banco se enteraron de la superchería, pero la Policía advertida quiere que yo vaya a declarar ante el Tribunal... ¿No quisiera ir usted en mi lugar?...

Y así fue que a la hora determinada aparecía en un “Tribunal de Policía” de Londres un monje benedictino, codeándose en la antesala con una colección de señores tan pintorescos como repugnantes. Gritos, insultos que no pertenecían por cierto al vocabulario que me fuera familiar, risotadas de mujerzuelas insolentes .. - El estólido “policeman” de guardia, desde sus dos metros de estatura, dominaba la escena que para él era corriente. Sólo al verme a mí mostraron sus ojos cierta extrañeza. Luego, abriendo una puerta lateral, me hizo pasar a una oficina solitaria, donde pude esperar tranquilo el desenlace del fastidioso asunto. Terminó la cosa en que, no habiéndose el demandado presentado a la hora fijada, fue declarado reo en rebeldía, con lo que pude retirarme sin mayor trámite.

Me había preparado de antemano una compensación al mal rato que, según preveía, me había de tocar en el Tribunal. Por teléfono había llamado a unos amigos, con quienes me encontré en un pequeño restaurante vecino. Despachado el sencillo “lunch”, nos fuimos juntos a visitar la “Tate Gallery”, renombrado museo de arte moderno, en el que me esperaban asombrosas impresiones. Formado como lo había sido por maestros de la antigua escuela y sin contacto, o casi, con las renovadas formas de expresión estética, me pareció en aquella corta visita a la Galería Tate, descubrir un mundo nuevo. Después de tantos años, los recuerdos de lo que allí vi se me han nublado con el tiempo, menos el de dos pinturas que aún me parece tenerlas ante mis ojos: la una representa un pequeño vaso o jarro con flores multicolores; la otra deja ver, sobre el piso de baldosas rojas de una cocina cualquiera, una simple silla de palo pintada de amarillo, con su asiento de ruda paja. Y nada más. Nunca habría creído que con tan poca cosa se pudiera dar tamaña impresión de belleza. Aquellas dos sorprendentes obras de Gauguin y de van Gog se hallan reproducidas en infinidad de estampas y libros de arte. Pero esas estampas no dan sino pálida idea de las pinturas originales. Es preciso verlas, como las vi aquel día, sin previa preparación, así, de golpe.., un golpe cuya vibración perdura aún en mi ser, y del que quisiera decir algo en las páginas que sigan más adelante.

Por ahora basta con contar que, conducido por mis amigos, llegué sin novedad a la Estación de Waterloo y de allí a mi abadía isleña.

—Pére Pedró, los señores Ward, que viven al otro extremo de la isla, piden que vaya uno de nuestros Padres a decir misa de aniversario en su casa. Son personas muy piadosas, con quienes deseo conservar buenas relaciones. Me parece que usted, por ser casi el único que, entre nosotros, habla inglés corrientemente, es el indicado para ir allá. Vaya esta tarde, pues lo esperan con alojamiento: la misa será mañana temprano.

—Conocí de niño en el Colegio de Douai a un señor Ward, excelente personas aunque algo original

—Era de los mismos. Usted va ahora a casa de Mr. Ward hijo. ¡Que le vaya bien!

Puedo decir que me fue muy bien. Me hallé con una familia de gran distinción y cultura, en cuyo seno no tardé en sentirme a mis anchas. Tuve la ocasión de volver repetidas veces a esa casa que por más de un aspecto me recordaba nuestra antigua Chacra del Llano. Los grandes árboles que la rodeaban, la sencillez y buen gusto que en ella reinaban, me la hacía atrayente. Y al tratar más de cerca a sus habitantes me enteré de que vivían en estrecha relación con los círculos más intelectuales del catolicismo inglés. Allí estaba Mrs. Sheed, más conocida en el mundo literario por su nombre personal de Maisy Ward, con su esposo Mr. Sheed, jefe, por lo menos entonces, de la casa editorial “Sheed Sc Ward”, conocida difusora de literatura católica.

En cuanto al dueño de casa, Mr. Herbert Ward, que era casado con una distinguida señora irlandesa y padre de un niño encantador, hallé en él a un hombre afable y de profunda cultura. Católico práctico, conocía a fondo la liturgia romana. Su padre, a quien yo recordaba desde mis días de colegial, había, en su tiempo, llevado su afición litúrgica hasta un punto que causaba cierta sorpresa entre los miembros del clero que frecuentaban la Isla de Wight.

Uno de estos sacerdotes me contaba como, con el objeto de celebrar honras por el descanso de algún difunto, este caballero reunía en su propia capilla a numerosos representantes del clero, tanto secular como regular. En tales ocasiones se cantaba solemnemente el Oficio de Difuntos, ocupando el propio Mr. Ward, revestido de sotana y roquete, el puesto de maestro de ceremonias. Al terminar un salmo, avanzaba el improvisado ceremoniario hacia uno de los sacerdotes que ocupaban la sillería del coro, y, haciéndole una profunda inclinación, lo invitaba al mismo tiempo a que lo siguiese a la sacristía. Una vez allí, el amable dueño de casa ofrecía al sacerdote una copa de whiskey, y en seguida lo volvía a llevar a su sitial con los mismos saludos rituales. Luego invitaba al clérigo que seguía en el turno, y así hasta recorrer, uno tras otro, a todos los que estuviesen presente.

Debo repetirlo: son muy gratos los recuerdos que me quedan de mis visitas a casa de la familia Ward. Desgraciadamente llegó la guerra mundial a interrumpir las relaciones que mantenía con el viejo mundo. Debo confesar además que siempre he sido negligente en mi correspondencia epistolar, por lo que no he hecho esfuerzos serios por reanudar mis relaciones interrumpidas. La falta de tiempo es mi mejor excusa. Nuevas obligaciones han venido a ocupar los momentos disponibles que me quedan. La mayoría de mis antiguos amigos pensarán que he muerto hace tiempo. Los que saben que aún vivo, espero que me perdonarán



Pero la gran mayoría de las personas que he visto desfilar por la Hospedería de Quarr, han desaparecido sin dejar el menor rastro. De estos, tal vez el más curioso fue el caso de un príncipe oriental que, caído en la miseria por trastornos políticos, había conseguido refugiarse en nuestra abadía. Obeso y narigón, entraba dos veces al día a nuestro refectorio saludando a diestra y siniestra con aire a la vez humillado y protector, llevando en los labios perpetua y melancólica sonrisa, y lanzando frecuentes y hondos suspiros. Como no supiéramos con precisión cuáles eran sus títulos y dignidades, le preguntó el Padre Prior en qué forma debíamos dirigirnos a Su Excelencia. Con un suspiro más profundo que de costumbre, respondió el magnate:

—Ustedes son buenos conmigo; pueden en confianza llamarme el príncipe Yussuf.

Al poco tiempo el príncipe Yussuf hizo al Padre Prior la siguiente petición:

—Entre las personas pudientes que Su Reverenda conoce, ¿no habrá alguna señora, viuda o soltera, que por interés a llevar los títulos nobiliarios que me corresponden, esté dispuesta a casarse conmigo? No es indispensable que esta dama sea joven o bonita...

A esto se le frunció las cejas a dom Bouvet de manera ominosa.

—De ningún modo me meteré en arreglos matrimoniales

— exclamó —, porque no quiero ser responsable de un posible fracaso. — Pero — siguió diciendo en tono más tranquilo —le puedo conseguir un trabajo que le permita ganarse la vida. Hay por aquí un caballero rico, tullido de las piernas, que necesita a una persona de confianza que lo atienda y le empuje el cochecito por las calles. .

Temí que al pobre príncipe le diese un desmayo, tal fue la desolación pintada en su semblante.

Por varios meses más vimos su triste sonrisa. Un día fue a Londres y no volvió más.

## XII

### TENTACIONES

Ya he hablado de nuestro gran amigo el obispo de Portsmouth y de sus frecuentes visitas a la Abadía de Quarr. Solía llegar a cualquier hora del día y desde la entrada gritaba a toda voz:

—¡Pedro, Pedro...!

Con lo que me veía obligado, a veces muy a destiempo, a correr a su encuentro para que cesasen estos llamados que rompían el habitual silencio del monasterio.

Se trataba, las más de las veces, de alguna función litúrgica en la Abadía de Santa Cecilia, de monjas benedictinas que vivían en la misma Isla de Wight, a corta distancia de nuestro monasterio. Estas religiosas, celosas cumplidoras de la Regla de San Benito, llevaban, y aún llevan, una vida de oración litúrgica y de estudios muy semejantes a la de sus hermanos los monjes de Quarr. Les llegaban numerosas vocaciones, por lo que eran frecuentes en su capilla las ceremonias que corresponden a la recepción del hábito o a la profesión monástica. En tales ocasiones rara vez faltaba el obispo de Portsmouth, y con él tenía que ir el segundo hospedero de la Abadía.

—Pedro — decía Monseñor Cotter con su marcado acento irlandés—, entiendo poco el francés. En cambio, con usted me entiendo perfectamente, por eso le pedí a dom Bouvet que lo mandara conmigo.

—Gracias por la confianza que manifiesta tener en mí, Monseñor — replicaba yo, no sin sentir cierta inquietud por lo que pudiera ocurrir en el curso de las ceremonias que se preparaban. Por mi parte, mi carácter distraído me ha hecho caer continuamente en errores de ceremonial, que han resultado más chocantes por haberse producido en ambiente tan exigente en la materia como lo es una Abadía benedictina. Más exigentes lo eran aún, bajo ciertos aspectos, las reverendas madres benedictinas en cuya capilla me hallaba en ese momento. Pertenece la mayoría de ellas a rancias familias aristocráticas, criadas en el respeto a las viejas tradiciones de acompasada etiqueta.

No así el democrático obispo de Portsmouth. Un día que, en solemne procesión, entraba Su Señoría a la capilla, al enfrentarse, a través de la reja del coro con las sesenta monjas que lo ocupaban, levantándose la mitra en un saludo tan familiar como poco litúrgico, lanzó un sonoro:

—¡Góod morning, ladies!

Las salidas, imprevistas por las rúbricas, que se permitía el simpático prelado irlandés, causaban no poca sorpresa entre las austeras madres de Santa Cecilia. Pero luego reconocían su gran bondad y el celo con que cumplía los variados deberes de su alto cargo.

Por mi parte, pocas ocasiones tenía, fuera de las ceremonias en las que me correspondía

alguna función, para hablar con estas monjas, a las que veía generalmente sólo de lejos y a través de una tupida verja. Sin embargo, si no me era posible en esas circunstancias reconocer caras en aquella confusión de hábitos negros y tocas blancas que divisaba en el coro, sabía que un par de ojos vivarachos me observaban en todo momento a distancia. Eran los de una de las muchachas que, en calidad de oblatas o alumnas, estudiaban en ese convento. A veces nos arreglábamos para hablarnos, pero no en francés ni en inglés, sino en puro chileno:

—¿Qué hubo, tío, cómo está?

—Y tú, Magdalena, ¿qué es de tu vida...?

Al tocar, no recuerdo en qué año, el 18 de septiembre conseguí de la Madre Abadesa que dejara venir a Magdalena por la tarde. No le pude ofrecer más que una taza de té con pan y mantequilla, pero lo pasamos muy contentos y alegres, haciendo recuerdos de cuando ella, pequeñita, vivía en la Chacra Subercaseaux, pues era hija de mi primo Santiago Vicuña quien, al tiempo de nuestro encuentro en la isla de Wight, ocupaba el puesto de cónsul de Chile en Hull, Inglaterra.

Manténían en aquel entonces las benedictinas de Santa Cecilia un pequeño colegio en el que Magdalena se hallaba como alumna y donde, según costumbre de aquel pensionado, vestían las chicas un hábito casi idéntico al de las religiosas y asistían a buena parte de sus distribuciones. Esto no se oponía a que varias de aquellas muchachas perteneciesen a familias protestantes y asistiesen los domingos a iglesias no católicas, dando así, tanto las benedictinas como aquellas familias inglesas, muestra del amplio espíritu de libertad que reina entre los británicos.

La Abadía de Santa Cecilia se había hecho notar por otra forma de tolerancia que no es habitual en la vieja Europa, tan dividida por odios atávicos entre las diversas naciones. En aquella numerosa comunidad vivían en fraternal unión francesas, inglesas, irlandesas, belgas y algunas alemanas. Durante la guerra de 1914 a 1918, se daba lectura en la sala común al comunicado oficial que a diario publicaban los Estados Mayores de cada uno de los ejércitos beligerantes, dando así ocasión a que cada una de las oyentes interpretara el comunicado según la inclinación de sus simpatías personales, pero bajo prohibición de comentarlos o discutir sobre ellos. Esta sabia medida ayudó considerablemente a mantener en esta familia monástica tal grado de paz y serenidad, que al saberse de ello en las altas esferas del Vaticano, recibieron estas monjas calurosas felicitaciones y además un ascenso de la comunidad al rango de Abadía, pues hasta entonces era Santa Cecilia un simple priorato.

El conocido lema “Pax” que distingue a todos los hijos e hijas de San Benito, no es una palabra hueca y sin sentido, sino la expresión de algo que es, sin duda, difícil de definir, pero

que corresponde a una realidad objetiva. Esto lo saben las personas de espíritu observador que hayan tenido la oportunidad de permanecer algún tiempo en casas de la orden, en cualquier parte del mundo que sea. En todas han sentido aquel ambiente de orden y de equilibrio según el cual, de acuerdo con la voluntad del Santo Fundador, no debe haber exceso en nada, sino que en todo moderación y paz.

Claro está que este espíritu de paz no todos lo sienten de la misma manera. Hay excepciones a toda regla. Nos llegó un día a la hospedería un benedictino misionero. Nos hablaba con entusiasmo de su agitada vida entre negros, elefantes, monos y cocodrilos, y se empeñó mucho para conquistarme para su Misión de África Central.

—Padre —me decía con entusiasmo—, usted podrá allá no solamente ejercer un ministerio apostólico, sino también cazar hipopótamos y elefantes...

—¡Pero por qué voy a matar a esos pobres animales que no me han hecho ningún mal?

— ¡ Cómo que no hacen mal —exclamaba el misionero—. Fíjese que un día llegaron los elefantes a la casa en que los pobres negros habían guardado toda su cosecha. Esos bribones de elefantes levantaron el techo de la cabaña y devoraron todo lo que había dentro. Y los monos, ¡qué de maldades hacen! ¡Hasta matan a los niños estrellándolos contra los árboles..!

Largo rato siguió el celoso misionero contándome espeluznantes escenas de la lucha que a diario había presenciado en la jungla africana. Pero no logró conquistarme.

Con mayor interés escuché los proyectos de dos jóvenes benedictinos que se preparaban a fundar un nuevo monasterio en Japón. Eran alemanes, de la abadía de Beuron. Otros habían salido pocos años antes, de Francia, a establecer una nueva casa benedictina en el centro de la inmensa China, a orillas del río Yangtsé. Por otro lado, un sacerdote inglés intentó persuadirme de que fuera con él a la India.

—Allá —decía él—, no necesitaríamos hacer ninguna propaganda ni apostolado exterior. Nos bastaría con abrir una capilla y ponernos a cantar los salmos de David en gregoriano. Las gentes llegarían en tropel a saber de qué se trata. En cambio, los métodos habituales de apostolado tienden más bien a alejar a los orientales que, ante todo, son contemplativos.

Se presentó otro señor, que no era benedictino por cierto, y me dijo:

—Venga conmigo a China. Tendrá usted gran éxito enseñándoles a los artistas chinos a dibujar correctamente, a pintar los fondos de sus cuadros según las verdaderas reglas de la perspectiva...

—¿Y cuáles son —salté yo— las verdaderas reglas de la perspectiva y del arte en general? Los orientales practicaban las artes en forma maravillosa cuando nuestros antepasados europeos eran aún simples salvajes. ¿Cómo voy a pretender enseñarles en tal

materia?

No siguió más allá, en aquel caso, nuestra conversación, pero me quedé pensando en la atracción que ejerce el Oriente por su cultura milenaria, y por su refinada estética, por el profundo interés que ofrecen su historia y su literatura. Me había impresionado lo que sobre Japón escribió Paul Claudel.

Pero no. Mi sitio era en mi abadía de ladrillos rosados en las orillas ventosas del Solent, hasta que Dios señalara otra cosa, y no me dejaría tentar. Ya años atrás la tentación había venido en los primeros tiempos, cuando aún no era sino profesor simple y estudiante de teología. Por el año 1923, mi compañero de colegio y amigo dom Felipe Langdon O. S. B., entonces secretario del Cardenal Gasquet, benedictino también, me escribió a nombre de dicho Cardenal pidiéndome que me trasladara a Roma, a hacerme cargo de la decoración de la iglesia de San Anselmo, perteneciente al Colegio internacional de ese nombre en el Monte Aventino.

Esa sí que se podía llamar tentación, aunque no se pareciera en nada a las que, con referencia a San Antonio, han pintado innumerables artistas. La cosa era seria. Detrás del Cardenal Gasquet podían aparecer otras altas personalidades del Vaticano, y allí estaba, para activar los trámites, el Embajador de Chile ante la Santa Sede, que era entonces mi propio padre.

Tuve buen cuidado de no decir nada en el monasterio, porque de haberlo divulgado, pudiera haberme traído complicaciones. Sin tardar le escribí a dom Felipe explicándole los motivos por los cuales no podía ni deseaba aceptar la honrosa responsabilidad que se me brindaba. Sabía que mi amigo me comprendería y también el Cardenal, pues ambos eran monjes. Pero sabía que entre mis amigos y parientes encontraría poca comprensión de mi actitud negativa. Temo que, aún después que, como lo pienso hacer más adelante, intente explicarme sobre la materia, no lograré convencer a algunos de mis lectores.

De todos modos, después de escribir mi carta a Roma, sentí grata sensación de alivio y libertad. Podía seguir tranquilamente la vida que había escogido, y así lo pensaba cuando, al amanecer del día siguiente, cantaba las Laudes, acompañado por mil trinos y gorjeos que llenaban el aire matinal, mientras los altos ventanales se saturaban de luz roja, para en seguida ir bajando de tono hasta que, al terminar el oficio, se veía la iglesia inundada de suave matiz de rosa.

¿Irme a Roma...? ¿lanzarme a grandes obras...? ¡Magnífico programa! Pero mejor estoy aquí en mi propia casa, la que me preparó el Señor, a los pies de nuestra Virgen de Quarr.

EL ARTE DE BEURON

La Virgen de Quarr, única imagen, fuera del Cristo de bronce, que presidía en nuestra iglesia monástica, era obra de los monjes artistas de la Abadía alemana de Beuron. La Virgen, en actitud hierática, sostiene a su Hijo en el brazo izquierdo. Tiene alzada la mano derecha en ademán algo ingenuo que puede ser, al mismo tiempo, de protección o de admiración. Es pequeñita de tamaño. Ceñida en su manto, mira al Niño sin rastro de aquella afectación o teatralidad que ostentan muchas imágenes piadosas. Toda ella es bella, pura y sencilla y representa lo mejor que haya producido el arte de Beuron mientras existía.

Ha dejado de existir porque su fría ecuanimidad ya no corresponde a la inquietud de los tiempos presentes, en los que no se sabe lo que es paz. Para que vuelva a renacer la paz no bastará seguramente con que escribamos la palabra “Pax” en nuestros edificios. En los tiempos que estoy recordando, en la Isla de Wight, no figuraban visiblemente en parte alguna aquellas tres mayúsculas que ahora se prodigan sobre muros y mementos como otros tantos llamados de S. O. S., que parecen reclamar la devolución de lo que el mundo nos quitó. En cambio en época que yo mismo alcancé a conocer, no se sentía la necesidad de recordar a las gentes que la tranquilidad y el recogimiento son, al par que la belleza, esenciales en un monasterio de San Benito.

Con mayor razón era así a fines del siglo XIX, y se creía que las ideas de paz, de orden, de estabilidad, podían simbolizarse por medio del arte, en forma inequívoca y convincente. Tres monjes de la abadía de Beuron, pues, movidos por ese afán y deseos de contrarrestar la decadencia artística reinante, quisieron renovar y purificar la estética dentro del santuario. De esos tres artistas era jefe dom Desiderio Lenz, cuya fuerte personalidad se impuso a sus dos primeros compañeros y a los demás que siguieron sus aguas.

Si los fundadores de la escuela hubiesen pertenecido a otra raza, quizás habrían obrado de otra manera, dando más rienda suelta a su instinto artístico. Pero se sintieron impulsados a construir teorías y a formular no pocos silogismos antes de establecer su plan renovador.

Después de profundo examen del Pentateuco y de las medidas y números que figuran en los cinco primeros libros de la Biblia, pasaron a estudiar concienzudamente el arte más antiguo que conocemos, que es el del antiguo Egipto.

De resultas de esta exploración bíblico-arqueológica, quedaron nuestros sabios artistas convencidos de que la expresión de todo arte y de toda belleza se halla inscrita en la Sagrada Biblia y que la estética faraónica es el reflejo más directo que poseemos de aquella expresión, por ser contemporánea de Moisés, autor del Pentateuco.

Debo decir que, no me siento absolutamente preparado para penetrar ni siquiera superficialmente la densa teoría del arte beuronense. El hacerlo, por lo demás, presentaría tan sólo interés retrospectivo, puesto que no queda ya quien lo estudie o practique. Quedan sí de él hermosos ejemplares, como ser la Virgen que se venera en Quarr, la capilla de San Mauro en el mismo Beuron y diversas pinturas o esculturas ejecutadas bajo la dirección del verdadero artista que era el Padre Desiderio Lenz.

Pero precisamente porque era verdadero artista pudo el Padre Desiderio producir verdaderas obras de arte. En cambio, los subalternos que con él trabajaron, aunque poseyesen el mismo acopio de estudio y el mismo almacén de teorías, no pudieron nunca surgir de la mediocridad a que llegó su producción. En la misma abadía de Beuron ya han sido eliminadas esas obras mediocres, mientras siguen en su sitio los frescos y esculturas del siglo XVIII, cuyas atrevidas composiciones parecen contradecir abiertamente las teorías del grupo de artistas reformadores. ¿Por qué será eso?

Es seguramente porque en aquellos últimos destellos del Renacimiento quedaban aún restos de la grandiosidad y lirismo que habla movido a aquella pléyade de artistas creadores de un nuevo modo de sentir, de un arte nuevo. La profunda ornamentación que cubre las bóvedas de las Abadías alemanas, austriacas o suizas, pertenece a la fase final del Renacimiento, el exuberante y exaltado estilo barroco, cuyas declamatorias exageraciones nada tienen que ver con el espíritu de moderación y recogimiento que enseñaba San Benito. Pero son obras de belleza. Corre aún por ellas aquel como fluido impalpable que en ciertas épocas de la historia hace germinar incontables obras de arte.

En otras épocas, como en la nuestra y sobre todo en las últimas generaciones, dicho fluido parece haber mermado en forma lamentable. Los esfuerzos hechos por los monjes de Beuron para volver a encender el fuego sagrado fueron grandes y laudables, pero parece que Dios, Creador de la belleza, no les dio la inspiración, sin la cual no hay ni verdadera belleza ni verdadero arte.

Con todo, no cabe duda que la obra reposante y serena de Desiderio Lenz no ha dejado de

influir en los aportes sucesivos del arte eclesiástico. El esfuerzo de Beuron para hacer revivir el arte religioso fue único en su época. Las demás abadías de la orden de San Benito o bien adoptaban una actitud que podría tacharse de iconoclasta, como pude observarlo personalmente, o, peor aún, alentaban la difusión de un pseudo arte hecho de malas copias del arte clásico o medieval; de las que todavía quedan innumerables, tanto en América como en Europa, y que son indignas de figurar en la iglesia de Dios.

Por lo que a mí me toca, no negaré que desde el principio me dejé impresionar por la nobleza de aquellas líneas y formas tranquilas, que no sugieren pasión sino infinita paz. En ningún momento, sin embargo, llegó mi interés hasta preocuparme del contenido extremadamente rebuscado de las teorías beuronenses. Sigo creyendo que el sentimiento artístico debe primar en toda obra de arte. Las reglas y convenciones pueden destruir el fin que es la belleza. Hablábamos de esto con un par de jóvenes artistas, cuando se interpuso con vehemencia el benedictino dom Teodoro:

—No estoy de acuerdo con dom Pedro. Soy inglés y pintor, pero tengo sangre rusa en mis venas, heredada de muchas generaciones de ortodoxos. Todos ellos han adorado a Dios bajo cúpulas bizantinas, ante iconos siempre iguales, hechos todos, templos o imágenes, según reglas inmutables. Sobre sus ricos fondos de oro, se destacan los Cristos, las Vírgenes y los Santos, en actitudes que no han variado en muchos siglos. Cada actitud de las figuras, cada color de las vestiduras encerraba para nuestros antepasados una honda significación que todos comprendían. Ustedes quisieran ahora entregar la dignidad del templo cristiano en manos de cualquier artista, aunque este sea ignorante de tradiciones milenarias.

—Creo —seguía con fuego dom Teodoro—, que si un grupo de artistas monjes se pudiese poner de acuerdo para renovar al intento de Desiderio Lenz, pero tomando las precauciones necesarias para no caer en los mismos errores de aquel primer grupo, podríamos aspirar a establecer algo como código de estética, un compendio de reglas aprobadas por la autoridad eclesiástica, fuera de las cuales no se tolerarían los caprichos que, bajo pretexto de arte, se admiten hoy día. ¿Qué opinan ustedes?

—Opino que el arte es libre —exclamó un joven escultor, de tendencias ultramodernas—, y que no puede haber arte bajo trabas.

—Si usted llama trabas todas las reglas razonables que confieren su carácter propio a cada arte, iríamos a parar a la absoluta anarquía. La misma palabra “arte” significa “manera” o “método” de hacer las cosas, por consiguiente, reglas que han de observarse por todo artista que es realmente tal.

—Por cierto son necesarias las reglas —dije yo—. Nuestro amigo escultor comete un



error al quererlas suprimir, pero...

—quedé un tiempo cavilando—... ¿basta con formular reglas para que de ello resulte la belleza? A los discípulos de Desiderio Lenz les sobraban reglamentos, y ya vemos, sin embargo, el resultado de tan bellas teorías.

—Mis antepasados moscovitas —observó el angloruso— se guiaban por conceptos de estética provenientes por lo menos de los primeros tiempos del cristianismo y, tal vez, muy anteriores, lo que demuestra que estaban, y está aún, basados en principios de verdadera belleza.

—Eso no lo dudo— interpose de nuevo—. Creo además que no sólo el arte bizantino, sino también las antiquísimas disciplinas estéticas de Oriente, el arte de China y de Japón, e incluso el de Egipto, tan amado de don Desiderio Lenz, producen por sí solas aquel “esplendor de la verdad”, como dice Santo Tomás que es la belleza. Pero ¿por qué? ¿El esplendor de qué verdad...? ¿Cómo puede haber verdad sin Dios?

Conversaciones como esta he tenido varias en diversas épocas de mi vida. Muchos años más tarde vinieron las directivas que dio el Papa Pío XII sobre el arte. Estas tienen por fin encauzar la obra de los artistas dentro de normas que estén de acuerdo con la liturgia tradicional de la Iglesia. Más recientemente aún, había de tener una conversación semejante con otro artista a quien mis lectores conocen bien. Se trata del Padre José Mojica, el genial franciscano de fama mundial. A él también según me manifestó un día, le preocupa la idea de reunir a los artistas católicos en amplia colaboración.

Pero, sigo soñando, la belleza para mí es don particular de Dios, independiente de todas las demás gracias. El Señor acumula sobre nosotros gracias y bendiciones de todas clases, desde luego todas las que nos son necesarias. Pero el don de la belleza parece emanar más directamente de El. Es menos necesario para nosotros. Lo es más para que por él conozcamos a nuestro bien. Ha prodigado su Belleza desde los principios de la Creación. Por ella lo han reconocido los pueblos primitivos, pero parece que en los últimos siglos los hombres se han hecho indignos de poseerla.

Lo que ahora nos falta no son técnicas ni teorías de arte. Lo que falta es que la Suma Belleza nos muestre de nuevo Su Faz, como lo hacía con los antiguos, y nos enseñe de nuevo a producir, también nosotros, belleza a imagen y semejanza de Dios.

## XIV

### EN ROMA

En 1925 salió a luz en Boston, Estados Unidos, mi obra “Saint François d’Assise”. Consta de cincuenta láminas a todo color, acompañadas de un breve texto en francés y en inglés. Los editores fueron la Casa Marshall Jones Company, de Boston, pero la edición no habría llegado nunca a realizarse, sin la inteligente cooperación de Mrs. Justine Ward, distinguidísima católica de Estados Unidos y bienhechora de los benedictinos.

Técnicamente fue la obra un éxito y se la consideró como la mejor edición de su género en aquel año en Norteamérica. Pero el costo había sido alto y se presentaron dificultades de las que ya no vale la pena hablar. Lo principal fue que alcanzó a costearse, lo que ya constituyó una hazaña. Pero habiendo quebrado la casa editora y perdido el autor el control del asunto, no le quedó más que el consuelo de haber realizado una obra desinteresada para la gloria de Dios y del amado Pobrecillo de Asís, quien, como es fama, es pródigo en gracias espirituales pero parco en dones de orden material.

Tuve por lo menos la satisfacción de poder presentar, encuadernado en pergamino blanco, un ejemplar de mi libro a Su Santidad Pío XI, quien, después de examinarlo detenidamente con ojo de experto bibliotecario que era, dijo repetidas veces:

—Questo libro é bello, e buono: é bello e buono!

Me hallaba ante el Pontífice en compañía de mis padres, en audiencia privada. En el curso de esta audiencia, mi madre consultó al Papa sobre la forma bajo la cual, según el pensamiento de Su Santidad, debería ella escribir un libro para niños, que relatara en forma sencilla y clara la Historia de la Iglesia. Sin titubear un momento, dictó Pío XI el resumen de lo que debería ser el libro.

Mientras tanto, ella, mi padre y yo, nos esforzábamos por retener de memoria todo lo dicho por el esclarecido Pontífice, cuyas palabras caían, como de costumbre, claras, precisas y pronunciadas en tono de absoluta seguridad, con la autoridad que le confería el hecho de ser el Vicario de Cristo. De esta audiencia papal resultó para mi santa madre una nueva ocasión de

comunicar a todos y especialmente a sus amados niños, otro aspecto de su amor a Dios, en tanto mi padre y yo sentíamos reforzarse en nosotros la entera devoción que por tradición profesa nuestra familia a la Santa Iglesia Romana.

Corrían a la sazón vientos de discordia, como con frecuencia han corrido en Roma. Era el año 1928, y Benito Mussolini se esforzaba por domeñar al papado. Por ver a mis padres se me había concedido permiso de hacer una corta visita a la Ciudad Eterna. En ella hallé bastantes cambios y sobre todo las señales de un estado de inquietud muy diferente de la alegre confianza y bonhomía, típicas de la vieja Roma de antaño.

Al son de la marcha “Giovinezza” desfilaban por las calles no sólo emplumados “bersaglieri” o legiones fascistas, sino también batallones de niñas, cuyas marciales maestras extendían la diestra en el “saludo romano” y marcaban el paso:

—¡Un, dos; un, dos; un, dos;!

Pío XI era el único que se atrevía a alzar la voz. A cada discurso del Duce, destinado a debilitar el prestigio de la Santa Sede, respondía sin tardanza el Papa con energía y claridad que desconcertaban a sus adversarios. Esto no impedía que se apreciaran y comprendiesen en ciertos casos dos hombres tan diferentes como Pío XI y Mussolini. Del acuerdo de ambos resultó el Tratado de Letrán, que selló la paz entre la Iglesia y el Estado italiano. También fueron vistos el Papa y el Duce juntos por un momento, disponiendo frente a la Basílica de San Pedro, la demolición de los viejos “borghi” para abrir el paso a la “Via della Conciliazione”.

Todo esto fue antes que apareciera la siniestra sombra de Hitler y cuando aún muchos buenos católicos y no pocos miembros del clero fundaban sus esperanzas en un sincero acuerdo entre ambos poderes.

No tuve ocasión ni la busqué, de ver de cerca a Mussolini. Muchas cosas de mayor interés para mí tenía que ver en la Ciudad de las Siete Colinas. Me cupo, en Semana Santa, tomar parte en las solemnidades en las que participaban más de cien monjes benedictinos en la hermosa Iglesia de San Anselmo, en el Monte Aventino. En esos días vi desarrollarse los tradicionales ritos de nuestra Liturgia con el máximo de corrección, recogimiento y sencillez. Las juveniles y vigorosas voces germánicas de la mayoría prestaban al canto gregoriano una profundidad inusitada; mientras se mecían un centenar de palmas alrededor del austero claustro en la procesión del Domingo de Ramos. Como de costumbre, yo era todo ojos. Mi apreciación de los ritos litúrgicos no me impedía unir en mi mente los textos bíblicos de los cantos con las líneas y proporciones nobles y severas del estilo bizantino del templo en que nos hallábamos. No se me había olvidado el pedido del cardenal Gasquet y de su secretario

don Felipe. A este lo vi, pero tuve buen cuidado de no recordarle el asunto. Muy hermoso me pareció el ambiente de San Anselmo, pero no me vino, en esta nueva ocasión, el deseo de trocarlo por mi isleña tranquilidad.

Al contemplar durante los largos oficios de Semana Santa los muros blancos y vacíos de San Anselmo, no podía dejar mi imaginación de poblarlos de figuras y de colores, sin esperanza, ya que yo mismo me lo había vedado, de realizar esos sueños. El Señor, sin embargo, me tenía reservado para años después la ejecución de una obra casi idéntica, cuando me fue dado decorar la Iglesia del Sagrado Corazón de la Avenida el Bosque, en Santiago de Chile. Dios quiso que llevara a cabo en mi patria una obra que debía haber sido para Roma.

La Semana Santa había hecho revivir en la Ciudad Eterna las milenarias pompas de la Iglesia de Cristo. Luego reaparecieron los notas discordantes que anunciaban tiempos muy diferentes, y que irían preparando para muy pronto la inminente catástrofe.

Entre los anuncios de mal agüero, contaré uno muy insignificante dentro de la historia de esa época, pero que no dejé de tocar de cerca al simpático Prior de Quarr. Entre las confesadas de dom Bouvet en la Isla de Wight, una se quejaba de no poder conseguir para su hermana, o su prima, que no recuerdo bien, que la diesen de alta en un manicomio en el que se hallaba encerrada. Insistía la señora en que su pariente estaba absolutamente sana y que con sólo una recomendación de dom Bouvet obtendría la libertad de su pariente. El Padre Prior hizo el trámite pedido. La pariente, apenas se vio libre, marchó a Roma, compró un revólver, y, al aparecer, un día como tantos, Mussolini en el famoso balcón del Palacio de Venecia, le disparó un tiro que le atravesó la nariz. Tuvo el Duce que andar un tiempo con una venda sobre el apéndice nasal, pero la intervención bien intencionada del Prior de Quarr pudo haber modificado el curso de la historia...

Poco después, en San Pedro de Roma, mientras se desarrollaba una solemne ceremonia, alguien me hizo notar entre los cardenales presentes, a uno alto y delgado, de aspecto ascético, de ojos profundos e impresionantes.

—Es el cardenal Eugenio Pacelli— se me dijo.

No lo he vuelto a ver más. De los cinco Papas que me ha tocado conocer, Pío XII es el único a quien no he visto nunca pontificando en la Basílica Vaticana.

Pocos meses después de esta permanencia en Roma, me tocó, por no recuerdo ahora qué motivo, una breve visita a Asís. El pueblo natal de San Francisco no había variado. Las mismas callejuelas que recuerdan tanto a las de Jerusalén, el mismo tintineo de campanas. Pero algo podía notarse y era que el Duce deseaba hacer de Asís como una capital espiritual de Italia. Mientras en toda la península, incluso Roma, el fascismo pretendía fomentar un

espíritu marcial y agresivo, muy contrario por lo demás al temperamento italiano, en Asís se organizaban fiestas y desfiles de carácter místico y poético. Por ejemplo, lanzaban en cierto día las autoridades la orden, no el pedido sino la orden, de que todos los habitantes, todos, no algunos, fuesen procesionalmente a depositar una flor en la tumba del Santo. Y claro está que todos obedecían, fuesen incrédulos o comunistas, por evitarse serias molestias. Mussolini había decretado que San Francisco “era el más santo de los italianos, el más italiano de los santos”, y con eso estaba todo dicho.

Con o sin Mussolini, que poco influía en el cuadro, pude notar otra vez más, el casi increíble cintraste entre los dos aspectos exteriores de la Iglesia Católica. Allí estaba el Pobrecillo de Asís y las cuevas o grutas en que moró en Las Cárceles, en el Alvernia o donde fuese, y sus penitencias inhumanas. Y antes o después de él, aquel cardumen de santos afanados en imitar la Pasión de Cristo. Comienza el desfile desde las catacumbas romanas y no sabemos cuánto durará.

Y sincronizadas con esto, las grandezas, las glorias de Roma que parecen tan propias de ella como lo son su humildad y su penitencia. No pocos se escandalizan.

—¿Por qué —me decía un amigo— no vende el Papa esos valiosísimos tesoros de arte que posee el Vaticano? Imagínese cuánto bien se haría con el producto..

Pero la sabiduría de Dios no parece estar de acuerdo con el sentir de aquel varón prudente. No me toca a mí ciertamente juzgar sobre la materia, pero ya de hecho el mismo Cristo reconvino a Judas. “¿Por qué este desperdicio?” había objetado el Iscariote al observar la prodigalidad con que Magdalena derramaba el precioso unguento sobre los pies de Jesús.

¿Por qué ese desperdicio de riquezas, de belleza y de arte? ¿Por qué no se cierran los museos y no se transforman en hospitales y escuelas? ¿Por qué tanto lujo para Dios...? La repuesta me parece obvia. Dios mismo es Belleza y ha querido que su magnificencia luzca en toda su obra. En la naturaleza primero, que es obra de sus propias manos. Y en la del hombre creado a su imagen y semejanza y con poder para crear, él también, su complemento de belleza.

La Biblia nos habla ya en el Éxodo de Beseleel, de quien dice el Señor: “Fue lleno del espíritu de Dios, de sabiduría y de inteligencia, y de ciencia y de doctrina, para inventar y ejecutar obras de oro y de plata y de cobre y para grabar piedras y para obras de carpintería, todo lo que con arte se puede inventar, lo he puesto en su corazón”.

¿Y quién nos asegura que ha caducado aquella misión de embellecimiento cuya acción es visible a través de los siglos y en el mundo entero? Aquellos santos medievales, austeros como eran, sabían escoger los parajes más hermosos para asentar en ellos sus ermitas o monasterios,

y todo lo que nos queda de ese período es de gusto exquisito. La explosión de arte y belleza que constituyó al Renacimiento me parece tener por fin una preparación del Nuevo Mundo para recibir la Fe de Cristo. Eran razas nuevas y sensibles a la belleza. Las tres carabelas de elegantes líneas y cubiertas de velas y estandartes multicolores debieron producir una primera impresión de belleza, tal como los apuestos hidalgos cubiertos de armaduras. Muy luego brotaron en toda América los templos con todo el hechizo del arte barroco.

Pero ahora, en la época del acero, todo lo queremos incoloro y estrictamente funcional, menos los rostros femeninos. No pensamos ya que toda hermosura viene de Dios y debe servir a Dios, a quien pertenece por derecho propio. La Iglesia, sin embargo, aún profesa esta creencia y los Papas de todos los tiempos, aun desde las catacumbas, la han mantenido.

Pero, a despecho de los Papas, muchos hoy día quisieran anular la tradición. Quieren renovar la antigua protesta:

.—¿A qué fin este desperdicio?

El primero en formularla fue nada menos que uno de los doce Apóstoles de Jesús. Se llamaba Judas Iscariote.

## TERCERA PARTE

1930- 1935

Los cuatro capítulos siguientes, indicados con las cuatro primeras letras del alfabeto, forman un conjunto destacado de las Memorias por referir-se en forma ya más directa a la proyectada fundación benedictina de Chile.

A.

JUAN

Más de una vez las personas amigas que asistían a la Misa conventual o a las Vísperas en nuestra Abadía, se sentían un poco sorprendidas al observar sentado en el coro, entre los monjes de amplia cogulla y apuntado capuchón, a un joven eclesiástico vestido de simple sotana y tocado de birrete. Lo único inusitado del caso era ver a un extraño que no era monje sentado en ese sitio que, fuera de algún rumboso prelado, no ocupaban sino los monjes benedictinos.

La voz del sacerdote forastero, cálida y armoniosa, se amoldaba perfectamente a la de los monjes, como si tuviese larga práctica del canto gregoriano y seguro conocimiento de la liturgia.

Al salir de la función, los visitantes habituales, al saludarse entre ellos, comentaban:

—Entiendo que este joven sacerdote viene de muy lejos, de Sudamérica o algo así, pero no es negro y se porta igual en todo que los benedictinos

—A mí me han dicho que es Rector de un Seminario en Chile.

—Pero si es hermano del Padre Pedro a quien todos conocemos —explica otro—. Ha estado mucho tiempo en Roma y ahora viene, como lo ha hecho varias veces, a visitar a su hermano.

Me imagino que los comentarios del caso no serian mayores que los que ahora supongo,

pues los ingleses gastan pocas palabras inútiles. Igualmente mi hermano Juan y yo, aunque no teníamos ni gota de sangre británica, acostumbábamos ser parcios en las palabras y no hablar sino de lo que fuese conducente a nuestros propósitos. Por eso en aquellas cortas conversaciones que teníamos, paseando por el amplio parque cerca del mar, me impuse poquísimo de lo que entonces se trataba y decía en mi lejano país. En cambio, discurríamos de vagos sueños para un porvenir distante. Más adelante conversábamos de esperanzas que se iban diseñando con mayor probabilidad de éxito, a medida que pasaban los años.

Esas esperanzas habían comenzado a esbozarse en Roma, entre un pequeño grupo de seminaristas chilenos que estudiaban a la sazón en la Ciudad Eterna, años antes que yo entrara a los benedictinos de la isla de Wight. Entre estos jóvenes se hallaban Juan Subercaseaux Errázuriz, Jorge Larraín Cotapos y otros más, que hacían planes para poder un día establecer un monasterio benedictino en Chile. Habían escrito al Abad de Solesmes dom Pablo Delatte, expresando su deseo, y el Abad les había contestado proponiendo que fuesen aquellos jóvenes seminaristas a probar su vocación en el mismo Solesmes, de donde, después de recibir la formación necesaria, irían a establecerse en su patria, acompañados por algunos monjes franceses que les ayudarían en los primeros tiempos.

La cosa no pasó más allá. Cuando en 1920 llegué a la Abadía de Quarr me parecía que ya no se hablaba del asunto. Sin embargo, el Padre Prior, que entonces me recibió en la isla, me preguntó si era yo de los que querían fundar un monasterio en Chile. Con toda franqueza le contesté que no era de ellos y que deseaba solamente entrar a un monasterio de San Benito sin abrigar ningún proyecto ulterior.

—Pero —insistió el Prior—, y si lo mandan a usted a fundar a Chile?

—Si me mandan, iré— fue toda mi contestación.

En realidad, fueron pocas las visitas de mi hermano a nuestra isla. Mi mala memoria para las fechas me impide recordar su número, pero estuvo mi hermano desde luego para mi ordenación en San Pedro de Solesmes en 1927, y varias veces en Quarr Abbey, y a consecuencia de aquellos encuentros fue virando mi pensamiento según una curva no prevista anteriormente.

Si había venido voluntariamente a encerrarme en esa isla del Canal de la Mancha, no era por capricho injustificado sino por obedecer al mismo llamado que trajera hasta acá a unos setenta hombres, contando sólo a los de esta Abadía. En cuanto a los reunidos en otros monasterios benedictinos, eran varios millares de hombres educados en diversas partes del mundo, y más numerosos aún en América que en Europa, los que, dejándolo todo, vivían ahora mismo en comunidades monásticas, en el estudio, el trabajo y la oración silenciosa.



Estos miles de hombres de diferentes razas e idiomas, conscientes de la felicidad que brinda el mundo a los ambiciosos, habían preferido renunciar a todo sueño de bienestar o de éxito personal, para darse a una idea única: la de adorar a Dios en el retiro, y alabar su gloria por el resto de sus días.

Y todo esto porque en un cierto momento de su vida habían sentido, en el fondo de su alma, la convicción de que Dios lo quería así. Y nada más. Algunos pocos creyeron tal vez escuchar una voz, o bien, impresionados por acontecimientos inesperados, cedieron a algún impulso de orden sentimental. Pero para la gran mayoría no pasó la cosa de simple convicción interior. La palabra: “Ven, sígueme”, no fue oída físicamente, pero el resultado fue igual.

Y yo también había sentido aquella palabra interior en aquel 10 de febrero de 1920, y eso me bastó, porque supe sin lugar a dudas que era la voz de Dios. Hasta ahora la cosa había sido simple: seguir, como aconseja San Benito, “el ejemplo de los mayores”, es decir, no desviarse de la tradición aceptada por tantos siglos de vida monástica.

¿Pero no debía yo además, y sin salirme de la trayectoria tradicional, ayudar en lo posible a la expansión de algo bueno y saludable para mis compatriotas? ¿De algo que aún no existía en mi patria y que yo, con ayuda de Dios, esperaba procurarles?

Sabía por convicción y por experiencia que el contacto continuo con la Divinidad por medio de la santa liturgia, es benéfico en lo moral y aun en lo físico. Lo es también para el prójimo con quien se trata. Es un bien para todos. No es sólo un simple recibir. Es dar, porque es participar a los demás beneficios espirituales más valiosos que cualquier otro don de carácter material.

Ya hay en mi país sacerdotes que den los sacramentos, apóstoles, misioneros que enseñen a los ignorantes, que cuiden a los enfermos. Los hay, aunque son pocos. En cambio, ¿quién allá nos habla de la belleza de Dios? ¿Quién nos eleva por encima de las diarias preocupaciones y nos hace ver que, ante todo, debemos rendir gracias al Creador por ser El quien es? Si buscamos la gracia divina, ¿no será lo más conducente comenzar por agradecerle por las bondades ya recibidas? Fuimos creados principalmente para dar gloria a Dios. No solamente los benedictinos sino todos los hombres, todo lo crea. do. Estamos en deuda, debemos alabanzas, lo debemos como estricto deber de justicia, con el cual no cumplimos.. -

Desde un tiempo comenzaba a ver. Mi hermano Juan no me apremiaba al respecto. No ejercía presión en ese sentido, porque era demasiado recto y respetuoso de la libertad de alma a que tiene derecho cada uno. Pero lo poco que decía fue suficiente y comprendí. Si me mandaban, iría.

Tardó mucho, sin embargo, en llegar el momento, pues muchas cosas hubieron de suceder antes que Dios diera la señal. Por desgracia, se extraviaron, y no por culpa mía, los apuntes que tenía de esa época con el resumen de varias conversaciones con el Abad de Solesmes o con el Prior de Quarr acerca de una futura fundación solesmense en nuestra patria. Esas conversaciones eran poco alentadoras, por lo menos por parte del Abad de Solesmes, Superior general de los benedictinos franceses. En cambio el inolvidable dom Emilio Bouvet, con su ronca voz que aún me parece oír y sin contradecir en nada al Superior general, me decía:

—Pére Pedró, tenga confianza en Dios. El lo arreglará todo a su debido tiempo. No se apure, no trate de adelantarse a lo que Dios disponga; no pierda la ocasión cuando esta se presente...

Un día me dijo:

—Me gustaría ir yo a Chile a hacer la fundación.

Pero el Padre Celestial había resuelto otra cosa. Un ataque cardíaco paralizó poco después ese gran corazón tan lleno de amor por Dios y por los hombres, tan recto y austero, y tan tierno y paternal para los que lograban penetrar bajo su áspera corteza.

Mis cortas conversaciones con mi hermano Juan se prolongaron por medio de frecuentes cartas a través del Atlántico. Juan, con visión clara de su tiempo, preveía los conflictos del porvenir y la necesidad para Chile de poseer no solamente los elementos esenciales para asegurar su vida como país de misiones —hasta esa fecha lo había sido— sino además su desarrollo completo como nación cristiana y civilizada en la que pudiese florecer sin trabas su cultura espiritual. No podían faltar dos complementos indispensables a esa cultura. Por un lado, el mundo católico había sido recientemente estremecido por la Encíclica “Quadragesimo Anno” de Pío XI, y un hijo tan fiel de la Iglesia Apostólica Romana como lo era Juan, no pudo dejar de vibrar con ese llamado del Papa en favor de la justicia social, como vibraron muchísimos que hasta entonces se habían mostrado indiferentes a los problemas sociales.

Por otro lado, el mismo Papa progresista y moderno, había lanzado una “Constitución” dirigida en particular a los monjes cartujos, pero que alcanzaba un radio mucho más extenso que una simple orden religiosa. Por este documento, declaraba, entre otras cosas, el Vicario de Cristo que, mientras más urgían en el mundo las reformas de toda índole y más ardiente se hacía la lucha entre el bien y el mal, más necesario se hacía que siquiera algunos hombres y mujeres viviesen retirados de aquella lucha, dedicados a la oración y a la alabanza divina, cumpliendo siquiera ellos con la primera obligación del hombre.

Según comentábamos mi hermano y yo, muchos se han preocupado de las Encíclicas papales de carácter social, tanto para acatarlas como para contradecirlas. En cambio, poquísima importancia le han dado entre nosotros a las disposiciones de los últimos Pontífices en favor de la dignidad del culto. Y menos aún, recalca mi hermano, se interesan en nuestra tierra por quienes, sintiendo el llamado del Espíritu Santo, desean darse totalmente a Dios, como lo hacen no pocos en los países más adelantados del mundo. No hay peligro, por lo demás, de que el número de estos sea excesivo, pues serán siempre casos excepcionales.

## B.

### LA SEÑAL DE DIOS (1)

Llegó la señal de Dios, pero en forma inesperada, dolorosa y abrumadora. Mis padres, usando de una licencia, habían hecho un corto viaje a Chile y volvían, según yo acababa de saber, a ocupar su puesto en la Embajada ante el Vaticano. Sabía que estaban por llegar pero ignoraba que mi madre viniera enferma de cuidado.

Esto sucedió en los primeros días de marzo de 1930. Yo había sido enviado al pueblo de Cowes en la isla de Wight a oír confesiones y decir misa al día siguiente. Pero en la tarde del mismo día, una llamada telefónica me obligó a volver por el primer bus a mi abadía. En la puerta me esperaba dom Bouvet, cuya fisonomía me hizo ver al momento que algo grave había sucedido. En pocas palabras me enteró el Prior de lo esencial. Mi madre había fallecido en el barco, el 7 de marzo, al llegar a Barcelona. Mi padre, enfermo, se hallaba solo en aquella ciudad y me urgía a que fuese a acompañarlo. El Prior añadió:

—Parta mañana a primera hora a Londres y siga en cuanto pueda a Barcelona. Aquí tiene algunos libros para el viaje...

Sin una palabra me arrodillé a pedirle su bendición como a mi superior. A la mañana siguiente me hallaba en el Consulado General de Chile en Londres, adonde llegué como aturdido por la dolorosa noticia de la noche anterior, a la que no podía dejar de unir otra idea

que se me presentaba clara e indudable: de este inopinado viaje, de una manera u otra ha de resultar la fundación benedictina en Chile. Fue como una luz que me iluminó en medio de una gran pena. Mi madre había, repetidas veces, manifestado su deseo de que hubiese benedictinos en Chile y ahora sentía yo, no como impresión fugaz sino como convicción que se fue arraigando en mi alma, que ella que vivió tan cerca de Dios, estaba trabajando desde el cielo con Juan y conmigo. Sentí sin lugar a dudas que se haría la fundación en Chile.

Pero ahora me hallaba en Londres y se trataba para mí de llegar cuanto antes a Barcelona a juntarme con mi padre enfermo, y nada más. El Cónsul General, que era mi amigo Vicente Echeverría Larraín, me arregló en un momento mi pasaporte. Pero necesitaba el visado del consulado español y, siendo aquel día sábado, ya estaban las oficinas cerradas y no podría conseguir la visación hasta el lunes. ¿Qué hacer en tanta premura?

—En España son bastante descuidados en estos asuntos. Lo mejor es que usted se vaya tranquilamente por el primer tren. Las autoridades españolas no repararán en su falta de visación siendo usted sacerdote.

Sin más me puse en marcha la misma noche. En debido tiempo llegué a la frontera franco-española de Port-Bon. Todo parecía andar bien y estaba por sentarme en el tren para Barcelona, cuando sentí una mano sobre mi hombro:

—Tenga la bondad de bajarse del tren, Reverendo Padre— murmuró una voz respetuosa pero firme.

Un momento después me hallaba en la oficina de la policía de la estación. Vi marcharse sin mí el tren a Barcelona, mientras con el rabo del ojo observé como un guardia de uniforme se me plantaba al lado. El primer agente que me había arrestado me enseñó en su despacho un telegrama proveniente de la Prefectura General de Madrid, que rezaba:

“Al pasajero con pasaporte chileno a nombre de Pedro Subercaseaux, no se le permita entrar al reino”.

—Por consiguiente —añadió el agente—, usted que se hallaba ahora en territorio español, debe de inmediato volver a Port-Bon que es territorio francés.

Guardando completa sangre fría, le pedí al agente me permitiera tan sólo telegrafiar desde Irún, en cuya estación me hallaba, a mi padre y al Ministro de Chile en Madrid. El permiso me fue concedido, lo que significó para mí no sé cuántas idas al telégrafo que se hallaba, según costumbre española de entonces, a larga distancia de la población, mientras para mandar cualquier telegrama era forzoso someterse a increíble cantidad de trámites y papeleos.

En aquello se me pasó el día acompañado a cada paso por mi vigilante. Caída la noche sin que llegara contestación, me notificó el agente, en modo muy cortés, que ya no podía yo permanecer por más tiempo dentro del reino de España y me indicó él mismo, del lado francés de la frontera, un cuartucho incómodo y desaseado, en el que podía pasar la noche. No teniendo más remedio que conformarme, me tendí sobre esa cama sospechosa y me quedé dormido.

Al amanecer me despertaron vigorosos golpes en la puerta y la voz del agente español que gritaba:

—¡Buena noticia: puede usted pasar!

Poco después subía al tren de Barcelona. El agente que me había arrestado el día anterior era ya mi amigo. Tal como había supuesto Vicente Echeverría, nadie se preocupó de la falta de visación de mi pasaporte. Pero corría el tiempo en que Primo de Rivera preparaba su golpe y sus partidarios usaban a menudo hábitos eclesiásticos a fin de pasar inadvertidos más fácilmente. Me confundió la policía con uno de ellos. Al salir el tren, se despidió mi nuevo amigo con un cordial apretón de manos:

—Vaya usted con Dios. .

“Cosas de España”, pensé yo.

En Barcelona hallé a mi padre inmovilizado por fuerte ataque de ciática, muy abatido y nervioso por mi tardanza en llegar. Por fortuna estaba allí la indispensable, incansable, irremplazable cuidadora de mis padres, María Aldasoro, quien por treinta años ya los había servido.

Los tres juntos iniciamos entonces el viaje más penoso y desagradable de mi vida, que fue de Barcelona a Roma, por mar y por tierra, usando del tren o de autos, consultando médicos por el camino y avanzando a pequeñas jornadas.

Finalmente, tal vez a fines de marzo, llegamos a Roma. Mi padre había resuelto renunciar a su Embajada y volverse a Chile. Sólo y enfermo como estaba, no era posible que yo lo dejara irse sin mí. Pedí, pues y conseguí permiso del Padre Abad, para acompañarlo hasta Santiago.

Aunque el Santo Padre lo mandó invitar a que fuese a verlo sin ninguna etiqueta y a cualquier hora del día que quisiera, no se sintió capaz de subir al Vaticano a despedirse del Pontífice. La actitud de Pío XI para con mis padres había sido la de verdadero amigo, con lo que se le haría aún más dolorosa esta separación de nuestra amada Roma y del Papa.

Pero lo más penoso para mi pobre padre fue la inmensa pérdida que acababa de sufrir. Noche tras noche, cuando pensaba que no lo oíamos, llamaba apasionadamente:

—¡Amalia, Amalia... ! Dios mío, ¿por qué me la has quitado...?

Y así seguía clamando en sus horas de desvelo, sin admitir más consuelo que la confianza de que un día se hallarían de nuevo reunidos en el seno de Dios. Una vez embarcado en el “Conte Verde”, comenzó nuestro enfermo a sentirse más aliviado.

Luego me encontré de nuevo en nuestra vieja Chacra que yo había pensado no volver a ver más y que hallé otra vez como saturada de la presencia espiritual de nuestra madre.

Como en otros tiempos, nos reunimos todos los hermanos y numerosos parientes y amigos en el gran comedor o bajo las frondosas encinas. Por tener menos tiempo que otros, venía con menos frecuencia mi hermano Juan, Rector del Seminario. Pero yo iba a su despacho y nos sobraban temas de qué conversar. Con gran sorpresa mía me hallé con que en todo Santiago parecía soplar una ola de entusiasmo benedictino. Sacerdotes y seminaristas me detenían para preguntarme cuándo se fundaría una abadía en Santiago. Señoras piadosas se arrodillaban ante el primer benedictino que veían para pedirle su bendición.

Monseñor Carlos Casanueva me pidió que diera una conferencia en la Universidad Católica sobre “Vida Benedictina El día fijado fue tal la concurrencia que ya antes de la hora se llenó la sala de bote en bote y me encontré con que yo mismo no podía entrar. Me empujaban hacia afuera indignados a pesar de mis protestas:

—¡Pero si yo soy el conferenciante...

Parte de la conferencia fue dedicada a la descripción de un día pasado en una Abadía de San Benito. Para no tener que terminar la descripción de manera demasiado prosaica, se me ocurrió recordar al buen dom Calmels y su afición a la astronomía y acabar diciendo que, mientras todos dormían, el Padre astrónomo velaba aún con su telescopio. Eso bastó para que don Carlos Casanueva me dijera que, puesto que los benedictinos tienen astrónomos, iba a darnos el observatorio que tenía la Universidad Católica en el Cerro San Cristóbal, para que nos hiciéramos cargo de él.

Luego como reguero de pólvora corrió la nueva por Santiago: que los benedictinos, como astrónomos que son, se van a establecer en el San Cristóbal y edificar una abadía en la cumbre.

El entusiasmo se hizo general. El mismo Presidente, don Carlos Ibáñez, tomó cartas en el asunto, pues existen documentos que prueban que S. E. pensó en entregar esa cumbre para la erección de una abadía que debía ser el adorno de la ciudad, que se vería así dominada por una Basílica con elegantes campanarios y torres, y en la que los monjes cantarían melodiosos conciertos, estudiarían el curso de los astros, ejecutarían primorosas obras de pintura y muchas otras maravillas.

Aún mi hermano Juan y sus amigos se dejaron un tiempo arrastrar por la ilusión. Me pareció a mí más prudente no oponerme abiertamente a un entusiasmo que no podía durar y dejarlo más bien extinguirse solo, como de hecho sucedió a los pocos meses. El Cerro San Cristóbal era y es cada día más, como paseo público con sus lugares de diversión y sus músicas nocturnas, el lugar menos indicado para un monasterio dedicado a la oración silenciosa, pero eso poco lo comprendían los entusiastas santiaguinos.

Por lo demás, había salido de mi abadía con permiso (le mi abad, pero sin que se hubiese fijado fecha para mi regreso al redil, por lo que me esperaba cada día ser llamado de vuelta. A pedido de un grupo de amigos, había comenzado en casa de algunos de ellos a hacer una explicación de la Regla de San Benito. Llegó por entonces un cable de Solesmes por el que se me ordenaba volver cuanto antes. Fui, pues, ese mismo día donde mis amigos:

—Hoy me tocaba explicar el capítulo de la Regla referente a la santa obediencia. No teniendo tiempo de hacerles una conferencia sobre este tema, me contentaré con darles un ejemplo práctico en la materia. Esta misma tarde, me marché, por obediencia, de vuelta a Europa.

Al irme dejaba en manos de mi hermano, de Jorge Larraín Cotapos y de varios amigos seguros, los nacientes intereses de la fundación. La obra estaba ya lanzada. Dios la protegería y la haría prosperar a su debido tiempo. No se me olvidaba por un momento el sabio consejo de dom Emilio Bouvet:

—No trate de adelantarse a lo que Dios disponga; no pierda la ocasión cuando esta se presente.

Sentía siempre en el fondo del alma la seguridad que mi santa madre, al irse al cielo, me había dejado: “la fundación benedictina en Chile se hará”.

## INTERLUDIO

A mi vuelta a Quarr Abbey me encontré con una grata sorpresa. Durante mi ausencia había llegado un primer chileno a nuestra isla directamente importado. Llegó un día de sotana y hablando en latín porque ignoraba el francés y el inglés. Su nombre era Eduardo Lagos Arraño. El mismo, sin duda, nos contará algún día no solamente sus propios motivos que lo impulsaron a llegar hasta este lejano paraje, sino también los acontecimientos que culminarían más tarde en su vuelta a Chile y a Las Condes, lo que hará seguramente con la precisión y claridad que merece un trozo de historia eclesiástica de nuestra patria, pues las presentes líneas no son sino los recuerdos desconocidos de un artista. Sinceros y verídicos sí, pero de un artista, no de un cronista que es algo muy diferente.

Pastelero a tus pasteles. Me hallé de nuevo pintando decoraciones para iglesias. Una de estas, la de Bonchurch en la isla de Wight fue totalmente destruida en el curso de un “Blitz” germánico en la segunda Guerra Mundial. Al desgraciado párroco de la iglesia se le trastornó la razón y entiendo que murió más tarde en nuestra Abadía de Quarr, donde fue asilado por los benedictinos.

Mi correspondencia con mi hermano Juan se mantenía activa con la esperanza de hallar una solución al impasse en que estaban nuestros proyectos. Es verdad que yo, sin el permiso de mis superiores no podía tomar iniciativa alguna, pues me constaba que la voluntad de dichos superiores era abiertamente contraria a ella. En cambio, mi hermano, como Rector que era del Seminario de Santiago de Chile, gozaba de plena independencia en la materia y continuaba abiertamente su campaña en favor de nuestra fundación.

Entre sus innumerables amigos se consiguió valiosas adhesiones. Llegaron interesantes ofertas de terrenos en los alrededores de Santiago, mucho más tentadores que la de una incómoda instalación en la cumbre del San Cristóbal, casi en el centro de la ciudad. Los benedictinos necesitamos paz y silencio y no vivir rodeados de paseos y de ruidos nocturnos, que incluyan hasta el rugir de las fieras de un jardín zoológico. Por mi parte, tuve cuidado de



no mencionar la idea del San Cristóbal al Abad de Solesmes, porque sabía que aquella pretensión habría bastado para justificar el veto absoluto a nuestro proyecto.

En cambio, en las escasas ocasiones que tenía de hablar con el Reverendísimo Abad, pues él residía en Solesmes de Francia y yo en Inglaterra, no perdía la oportunidad de hacerle saber el interés que reinaba en Chile para que se realizara el proyecto. Desgraciadamente, ya había desaparecido mi principal apoyo en la persona del prior de Quarr, recientemente fallecido. Dentro de nuestra comunidad, fuera de algunos pocos que mostraban cierto interés por nuestra obra, la mayoría se mantenía indiferente. El argumento principal que blandían los opositores —que creo eran pocos— era siempre el mismo: que dom Próspero Gueranger, al renovar la vida benedictina en Francia en 1827, lo había hecho con el fin de restaurar la vida monástica contemplativa en Francia exclusivamente y que, por consiguiente, llevar una partida de nuestros monjes al extranjero entrañaba una contradicción al propósito de dom Gueranger. Unos cuantos de mis hermanos en religión no se mostraban de acuerdo con teoría tan exclusivista.

Un día de esos llegó en calidad de huésped un arquitecto francés, ex alumno de la Escuela de Bellas Artes de París. Joven y enamorado de su profesión, se entusiasmó en cuanto le conté de mis esperanzas. Yo ya había hecho infinidad de croquis de monasterios e iglesias monásticas, pero mi falta de experiencia me había hecho fracasar en el intento. Monsieur Piessat, que era su nombre, se comprometió a hacer un proyecto en el que yo lo ayudaría.

Sin más se procuró mi nuevo amigo los materiales que me faltaban, incluso rollos de papel de calco, no del económico “papel mantequilla” que generalmente usamos en Chile, sino de un rico papel transparente que suena y cruje cuando se lo manipulea, y que despide olor a resma tan estimulante para el arquitecto como el olor a pólvora de cañón para un guerrero.

Nos pasábamos horas tirando rayas que era un contento. Para darnos más valor gritábamos, como los alumnos de Bellas Artes de París:

—¡La charrette, la charrette...!

Según la jerga de la Escuela, eso significa que está esperando el carretón que ha de llevar los planos al concurso de proyectos. Claro está que en el caso nuestro no existía prisa alguna, pero en los franceses la sana alegría es irrefrenable y en mí también.

Alcanzamos a trazar el plano según todo el programa que nos habíamos impuesto y recargado además por numerosos detalles y preciosidades arquitectónicas que se exigían aún antes de 1930, pero que fueron fácilmente eliminadas cuando, por fin, llegó el momento de la

ejecución. Esto hubo de ser en 1940, por manos del arquitecto chileno Juan Lyon Otaegui, quien adaptaría el plano de M. Piessat a sus reales necesidades, mientras más tarde aún habría de ser de nuevo reformado para servir de Hospital a la Fuerza Aérea de Chile.

Pero para todo aquello faltaba mucho aún, por lo que debía enterar el tiempo entre uno que otro trabajo artístico, o bien atendiendo a las necesidades espirituales de nuestros vecinos, pues, aunque fuéramos los benedictinos exentos de ministerio activo o parroquial, no faltaba nunca ocasión, en la práctica, de socorrer las almas alrededor nuestro o de prestar algún servicio al prójimo.

De estos casos contaré rápidamente dos, de los cuales uno me hizo bastante gracia y el otro muy poca. Comenzaré mejor por el segundo.

Me llamaron de noche a confesar a una señora vieja que vivía sola, me dijeron, en un cottage no lejos de nuestra abadía. La noche era oscurísima, el camino, como todos los caminos de campo de Inglaterra, tortuoso y sin ningún alumbrado. Por fin pude dar con la casita metida entre matorrales: la típica casita de techo pajizo en que viven las brujas y los gnomos de los cuentos de hadas. Ya algo impresionado golpeé en la puerta, a lo que una vocecita cascada contestó pidiéndome que entrara. Apenas hube entrado a la destaralada casucha, vi acostada en la cama a una verdadera bruja con los ojos que parecían saltados por algún temor.

—Padre —gruñó la viejecita, pidiendo silencio con la mano alzada—. Padre, nos están escuchando... Tenga cuidado, por favor...!

—¿Quién nos puede estar escuchando si estamos solos aquí?

—Sí, los masones escuchan por el cañón de la chimenea. Creen que les he robado la gran espada de la masonería y que la tengo escondida en mi casa... No es cierto, Padre, yo no he robado nada...!

Como para contradecirla, el viento mugía de modo siniestro en la chimenea, mientras la pobre loca temblaba de terror. Hice lo que pude por consolarla prometiéndole que le mandaría alguna persona de la parroquia a la que ella pertenecía, pues yo no podía sino darle mi bendición y asegurarle que esos pícaros masones no la molestarían más.

En el momento en que salía al camino, pasó un auto que me deslumbró con sus faros. Por no caer en una zanja con agua, me metí en unas matas de espinos que me dejaron la cara y las manos lastimadas, todo sin duda por culpa de los masones...

Más agradable resultó un llamado por parte de las religiosas del Sagrado Corazón, que tienen un colegio en la parte sur de la isla. Se me pedía que fuera a confesar a un grupo de alumnas españolas que habían llegado a Inglaterra a aprender inglés, y que deseaban ver a un sacerdote que hablara su idioma. Ya sabía que, en casos semejantes, les era estrictamente

prohibido a las alumnas hablar otro idioma que el inglés, salvo para confesarse o hablar de problemas espirituales.

Apenas entré a la capilla del colegio, se me abalanzaron seis u ocho muchachas gritando:

¡Ave María Purísima! - . - ¡Quiero hablar español! ... Me invitaron más tarde a tomar el té, mientras todas hablaban hasta por los codos, y, no contentas aún con la largona, consiguieron permiso para acompañarme hasta el tren por el que había de volver a Quarr Abbey. Nos metimos como siete u ocho en el mismo taxi. En la estación nos tocó esperar un rato formando allí un cuadro bastante sorprendente para el flemático público inglés: de pie en la pisadera del tren un monje benedictino y en el andén un apretado grupo de chicas que gesticulaban y hablaban a gritos todas al mismo tiempo hasta el momento en que partió el tren. No olvidaré fácilmente tan simpática visita.

Otras visitas me llegaron de parientes y de compatriotas amigos, que agradecía sinceramente porque sé lo que les cuesta a los chilenos arrancarse a los encantos de Londres o de París para llegar a una isla relativamente apartada.

## D

Había llegado el año 1935 y de Chile escaseaban cada día más las noticias. Yo no perdía la confianza en el éxito final, presentido desde un principio, pero pensaba que la cosa iba muy larga y así me quejaba respetuosamente ante mi querida Virgencita de Quarr, la de la manita alzada que parece decir:

“¡Espera!”

Un buen día del año indicado terminó la espera. Llegó de Santiago un cablegrama por el cual se le pedía al Padre Abad, en nombre del Señor Arzobispo de Santiago, me permitiera asistir a la consagración episcopal de mi hermano Juan como obispo de Linares. Con toda facilidad se obtuvo el permiso. Los trámites para pasaporte y pasajes se hicieron rápidamente, de manera que muy pronto me hallé de nuevo sobre un barco de la P. S. N. C., cabeceando alegremente sobre mi viejo amigo el Atlántico.

No tardé mucho tampoco en encontrarme con otra querida amiga, la Cordillera de los Andes, la que atravesé por última vez en tren, pues las travesías siguientes serían por avión.

En este viaje me tocó ver algo que creo que pocos viajeros ven. Después de pasar el

punto desde el cual los pasajeros del Transandino suelen lograr una fugaz visión del Cristo de los Andes y en que todos se vuelven a sentar rezongando que no han visto nada, seguí mirando hacia las cumbres nevadas. Y vi, aparentemente a la altura de los picachos, un objeto de color oscuro que se movía lentamente contra el azul del cielo “Un cóndor”, pensé. ¿Y qué otra cosa podía ser? La inmensa altura a la que volaba, su lento y majestuoso planear, sus impresionantes dimensiones no podían ser sino los de la mayor de las aves del mundo y que veía ahora en su elemento natural y no humillada dentro de estrecha jaula de un Zoo.

Mi vuelta a la vieja casona del Llano fue acompañada por las habituales demostraciones de tranquila alegría, pues poco gustamos de los alborotos ruidosos. A mi anciano padre lo hallé visiblemente envejecido, lo que no le impedía aun pintar preciosas vistas de Santiago o de Viña del Mar desde el interior de su auto. Alrededor del patriarca crecía y se multiplicaba una prometedora generación.

Llegó el día de la consagración del nuevo obispo de Linares. Su antecesor, Monseñor Miguel León Prado había sido en su tiempo el popularísimo “Don Miguelito”, fundador y muchos años cura de San Miguel del Llano de Subercaseaux. Don Miguel León Prado había acompañado en su tiempo a mi hermano Juan al Seminario de Santiago. Ahora éste recogía la sucesión del popular apóstol del barrio de San Miguel.

La consagración de un obispo da siempre lugar a una impresionante ceremonia. Logran el máximo de su efecto las funciones de ese género al desarrollarse en el marco magnífico de una Basílica romana. Están, sin embargo, lejos de perder su valor estético para quien las ve en la Catedral de Santiago.